EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Mi pequeño Edén

INDICE



PROLOGO

¿Es sueño lo que viví ayer, o es sueño lo que vivo hoy? Se pregunta José Gómez Muñoz como resumen final de un libro escrito con la pluma del alma y en el que desborda una fuente poética capaz de empapar las conciencias de amor y belleza.

¿Estamos, con las herramientas del comercio, lo material, el hedonismo y el todo vale, construyendo un futuro de esperanza, o estamos destruyendo un pasado natural que no es otra cosa que una huella virgen de la divinidad en la aridez del universo infinito?

No lo sabemos de cierto pero lo que sí sabe José Gómez, este hombre sencillo, prudente y entregado, inmerso en la sensibilidad y la contemplación, firme en la fe y serio en la denuncia, es que hay cerca de nosotros, aquí mismo, en el centro del corazón de esta provincia de Jaén, tan herida tantas veces, tan despreciada y olvidada, un paraíso de formas capaz de desbordar cualquier contenido de fondo. Hay en nuestra provincia nada menos que un trozo del espíritu de Dios brotando en el silencio

de la historia, un rincón de vida capaz de alentar la luz en los espíritus más oscuros.

El hermano Pepe- como amistosamente lo llamamos -, lo supo desde el primer día que sus pies se posaron en la tierra de la Sierra de Cazorla, Segura y las Villas. Y no conforme con saberlo, incluso lejos de considerarse un escritor pleno, se propuso hacérnoslos saber a los demás, con la simple y hermosa intención de que respetemos la grandeza de estos parajes y, sobre todo, los amemos. Y así han salido de sus manos publicaciones, guías y libros, y ahora este que tiene, lector amigo, ante sus ojos, para decirnos que cualquier rincón de la naturaleza es bello y cada hombre un mundo y cada vida un milagro.

José Gómez encontró un día una razón para creer, y estas sierras se lo confirmaron para la eternidad. José Gómez encontró un reino de delicadezas y arte que han calado tan hondo en su espíritu que ya no sabe realmente lo que es sueño o realidad. José Gómez ha hallado sencillamente su **“Pequeño Edén”** que es también toda una gloria para quien se adentre en él con espíritu limpio.

El libro que va usted a leer, mejor vivir, no es otra cosa que un canto que invita al conocimiento real de los espacios, para quererlos y considerarlos. Aquí encontrará usted relatos independientes en los contenidos pero enlazados todos en una misma razón intrínseca. Aquí encontrará ternura, como en la del pastor de los pies helados en los días de nieve; o liberación ante la contemplación del barranco, donde todo es sinfonías de sombras y de luces; o aclamación de la sencillez en la descripción de los cortijos y sus modos de vida en la amistad y la solidaridad junto a las ascuas de una lumbre siempre encendida; o la bondad y el compañerismo, en los pastores que comparten ilusiones y tristezas, y el pan y el vino; o la delicadeza en la “Nava de las Mariposas”, en donde todo es un cuadro de colores bajo la danza especial de la **Graellsia** no lucía disecada en el pecho de la reina sino viva, en su vuelo de azules y soledades, junto a un pino laricio; o grandiosidad de adentrarse en “Cerro Hueco”, toda una cúpula diseñada por un Dios Sabio y construida por ángeles sin tiempo ni perfiles; o soledades sonoras en “La Cerrada Soñada”, el amor secreto que se eleva a la cima del misticismo, la mano que se toca del Creador; o acción de gracias “Gracias por tu amor”, sin duda uno de los paisajes más hermosos del

libro, y que le da nombre, y en donde es tanta la belleza, tanta la luz, la armonía, la serenidad, la música..., que ya sobra todo, porque todo se adentra en la cañada de “las estrellas que llevan a las llanuras de la eternidad”, y todo sin más gasto que “tu silencio” que “es la única entrada que debes pagar para asistir al concierto más bello de la creación”.

Pero también en el libro, dentro de tanta delicadeza y descripciones que embelesan y emocionan, hay una intención fuerte y clara de denuncia, algo así como un grito contra la injusticia, el autoritarismo y la comercialización ciega y torpe. Como esa fuente del valle de los tres arroyos, que daba de beber y descanso, como agua de vida eterna, y que ahora son tubos de plástico bajo cemento, hierros y candados; o el salvajismo de los excursionistas de un día, capaces más que de conservar de destruir por simple capricho de unas risas falsas; o la construcción de esas carreteras que como monstruos estúpidos arrasan cuanta hermosura encuentran a su paso; o la matanza sin conciencia de los pudientes que disparan con sus rifles a todo cuanto alienta y exige también derecho a vivir; o la tragedia, en el cadáver de ese pastor envuelto en nieve que se perdió para siempre

entre las grietas de las rocas; o la cárcel de un casero que se negó a abandonar las tierras de sus raíces y olvidó que amistad y poder se contradicen; o la fuerza hiriente de los "invasores", que desprecian a los humildes y sencillos y los echan a empujones y zancadillas; o la tremenda desolación que deja la mano del hombre..., capaz de venderse por un puñado de monedas falsas.

Y así, entre veredas inolvidables y protestas rajadas de dolor, caminará el lector, deseando conocerlos en su realidad verdadera, por los paisajes sublimes aquí descritos..., para, al final, preguntarse también si es sueño o realidad lo leído. Aunque esto nunca lo sabremos de cierto. Ni el mismo autor lo sabe. Y es que la belleza construida por la mano de Dios no cabe el reino de la mente, y menos en el de la palabra. ¿O sí?

"**Cae la tarde, al fondo veo Peña Corva. Por detrás se oculta el sol abierto como una gran cascada de colores..., y me pregunto: ¿Es sueño lo que viví ayer o es sueño lo que vivo hoy? Hay dos realidades dolorosamente distintas y dulcemente bellas: ¿Cuál de las dos es la verdadera?"** No lo sé, amigo Pepe pero sí sé que tú has puesto el corazón en este libro tuyo y nos

has llenado de paz y tocado las conciencias. El mundo, desde ahora, debe y puede ser mejor.

Ramón Molina Navarrete

Primavera, 97

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sólo su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

LA CURVA DEL PINAR

A veces tienes la impresión de estar viviendo la fantasía de un sueño. Ves un paisaje y siente de como si lo conocieras de siempre. Hoy, esta tarde brumosa, al pasar por aquí, me ha ocurrido a mí esto. Tuve yo un sueño anoche y en él vi una retorcida senda que, desde el cortijo en lo alto del cerrillo, bajaba buscando el arroyuelo de la junta. Trazaba una curva en forma de media luna y conforme iba ciñéndose al barranco, el rincón se llenaba de un misterio raramente dulce.

Sé que el nombre del cortijo es Valdegrillos y se encuentra en una finca que tiene también el mismo nombre, en las tierras que hoy son núcleo del Parque Natural de Los Villares, al norte de Córdoba. Pero el rincón que vi en el sueño no se parecía al que allí existe y es real. Me veía yendo por allí pero los paisajes que en mi alma se reflejaban no eran aquellos.

Esta tarde, ahora mismo, en cuanto hemos llegado a la curva que la pista da al meterse por el pinar, en cuanto penetramos por entre el fino aleteo de sus sombras, algo tiembla dentro de mi espíritu. Es éste el

rincón que anoche vi en mi sueño. Pero ¿cómo es posible si por aquí no he venido nunca? No conozco ni el paisaje ni el camino ni el bosque ni las sombras húmedas que de él mana. Mas no me engaño: el arroyo, la ladera, el manantial en forma de cristalina fuente, casi todo, y exactamente, es lo que anoche recorrió mi mente mientras dormía. Y sobre todo, algo muy concreto: la luz desnuda enredada entre los árboles, los parajes, el murmullo de aves aleteando, piando, trinando, resonaron anoche por mi mente mientras dormía y ahora están aquí pero es que, además, ahora tengo la sensación de que el rincón es el mismo de hace cuatrocientos años según las ordenanzas que se proclamaron por aquellas fechas:

"Otrosi ordenamos y mandamos que qualquier persona de nuestro término no siendo vecinos dellos cortaren y llevaren fuera sin licencia de nos el dicho concejo açores y otras aves y yeruas o mineros u otras cossas que son defendidas por nuestros fueros e por otras nuestras ordenanzas quelo haya perdido y pierda con más la bestias en que lo llevare y incurra en las demás penas de estas nuestras ordenanzas que son mil mars. por cada pie de siñuelo que sacare y llevare a lo

mismo por las dichas aves e mineros y otras cossas que aplicamos donde ellas las aplican".

A mí, al menos, me parece eso: que a veces tengo la impresión de estar viviendo un sueño. Veo un paisaje y me digo que lo he soñado y cuando voy andando por él ya no acierto a saber si aquello es real o sueño.

EL PASTOR DE LOS PINOS

El día amaneció lleno de sol puro pero con sus nubes negras coronando la cumbre y un profundo silencio apretado por el barranco. Y por ahí, por el barranco bajamos nosotros e íbamos buscando la senda. No la conocíamos pero sí nos habían dicho que existía. Bueno, lo que nos habían dicho era que en otros tiempos intentaron construir por la zona un carril ancho y que al final lo dejaron sin terminar pero que por algunos sitios aún se veían trozos de esa pista. Y como desde hacía tiempo nosotros queríamos conocer el barranco, aprovechamos la fresca mañana y nos pusimos en marcha arroyo abajo buscando lo más hondo que era donde se mecían los chopos amarillos. Al lado derecho se extendía la pequeña llanura, brotaban por allí los manantiales y corría el segundo arroyo. El que desciende

del cerro de los pinos, hundido y perdido por los densos matorrales.

Y sí: el barranco nos resultó de lo más emocionante por los pequeños trozos de pista, ya rotos por las lluvias y que todavía se veían al lado derecho del arroyo ancho.

- Por aquí entraron con las máquinas y al llegar a la roca pararon y no siguieron con la obra.

Me decía uno de los amigos de los tres que hoy nos habíamos juntado.

- Fue un acierto que se marcharan y dejaran el camino como estaba. Si hubieran seguido fijaos el destrozo de monte que habrían hecho.

Comentó otro de los del grupo. Y tenía toda la razón del mundo. Si aquella pista del barranco hubiera seguido, el destrozo habría sido tremendo. Eso se veía bien en los pequeños trozos que dejaron a medias, contrastando con la fenomenal hermosura que emanaba del barranco.

- Es como si a pesar de tantos arroyos por esta sierra éste fuera el único.

Añadió otro de los amigos. Y desde luego que también tenía razón: era casi único. Ahora que lo estábamos

recorriendo nos íbamos empapando al tiempo que convenciendo de ello. Y más nos saturamos aún cuando llegamos al cauce que baja de los pinos. Torcimos a la derecha y ladera arriba nos fuimos atravesando el monte y al llegar a lo alto vimos otro buen trozo de senda. Ibamos dudando seguir por ella cuando en la llanura y collado de la derecha nos encontramos con las ovejas.

- Vamos a parar un momento a ver si vemos al pastor para charlar con él.

Les digo a los amigos pero ellos, ya que habían subido el cerro, no tenían muchas ganas de quedarse y por eso, los dos enseguida me dijeron:

- Déjate de pastor y de ovejas porque la senda es larga. Si perdemos el tiempo se nos echará la noche encima antes de llegar a donde pensamos.

Pero justo en este momento veo al pastor. Se mueve por lo hondo del barranco, pegado a la ladera en que nace el arroyo de los pinos.

- Allí lo tenemos. Si bajamos sólo unos metros lo podremos saludar.

Les digo al tiempo que ya me muevo a su encuentro. Pero los compañeros no quieren pararse y especialmente uno

de ellos, por lo que me insiste en que lo del pastor es una tontería.
- Hemos venido a la sierra a otros asuntos.
- Es que en cuanto uno se tropieza con un pastor de estas tierras, parece como si todas las demás cosas perdieran importancia, como si pudieran esperar unas horas más. Charlar con un pastor y dejar que el tiempo pase siempre es algo que sacia plenamente el espíritu.

En estos momentos, ya recorrido un buen trozo de ladera, me acerco al que guarda las ovejas. Es la ladera de los pinos que baja por donde nace el arroyo. Y ahí, en lo hondo, justo donde nace el arroyo, las praderas tiemblan vestidas de hermosura al tiempo que también son amplias. Aligero el paso y lo llamo pidiéndole que espere y cual no es mi sorpresa cuando al bajar unos metros descubro algo sorprendente y especial: al lado derecho de la ladera del arroyo, entre el monte y como escondida y olvidadas del mundo entero, veo las casas chiquitas de la aldea.
- ¿Y esto qué es?
Les pregunto a ellos.
- Ya lo ves; es la aldea. La única aldea que no ha querido ni progreso ni contacto con el resto del mundo.

- Pero ni siquiera sabía yo que esta aldea existiera.
- Ni tú ni nadie; y observa que por no tener no tiene ni carril para llegar a ella en coche.

Me asomo por el lado de arriba y desde lo alto de la roca la veo perfectamente. Es pequeña, hermosa, sencilla, humildemente aplastada junto al arroyo y extendida ladera abajo como si aún quisiera esconderse más por entre los pinos y los madroños.
- ¡Como un pequeño misterio alejado de todos y todo!
Comenta uno de los amigos.

Y ya está. De aquello del pastor, mis amigos y la aldea en el confín del mundo, hoy no quiero contarte nada más porque fue tan bello para nosotros la silenciosa visión, que el resto del día nos quedamos por el lugar charlando con el rey. Mas para gozar de la aldea derramada por la ladera, el monte y las praderas, que por ninguna otra verdad.

EL SANTUARIO

Desde la hondonada del arroyo por donde intentas subir con la ilusión de encontrar la senda que atravesando la ladera lleva a la vieja aldea, no dejas de mirar

buscando lo que en realidad existe y puede verse con los ojos. El primer arroyo de donde arranca la gran reguera y por donde se amontonan las rocas, es también un museo de tobas. Rocas que se fueron formando por el paso del tiempo con la cal que los hilos del agua al correr iban depositando sobre la superficie de las otras piedras que sujetaban la corriente. Es decir “cuajado de corriente” como dice el pastor Isidro.

Fácilmente lo puedes intuir por la experiencia que tienes de tus rutas por la sierra. Estas gordas rocas de tobas son porque en otros tiempos por aquí fluyó una gran corriente de agua. Pero lo del santuario que ahora buscas ¿dónde se encuentra? Sabes que no es un santuario físico, es decir, que se pueda ver con los ojos de la cara y tocar con las manos del cuerpo. Pero si miras fijo, por ti lo puedes descubrir y en todas las direcciones. Ahora mismo andas metido en el centro de ese fabuloso y desbordante santuario. Tanto que podría decirse que allá arriba, a media ladera, tiene su trono donde forma un gran balcón frente al barranco que es como la puerta del precioso grande.

Sin embargo, no te acaba de entrar en la cabeza. Los santuarios que conoces son construidos por los humanos y sirven para eso: para que los hombres vayan a rezar frente a sus imágenes queridas. Grandes casas de piedras con tejados también amplios, campanas y muchas tallas donde las personas se juntan para orar. Y por eso ahora es tan normal que te extrañe tanto, el santuario que vas recorriendo y por donde en ningún rincón aparece nada de lo que tú conoces en los edificios que en tu mente tienes. Sabes tú que hubo una vez un grupo de gente que recorrió estas sierras con la idea en la cabeza de construir un gran templo del tipo del que en tu mente baila. Hasta vinieron jóvenes acompañando al líder que decían eran novicios. Ellos se encargarían de llenar de rezos estos parajes pero aquello no cuajó por lo extraño que resultaba precisamente en estos montes.

De todos modos, aquello tendría su razón y el motivo de fondo sería noble y por eso ahora piensas que te gustaría ver con tus propios ojos una señal de ese casi extraño sueño. Pero algo en tu interior te dice que no la verás. No se puede ver. Se siente, se intuye, golpea dentro del corazón y hasta llegas a notar que tú te encuentras en su interior, sin que veas nada. “Tú hazme

caso: sigue y deja que por tu alma y desde tu alma fluya y vuele lo que tu espíritu palpa y no busques ni quieras más. Ahí, en ese punto se encuentra y existe el núcleo del fabuloso santuario que buscas y que al mismo tiempo desciende por estas laderas en forma de arroyos limpios, de monte verde, de madroños rojos y de profundos silencios. En este pequeño punto que no es materia se encuentra la verdad que intuyes e intuyeron otros. Intentar materializarla es inútil. No busques más ni quieras otra cosa".

Es lo que a ti te dijeron.

Y ahora, al oír el rumor y sentirte rodeado del bosque y las cascadas que tienes ante ti, se te viene a la mente el recuerdo de tanta gente como en estos días, y sobre todo, en estos últimos años, visitan y surcan los montes que tanto quieres. Te dices que ellos son como peregrinos rumbo a este santuario que buscan y desde tu corazón se refleja por las laderas pero ni saben lo que buscan ni tampoco lo que quieren. Si observas despacio, si alguna vez caminas con ellos, enseguida descubrirás que una de las primeras cosas que hacen en cuanto llegan a estos montes, es reunirse para comer tortillas de patatas y beber cerveza. Luego, cuando ya no tienen qué

comer, en grupo empiezan a mirar a un lado y otro y a preguntarse entre ellos: “¿Qué hacemos? ¿Adónde vamos? ¿Quién conoce estas sierras para que nos las explique? ¿Por qué no buscamos un guía?

Y es que claro: en el fondo están sin guía. Se encuentran desconcertados, bastante perdidos en el centro de este excelso santuario. En más de una ocasión no sólo te has dado cuenta de esto sino que has vivido la experiencia. Los has visto tan perdidos como a niños pequeños en medio de la muchedumbre. Los has visto rogándole al guía que no se vaya, que no los deje solos porque entonces no sabrán andar ni a dónde ir.

LOS HUMILDES DEL VALLE

- Y tú que estuviste por ahí el otro día ¿qué fue lo que viste y qué es lo que dices?

- Yo que estuve por ahí el otro día, primero con los hippies, hace ya años y luego con Cándido, hace unas semanas y por fin solo, hace tres días, digo que me asomé al borde del cerrillo y miré por el barranco. Vi que el camino no moría pegado a la capilla sino que subía por la hondonada emergiendo de las aguas y venía buscando la iglesia.

Subía al arroyo primero y ella venía por él. Y como por allí aquello era ladera, ella subía con bastante dificultad, como si no pudiera con la carga del haz de leña seca para la lumbre en esta aldea. Cruzó unas rocas y como el camino daba una curva no veía bien lo que en la otra pequeña hondonada se iba a encontrar. Y en la otra hondonada, en cuanto remontó el puntalillo, vio que estaban ellos. Bueno, ellos más que estar bajaban por el camino, no se sabía hacia dónde. Pero era igual; recorrían estos terrenos para vigilarlos porque desde hacía un tiempo se sentían dueños. Por eso ella los temía y nada más verlos se echó a temblar.

ASeguro que en cuanto me los cruce me quitarán la leña. Me preguntarán primero que de dónde vengo y les diré que ya lo están viendo, del campo de recoger unas ramas secas para la lumbre. Me dirán que si no sé que está prohibido recoger leña porque ahora los bosques ya tienen dueños. Les diré que lo entiendo pero que en mi casa tenemos frío y necesitamos la leña no sólo para calentarnos sino para hacer la comida y medio poder vivir. Me dirán que a ellos les da igual. Lo ordenado es lo

ordenado y si no se cumple se castigará a quien infrinja la ley.

- ¿Ni siquiera con una pobre anciana como yo por respeto a los años y por compasión con mi pobreza y pequeñez podéis tener una poca de bondad?
- Es que si hoy la tenemos contigo, mañana habrá que practicarla con otro y luego con otro y así de este modo ¿dime tú cómo podremos ejercer nuestra autoridad?
- Mirad que somos pequeños, pobres y carecemos hasta de libertad para andar por estos campos y de palabras para decir lo que sentimos. ¿Por qué os ensañáis de ese modo con los humildes de este valle?
- Donde manda el que, manda, nosotros no podemos decidir lo contrario.

Toda esta tragedia corría por el alma de ella mientras ya comenzaba a bajar para el segundo arroyuelo donde se los encontró. Ellos la reconocieron, ella los saludó y encorvada tal como iba con su haz de leña a cuestas siguió el camino y se acercó a la cristalina fuente. En la fuente su perro se puso a beber agua y al verlo ella se dijo que en el borde de la pila se podía parar a descansar como otras veces. Pero ellos estaban todavía

por allí cerca y si se paraba seguro que entonces sí vendrían a quitarle el haz de leña. Así que siguió dando una voz para llamar al perro que trotó y enseguida se puso delante.

"Ahora ya el camino se mete en la ladera y por ahí se queda oculto entre los trigales. Ya dejarán de mirarme. Ya estoy segura de librarme de ellos por esta vez. En cuanto llegue a la iglesia voy a entrar y le daré gracias a Dios por haberme defendido otra vez más de estas personas. **Gracias Señor y protégeme que refugio en ti, porque mi vida y mi suerte están en tus manos".**

Esto es lo que ella venía meditando en su corazón para rezar ante el sagrario cuando llegara. Yo la vi como se quedó perdida, toda encorvada y con su haz de laña a cuestas, por entre los altos y dorados trigos de la ladera. Durante un rato estuve esperando a ver si salía por la parte de arriba, por donde el camino remonta y surge el barranco como en una fantasía de luz y luego se viene derecho a la iglesia. Pero no la vi salir. Me acerqué a la iglesia y noté que respiraba silencio, paz y belleza.

Ahora pienso y siento, y así será mientras viva que este trozo de tierra, eterno será sagrado. Son trozos sagrados que ni pisados por ninguno de nosotros deberían ser nunca. Pero según me iba acercando veía como todo estaba roto, demolido, excepto la iglesia que sí permanecía en pie aunque sólo unos trozos de sus paredes. Pregunté y me dijeron:

- Aunque te cueste creerlo nosotros respetamos esta iglesia. Prueba de ello es que sus tapias de cal y canto permanecen todavía en pie. Se van cayendo poco a poco pero sólo porque el tiempo las desmorona. Nosotros respetamos este recinto sagrado para quedar libres ante Dios.

Y es verdad. No se atrevieron a tocarla aunque, a los habitantes de la aldea, sí los rompieron para toda la eternidad. Lo que de la iglesia se ha caído, se ha caído empujado por el viento, ayudado por la lluvia, el silencio y los años. El tiempo poco a poco va poniendo las cosas en el sitio que les corresponde. Antes de llegar a la iglesia, por la parte de atrás, crece un gran olivo. Arbol que siempre estuvo unido a ellos, muy presente en los acontecimientos bíblicos y aquí todavía sigue vivo aunque ya la iglesia no tenga techo. Pegado al olivo se mece un

fresno, una higuera, un granado y muchas zarzas. Frente, queda el cementerio. ¡Qué cosa más bonita! ¿Pero quién te ha dicho a ti que allí duerme ella? “Gracias Señor, que me refugio en Ti.”.

Y ella, cuando terminó de salir, cuando volví a verla saliendo de aquel trigal de espigas doradas con su haz de leña acuesta y encorvada, se vino buscando la iglesia. Allí los vio a ellos, sentados sobre las piedras de las ruinas. Los saludó de nuevo y entonces uno le dijo:

- No creas que lo hacemos para dañarte, para castigarte porque has infringido la ley. Lo hacemos por tu bien y el de los que aquí en esta aldea habéis vivido desde siempre.

- ¿Pero qué habéis hecho con mi iglesia?

- En el fondo no queríamos pero no quedaba otro remedio.

La iglesia, ella la vio y yo también, estaba aquí. Preciosa, con un hermoso arco de sillería, tres grandes piedras que suben, otras tres a los lados y una en el centro. No tiene puerta ni techo pero todavía ven trozos de vigas en la pared del fondo. Se adivina donde estuvo el sagrario. Por entre la poca hierba que ya empieza a

brotar, se ve el suelo. Era de cemento. También se ven por aquí los trozos de tejas que se desmoronan. El sagrario estuvo puesto sobre una estructura de hierro redonda con otro hierro que cae para abajo. Está cubierto con cemento y ladrillos y puesto encima quedaba el sagrario. Hay una repisa y ahí se apoyaba.

Y aquí, a los lados, a la derecha según se entra, hay una puerta que es seguro la sacristía. Todavía se ven los escalones del altar. Preciosa y grande era esta iglesia. Mirando desde dentro, al fondo se ve la fachada donde estuvo la campana en forma de una gran ventana. Otro hueco más pequeño abajo y la puerta que además del arco de piedra por arriba la sujetan unas cuantas vigas de madera de pino. ¡Qué bonito es esto! A la entrada tenía un escalón con dos piedras grandes que trajeron de algún lugar de estas sierras y luego existe un rellano empedrado. Es cuadrado, de unos tres metros por cinco que era la entrada a la iglesia.

Fíjate, hasta la tenían empedrada. Y ya más cerca del barranco del trigal, otro rellano empedrado también. Este rellano fue la era. El pavimento es de piedras pequeñas muy bien puestas y su forma es redonda. Así

que en la misma puerta de la iglesia pusieron ellos su era donde trillaban y aventaban las mieses, las espigas del hermoso trigal por donde ella se perdió. Aquí mismo era triturado por el trillo para separar el grano de la paja. ¡Fíjate qué cosa! En la misma puerta de la iglesia y frente al cementerio. También es verdad que desde este lugar, era y puerta de la iglesia, se ven las aguas del pantano cuando éste se llena. Ahora mismo, bastante seco pero dicen que a mediado de diciembre de 1996, van a comenzar las lluvias. Lloverá mucho, como en aquellos tiempos. Hasta dicen que este año puede llenarse y ahora se encuentra a un 18%. Algunos aventuran que para Navidad de este año ya no se verá la torre antigua. Viejo castillo que ahora sí se ve perfectamente por lo seco que está el pantano.

- Vosotros sois malas personas.

Le dijo ella parada frente a lo que quedaba de la iglesia.

- ¿Por qué piensas eso?

- Lo que acabáis de hacer con mi pueblo y con la iglesia de mi pueblo, no se hace. Soy una pobre anciana que no tenía más riqueza en este suelo que la pequeña casa de piedra que me habéis roto, un trozo de huerto donde

siembro los tomates y este rincón sagrado donde vengo a rezar a mi Dios.
- Es necesario que os vayáis de aquí por muchas cosas. ¿Para qué queréis una iglesia si ya no la vais a usar? De todos modos, nosotros cumplimos órdenes. El nos dijo que hoy no te quitáramos el haz de leña y que mañana te darán tierras en otras aldeas que se llama Calanlle, Espeluy o Palma del Río. ¿Por qué dices que no somos buenos?

- No se puede romper lo que vosotros estáis rompiendo y menos aún del modo en que lo hacéis. Por eso os pienso y digo que no sois buenos. Lo que habéis hecho con mi iglesia no se hace y le decís al director de mi parte que no tiene corazón. Que obra mal porque machaca a los pobres como nosotros casi por puro placer. Lo único que le interesa es que su proyecto salga adelante. Y ello, en nombre del bien común y de ayudar a la gente pero en el fondo, y esto se lo decís también, es un egoísta. Un soberbio que no permite que un pequeñuelo ponga en duda sus decisiones. Le decís que en el fondo es un soberbio que usa de su poder para machacar y así sacar su proyecto. Que un día las cosas serán de otro modo y que entonces se verá que lo suyo

fue un puro capricho personal para realizar su ambición. Esto se lo decís también y que al otro lado del tiempo, nos encontraremos más tarde o más temprano y que en aquel reino ya no tendrá poder sobre nadie.

Después de estas palabras ella se fue por detrás de la iglesia y mientras pasaba, cerca de las zarzas que empezaban a crecer por donde estuvo la sacristía, volvió a repetir su oración: “Piedad de mí, Señor, que me refugio en Ti, porque mi vida y mi suerte están en tus manos”. Luego la vi alejarse por entre las ruinas de las piedras de lo que fue su casa y al rato dejé de verla ya para siempre.

Nota del autor: cierta persona que conocí y cuyo nombre quiero callarme, a lo largo de muchos años estuvo viviendo el mismo miedo que la humilde anciana de la narración atrás escrita. Y al final, un día cualquiera de un fatal año dos mil y en primavera, se hicieron reales sus temores, como le sucediera a la anciana. Lo alejaron de su santuario para siempre y le dijeron que era por su bien. Pero mientras, los que a esta tortura le sometían, se quedaban en su paz y satisfechos porque al fin habían quitado un estorbo de su camino, el que fue desterrado moría en su soledad sin consuelo humano alguno. Conocí

a esta persona, conocí su santuario y conocí el destierro al que fue sometido. Y todo ello, desde los hombres de ciencia y los que se llamaban a sí mismos guardadores y salvadores de los mejores valores humanos.

¡ERA TAN LINDA SU VISION!

Al pasar por la cerrada el alma se nos llenó de placer. El gran charco del río, el que se embalsa y luego se estira sereno y azul, hoy estaba rebosante de transparencia meciéndose entre las rocas y los pinos. Forma un embalse natural aprisionado entre dos gigantescos taludes rocosos; la senda pasa por la torrentera de una de estas paredes y es tan peligrosa y a la vez tan bella, que un mal paso llevaría, irremediablemente, a lo más hondo del charco pero el rincón tiene tanta belleza que se hace imposible subir a las montañas y no pasar por ahí. Y, sin embargo, desde hace algún tiempo, por algunos pueblos de estas comarcas, se comenta que esta senda con su charco lo van a manipular para que los turistas vengan a verlo. No quiero creer que esto sea verdad por el destrozo y la irremediable pérdida que ocasionarían en los paisajes; pero en fin, bien sabemos que si lo deciden los que

mandan, al final saldrán sus proyectos aunque sean los más absurdos.

Y aquella mañana, al salir de la cerrada y comenzar la ascensión hacia la gran cumbre, nos encontramos con uno de los pastores del valle.
- Anoche murió la abuelita; hoy todos están en su casa dándole el último adiós, llorándola y preparando el entierro.
Nos dijo. La tremenda noticia nos partió el alma. Conocíamos a la abuelita del valle desde siempre y para nosotros era tan querida que de verdad pertenecía a nuestras vidas como la mejor, la más sabia, la más humilde, la más reina de todas las cosas de estas sierras. Con pena miramos para el valle y el corazón se nos llenó de tristeza. ¡Nuestra querida abuelita, belleza de los paisajes puros y reflejo limpio de eternidad, por fin hoy volando por entre las nubes hacia el cielo! ¡Qué bello pero al mismo tiempo qué pena!

Seguimos subiendo ahora ya con una herida en el alma pero abrazados con fuerza por el misterio blanco de estas sierras. Así son estos bosques y así han sido y serán siempre las personas que aquí nacen y mueren:

Como trozos de paisajes, como lagos serenos rebosantes de humildad, como valles y praderas fundidas con las primaveras de estas montañas.

Y aquella mañana, al coronar la cordillera de las rocas blancas, brutalmente fuimos sorprendidos por las impresionantes cascadas de las cumbres. Caían anchas, majestuosas, bordadas de espumas de nieve, y cantarinas semejantes a mil coros de ángeles. Nos sentamos frente a ellas y decidimos no seguir subiendo. Era tan linda su visión con aquél cielo limpio, aquél sol de oro y el valle al fondo con la casa de la abuelita, que sólo nos apetecía quedarnos frente a ellas y en silencio.

LA CUMBRE SAGRADA

En mi sueño, los vi y no sé quienes eran. En peregrinación llegaron hasta el lugar. Algo así como una procesión, portando alguna imagen religiosa que iba al frente de la romería. No eran demasiados y parece que correspondían al grupo de los elegidos. Unos elegidos que nada tienen que ver con los que los humanos escogen en las empresas de la tierra.
- Quizá sean los serranos, este grupo de gente sencilla y

limpia, reyes en mi corazón, que por fin consiguen lo que tanto le negaron en los tiempos de sus luchas.
Me dije.

Y como primero bajaron por el camino, pues así: en procesión, alegres por lo que celebraban. Según ellos, un simple día de gozo con los campos y paisajes que desde tanto tiempo habían pisado. Al llegar a este lugar dejaron el camino y por el viejo o los viejos caminos, sendas que ladera arriba siempre surcaron, subieron.
- Imposible avanzar por ahí.
Decía el que no era de ellos y unido a la comitiva caminaba al final de la cola.
- Verás como es posible.
Le decía el principal entre ellos y todos eran principales.
- Pero conozco esa ladera y sé que es pura roca alzada en vertical. Tú fíjate la cantidad de personas mayores que desfilan en esta procesión. ¿Cómo van a tener agilidad para trepar por riscas tan complicadas?
- Ellos son de aquí y llevan dentro la imagen de estas rocas. Si la saltaron en aquellos tiempos, ahora las saltarán mejor porque tienen otra fuerza.
- Además ¿dime tú a qué llevan la imagen en procesión por estas laderas y desde estas laderas, a la cumbre?

- Celebran una fiesta.

- ¿Pero no sería más fácil celebrarla en las praderas y allí donde se trazaron buenos caminos?

- Es que lo de ello es otra fiesta.

- Y el camino que hay que escalar para ponerse luego a celebrarlo, también lo habéis pensado.

- Ya te he dicho que a ellos les gusta. Este es su gozo y como saben y pueden, pues lo celebran porque así lo sienten y quieren. Hoy nadie se lo pueden impedir

- De todos modos ya verás cómo no es fácil. Ni siquiera yo que soy joven y también me gustan la montaña, me atrevo.

- Tú también subirás aunque por otras razones.

- ¿Qué razones?

- Mira al suelo que pisas.

Y aquel joven, que no era el joven serrano de siempre ni se parecía en nada, miró al suelo de la ladera que iba recorriendo.

- ¡Ostras lo que veo! Es una moneda de oro.

- Sí que lo es y sigue mirando. Lo que tu corazón siempre ha deseado es lo que ahora tienes para hartarte.

- Hay veo otra y más adelante otra. ¿Qué pasa? ¿Por qué no las ven los que van delante de mí? Porque soy el

último y según estoy notando, ellos van a lo suyo y parece como si pasaran por encima de estas monedas y no las vieran. O como si las vieran y no quisieran o no les interesara cogerlas. ¿Qué pasa?

- En algo de lo que has dicho tienes razón. Ellos pasan por encima de las monedas y como van a otro asunto que no es materia, aunque las ven, no las cogen.

- ¿Acaso me la dejan para mí?

- Simplemente las dejan y si tú y otros como tú pasáis por aquí y las queréis, sois libres de cogerla o no. Porque cada uno se merece y apetece según la realidad del mundo que lleva dentro.

- ¿Quieres decir que puedo quedármelas?

- Ya te he dicho que tú eres libre.

- Pero si las monedas están ahí y ellos no las cogen, si las dejo, otros se las llevarán. Este dinero no tiene dueño así que si me las llevo, nadie me va a decir nada. Y claro, si no me las llevo, las cogerá otro y uno piensa como tantas veces en la vida: "para que se las aproveche otro, las aprovecho yo antes".

- Vuelvo a repetirte que eres libre.

- Ahora ya lo entiendo.

- ¿Qué es lo que entiendes?

- Aquello que me decías que yo también subiría. Como las monedas no dejan de aparecer una detrás de otra, me iré enganchando recogiéndolas y así llegaré hasta lo alto de la cumbre detrás de ellos. Pero ya lo estoy pensando: tengo el bolsillo casi lleno y como siga recogiendo de aquí a lo alto, juntaré tantas que no podré con ellas. Me costará tres veces más subir esta cuesta que a ellos y seguro que ni podré llegar al final. E incluso, si logro encajarme en lo alto, cuando ellos se paren y se pongan a celebrar el gozo que festejan, tampoco podré compartirlo.

Me sentiré cansado, sin fuerzas y preocupado por el dinero que llevo en mis bolsillos y lo que con él haré en el futuro. Es decir: tendré mi corazón en otro asunto y lleno de inquietud. Estaré entre ellos pero no seré de ellos ni compartiré sus cosas. Así que pensándolo bien, caigo en la cuenta que esta procesión por este lugar y con esta gente, es algo raro. No se ha dado nunca en este suelo y menos rodeada de las circunstancias que estoy viendo. ¿Quiénes son estos y a dónde van?

- Te lo decía antes: suben a la cumbre y van a celebrar una fiesta de acción de gracias. Recorren los caminos que ya se borraron pero como ves, ellos casi no los

necesitan. Ya verás como suben a la cumbre y ya verás qué esplendor de fiesta gozosa cuando acaben de coronar y se repartan por las praderas, las rocas y los pinos de las tierras sagradas.

- ¿Y acaso ellos son serranos?

- Claro que lo son.

- Pero si los serranos siempre fueron gente pobre y con mucha necesidad. ¿Por qué ahora pasan por encima de tan relucientes monedas y no las cogen?

- Porque aunque es verdad que los serranos siempre fueron pobres, nunca pertenecieron al bando de los carroñeros terrenales.

- Explícate para que lo comprenda.

- Es como si entre los humanos que poblamos el planeta, existieran dos especies: los que hacen de su vida, estén donde estén, una profesión de carroñeros, y los otros. Por supuesto, los del bando de los carroñeros, se pasan su existencia buscando carroña para trasplantarla de un lado a otro y llevarla ante los que tienen poder. Buscan con ello, no la verdad y la significación del mundo sino que les recompensen por sus acciones.

- Pero según tú, ahí son tan culpables los "aduladores" como aquellos que se dejan adular

- En el mismo saco se pueden meter, porque los primeros, siempre son pobre gente, floja en inteligencia, vacía de valores elevados y con una visión del mundo y su propia dignidad, egoísta y cerrada en sí. Pero los otros, los engreídos, suelen tener otras pretensiones relacionadas con el poder sobre los demás y en beneficio propio. En el fondo son inteligentes pero también crueles porque su inteligencia siempre trabaja buscando su yo personal.

- En fin, ya estoy viendo que los de la procesión han coronado la cumbre y se van sentando sobre la hierba fresca. Es como si fuera una procesión de romería y ahora que han llegado, se ponen a celebrarlo. Y lo que más me llama la atención, es la alegría que de ellos brota.

- ¿Y tú?

- Tenías de razón. He subido detrás recogiendo monedas de quinientas pesetas y ahora ya no puedo más. No sé qué voy a hacer con ellas en este momento aunque ya le estoy dando utilidad en mi mente. Pero ahora, cuando los veo tan felices, compartiendo no sólo el día y sus cosas, sino hasta la hierba fresca de la pradera, ni me atrevo a

mezclarme con ellos. Me da miedo porque temo que puedan acusarme. Me llevo las monedas que les pertenecían y si ahora ellos me las piden, como las siento mías, tendremos problemas. Tengo miedo y por eso no me atrevo a unirme al grupo. Es como si fuera un extraño en esta montaña sagrada que tan dignamente les pertenece.

En vuestra ruta atravesando el gran espacio de la hondonada de Roblehondo, aquel día rebasasteis las laderas del Barranco de las Iglesias. Por la empinada pendiente, dejasteis los viejos caminos intuidos y sobre la cumbre se quedaron los de la alegría plena. Un sueño cargado de nostalgia que exhalaba su perfume y hasta vosotros llegaba fresco, noble y puro.

- Un día tendremos que subir a la cumbre del cerro de las Iglesias y perdernos por entre el recuerdo de aquellas presencias y las praderas verdes de la montaña sagrada.
Expone Bernardo, uno de los que tú llamas buenos montañeros dentro del grupo. Le decís que sí, que un día será bueno para vosotros, subir a la gran cumbre para

conocerla y comprobar si aquello aún rezuma lo que desde lejos parece que rezuma.

Rebasáis la puntanilla y volvéis a hundiros en el siguiente barranco.

- Por aquí cerca deberíamos encontrarnos con la casa forestal de la Fresnedilla. Al menos, eso es lo que indica el mapa.

- Ve despacio y vayamos atentos para que no se nos escape. ¿Cómo será y qué quedará de ella?

- Por eso necesitamos verla. Pero mientras tanto que aparece ¿no vais sintiendo ya la presencia de aquello?

- Empezamos a notarlo en cuanto volcamos a este nuevo barranco. ¿Quién la capta con más fuerza?

- Creo que yo porque me rebosa desde la mente hasta el corazón. ¿Os la describo?

- Descríbela haber si coincide con nuestro sentimiento.

Pues desde mi corazón me rebosa la ladera alargada y por ella el rebaño de ovejas. Veo al pastor y con él a dos de sus hijos y al joven ya algo mayor. Va detrás del hato y como es la primera vez que los hijos suben por la ladera porque quieren ver lo que el padre

llama "La Laguna de la Sal", van algo asustados y a cada instante le preguntan:

- Pero papá ¿tan interesante es?

- Sí que lo es. Aunque la laguna también parece la boca de un mar y la cueva por donde brota es más ancha que los manantiales.

- ¿Tú la has visto de verdad?

- Claro que la he visto.

A la laguna de la Sal no se puede llegar ni por abajo ni por los lados. Hay que entrarle por arriba. Desde arriba es el mejor punto para todo. Se ve con su esplendor, se respira la niebla húmeda que de ella mana, se oyen surgir los borbotones y se le puede casi tocar. Lo mejor es entrarle desde este lado, por la sendilla que va derecha al agujero. Cuando ya estás encima, la sendilla empieza a subir pegada a la corriente que baja y cuando acaba de remontar, comienza a rodear el amplio agujero por donde surge el agua y se embalsa la laguna. Pero lo mejor es pararse cuando uno se encuentra en lo alto. Te sitúas sobre unas piedras que por allí hay y te dedicas a gozarla.

Ya he dicho que desde allí la Laguna de la Sal, es como un gran hoyo en el centro de la ladera, todo lleno de agua que despide vapor y abierto por el lado de abajo. De las entrañas de la ladera surgen los borbotones cristalinos que se esparcen por la superficie del charco. Durante un tiempo se queda en el hoyo embalsada y luego rebosa por el surco que ha ido abriendo por el lado que da al barranco. Enseguida cae con fuerza y se forma la corriente que se parece a una cascada.

- ¿Y a dónde va?

- En un surco tan grande como el arroyo principal. Raja la ladera y al final cae al río.

- ¿La veremos también?

- Hay que entrarle desde el ojo de la laguna y luego bajar. Si te vas surcando la ladera, por ningún sitio se puede cruzar y ya te he dicho por qué: es necesario meterse en el agua que por ahí, en torrente, cae. Imposible poderla cruzar por ese punto.

- ¿Y las ovejas beben de esa agua?

- Cuando tú la ves por primera vez, toda manando vapor, con los bordes de la corriente y del charco, recubiertos de la blanca sal, aunque no lo es y brotando el agua con tanta fuerza para despedirse luego con la caída de la

corriente, te dices que un agua como esa no hay quien la beba. Pero cuando luego te acercas y las pruebas, también te dices que agua mejor que esa no existe en ningún lugar del mundo.

- ¿Pues papá, tú sabes lo que te digo?

- ¿Qué me dices?

- Que estoy deseando ver la extraña laguna de la sal.

Y desde mi corazón y con los ojos del espíritu, sigo viéndolos avanzar por la ladera. El atajo de oveja se viene por el lado de abajo y entre el río y el último salto de la cascada, antes de que ésta se funda con el cauce grande, los animales buscan un paso. Saltan por las piedras buscando las más gordas y metiéndose en el agua, logran abrirse cruzar. Es la primera vez que esto ocurre y por eso el pastor se asombra. Ellos remontan la corriente siguiendo la sendilla y al acercarse al charco, del lado de abajo, las aves arrancan vuelo.

- ¿Qué son?

- Una bandada de patos y fíjate como vienen.

Al remontar su vuelo las aves se han ido para el río, trazan una curva ganando altura y se vuelven rectas a

ellos. Les pasan rozando y luego siguen ladera abajo en la dirección que corre el agua.

- Casi tropiezan con nosotros.

- Los animales se han desorientado y es por las ovejas.

- ¿Sabe la gente que existe aquí laguna?

- La gente no lo sabe o mejor, sólo algunos y es bueno que sea así. Gracia a esta ignorancia, hasta hoy, la laguna que se embalsa en el corazón de la ladera y que mana viento en lugar de agua, ha permanecido con la misma belleza que vestía hace cientos de años.

Y en esto el padre tiene razón. Vosotros al cruzar hoy el lugar y comenzar a bajar dirección al puntal donde debió alzarse la casa de al Fresnedilla, os parece oír y hasta ver a través de la transparencia del viento, tanto el gran manantial de la misteriosa laguna como a ellos. Ni ellos ni ella tienen presencia hoy ya por aquí pero en el aire, en la frágil sombra que mana del bosque y llena la umbría, se intuye y hasta se palpa. Como si para siempre por aquí quedara latiendo aquel lejanísimo pero impresionante mundo bello, tendiendo un puente invisible sobre el presente para transponer y materializarse en el también lejano e impresionantemente bello mundo futuro. Algo así es lo que se palpa.

POR EL NACIMIENTO DEL RIO SEGURA

La tienda la hemos montado al borde del agua, por la parte de arriba de la aldea y el cauce que por aquí corre es ese: El del río Segura. Nace más arriba y aunque es pleno verano, ya por donde tenemos la tienda y la aldea existe, baja crecido. El agua de este río, así como la de todos los ríos, arroyos y manantiales del Parque, siempre está fría. Y es que el agua que ahora en verano mana de estos campos, cuando desde las nubes en inviernos cae sobre ellos, casi siempre lo hace en forma de nieve. Si esto es así por las cumbres de este Parque, por aquí, por la Sierra de Segura y más aún por los Campos de Hernán Pelea, las nevadas son abundantes a lo largo de casi todo el invierno. Más de un ochenta por ciento de las aguas de este río, proviene de las nieves caídas en este gran altiplano.

Nosotros, esta noche, con nuestra tienda instalada al borde mismo del río Segura, hemos tenido una experiencia singular: De un sólo tirón hemos dormido la noche entera. Ellos se han sorprendido y por eso les digo que es el aire, el silencio y sobre todo la música de la corriente, la que contagia tanta armonía. De aquí que los

que viven en esta aldea sean tan afortunados. Además de ser dueños y señores de silencios, cumbres, manantiales y valles, poseen lo que los humanos sueñan: La corriente de un río limpio que les arrulle por la noche mientras duermen.

Hoy nos hemos levantado temprano porque hemos proyectado ir a la cueva que hay por encima de Cañá la Cruz; el pastor que vive en la aldea, nos acompañará. Mientras desayunamos, de entre los pinares de la ladera de enfrente, vemos salir a las ovejas. Son las del pastor que vive por las praderas del Collado de Las Rocas. Al verlas recuerdo a estas praderas y, como la imagen que de ellas tengo en mi alma, es dulce y bella, por mi corazón corre el deseo de irme a visitar este lugar. Pienso que hoy no puede ser porque ya el día está planeado de otro modo.

Es un rincón tan original, donde hay tanta paz, tanto silencio, tantas llanuras verdes, tantos manantiales y tanta eternidad derramada entre los pinos y el azul del cielo de las cumbres, que aquí sólo se respira placer. Ese placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo pero que es tan puro que ensancha y ensancha y casi da la

muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las Praderas del Collado de Las Rocas. Ahora caigo en la cuenta de que son para mí como otras tantas cosas de estas sierras: Bocanadas de aire limpio que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y el pastor que salen de entre los pinos y se van por el río hacia lo hondo del valle, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las Praderas, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas entre rocas y arroyuelos.

EL CHORRILLO DE LA LAGUNA

¿Por qué la belleza va a estar
sólo en lo grande, en lo Espectacular?

No es un río ni un arroyo. No es un pantano ni una laguna. Tampoco es una ladera que para recorrerla se tarde cinco horas. Si me pongo frente al chorrillo y abro mis piernas fácilmente puede pasar por entre ellas, y aún queda sitio para otros diez hilillos como éste. Por lo tanto, no es un chorrillo grande.

La llanura por donde se extiende, derramándose por toda ella sin llegar a inundarse, es como una minúscula plaza. Tendrá unos dos metros cuadrados sin incluir los árboles de la orilla ni las rocas que en forma de monolito, la embellece. La laguna es aún más pequeña pero la laguna se abre arriba, en lo alto del cerro y parece que la hicieran con la fantasía de los sueños: Toda azul, transparente como la luz del sol que la besa, silenciosa aunque moviéndose cadenciosamente, acurrucadita bajo la otra gran ladera desde donde chorrean los pinos y las rocas. La laguna es así de hermosa, allá, escondida entre varias cumbres muy altas y recogida en el regazo de su hermosa soledad, porque por allí no pasa nunca nadie. Nunca va nadie por aquel lugar; ni los que guardan estos bosques ni los que desde las ciudades vienen con sus coches visitando cuanto a su paso encuentran.

Por esto es la laguna tan bella y llena de tanto gozo que con sólo mirarla. Pero la gran belleza de la laguna, es su chorrillo; el que cuando rebosa cae por la ladera chica y baja zigzagueando hasta la llanura que es como una pequeña plaza. El chorrillo de cristal, es la gran belleza porque es pequeño en cuanto a cantidad de agua que corre por él pero si lo miras despacio, cerquita de su

corriente, descubres que es como un río inmenso que canta, que salta, que reluce, que desciende y se curva como un juego. Porque como no es grande, juega con todo. Con la ladera que además de bañarla la surca, la refresca, la abraza siempre con el cariño de un hermano y ayudado por los rayos del sol, la viste de plata.

Que yo la he visto cuando junto a su cascada en miniatura, me he parado embelesado. Por arriba cae alegre y se abre como los brazos de un niño pequeño. Cuando ya viene bajando la ladera no parece otra cosa sino hilos de ensueño que por aquí y por allá quieren hacerse viento, bosques y praderas. Pero cuando llega a la llanura no sólo es más hermosa sino que le roba al viento su transparencia y disfrazado de él se ensancha como en una gran ola de perfume y luz. Esmalta de rocío las flores de las praderas y en cada brizna verde deja lagos de humedad que brillan como estrellas al besarlos el sol.

Hasta el bosquecillo de pinos, el que está ya al final pegado a la llanura, no llega ni este chorrillo hilos plateados ni la hermosura de agua que por él baja. Por eso el bosquecillo crece ahí, recogido,

esplendorosamente verde pero quieto y mudo en su trocito de tierra. El secreto del bosquecillo en nada tiene que envidiar al de la laguna o al del chorrillo.

Yo he recorrido mil veces este bosquecillo y de esos guíscanos grandes y dorados que crecen aquí, a la sombra, he llenado mis manos. Cuando las lluvias del otoño humedecen los campos, primero nace uno, pegado al tronco del pino. Llegas y lo ves y te llenas de alegría. Pero cuando lo estás cogiendo ves otro, unos metros más allá, tres más, junto a la roca y por fin el gran rodal. Te vuelves loco mirando, cogiendo, escarbando. Cuanto más coges más hay, más grandes son, más parecen oro y más alegría que te llena el alma. Los guíscanos de este ensueño de bosque junto al chorrillo de la laguna y la llanura que parece plata, son únicos.

Porque único es el trozo de sierra aquí, en el silencio de estas cumbres, donde no llega nadie más que el viento, el sol, la nieve en invierno y yo que soy el dueño. Por eso lo quiero tanto, por eso lo veo como si fuera un sueño dulce. Y para que siempre siga igual de inmaculado, no voy a decir dónde se encuentra. Sólo Dios

y yo sabemos del lugar por donde corre el chorrillo de la laguna, que entre cumbres, es azul transparente.

EL BORBOTON DE NAVAHONDONA

Seguimos nuestra ruta explorando el centro del tapiz verde de la nava. Y en mitad del paraíso que, además, es llanura, hoy, lo que rebosa es tranquilidad. Más en su centro nos encontramos con el manantial. El pequeño regato de cristal que corre camuflado entre sabinas rastreras. Nace bajo el pino de la copa ancha y el tronco gordo. No totalmente en medio de la llanura sino algo al saliente.

Ahí se mece el charquito cristal, arropado por la fina sombra del pino y casi tapado, por los lados, de tallos de enebro y a su alrededor, por hierba espesa. Lo miras y es todo luz. Ni siquiera parece que hubiera agua de tan fina. Este charco parece que hace honor a lo que son los mil veneros que manan entre las rocas calizas de estas sierras. Es lo que dicen los libros: si son calizas, el agua tiene que ser cristalina y como esta agua casi siempre antes ha sido nieve y no lluvia, al bajar de las cumbres por los arroyos o brotar en las praderas por las fuentes, no sólo no pierde su pureza de nieve sino que la pule al rozar

las rocas y se hace viento. Este recogido charco es un ejemplo de ello.

En el rinconcillo oscuro de la parte de arriba, junto a la sombra de la rama del enebro, brota el cristal. Parece como si estuviera hirviendo por los borbotones que saltan sin parar. Lo miras y no te lo crees. Por el pequeño agujerito que se abre en la tierra y no en la roca como ocurre en otros sitios, fluye la abundancia que enseguida se hace charco y al rebosar, es arroyo cortando la pradera. A cada borbotón que ni sabes dónde empieza ni dónde termina porque toda es un puro caño de borbotones apiñados en unos casos y enfilados en otros, la tierra se mueve, tiembla, se abre, se cierra, se va para el centro del charco, se precipita en el fondo donde parece va a dormirse para siempre. Pero no se posa porque el siguiente borbotón la empuja y el de atrás le da otro achuchón hasta llevarla al hilillo que ya es la corriente que rebosa y comienza a irse, silenciosa, por el surco y los pequeños recovecos del regato.

Sigues mirando y el manantial regurgita sin parar borbotones limpios que se expanden y se duermen. Sientes el deseo de agacharte y beber, no porque tengas

sed sino porque al verla tan limpia te parece deliciosa. Te encorvas y con la mano recoges un puñado. Enseguida descubres que aún es más limpia de lo que veías y más fría que cuando era nieve por la cumbre.
- ¿A qué sabe?
- Bebe y te convences.

Desde luego sabe a agua pero tiene un no sé qué que la hace distinta al agua que habitualmente bebemos en el mundo civilizado.
- No podría ser menos y, además, madurada en el silencio de estas montañas, dormida en la oscuridad de estas tierras salvajes y contenida no en tubos de plástico o hierro sino en venas de arcilla y en cuencos de hierba.
- Me la bebería toda porque eso es lo que me parece que grita.

Por el fondo del charco, si miras despacio, verás los renacuajos que nacieron hace solo unos cuanto días. Si los coges en las manos te asombrarás de belleza tan chica, tan frágil y tan perfecta. ¿Cómo es posible que a estas alturas, en aguas tan frías y en soledades tan densas se da la vida en forma de tanta delicadeza? A lo mejor no lo hubieras creído pero si lo ves con tus ojos y lo

coges en tus manos con un puñado de agua, te convences aunque sigas sin creerlo. También si lo ves con tus propios ojos te convences de que junto a este juguetón pero espléndido charco de borbotones en el centro, se remansa otro igualmente pequeño que le supera en esplendor. Te creerías que es una laguna en miniatura porque dentro de él crecen tantas plantas que más bien parece un jardín de juguete encerrado en una ola de agua verde-azul. Son plantas acuáticas y esto también te puede extrañar donde por la altitud, el frío por las noches, incluso ahora ya en pleno primavera, se siente con fuerza. Lo miras y como la pradera, la alfombra de la pradera, los pinos de la ladera sur y la crestería de la cumbre enfrente, te reclaman a gritos vivos, no sabes si seguir, quedarte, observarlos, bebértelos o dividirte para morir y no irte jamás.

- ¡Pero mira el surco!

Viene rasgando la llanura por su centro desde la ondulación en que arranca esta pradera y el Barranco de los Teatinos. Te crees que el surco es de esos que hacían los arados tirados por mulos cuando araban estas tierras para sembrarla, y aunque casi es igual, resulta el canal por donde, en la época del deshielo, baja el agua de la

Loma de Gualay. Porque la loma está aquí, a la izquierda por donde han arañado la pista que desde el Nacimiento lleva a Puerto Llano y al Cabañas. Por ahí crece el pino de las Tres Cruces, el Puerto de Juan Baco y los Prados de Gualay. Algún día nos iremos por las soledades que tan recorridas, soñadas y amadas tengo.

Te impresiona el color de la tierra que el surco del centro deja al descubierto. Es roja, arcilla, caliza desmoronada, hojas del bosque podridas que por eso es también negra y blanca pero roja. Sólo el centro del surco y las dos pequeñas laderas porque ya en lo alto también crece la hierba que en un amplio manto cubre la inmensidad de la pradera. Desde la pista que sube al Cabañas, antes de la curva del Pino de las Cruces, sale la que viene por donde hemos subido, que cuando pasa por la nava, aquí donde se abre el surco, no quiere venirse por el centro y la bordea.

BAJO EL ROBLE MILENARIO

Como tantas otras cosas en estas sierras a veces tienes la impresión de que se repiten. Crees que este roble lo has visto ya por otros sitios; por Fuente del Roble entre el río Aguasmulas y el Arroyo de las Espumaredas;

por Roblehondo entre el río Borosa y Arroyo Frío, por Peñón Quemado, cerca del Cantalar; por Peña Rubia, entre Las Albardas y Peña Corva o por el Barranco del Guadalentín cerca del Vado de Las Carretas. Pero si te paras y observas con cariño, siempre descubres que no son iguales; que se parecen pero son diferentes en infinitos matices. Ningún roble es igual a otro ni los pinos y menos aún los manantiales o las infinitas variaciones de la luz que sobre ellos se desnuda.

Nuestro roble, el que al ver esta tarde me ha llenado de asombro, crece en la misma puerta de la que fue casa del Puntal de Ana María. Pegado mismamente a las paredes. Y esta tarde, aunque el edificio ya está abandonada, casi caído y lleno de zarzas por doquier, lo he visto plena de vida. Y aquí, bajo la sombra espesa que tiembla al paso del viento, juegan los niños.

Bueno, el hermano mayor juega con el casi trocito de cielo que es la hermana pequeña. Como el hermano ya roza los quince años, se conoce, porque lo tiene muy andando, estupendamente todo el rincón. Sabe por dónde va la senda que desde aquí baja al Cortijo de las Acebadilla, sabe cuál es la subida más fácil para llegar a

lo alto del Tranco del Lobo y sobre todo se conoce a fondo el bosque, las praderas y los enebros. Por eso él, esta mañana, antes de ponerse a jugar con la niña, lo primero que ha hecho es cortar un buen manojo de hierba fresca. Bajo el roble la ha amontonado y cuando el trocito de cielo con ojos de viento y sonrisa de manantiales se ha venido al juego del hermano, éste lo primero que hace es casi comérsela. La tumba en la blandura de la plena primavera que para ella ha amontonado bajo el roble y le dice que se la quiere comer toda entera empezando por la nariz, por la cara y por la barriga. La muñeca se deshace en risas y gritos gozosos y como es todavía tan frágil, tan casi copo de nieve cayendo suave, casi no sabe defenderse. Ríe, alza sus manos y de vez en cuando llama a la madre.

En la pila de cemento que por la parte de abajo del roble construyeron, lava ella. No le hace apenas caso porque sabe que no pasa nada; todo es un juego. Pero ella tiene un ojo en el agua y la ropa que lava y otro en los hijos que juegan envueltos en la caricia del viento que recorre la montaña. La madre, aún en este mundo de soledades, rocas y bosques, es feliz. Más feliz que ninguna madre de todas las que viven en la tierra. El

chorrillo de agua limpio que baja de las cumbres, el roble que se mece, el río que canta y el cielo azul mañana y tarde, no es gran cosa pero sirve como palacio para que sus niños crezcan, rían, jueguen y estén llenos de vida. Por eso la madre, que en lo material si es pobre, en lo espiritual y bendición del cielo, hoy, se siente profundamente rica y es feliz.

EL MANANTIAL DE LAS FANTASIAS

Primero se ve el cortijo. A la izquierda del arroyo, sobre una pequeña ladera, casi colgado frente a la corriente, se alza sencillo pero lleno de majestad. Segundo, es la pradera de tupida hierba, a la derecha del arroyo, frente al cortijo y en la lomilla que sube para la parte de atrás. Tercero tenemos la lomilla por la parte de atrás, cuando ya sube hasta lo alto y se convierte en llanura más amplia. Hay aquí una tierna pradera, un denso bosque y por el lado del arroyo, que comienza en lo alto, un macizo de rocas con grandes bloques y al lado el castaño. Por debajo de las rocas, entre el ampuloso castaño y la primera pradera de tupida hierba, nacen los veneros. Pero esto es punto y aparte. Luego te contaré.

Lo concreto es la cascada que se despeña desde la roca grande donde crece el castaño. Luego nos queda el primer charco, casi laguna inmensa con sus cuevas y el verde oscuro del agua. También está la corriente que de aquí sale, los peces que desde el charco se van corriente abajo y la fantasía del misterioso lugar que parece como si no existiera de tan maravilloso y dulce.

En aquella ocasión, nosotros subimos por el lado del cortijo y como eran las primeras horas del día nos encontramos con que el pastor se disponía a darle suelta a las ovejas. Estaba abriendo la puerta del corral y como nos dijo que las iba a llevar por el lado derecho del arroyo a las praderas de atrás, la última o la primera si venimos desde más arriba, desde la gran cordillera que es donde ya descansa el horizonte, nos fuimos con él. Subimos la cuesta y cuando llegamos a donde duermen las rocas y empieza la cascada, nos metió por ellas. Pasamos por debajo del castaño que hoy estaba frondoso y aunque no es tiempo de castañas instintivamente miramos por si acaso todavía podíamos encontrar algunas entre las hojas secas del suelo. Queremos preguntarle al pastor cómo es que aquí crece un árbol como éste y de esta especie pero sabiendo de las muchas sorpresas de estas sierras,

seguimos en nuestro silencio aceptando que a partir de hoy conocemos tres secretos más de las riquezas de estos montes.

- Asomaos y veréis.

Nos pide con el entusiasmo del que muestra a los amigos el mejor secreto de su vida. Lo que nos estaba diciendo es que subiéramos a la roca donde nace el primer venero.

- Exactamente ahí, debajo de las piedras gordas por donde crece el castaño, es donde brota; el segundo sale de aquí, justo de debajo de nuestros pies y el otro a la derecha.

- ¿Cuántos son?

- Más de tres para comenzar, es decir, los que alimentan el arroyo desde su comienzo porque luego, a lo largo de la cascada son casi veinte o quizá más.

Desde la roca el espectáculo es grandioso. Además del agua que revienta por los veneros se ven las grutas por donde en su oscuridad brotan muchos de ellos, la pared rocosa por donde caen y por donde se van juntando los mil chorrillos según se despeñan y las cortinas azuladas con reflejos de nieve que se quiebran, se abren y se mecen al viento. Cuando ya por fin se

rompen en el charco parece que acaba el espectáculo pero no es así; es ahora cuando empieza otro, el mejor, el más bello. Al verlo, no sé por qué, me acuerdo de la cristalina fuente que tan soñada tengo por el nacimiento del Guadalentín pero sé muy bien que esto no es aquello. Ni siquiera mucha gente sabe donde duerme este rincón.

A lo largo del día el pastor nos lleva a cada uno de los trozos que él tanto quiere y por fin, cuando ya cae la tarde siembran de infinitas luces los bosques, nos explica el sistema que siempre usó para pescar los peces que tan abundantes siguen siendo en este charco. En la estrechura de la corriente, donde a un lado existe una roca y al otro una minúscula playa de arena, él pone el artilugio fabricado con cañas o ramas delgadas de pinos o cualquier otro árbol. Es como una cesta alargada, algo más ancha por arriba que por abajo. La mete en la corriente poniéndola de tal manera que por la parte ancha, al principio, sí le entra mucha agua pero como tiene inclinación, el agua se le va saliendo poco a poco hasta quedar completamente seca.

- Si por aquí baja algún pez, en cuanto se le acaba el agua, como sigue escurriéndose, se va al final y como en el final no hay ni chispa de agua ya no puede subir. Ahí

me los encuentro cuando vengo cada mañana que algunos días cojo varios kilos.

Lo del pastor y los peces es curioso y, además, el rincón, las cascadas, el ruido del agua, el castaño en lo alto, el cortijo y las rocas. Es un espacio tan lleno, aquí rozando casi las nubes de la cumbre, tan alejado del resto de la civilización y tan extrañamente virgen y limpio que te deja de piedra. Lo recorres porque la curiosidad te empuja a ello pero aunque lo toques, lo abraces, lo pises y lo mires mil veces, no te lo crees, no sales del asombro.

DESDE EL OTRO LADO DEL TIEMPO

Junto al tronco del pino te paras y mientras respiras el fresco aire que desde el barranco asciende te refugia bajo el paraguas para que la lluvia que cae, no te empape. Miras y ves que no termina aquí la senda. Parece detenerse, un breve instante, sobre la leve llanura del collado y luego sigue subiendo. Por el mismo filo de la cumbre que se alargada buscando al Calarejos, se va la senda. Miras y a través del tierno y monótono crujido de las gotas que caen, te parece oír sus pasos.

Es el joven que camina, no subiendo ni bajando, sino detrás de su rebaño. Uno más de tantos días a lo largo del invierno, pisando la blanca y también fría capa de nieve y en algunos sitio, el hielo. A cada paso sus pies se hunden en la mullida alfombra y su calzado, que no zapatos ni botas sino esparteñas, se cubren de copos blancos. La carne la trae casi al aire y por los lados de las sandalias cuelgan trozos de hielo.

- Párate un rato junto a esta roca, coge una piedra de estas que por aquí ruedan y golpea esas esparteñas tuyas.

Le dices distraído, sin ni siquiera caer en la cuenta de que no puede oírte ni verte porque os encontráis separados en el tiempo. No puedes tocarlo pero tú sabes que existe una dimensión donde sí es posible encontrarse y hablar aunque la distancia sea grande en la escala temporal. Por eso oyes que te dice:

- ¿Y de qué me sirve quitar con una piedra el hielo que se ha cuajado en estas esparteñas mías?

- Tendrás menos frío en los pies.

- El frío será el mismo. Aunque me arranque el hielo, mis dedos seguirán helados.

- ¿Pero te has dado cuenta de la nieve que hay y cómo llevas esos pies? ¿Cómo se puede andar por aquí con

sólo unas simples sandalias de esparto, tejidas por ti mismo?

- Eso lo sé mejor que tú porque lo estoy sufriendo.
- ¿Y hasta dónde llega tu sufrimiento? Porque según estoy viendo, no parece pequeño ¿o es que ya tienes costumbre?
- A estas cosas uno no se hace nunca. Uno aguanta y aunque duela, sufre porque no existe otra salida.
- Pero si al menos tuvieras calcetines, algo te calentarían.
- ¿Quieres ver cómo tengo mis pies?
- Si es para que haga algo por ti, no quiero verlos. Sufro viendo lo que soportas y el dolor que en silencio llevas dentro pero no puedo hacer nada por aliviarte y aunque pudiera, no sé cómo.
- Tú tranquilo. Ninguna obligación tienes para conmigo. Pero para que lo sepas te voy a enseñar mis pies.

Junto a la roca del pino en que te has parado, el joven se sienta. Con una piedra rompe el hielo que alrededor de las esparteñas, lleva. Desata el cordón que sujeta las sandalias a los pies y se las quita. Se deslía unos trapos y aparece la carne viva. Por los tobillos y la

parte de arriba, grandes heridas rojas que sangran y por los dedos, más trapos viejos.

- ¿Estás viendo?

- Estoy viendo y no lo creo. ¿Cómo es posible que con esas llagas puedas andar por esta nieve y aguantar el dolor?

- Ya te lo he dicho. No hay otro camino.

- ¿Y los dedos tan envueltos en trapos?

- Congelados los tengo y por eso ni los siento. No te los enseño porque si me quito las vendas, con ellas se van los trozos de carne.

- Creo que un día te cortarán los pies. Tantas heridas y la congelación te los dejarán inservibles.

- Eso es lo que tú crees pero no será así. Cuando llego por la noche a mi casa de la aldea, siempre mi madre tiene preparado la olla con agua caliente. Eso me alivia. Luego me siento frente al fuego y con el calorcito de la lumbre, todo vuelve a otra realidad aunque al día siguiente tenga que echarme al monte para darle caro a los animales por estas laderas. Pero en fin, el invierno siempre es así y como ya estamos acostumbrados a luchar con la nieve, aunque sea duro, lo aguantamos.

Sereno, sin un quejido de dolor se vuelve a poner sus esparteñas. Se las ata y se despide de ti.
- Tengo que seguir con mi ganado porque ya ves que se me pierde por el monte. Si en otro momento nos vemos, charlaremos más.
- Pero antes de irte quería preguntarte algo.
- ¿Qué es?
- ¿Por qué los pastores de estas sierras ahora, le tenéis miedo a la civilización, a los tiempos modernos?
- ¿Eso es lo que a ti te han dicho?
- Es lo que a mí me han dicho.
- Pues te han equivocado.
- Ponme un ejemplo para que lo comprenda.
- Es sencillo y claro. Ven para acá.

Se muevo un poco para lo alto del puntal. Lo sigues. Se para y mira hacia el barranco del gran Borosa.
- Observa, frente a ti lo tienes.
Miras y como frente a ti sólo ves laderas pobladas de monte y por entre él y ellas, los arroyos corriendo, le dices:
- Tendrás que darme más explicaciones porque no veo lo que tú quieres. ¿Qué hay ahí?

- Si esperas un poco y miras despacio, verás a muchas personas sentadas. Cientos de personas sentadas sobre esas laderas contemplando el espectáculo.
- Sigo sin ver y sin entender. ¿Qué espectáculo es?
- Dentro de poco, la gran ladera que vuelca al río Borosa y que tan poblada de monte y surcada de arroyos ves ahora, no será lo que es.
- ¿Y qué será?
- Como un gran asiento, como un enorme graderío que prepararán bien para que los grupos de personas se sienten.
- ¿Y eso para qué será?

- Han visto que es bonito este río, han visto que tiene cascadas muy hermosas, han visto que está preñado de silencios limpios. Han visto que estas cosas gustan a los turistas y se dan cuenta de que esto deja dinero. Dentro de poco, ya muchos andan soñando y haciendo planes, abrirán carreteras, construirán llanuras para que aparquen los coches, levantarán miradores y junto a ellos, asientos y gradas. Harán mucha propaganda y en masa, dejarán que los turistas llenen estas tierras. Los sentarán mirando el Calarejo y hacia el río y los dejarán que se embelesen. Les dirán que por las

cascadas y los charcos del río Borosa, en otros tiempos nadaban las nutrias, anidaban las lavanderas cascadeñas y los mirlos acuáticos.

Les dirán que por estos montes que ahora pisamos tú y yo, vivían pastores que se pasaban el día siguiendo a sus rebaños y que en invierno, andaban por encima de las nieves con sólo unas esparteñas y los pies llenos de heridas y recubiertos de hielo. Les dirán que por aquí vivíamos nosotros refugiados en las covachas y comiendo requesón de cabra con pan duro o torta de pastor y entonces ellos, la gran masa de turistas, les preguntarán: “¿Y no habéis guardado en el museo algunos de esos magníficos pastores?” Les dirán que no y ellos responderán: “Pues es una pena, porque un pastor de esos es toda una bella pieza de museo. Ya no hay en estas sierras serranos como aquellos y nos gustaría verlos, tocarlos, charlar con ellos”. “Pues no os preocupéis que a lo mejor se puede hacer algo”. Les responderán ellos. “Vosotros sois los que mandáis. Los turistas sois los que venís a estas sierras a dejar dinero y por eso os damos todo aquellos que pidáis. Si lo que ahora queréis ver son pastores de los viejos tiempos con sus antiparras y sus esparteñas pisando hielo y nieve por entre estos

montes, no preocuparos que ya veréis como rescataremos alguno del pasado. Hablaremos con él. Le diremos que ganará dinero y que será una vida mucho más cómoda y divertida que la de guardar cabras por las montañas y ya veréis como acepta.

Lo convertiremos en una pieza de museo para que todos vosotros, cómodamente sentados en los asientos y miradores que hemos puesto por estas laderas, podáis gozar de las bellezas raras de aquellos tiempos. Pero, además, lo vamos a hacer bien. Le diremos al pastor, pieza única y verdadera de museo, que se vista como en sus tiempos. Que se ponga sus esparteñas, que se eche a andar por las verdaderas sendas viejas y que cuide a sus ovejas tal como lo hacía antes.

Así todo será más real, más vivo, más emocionante. Un pastor en vivo que camino por los montes de siempre con sus cabras de siempre pero ahora como en una obra de teatro: representando una función para que vosotros los turistas os lo paséis bien. Para que veáis que en estas sierras de nuestro Parque Natural, pensamos en vosotros para que no os falte de nada. Vosotros sois los que mandáis porque pagáis y eso es lo

que hay que cuidar. No preocuparos que ya veréis como arreglamos esto del pastor.

También vamos a procurar que cuando el pastor se mueva por este río, lo cruce andando por los vados de antes, que se bañe en los charcos de agua limpia en que siempre se bañó e incluso que pesque truchas y nutrias lo mismo que lo hacía en aquellos tiempos. Veréis vosotros qué cosas más bonitas y qué tradiciones más originales vamos a rescatar de estas sierras. Como el pastor siempre fue persona de poca cultura y no muy sabio, en cuanto le demos dinero, se pondrá a nuestra disposición para todo lo que de él queramos. Manejar a un pastor, es lo más fácil del mundo. Así que tranquilos porque no pasará mucho tiempo sin que tengamos montado por aquí los espectáculos que vosotros estáis pidiendo".

Estas y otras cosas les dirán ellos a los turistas y no crees que será una broma. Se pondrá mano a la obra y en un abrir y cerrar de ojos, la sierra entera y este río con sus barrancos y laderas, será un puro espectáculo. Turistas por aquí, turistas por allí, hoteles que ofrecen y venden hasta jabalíes domesticados que bajan de las

montañas a comer en presencia de los turistas. En fin, será para verlo y no contarlo.
- Y si eso que me dices se hace real y a ti te piden que colabores en forma de actor representando el teatro ¿qué harás tú?

- Claro lo tengo y rabia dentro de mí también llevo: no me venderé. No me doblegaré a ninguno de esos montajes y menos por dinero.
- Pero un pastor nuca ha sido rebelde. Tú solo contra tantos y contra la corriente que tan fuerte arrastra ¿qué podrás hacer?
- No me importa lo que pueda hacer. Actuaré como siempre he actuado: en armonía con mi conciencia y de acuerdo conmigo mismo. No me dejaré arrastrar ni comprar por ninguno de ellos y menos aún estaré de acuerdo con las cosas que no sean buenas para estas sierras por más que me digan que los turistas dejan dinero y crean puestos de trabajo.
- Pues ya verás como te quitarán las ovejas, te derribarán la casa o cueva donde vives y hasta te prohibirán que andes por este monte. Ya verás como te machacarán tanto que hasta te sentirás mal contigo mismo.

- No me importa. Lo que vaya contra mi conciencia, jamás nadie nunca podrá obligarme a que lo acepte.

Y, además, tengo pensado lo que voy a hacer para protestar contra las cosas que ellos quieren meter en estas sierras.
- ¿Y qué harás?
- Me iré a la carretera por donde pasan los turistas. Plantaré junto a ella una tienda para meterme por las noches y me pondré en huelga de hambre. Escribiré un letrero que diga: “Estoy en contra del destrozo que en mis sierran están haciendo. Soy un rebelde que no se somete a lo que ellos han decidido y por eso me he puesto en huelga de hambre. Llevaré esta postura mía hasta sus últimas consecuencias. Si es necesario moriré para que así alguien en estas sierras sea valiente de una vez, y, con todas las consecuencias, se oponga a lo que interesadamente los otros se empeñan en implantar. Soy un rebelde en huelga de hambre que está dispuesto a morir antes que consentir”.

- Pero eso será una actitud trágica que te hará sufrir mucho y más aún porque seguramente te encontrarás solo. Quizá todo el mundo se ponga en tu

contra y fíjate tú lo que eso es: muerto de hambre, sin un amigo que te apoye y, además, en estos lugares. Te lo aseguro, vivirás un calvario.

- Eso ya lo sé y todavía habrá otras cosas que agravarán más esta actitud mía: nunca por aquí un pastor se puso a defender las tierras donde nació con la valentía con que yo lo pienso hacer.

- Bueno, en esto no te doy la razón. Las noticias que tengo, me dicen lo contrario: si alguien en alguna ocasión defendió estas sierras oponiéndose a los mismísimos ingenieros, fueron los pastores de estas montañas. La historia se encuentra plagada de luchas de pastores en defensa de estos montes. Tú sabes que algunos han muerto en la cárcel y otros han muerto de tristeza recluidos en las casas de esos pueblos de colonización que le dieron. Los más valiente en estos montes, siempre habéis sido los pastores. ¡Hay que ver qué cosa!

- Pero lo mío será distinto. Mi enfado contra ellos no será sólo porque me quiten las ovejas y me derriben la cueva donde vivo. Será porque en principio no estoy de acuerdo en cómo están haciendo las cosas en el conjunto de estas sierras. Aunque como dices, me encuentre solo en esta lucha, tú imagínate qué profundo placer tendré

dentro de mí cuando en mi conciencia sienta que no soy un borrego como ellos. Que tengo la verdad en mis manos y que muero por ella antes que bajarme los pantalones y convertirme en pelele como tantos ahora por aquí. Ni siquiera esclavo del dinero aunque creo que más de uno vendrá a escondidas a ver si me pueden comprar.
- Eso es lo que te iba a decir: que te prepares porque la lucha será tremenda. Primero te ignorarán, te dirán que un pastor tiene poca importancia y cuando luego empieces a salir en los periódicos, más de uno vendrá a ti para convencerte con los más extraños artilugios y argumentos.

- En fin, ya me tengo que ir. Me has pedido que me pare contigo para responder a algunas de estas cosas que a ti te interesan, y lo he hecho. No sé si bien o mal o como tú querías o no. Te he dicho lo que ahora mismo siento y a mi manera y si no te convence ni estás de acuerdo, lo siento. No sé si los otros pastores de estas sierras piensan y son como yo. Tampoco me interesa mucho. Soy lo que soy y pienso y siento lo que ya sabes. Si nos vemos en otro momento seguramente tendremos la oportunidad de hablar de más cosas. Ahora me voy porque como los animales se empiezan a recoger bajo los

cenajos de las rocosas de las partes altas, en la covacha que allí tengo, me voy a refugiar y lo primero que haré, es encender una lumbre. Me sentaré junto a ella a ver si me caliento un poco estos pies y estas manos porque sino cualquier día de estos moriré de frío. Hasta otro momento y que tengas feliz recorrido por estos lugares. Aunque me encuentre al otro lado del tiempo, te felicito porque un poco estoy de parte tuya.

Le dices que lo comprendes y lo ves alejarse. Sube delante de ti recorriendo la misma senda y mientras lo ves irse, te sigue extrañando lo de siempre. Su alegría. A pesar de tanta dureza y tanta privación, a pesar de esos pobres zapatos de esparto que no quitan ni el frío y esos tan raros pantalones anchos, remendados y descoloridos, él lleva dentro de sí mucho gozo. Es feliz y se comporta como si entre estos montes tan llenos de hielos y nieve, tuviera su tesoro. Su gran tesoro que hoy por hoy, todavía ni sabes dónde se esconde ni cómo es.

LA CRECIDA DEL RIO

- ¿Qué quieres saber?

- Lo del pino redondo que al parecer creció por esta ladera ¿Fue o no cierto?

- De ese pino que se tragaba la niebla a mí me hablaron las personas mayores a los cuales se lo habían contando sus abuelos y a estos a la vez, sus bisabuelos.
- ¿Pero fue verdad la existencia de ese pino?
- Se existencia fue en un tiempo muy remoto y de ello yo no tengo más información que la que me contaron las personas mayores.
- ¿Y qué te contaron ellos?

- Me contaron que el pino era grande como un bosque entero. Por lo visto crecía en esta ladera y como era redondo, más bien bajo y de ramas abiertas, el pino al parecer, cogía media ladera. Desde cualquier sitio que se viera la solana lo que más destacaba en ella, siempre era el pino. Verde en todas las épocas, con una lozanía que todo el año parecía estar vestido con la primavera más radiante y formando como una gran bola su copa por arriba.

Tanto era así que al parecer en el gran pino se refugiaban casi todos los pájaros de estos bosques. Los cuervos donde junto con las grajas y los rabilargos, a todas horas tenían ahí una gran escandalera. Los picapinos, los carboneros y los arrendajos también

llenaban sus espesas ramas y de vez en cuando, una gran bandada de palomas bravías. Al parecer, cuando llegaba la primavera, todas las aves que volaban desde la llanura a la ladera y desde la ladera a la llanura, su lugar de descanso, siempre era el pino. Algo así como si dividieran el recorrido en dos etapas.

A los otros animales, vacas, ovejas y cabras, siempre les sucedía igual. Al bajar o subir por esta ladera, buscaban el pino y a su sombra, descansaban tranquilos para luego seguir. Pero el pino, grande al parecer, donde de verdad mostraba su gran misterio, era en la niebla. Cuando en invierno, según te decía antes, estas cumbres y barrancos se cubrían de nubes y llovía intensamente, al alzarse luego las nieblas, el pino era todo un espectáculo. Dicen, que yo no lo he visto pero en más de una ocasión me lo he llegado a creer de verdad, que desde el barranco este de las malezas de las Canales, la cumbre de la Lancha de Bonifacio, Fuente de Piedra, arroyo Frío, el Fraile, los Almagreros y el Portillo de la Escalera, la niebla se alzaba formando grandes vellones alargados.

Se alzaba desde el bosque como si diera la impresión de querer elevarse por lo alto de las sierras

para irse viento adelante a otros rincones del mundo pero no era así. Cuando ya esos hermosos vellones blancos se habían concentrando y comenzaban a moverse a cierta altura sobre el bosque, ladera abajo hacia los valles, de pronto ocurría el fenómeno: como atraídos por una magia poderosa los chorros de niebla empezaban a caer rápidos y en picado buscando el centro de la gran copa del pino. Algo así como si entre las espesas ramas de este verde y majestuosos árbol existiera una gran aspiradora y con fuerza chupara la niebla hasta tragársela.

Cuando esto ocurría, todo el mundo en el valle y en las cumbres de estas sierras, dejaba su trabajo y sus cosas para quedarse absorto frente al pino viendo como éste se tragaba la niebla a chorros. Desde todos los puntos del valle y de los barrancos acudía la niebla como atraída por un fuerte imán y clavándose en picado en el centro de la copa, desaparecía para siempre.

- ¡Claro, así está tan gordo y tan verde!

Decía la gente cada vez que ocurría aquel fenómeno. Y tenían razón: al parecer el pino no se secaba ni perdía su lozanía en ninguna época del año. ¿Y sabes una cosa más?

- ¿Qué hay más sobre este pino?
- Pues que como era tan grande y a la sombra se estaba tan fresquito en los meses del verano, allí dicen que se juntaban siempre los pastores y los vaqueros en los días en que ellos empezaban a agruparse para ponerse en “verea”: trashumar de las tierras bajas a las tierras altas y al revés. Bajo la sombra del pino planeaban ellos siempre las veredas con sus animales y luego cuando volvían, al llegar el invierno, de nuevo se juntaban para celebrarlo.
- ¡Hay que ver qué cosas y sobre todo lo de este pino tragón de niebla!
- Lo que te he dicho es lo que yo sé de él.
- Y andando el tiempo ¿qué pasó de aquel pino?
- Junto a él crecieron otros que se hicieron grandes y como por allí cerca había un paso en el río, la gente le empezó a llamar al rincón “El Vado de los pinos buenos”.

El Vado de los Pinos Buenos siempre fue un lugar importante. Lo conocía todo el mundo por estos rincones de la sierra y los que mejor, los habitantes de Bujaraiza. Y el Vado de los Pinos se encontraba ahí mismo, donde los caminos que bajaban río adelante desde Cazorla a Hornos, cruzaban el cauce. Y lo cruzaban por el vado ya que en aquellos tiempos no existía, por este rincón,

ningún puente sobre el Guadalquivir para que los serranos lo atravesaran al ir de un lado a otro.

Aunque sobre el Guadalquivir sí había algunos puentes que se construyeron para sacar los troncos de pinos que en estos montes se cortaban pero aquellos pasos fueron escasos y casi nunca coincidían con los caminos que iban a los cortijos o aldeas y bastante fueron tan provisionales que duraron el tiempo justo que necesitaron para llevar los troncos de un lado a otro.

Así que en el Vado de los Pinos Buenos, aunque por ahí cruzaba uno de los caminos más importantes de aquellos tiempos en estas sierras, no había ningún puente. El camino atravesaba por el vado y había que meterse en el agua para cruzar al otro lado cuando el río no iba muy crecido. En los días de las riadas, había que atravesarlo montado en bestias y cuando la riada era total, nadie podía pasar de un lado a otro. Y el Vado de los Pinos Buenos, se encuentra ahí, en lo hondo del valle, por encima de los cortijos de Padilla y más abajo de la casa forestal de Los Casares. Se llamaba aquello así, ya te lo he dicho, por los pinos tan recios que en el lugar crecían. Un pequeño bosque de pinos donceles que se

doblaban para el lado del barranco llenando la ladera de sombra y frío. Por la presencia de estos magníficos árboles era por lo que a aquel rincón le empezaron a llamar “de los Pinos Buenos” y lo del vado por el remanso que el río formaba a cruzar por allí. Aquello era como uno de los puntos claves en el centro del valle por el camino, el vado y los pinos y porque las tierras que a un lado y otro quedaban, eran las mejores de la vega. Así que mucha gente conocía este rincón porque casi todo el mundo, por el vado de los Pinos Buenos, había pasado alguna vez.

Y aquel año fue un invierno de mucha lluvia. Llovió durante casi todo el otoño sin parar un día detrás de otro mientras los montes permanecían cubiertos por las nieblas mañana tras mañana y los valles se llenaban también de densas nubes. Comenzó a chorrear el agua por las laderas y las cascadas empezaron a bramar a lo largo de las oscuras noches que no eran frías pero sí húmedas y repletas de manantiales.

Llovió durante todo el mes de diciembre, el mes de enero completo y cuando llegó mediado de febrero, todavía las lluvias seguían sin parar. Y por aquellos días,

los dos últimos antes de la gran crecida, aún fueron más torrenciales las lluvias. Durante dos días y dos noche estuvo cayendo el agua sobre montes y barrancos y de tal modo que aquello ya no eran lluvias sino puras cascadas que desde las nubes se derramaban densas y cargadas de transparencia. Algo como pocas veces se había visto en estas sierras, según contaban los habitantes de las aldeas y cortijos.

Pero al tercer día cesó la lluvia y al amanecer por la mañana el cielo apareció limpio de nubes. Salió el sol y llenó de luz los campos y aunque los campos chorreaban agua por cañadas y arroyuelos, aquel día parecía nuevo, de primavera recién estrenada, donde sólo existía la luz, bosques verdes y el rumor íntimo de los manantiales. Por eso el joven se fue por el campo, en compañía de una amiga suya y en la ladera, más arriba de Los Pinos Buenos, se sentaron frente a la corriente del río. Y es que la corriente del río bajaba fabulosa y ancha como nunca ellos la habían visto. Toda repleta, grande como un mar, teñida de chocolate y formando olas que daban tumbos, rompiéndose por las orillas para luego volver y morir en el centro.

- ¿Será este el último día?
Preguntó la muchacha al joven.
- Seguro que es el último día en que vemos el Vado de los Pinos Buenos. Tanta agua trae hoy el río que ya el pantano se va llenando. Avanza por la llanura valle arriba y empieza a cubrir las tierras y el camino que atraviesa el Vado. Hoy será el último día.
- Es que es tremendo como baja el río.
- El río viene que no cabe en el cauce y aunque también es realmente bello, viéndolo desde aquí, sobrecoge el alma. ¡Qué espectáculo más profundo y misterioso!

Y ciertamente fue verdad: tan enorme fue la crecida del Guadalquivir aquel día, que antes de que se pusiera el sol las aguas ya habían cubierto las tierras del Vado de Los Pinos Buenos. A lo largo del día, poco a poco fueron desapareciendo ante los ojos del joven y de la muchacha. Ya nunca más volvió nadie a ver ni el camino ni el vado y tan olvidado con el tiempo ha ido quedando aquel rincón, que ahora nadie sabe que en ese rellano existió. Pero ahí sigue, oculto bajo las aguas del pantano pero para mi y otros, ya siempre el lugar será “El Vado de Los Pinos Buenos”.

LA ENTRADA AL RÍO BOROSA

Es como una gran foto, desenfocada a los lados y en el centro clara.

- ¿Tú nunca has visto esa entrada?

Te ha preguntado el joven cuando hace un rato charlabas con él.

- Nunca. Siempre que vine por aquí, sólo vi la actual explanada de tierra. Coches parados; gente vestida con raros atuendos, haciendo fotos unos, metiendo los pies en el agua, otros, subiendo en grupo por la pista del río, algunos y bajando, también otros. Corriendo, gritando... En fin, tú ya sabes. Luego vi la cadena cortando la pista para que los simples turistas no puedan pasar, los que organizan excursiones en todoterreno que sí entran y salen con sus coches cargados de gente y así. Estas cosas en más cantidad o en menos cantidad, de pende del día y de la época, es lo que siempre he visto en este pórtico que da entrada al río Borosa.

- Pero debes comprender que las señales que me estás diciendo es lo normal en los tiempos de ahora. Lo que ve cualquier persona de los que por aquí vienen. Debes saber que el río existe antes que nosotros y que

nuestros abuelos. El pórtico del verde y de la luz mayor, corresponde a los años aquellos.
- ¿Y cómo era ese pórtico?
- Lo mejor es verlo. Cuando se llega a la explanada de “Los Coches”, si te detienes y miras con calma y con profundidad, puedes tener la suerte de ver lo que ya nadie vez y muchos desconocen.
- Y por si no tengo tanta suerte, a tu manera ¿cómo me lo describirías?

- Te sitúas en el comienzo de la explanada, miras barranco arriba, en la dirección en que baja el río y no se ve ni la pista, ni la cadena, ni los coches, ni la gente. Sólo una humilde senda que aparece por entre el monte y te asombra. Da la impresión que surgiera del fondo denso de un mundo misterioso por donde lo que más te sorprende es la oscuridad. Una espesa oscuridad verde, arropada por la suave sombra de los barrancos y resaltada de fondo por el bramido de las cascadas. ¿De dónde viene esta senda? Es lo primero que te preguntas por el asombro que te produce.
- ¿Y de dónde viene?
- Nadie lo sabe. Bueno, sí lo sabe alguien: los serranos que desde tiempos remotísimos vivieron por entre las frías

sombras de los bosques de las profundidades. Sólo ellos lo saben y sólo ellos podrán contar los secretos del profundo y misterioso mundo del que viene la senda que asoma por este primer tramo del río Borosa.
- ¿Y tú me dices que aún hoy en día se puede ver el magnífico espectáculo?
- Se puede ver pero ya te lo he dicho: antes hay que desnudarse de mucho y mirar con ojos nuevos. Hay que saber escaparse de la fachada presente que allí ahora existe y penetrar por las umbrías del tiempo. Y sobre todo, hay que no ser parte del mogollón de la gente que por aquí viene. Hay que escaparse de ellos y quedarse en la soledad, frente al misterio del espíritu y el silencio que mana de los bosques de estos barrancos.

Y claro, en tus primeros pasos esta mañana al comienzo de la pista que sube por el Borosa, te has encontrado solo. Nada más que las cascadas que caen empujadas por el agua de la lluvia de estos días, el quejido del río que baja repleto, la lluvia que ahora empieza a caer y el silencio del bosque que chorrea y chorrea como si rezumara misterio. Te has encontrado solo y en el momento en que te dispones a recorrer el río, se te abre el gran pórtico. Un fondo frío y oscuro que

parece no tener fin, por donde los bosques son densos y las cascadas resuenan. A los lados el conjunto queda desenfocado como si no existiera más mundo que este frontal mágico por donde penetra la senda. Como si fuera un sueño cuajado de fantasía, hacia el cual te sientes atraído, fascinado por su dulce belleza.

Así que te pones en marcha sin arredrarte por la lluvia. La pista que ha roto la hermosa ribera del río y por donde hoy en día van y vienen los turistas, te queda de fondo y tú ni las rozas. No te interesa porque no es bella ni te gusta y demás porque se alza soberbia y está manchada. Es el fruto del progreso que los humanos han traído por aquí, en estos tiempos modernos, y por eso es violenta, destructora y hasta un poco cruel.

Tu camino, el que fue siempre de ellos y gozosamente se te abre para que lo recorras, también se va río arriba. Sostenido a la izquierda por el verde del monte que chorrea de las laderas y a la derecha y el centro, por las espumas de las aguas que el fluir de las cascadas que saltan por los barrancos, elevan. El río baja hoy tremendo. Como tú antes nunca lo has visto. Como siempre fue y bajó cuando era amigo de los serranos.

LOS MATICES DE LA SIERRA

Por ejemplo, cuando llega el otoño, en las sierras, muchas cosas tienen nuevos tonos y matices. Caen las primeras lluvias y el bosque cambia de color aunque sigue siendo verde, cuando las hojas se lavan, parecen otras. Se oyen los bramidos de los ciervos tanto en los barrancos como en las laderas y cañadas. Es el celo y los animales tienen sus instintos por eso de la perpetuidad de la especie y demás. Se ven las nieblas matinales llenando los barrancos hasta que viene el viento y se las va llevando por las laderas y luego por las cumbres. Se oyen y se ven todas estas cosas y aunque la sierra es la misma, en estos días parece otra. Como un país lleno de magia por donde los sueños revolotean libres y se estiran divididos entre los últimos calores del verano y los primeros fríos del invierno.

Primero, al caer la tarde, el cielo se llena de nubes negras. Puede soplar el viento y arrastrar con rapidez, por encima de las cumbres, los jirones de estas nubes. O puede que no sople el viento sino que estando todo en calma, las nubes aparezcan desde detrás de la cumbre y se remonten como si quisiera cubrir toda la sierra. A

veces cruje un trueno y parece como si los barrancos se desplomaran a la vez pero no pasa nada. Es la característica propia del trueno de la sierra. Puede que luego ya no crujan más truenos ni brillen más relámpagos y en cuanto se haga de noche comienza a llover. Al principio con suavidad para ir poco a poco aumentando hasta llegar a una lluvia torrencial.

La casa, que es un cortijo chico construido justo sobre las rocas cerca del arroyo, queda perdida entre la densa niebla y la oscuridad de la noche. Pero como, además, llueve y de una forma espantosa, la casa ni se ve desde ningún sitio. Cómo se va a ver si parece perdida entre una gran ola de agua. Pero como la casa se alza sobre la roca y ella misma es una roca, el agua de la lluvia chorrea a raudales. Como si fueran caños que se escapan de lagunas y locos bajan por las laderas buscando los arroyos y los valles. La casa, ya he dicho que no se puede ver en estos momentos pero si tú la vieras desde el lado este que es la parte más bonita, dirías que es algo mágico. Que no son imágenes reales sino que salen de un sueño, de una fantasía que existe sólo en películas o en sueños. Porque desde aquí, desde el lado éste, siempre la coges desde lo alto; recostada sobre las

adelfas del arroyo, aplastada por entre las rocas que suben hacia la pista y en primer plano.

Como sino existiera nada más en el contorno que la pequeña casa que tienes antes tus ojos y las rocas que en forma de lastras sirven al mismo tiempo de acera y calle asfaltada con piedras naturales por y para los habitantes del lugar. Pero como además de oír, ves y hasta puedes tocar el manto de agua que por un lado y otro se desliza ladera abajo, frente a esto, aunque la noche sea de lluvia cerrada no creas, que casi te gusta quedarte aquí y gozar un fenómeno tan único y original como éste.

Parece irreal pero es una verdad profunda que hierve y late en toda la sierra cuando llega el otoño. Quizá no lo conozca mucha gente porque andar de noche por estos montes cuando caen lluvias tan torrenciales y por sitios como este donde se alza la casa, no es fácil ni tampoco apetece demasiado. Pero digo que son reales los manantiales y los arroyos que por estos cerros corren. Otra cosa es al día siguiente de esta noche de lluvia. Puede amanecer un día glorioso, sin nubes en el cielo y entonces son las nieblas las que llenan los valles y

barrancos. Los habitantes de la casa pueden asomarse a la puerta y quedarse aquí frente al campo mirando como aún todavía corre el agua por los regatos y dudando si deben o no abrir la puerta de la tinada para que el ganado salga a pastar. Aunque ya no llueva, todo aparece mojado, tan chorreando, que es mejor esperar a que el día avance algo.

Así que es verdad: Cuando llega el otoño, la sierra con sus bosques, nubes y valles, tienen cosas nuevas. Tonos y matices cargados de belleza que en nada se parece a la de las otras épocas del año. Ni es fácil gozarlo en un sólo día ni tampoco se puede contar, aquí y ahora, con cuatro palabras.

EL FRESNO DE LA CANALIEGA

La Canaliega es una cerrada: angostura en la corriente de un río o arroyo, y en este caso es un arroyo. Es el más bonito arroyo de toda la sierra del parque; el de los Tornillos. La Canaliega se encuentra justo donde este cauce se entrega al Río Guadalentín. Tendrías tú que venir conmigo un día y ver qué bonito es este rincón. Tiene un charco que es una auténtica maravilla. Bueno, tiene más de un charco; por lo menos diez que superan la

categoría de charco corriente. Tiene, además, muchas cascadas con aguas muy limpias, dos profundos cortados a ambos lados que son de lo más bello que puedas encontrarte por ningún sitio y el agua que por aquí corre es limpia; una maravilla de agua transparente y delicada.

Para convencerte no tienes nada más que venir por aquí, subir las primeras rocas por el arroyo arriba que presentan una dificultad regular y cuando ya no puedas seguir más porque la dificultad es total, ahí se remansa el charco. Enseguida te entran ganas de bañarte y más aún si es verano. Te lo digo porque a mí eso es lo que me ha pasado en más de una ocasión. De aquí que tenga recuerdos tan emocionados de este lugar. Con mi amigo el montañero, el que ya descansa en la eternidad, muchas veces hemos obligado a nuestra ruta a pasar por aquí para refrescarnos en este vibrante embalse de agua casi azul. En el centro del charco, de pie, se ponía él y quedando cubierto por el agua se les veían los dedos de los pies con nitidez. Es esta la imagen que siempre recuerdo y me sirve para ilustrar o explicar la transparencia de la corriente del arroyo de los Tornillos de Gualay y más aún, la del gran charco.

Una vez que has terminado tu baño, nosotros nos íbamos cauce arriba subiendo por unas escaleras de madera que allí había. De ningún otro modo se hubiera podido subir de no haber existido las escaleras de madera. Y estaban clavadas en el frontal de las rocas porque más arriba, donde empieza la cerrada, construyeron un acotadero: cercado de red o tela metálica donde los animales entran a beber y son apresados para llevárselos a otros parques o para alguna prueba científica. Que una vez apresados en aquel estrecho, cabra montés o un ciervo, sacarlos hasta la pista forestal, era otra odisea. Pero la escalera se fue pudriendo y como parece que también abandonaron la práctica de apresar animales, el tiempo, el agua y el viento se han ido encargando de poner las cosas en el lugar que siempre estuvieron. La escalera de tablas está podrida y rota, la caseta, que también fue de tablas, anda destrozada, los alambres se oxidaron y algunos ya se partieron en trozos y se ven por entre las rocas dando tumbos.

Pero quería hoy llevarte por aquí algo deprisa para no perdernos demasiado en las cosas e irnos a lo que pretendía desde el primer momento: el fresno que he decidido llamar de la Canaliega por lo de la cerrada. En

cuanto dejas atrás la cerrada y subes dos metros por el arroyo, te lo encuentras. Aunque no sepas ni cuál es ni cómo es, en cuanto lo veas al instante lo reconoces. Porque algunas señas de identidad propias son: que se tumba curvado para el lado del arroyo, cae hacia un charco que a pesar de parecer que se desploma hasta rozar la superficie, como es bastante grueso, se sostiene con gallardía. En cuanto llegas al lugar y lo ves lo primero que sientes es un irresistible impulso de subirte por la joroba del tronco. Como es tan grueso y se ha tendido tanto para el charco sin ninguna dificultad asciendes por él y te quedas sentado el centro del remanso con los pies colgando y rozando el agua.

Otra cosa es que sea verano; entonces lo primero que se te ocurre es usar este tronco de trampolín para zambullirte en el agua que por otro lado es bien profunda. Lo sé bien porque mi amigo y yo lo hemos probado casi siempre que por aquí pasábamos. Tiene su encanto y te lo pasas mejor que en las piscinas de las ciudades.

Dicen que el fresno es el árbol del ganado porque sus ramas son tradicionalmente aprovechadas como pasto para las ovejas y las cabras. Dicen que pierde las

hojas en invierno y que las flores forman ramilletes opuestos sin cáliz ni corola. Florece en primavera y se cría en los bosques húmedos. Sus hojas son laxantes, diuréticas, contra el reuma y la gota. Son valeroso un remedio contra el veneno de las serpientes, tanto que en lo que ocupa su sombra, nunca se ve animal venenoso. Sus hojas aplicadas en forma de emplasto y servidas con vino, también el zumo sacado de ellas, socorren a los mordidos de las víboras.

En fin, que el fresno, como tantas cosas en estas sierras, es una joya y si hablamos de nuestro fresno de la Canaliega, es una joya más perfecta aún. Lo gocé yo aquellos días y lo recuerdo hoy con tantísimo cariño que sólo eso, recordarlo, me emociona.

Y LA ETERNIDAD

Como parado, como escondido entre el viento para el gozo de aquellos que no tienen su tesoro en este mundo. Porque pasado el tiempo todo vendrá a su verdad.

Que en cuanto llegas a la hondonada te envuelve como un aroma, como un hálito invisible que te hace

sentir la realidad que hay más allá de lo que ves y tocas. Por ejemplo: viniendo senda arriba que, por el arroyo llega desde el gran valle, ves a un grupo de personas que se acerca. Han tardado un día entero en llegar desde la otra cortijada y ahora, aunque van casi al borde del precipicio, no sienten ni miedo ni cansancio. Es como si no pisaran la tierra; como si su camino, su presencia y su figura estuviera fuera del tiempo.

Llegando al roble de la roca, el nacido en la misma roca, se tropiezan con las cinco ciervas. Son las mismas que todas las tardes sestean entre las hojas secas de las encinas. Se paran junto a ellas y como los animales les conocen y ellos conocen a los animales, lo primero, sólo se levantan tranquilamente, sin asustarse y se van hacia la espesura del bosque. Es como si no tuvieran miedo, como si aquí hubieran estado toda la mañana esperando que llegaran para darles la bienvenida.

Cae la lluvia y como se refugian bajo las ramas del roble, frente a ellos, a un lado y otro, toda la llanura es visible. Pero la lluvia no es como la que nosotros vemos. Las gotas son notas musicales que aunque no son cristales, si lo parecen pero en forma de sonidos. Por la

llanura el agua se amontona en charcos alargados y redondos que al pisarlos ellos se abren como las alas de las mariposas. El chapoteo de los niños resuena quebrándose en la ladera.

Por entre los olivos se mueve una bandada de zorzales que saltan de un lado a otro y como la lluvia los ha mojado parece como si jugaran el juego del viento, las gotitas blancas y la tarde que desnuda se va. Lanzan sus cantos asustados un poco y divirtiendo el resto y en cuanto el grupo de personas pasa a la estancia de la casa, el abuelo coge a la niña, la sienta en sus piernas junto al fuego de la chimenea y acerca sus manos a las llamas para calentarlas.

Todo es un trozo de eternidad que silencioso y escondido ha bajado del cielo para quedarse en este rincón. Ni siquiera la humanidad entera, con todo su trabajo junto, es capaz de crear algo tan bello. Menos aún las inquietudes, obras, sueños y problemas de una persona aislada pueden compararse ni en valor ni en belleza a este leve puñado de realidad celeste. La eternidad escondida y trascendiendo el tiempo en este

valle de cumbres, como un regalo que sólo algunos pueden gozar.

EL BARRANCO

Te pasas media vida estudiándolo en los mapas; que la Sierra de la Cabrilla a un lado, que el Alto de la Cabrilla al otro, Navalasno más arriba, el Barranco de los Chorreaderos en lo hondo, los Arenales a un poco más allá, el Caballo de Acero y por el centro corre el río. Los Poyos de la Carilarga y la Loma del Caballo de Acero al otro. Te pasas media vida buscando libros, artículos y escritos que hablen del barranco y cuando te crees que ya lo sabes todo o si no todo, una gran cantidad de cosas, vienes un día por aquí y te quedas desconcertado.

Ni siquiera vienes con la idea de irte por el barranco para conocerlo o hacer alguna ruta. Pasas por el lugar o rozándolo, de pura casualidad. Siguiendo algunos de los caminos que le rodean y llevan a otro sitio te sucede lo que jamás te podrías imaginar. Sin saberlo, sin pretenderlo, sin ser consciente de lo que a tu lado queda, de pronto sientes como una llamada, como una voz que ni siquiera surge del barranco sino de algo que podría parecerse a un sueño, a un toque interior en la región de

la muerte, del espíritu o no se sabe de dónde porque lo único que notas tú es sólo el tirón. La fuerza que te atrae y aunque tu rumbo es otro y por eso quieres seguir adelante, no puedes.

Tienes que volverte para atrás y siguiendo la intuición del sentimiento que te zarandea te dejas arrastrar a la fuerza pero con gusto, hacia la profundidad del barranco. Y para tu asombro vas descubriendo que el río, las cumbres, las rocas, los pinos, las nubes y el viento, nada de lo que aquí ves se parece a lo que has estudiado en los mapas y libros. Es otro barranco, otra realidad, otra belleza que te hiere con un puñal de dulzura y te transporta a la dimensión del gozo. ¡Qué barranco, qué viento, qué sinfonía de silencios y qué visión de paisajes, bosques, cascadas, laderas, y fino aleteo de sombras y luces!

En estos momentos es cuando compruebas y ves con claridad lo mezquino, lo pobre y mísero de las acciones y actitudes de aquellas personas que su corazón está en las cosas de la tierra. Sobre todo, los que te desprecian, te humillan creyéndose superiores y más sabios que tú. Viven lejos de gustar y comprender que al

fin y al cabo, sus empresas andan fundamentadas sobre la materia que da una satisfacción limitada y se derrumban para siempre con el tiempo. Este otro tesoro, el que mana del barranco, es el que ni roban los ladrones ni corroen las polillas.

AQUELLA ANCIANITA

Nos vamos de la llanura ordenándonos para seguir adelante según lo previsto y será quizá por el aire frío que nos da en el rostro, por el horizonte de lejanas nevadas y cumbres redondas o la soledad tan llena de matices y vida, el caso es que nos viene al recuerdo la ancianita. Aquella querida ancianita nuestra del valle; la de la belleza de paisajes y reflejos puros de eternidad.

- ¿Viste como estaba curvada, arrugada en sí misma con su dolor por dentro pero con aquella paz, aquella armonía, aquella dulzura de arroyos claros?

- Igual que vosotros la vi yo y, además, me di cuenta de que se estaba muriendo sin un sólo lamento en su boca.

- Es como si no le importara irse de este mundo, o mejor, como si ya deseara irse para siempre porque tiene su tesoro y su felicidad en otro sitio. Pero deja que todo vaya al ritmo que está establecido. Es la gran lección que aprendió de los paisajes donde siempre ha vivido.

Armonía y serenidad; no forzar jamás nada, no quejarse nunca de nada y tener siempre el espíritu lleno de gozo.
- Pero, ¿Viste qué bella era a pesar de sus años?
- Es lo que menos puedo olvidar, su belleza con tanta edad y tan rota por la vida.
-¿Qué es lo que tendrá esta abuelita del valle que en muy pocas cosas se parece a las otras personas que conocemos?
- Creo que ella es el resultado de un proyecto casi perfecto, para que muchos aprendamos la verdad única escondida en la lluvia, la nieve, el bosque, la brisa y el viento de estas sierras. Creo que ella nos demuestra la autenticidad de lo que nosotros intuimos y buscamos. Lo que ni está escrito en libros ni se aprende en colegios ni universidades.
- ¿Viste como estaba curvada y te diste cuenta como en nuestro corazón sigue siendo la mejor, la más sabia, la más rica?

EN LA SIERRA NO HAY QUE TENER PRISA

Corono el rellano y ya es la una de la tarde. La ruta sin senda que me he trazado por el arroyo en que he venido, aunque resulta emocionante y bella, no es el camino más rápido para llegar a la cima. Pero como estoy

convencido de que en la sierra nunca debo tener prisa para nada porque aquí es donde ya no hay que ir a ningún otro sitio, no me importa qué hora sea. El reloj, la hora y el tiempo también es extraño, enormemente extraño a los paisajes azules y silenciosos de estos montes.

Por eso, porque no tengo prisa, al llegar aquí, me paro. Respiro el aire y gozo del rincón. Si esta sierra es mía, si soy esta sierra, si creo en la eternidad y por lo tanto en Dios como creador mío y de estos montes, ahora mismo, este rellano con su panorámica de barrancos y cumbres, no lo debo sentir como algo al cual llego, lo admiro y sigo. Mi actitud no debe ser tan simple y por supuesto no lo es.

Miro el paisaje, único en este caso, porque este lugar es único en el planeta, dejo que me bulla dentro la sensación limpia, la primitiva, la que no está enturbiada con ningún otro tipo de interferencia y poco a poco siento cómo viene a mí el murmullo y el cosquilleo de la verdad pura. Este rincón, en esta mañana, con sus pinos y sus robles, el cascabeleo del agua por el Barranco del Arroyo de la Torre del Vinagre, los pajarillos, el suave viento y las

hojas de hierba a mis pies, me pertenecen desde el momento en que fue creado. Por eso lo he soñado tantas veces, por eso es tan viejo como yo y va conmigo por donde vaya. Por eso lo conozco, me pertenece, me habla, nos fundimos y no somos dos sino uno que respiramos, vivimos, latimos y nos transformamos al mismo tiempo.

De aquí que ahora, más que nunca, no pueda ni aceptar ni comprender esa idea de los que por aquí llegan, admiran la forma de esta vibrante naturaleza, se extasían ante ella proclamando sus bellezas, se alejan luego y la verdad es que se van y los paisajes se quedan. Este sentimiento, esta percepción es pobre, limitada, mutilada y no se hace justicia ni a sí ni a las montañas o ríos por los cuales pasa. Un humano que se comporte y sienta así podría decirse que está mutilado, desconectado de su raíz más vital. Y, sin embargo, la mayoría de la gente que por estas fechas corretean estos montes, se mueven y se quedan en esta dimensión raquítica y pobre.

Cargado, orientado, rehabilitado y centrado en mi espíritu y punto de sintonía con mi cuerpo, sigo la ruta. Dejo el camino que hasta aquí he traído porque comienza a bajar por el barranco y lo que deseo es subir para la

cumbre. Me voy para la izquierda avanzando puntal arriba.

EL PLACER DEL ESFUERZO

Desde la ciudad vinieron mis amigos con su lujoso coche y como saben que a mí me gusta la sierra y la conozco algo, me dijeron:

- Vente y nos la enseñas.

Al principio no me he animado mucho porque sé lo que a ellos les pasa; quieren ver la sierra, toda la sierra, todas las cosas de la sierra y todos los animales que en ella viven sin bajarse del coche. O en todo caso bajarse lo menos posible, sólo para asomarse a algún mirador, comer en algún hotel o meter los pies en el agua, en el charco de algún río o arroyo que no les coja lejos del coche. Como sé que les pasa esto y como a mí lo que me gusta es andar cantidad, subir al monte más elevado y sentarme el rato que sea necesario frente a los serenos paisajes de árboles o barrancos silenciosos, al principio no me apetecía la idea de irme con ellos. Pero luego lo pensé y acordándome de aquella vez primera que vine a la sierra que tampoco conocía nada ni sabía de ella pero sí quería gozarla, escudriñarla y amarla toda entera en un sólo día, me dije que sí, que los acompañaba.

Me fui con ellos en su coche de lujo y cuando llegamos al cerro verde donde no van los turistas pero sí, por una pista, pueden entrar los coches, nos paramos.

- Este punto es un buen sitio para gozar de vistas deliciosas. Por lo hondo pasa el río, frente se ven los bosques y desde aquí hasta el río, las llanuras son únicas. No olvidéis que lo importante es formar parte del espectáculo, no darlo pero siempre hay quien olvida que el único que no tiene lugar aquí es él y lo da. Eres lo que miras. Nada de lo que en estos momentos nos rodea es peor que nosotros.

Nos bajamos del coche y como les dije que para gozar mejor el espectáculo teníamos que andar un trozo para abajo, nos fuimos ladera adelante buscando el rellano de las rocas que parecen un balcón y desde donde se ve todo. Les dije que cuando se va por estas sierras siempre hay que procurar no destacar en nada; ni siquiera por la vestimenta. La mañana era de las más bellas y como la primavera ya estaba avanzada, el campo parecía un ensueño de tan verde, tan fresco, tan lleno de color, silencios y lejanías. Llegamos al balcón casi sin esfuerzo ninguno porque era delicioso andar por unos paisajes hermosos desde donde, cada vez más, íbamos

descubriendo otros aspectos del barranco, del bosque y del río que por lo hondo corre.

- ¿Este es el punto?

Pregunta uno de ellos.

- Puede ser un punto pero yo haría una cosa.

- ¿Qué es?

- Pararnos aquí un rato y contemplar a fondo el espectáculo y luego seguir andando.

- ¿Contemplar?

- Todo en estos paisajes mejora si se hace en silencio, lentamente, completamente quieto. Contemplar enseña 10 veces más que buscar y 100 veces más que perseguir.

- ¿Hasta dónde hemos de seguir?

- Conozco la senda que baja hasta el río y luego sé por dónde sigue. Será una experiencia que no olvidaréis jamás. Uno y su espíritu se realiza cuando se es paisajes del paisaje. Nada de lo que ahora vemos puede ser comprado y aunque lo estamos recibiendo gratis, su valor es eterno.

- Pues tú eres el guía pero ten en cuenta que nosotros ni conocemos ni sabemos nada de sierra.

- Sólo hay que andar sin prisa, no charlar mucho, gritar menos y eso sí, meter dentro cuanto vayamos viendo para gozar a fondo. Un buen usuario del paisaje es el que lo comparte con sus inquilinos. Tu silencio es la única entrada que debes pagar para asistir al concierto más bello e intenso de la creación. Hay que coleccionar emociones que tienen más vida que las imágenes; la memoria es el álbum de recuerdos más completo.
- Luz verde y adelante.

Como me di cuanta de que tenían buena disposición, no hablamos más y seguimos bajando. Llegamos al río, nos vinimos por el lado izquierdo siguiendo la estrecha senda que por ahí va, llegamos hasta la cascada grande y en este sitio, frente a ella, estuvimos un buen rato sentados. Me dijeron que lo estaban pasando mejor que nunca porque les estaba gustando a fondo. Seguí animado porque de verdad notaba que eran felices y reemprendimos la ruta. Ahora dejamos el río, nos vinimos hacia la izquierda rodeando el cerrillo. Bajamos luego hasta el arroyo por donde crecen los fresnos viejos y aquí giramos de nuevo para la izquierda subiendo por el arroyo. Cuando llegamos al final, donde hay paredones de rocas y más arriba un

espeso bosque de encinas, otra vez nos vinimos para la izquierda.

Cuando ya, entre un mar de luz caprichosa, casi dormía la tarde, remontamos la cuestecilla, subimos el pequeño collado y frente a nosotros nos encontramos el coche. Habíamos terminado la ruta trazando una circunferencia desde el coche hasta llega a él.
- Casi cinco horas andando y ni siquiera nos hemos dado cuenta.
- Ha sido emocionante. Jamás lo olvidaré.
Y como los veía tan ilusionados, tan llenos de placer aunque el esfuerzo había sido grande, les propuse gozar la última maravilla. Nos fuimos para la derecha, coronamos el cerrillo y allí estaba el bosque de las encinas gigantes. Alargadas, majestuosas, con casi veinte metros de alto cada una.
- ¡Qué belleza!
- Decías bien cuando hablabas de que la naturaleza no es una fábrica sino una inmensa obra de arte.
- ¿Entiendes ahora por qué compartir es la expresión máxima del amor?

- Y sé, además, ahora que lo contemplado y yo, no somos cosas diferentes sino un todo que me une a la creación, a Dios.

Fue el comentario que les oí. Luego pasó un largo rato donde todo fue silencio, casi oración profunda o quizá asombro. Más tarde nos subimos al coche y regresamos. A veces nos pasa eso: nos llaman los campos, vamos pero en muchas ocasiones no sabemos representar nuestro papel. Quizá nos falla la sensibilidad, la visión de lejanías, la hondura en las cosas, nuestra preparación. Porque sé bien que para entrar en el mundo de la naturaleza también se necesita una buena preparación. Porque todos llevamos dentro la llamada de los campos pero ¿sabemos gozar estas sierras sin dañarlas? ¿Sabemos encontrar en ellas lo que realmente buscamos sin romperlas o herirlas?

EL ÚLTIMO DESEO

¿Cómo le diría a ella lo que pasa? Creo que le puede gustar aunque también creo que ya pasa de casi todo. Sé que es algo que le ha dolido mucho. Quizá lo que más le ha dolido porque intuye que por aquí llegó el mal a estos paisajes. Pero hoy ¿le puede servir a ella de

consuelo? Tendré que pensármelo despacio no sea que venga a estropearle la mañana.

Porque esta mañana hermosa, es muy especial para ella. Nosotros hemos bajado por el camino que entra desde arriba, donde hay un leve collado y comienzan sus andaduras los tres arroyos. Al llegar a la curva de las encinas, dejamos el camino y nos venimos por el arroyo grande abajo. Aquí es ya un sólo cauce que reúne el agua de seis o siete arroyos de la parte más alta. También ya se va configurando el valle que es realmente hermoso, por no decir el más bello de todos y recorriéndolo vamos nosotros. Venimos a la casa de la abuelita que se alza aquí, casi en la mitad del valle, donde hay otro pequeño collado y las laderas, los arroyos, las llanuras, las encinas y el bosque es un punto y a parte con lo demás de estas sierras.

Llegamos a la casa a media mañana y como nos esperan, nada más saludarlos emprendemos la ruta. La abuelita nos pide que vayamos despacio porque ya son pocas sus fuerzas. Lo sabemos bien y por eso una vez unos y otra vez otros, le vamos ofreciendo la mano, el hombro o las dos manos para que se apoye, salga

adelante y pueda por fin llegar a la meta de sus sueños. Lo que ella sueña, lo que hoy quiere, es subir a lo más alto de la cumbre y recordar, desde allí, las vivencias que tan feliz la hicieron en otros tiempos. Es su último deseo, su último sueño, y como nosotros comprendemos lo importante que para ella es esto le ayudamos, la arropamos y la animamos. Casi intuimos que también para nosotros va a ser la última oportunidad de hacerla feliz en esta tierra y como es tan poca cosa lo que pide nos sentimos obligados, por amor, a complacerla.

Llegamos a la cumbre cuando ya el sol brilla en lo alto pero como hoy es un día de primavera dulce, suave y esmaltado de flores todos los barrancos, no hace calor ninguno. Sí brilla el sol llenando de transparencia los paisajes e impregnándolos de un tono especial. Por eso hemos escogido este día y por eso hemos venido hasta aquí.

- Lo único que deseo ahora es sentarme en esta cumbre y dejar que mis ojos se derramen por el valle, las laderas y los bosques. Quiero contemplar despacio mis paisajes por última vez.

Y sus paisajes hoy son tan hermosos que realmente es un placer sentarse aquí frente a ellos. Sólo se ven manchados por las construcciones del montón de hoteles y campings que en los últimos años han ido plantando por aquí. Es esto lo que a ella le duele más porque a sus años ya muchas cosas no las comprende ni las ve como las vemos nosotros y porque el valle que tiene registrado en su alma desde los años de su niñez, es otro muy distinto al que ahora existe. Y es que este valle, según ella nos dice, fue la joya de las sierras cuando sólo se veían por aquí cuatro cortijillos casi perdidos entre las encinas, los pinos y los manantiales de las laderas.

- En aquellos días era más bonito que ahora y, además, todo estaba lleno de paz, silencios y mil corrientes cristalinas que se pasaban el día y la noche entonando canciones estremecedoras. Ya les dije yo que no queríamos tantas carreteras por estos rincones.

- Es que venía mucho turismo y tuvieron que hacer hoteles para acogerlos.

- Pero tenían que haberlo organizado ayudando a las familias de aquí. Que se hubieran desarrollado negocios familiares con la gente de estas tierras que siempre llevamos el sello de la sencillez, de la autóctono, de lo

humilde y sincero. No debería haber venido tanta gente de fuera para ocupar lo que era nuestro y lanzarnos a la emigración arrancándonos de nuestras raíces. Si nos hubieran dejado aquí, seguro que sería mucho más auténtico y tanto los turistas como nosotros hubiéramos podido vivir sin hacer tanto destrozo como han hecho para lo poco que han conseguido. Resulta que ahora se encuentran con las bellezas rotas, con las raíces de todos nosotros destrozadas y con la creación de un mundo puramente artificial que no satisface ni a los turistas, ni a los que traen a los turistas y menos a nosotros.

- Quizá tengas razón porque estos días en los periódicos no se habla de otra cosa que la crisis hotelera dentro del parque natural. Ahora ya andan diciendo que no se construyan más porque los que existen no sacan ni para comer.

- Tal como lo fue planteado desde el principio, no podía tener otro fin.

Pero por encima de todo, la otra realidad se palpa. A pesar de lo roto que han dejado el valle, aún sigue siendo bello. Puede que dentro de unos años recobre otra vez su fisonomía de siempre. Esto soñamos desde las cumbres mientras lo contemplamos dejando que a la

abuelita se le llena el alma de los recuerdos bellos que por aquí tiene esparcidos. Desde la cumbre, frente a él, también nosotros hoy nos dejamos llenar de las eternas esencias que de aquí manan para así sentirnos más unidos a ella. Es un espectáculo tan especial que tenemos que dejar que el momento se haga eterno para así saborearlo a fondo.

DESDE DONDE SE VEN LOS PUEBLOS

A lo largo de este verano han sido varios los incendios en las sierras del Parque Natural. Muchas también han sido las opiniones, versiones y enfados de unos y otros porque cada uno lo ha visto desde ángulos diferentes. ¿Quién tenía razón o más razón que el otro y por qué se llega a esto? En el periódico, el otro día, un vecino de la Sierra de Segura, contestando a una carta del alcalde de Cazorla, decía: “Una vez leído el texto de la misma no puedo callar la indignación que me produce las siguientes palabras: “Los incendios, eso es otra cuestión delicada; aquí ha habido mala gestión. Se habla de Cazorla en referencia al Parque Natural, es probable que el incendio se haya producido en la Sierra de Segura próximo a Albacete como ocurrió pero se dice Cazorla: esto ha sido especialmente dañino y por estas causas se

han anulado muchas reservas". O sea, señor alcalde, que ahora por el hecho de que se hable de Cazorla en referencia al Parque Natural puede ser perjudicial y, por tanto, cuando se trate de incendios hay que dejar claro que se ha producido en la Sierra de Segura diferenciándola bien de lo que es la Sierra de Cazorla para que eso no afecte a los intereses de sus tierras.

Observamos con impotencia como llaman Sierra de Cazorla a la que es Sierra de Segura, por eso me parece muy bien que empiece a delimitar las sierras. A vez si es verdad, que de una vez nos explica y explica a nuestros visitantes y a toda España qué es, dónde empieza y hasta dónde llega la Sierra de Cazorla. Nosotros tenemos muy claro el tamaño, el territorio, los límites, los términos municipales, la cultura y en general la identidad propia de estas sierras.

Explique usted pero no sólo en los incendios, hágalo todo el año y en todas las épocas. Le puedo sugerir algunas propuestas: No deje que en las guías turísticas, especialmente en las editadas con colaboración oficial, se citen itinerarios del ámbito de la Sierra de Segura asignándolos a las de Cazorla. Evite que en los

medios de comunicación se llama al Parque Natural con el nombre sólo de Cazorla. Edite mapas que indiquen claramente dónde empieza y hasta dónde llega. Podría proponer que, dada la gran extensión de la Sierra de Segura en comparación con la de Cazorla y, por tanto, siendo mayor en ella el riesgo de incendios, se cambie la denominación del Parque, quedando como Parque Natural de Segura y las Villas evitando así que el nombre de Cazorla quede relacionado con posibles incendios. En fin, defienda usted su sierra pero no a costa de utilizar u omitir el término verbal o territorial de Segura según le convenga".

Yo que no soy de aquí pero sí a lo largo de los años he venido por todas estas sierras y las he recorrido en todas las direcciones, no sé qué me pasa que desde hace algún tiempo me viene acompañando un sentimiento raro. Es como un temor, como una tristeza, como un dolor que sin doler me llena toda el alma. La cuestión es la siguiente: Siento o por lo menos intuyo que por alguna circunstancia ajena totalmente a mi voluntad y deseo, me voy a alejar o me van a alejar de las sierras de este Parque Natural. Como parece que aquí tengo raíces hondas, como parece que la esencia de mi propio ser o

existencia, late unida, en un trozo muy grande, a la esencia de estas sierras. Como es que las quiero tanto y es tan real mi felicidad cuando ando por estos parajes, siento que pertenezco y me pertenecen hondamente estos rincones. Alguien o algo me dice que me van a prohibir venir más por estos montes y en consecuencia los voy a perder para siempre.

Esta es la idea que genera en mi tanto miedo, tanta tristeza, tanto dolor. Y para agarrarme a lo que tanto es para mí, un sentimiento hondo me tiene totalmente invadido. Antes de que suceda esta catástrofe, esta auténtica tragedia para mí, me tengo que recorrer y conocer a fondo los trozos de estas sierras, arroyos, ríos y bosques que aún no he pisado dentro de este Parque Natural. Tengo que andármelos, mirarlos, amarlos para así llevármelos y hacerlos un todo conmigo para que aunque me lleven lejos no los pierda nunca.

Es quizá por todas estas cosas, que hoy he bajado por el arroyo enano. Desde un punto del arroyo es el lugar más exacto. Si te sitúas donde hay unas rocas negras, junto al charco color zafiro y salta la corriente formando una cascada que parece de juguete, ves el pueblo. Se

refleja frente, asomado al barranco, como si estuviera parado en lo más alto y ocultando al otro lado la parte mejor. Es por eses lado, el que no se ve, por donde baja la cañada ancha donde las casas son pequeñas y no rompen el paisaje sino que lo engalanan.

Pues bajando por aquí he rozado con mis manos las ramas de los árboles que arropan el arroyo que desciende de la umbría y al llegar al charco color zafiro me he parado. Miro al pueblo y lo veo tan bello, tan pequeño, tan lleno de misterio y profundidad que me invade un placer profundo. Pero como desde aquí, desde este punto y lugar tan especial no sólo se ve el primer pueblo sino casi todos los pueblos que hay dentro de las sierras de este parque, la sensación, el gozo, el sentimiento de placidez y belleza se me multiplica. Este lo conozco sólo un poco y es delicioso lo que de él sé; aquel lo anduve sólo un trozo las Navidades pasadas que era también una tarde helada de invierno; este otro ni lo pisé nunca y por eso es más sueño, más casi fantasía que sólo con mirar parece que se desmorona; el que se oculta entre el monte y la ladera parece inaccesible y lejano y por eso aún atrae más; el que anda recogido junto al

arroyo, el que se mira en el río, el que se confunde con las nubes.

Podría decir que no hay ninguno ni muy chico ni muy grande ni más bello ni menos señorial. Es como si fueran complementarios el uno del otro. Como si todos fueran bellos y ninguno pudiera ser al mismo tiempo bonito ni existiera sin el otro. Esto podría decir porque, además, lo siento y de este sentimiento, de esta realidad tan diferente a las realidades que normalmente manejamos los humanos, me surge la pregunta. ¿ Por qué los pueblos de estas sierras se empeñan en ser cada uno por separado si en el fondo no son nada más que una sola cosa? Si la belleza, si los que los vemos desde fuera nos complace profundamente verlos un todo, cada uno con su matiz. ¿Por qué ellos luchan en la dirección en que este todo se rompa?

Tendrían que entender ellos como lo entiendo yo, que están contenidos dentro de una dimensión única, infinitamente mayor, rica y perfecta, que los sostiene y da vida a cada uno. Lo personal, lo aislado, siempre es parte del conjunto y que ahí, en el conjunto, es donde se concentra su esencia. Esto lo sé hoy porque lo estoy

viendo y como puede ser que pronto se me acabe la oportunidad de andar y palpar estas sierras, voy a ver si me doy prisa a irme por los sitios que aún no conozco. Es una suerte que hoy haya descubierto este arroyo y el punto del charco color zafiro desde donde se ven los pueblos. Es una suerte porque de ningún otro modo jamás nunca habría visto y sentido lo que ahora estoy gustando.

LA NAVA DE LAS MARIPOSAS

Trazaron una pista forestal que va desde el Arroyo de la Garganta hasta el Puente de Guadahornillos y llega a la nava. Desde aquí sigue algo más atravesando el complejo de picos rocosos, dolinas y reducidas llanuras de la cumbre del Calarilla. La nava no sé aún cómo se llama porque en los mapas no viene y por más que la he buscado en textos, libros y folletos, por ningún sitio he encontrado un nombre que se refiera a ella. Podría haberle preguntado a los guardas o a alguno de los científicos que por aquí siempre me encontré pero no llegué nunca a hacerlo por alguna motivación interna muy personal. El que no aparezca en los mapas me extraña porque el lugar es de mucha categoría desde cualquier punto que se mire. Es aquí justo donde nace el Arroyo de

Valdecuevas y es aquí por donde tienen situado el núcleo de la Reserva de la Biosfera. Aunque por fin el otro día mi amigo el pastor me dijo que su nombre de siempre es la Nava de la "Correguruela". Que traducido al castellano más culto es el mismo nombre de la hierba: correhuela.

Pues siguiendo la pista en dirección al Calarilla, después de atravesar la nava ¡que para mí solo he bautizado con el nombre de NAVA DE LAS MARIPOSAS¿ hay un pino. Un ejemplar grande del grupo de los laricios que ha venido a crecer exactamente donde comienza el pequeño arroyuelo que atraviesa la llanura. Una noche yo lo vi en mi sueño, lo vi sobre una gran cumbre y no sobre una ladera donde al parecer creció, vivió y murió el abuelo. Se le llega, bueno se le llegaba desde todos los extremos porque como crece en la misma cumbre no hay problema de acercarse a él. Pero por el lado de la umbría es por donde produce mayor emoción. Subes desde el valle y puedes tardar un par de horas en remontar la ladera de la umbría.

Siempre con el corazón tan lleno de gozo que casi te explota en cuanto respiras en lo alto. Quizá puedas creer que el pino de la cumbre, por esto de crecer en el

punto donde los vientos soplan fuertes, es uno de esos pinos banderas que se desarrollan doblado en la dirección del viento pero no es así. El pino de la cumbre, el de mi sueño, crece recto y yo creo que tendrá casi cincuenta metros de altura hasta llegar a las ramas. Algo así como son los pinos piñoneros que aquí en estas sierras sólo hay unos cuantos. Su copa es casi redonda total y es tan grande que su vuelo coge casi media cumbre. Una visión grandiosa la que ofrece este pino que en verano, además, es casi un paraíso entero. Corre siempre por aquí un viento fresco que unido a la hierbecilla y la sombra fragante de este pino mío, te llena de un profundo placer.

Pues bajo este pino fue donde, un día de primavera al caer la tarde, llegamos. No hacía frío ni viento y aunque sí estaba nublado aquello más bien le daba un toque especial a toda la llanura tan llena de hierba exhalando fragancia, de flores esmaltadas y por supuesto, repleta de mariposas. Y como iba cayendo el día y el lugar nos pareció tan delicioso, decidimos parar, montar la tienda bajo el pino y acampar aquí esta noche. Más que nada era por lo atractivo del lugar, la majestuosidad del pino arropando la llanura con sus ramas casi a ras de tierra y lo delicioso del reducido manantial brotando allí mismo.

Se hizo de noche enseguida y esto nos obligó a meternos en la tienda nada más terminar de montarla. No tardamos en dormirnos y deliciosamente estuvimos soñando hasta que a media noche nos despertó el viento. Fue casi en el centro de nuestro sueño y además del viento que emitía extraños sonidos al romperse en las ramas y las rocas, hacía mucho frío.

- Es una tormenta de nieve.
- Pero, ¿Cómo va a nevar en estas fechas?

Al llegar el día salimos de la tienda y vimos que lo de por la noche había sido una tormenta de nieve, aunque caída en poca cantidad pero sí con mucho viento y frío. Observamos la llanura y vemos que presenta un extraño aspecto; nos vamos por ella con la intención de recorrerla y ver qué ha pasado.

- Mira lo que hay aquí.

Nos acercamos y llenos de curiosidad, sobre unas matas de tomillos, descubrimos una mariposa en el suelo que no puede volar. Es una de las que pertenece a la familia de las Papilios.

- Es la mariposa de los rabos ¿Sabes lo que ha pasado? El viento las ha tirado por el suelo y el frío las ha dejado

heladas; seguro que en cada mata de hierba o de enebros hay unas pocas.

Y así es: nos ponemos a mirar y encontramos mariposas por todos sitios y de todas las clases. La niña Andaluza, pequeñita y azul; las colias de color amarillo y amarillo cromo y las alas rebordeadas de negro; la blanca del espino, tan escasa en toda la sierra pero aquí abundante por la cantidad de majuelos en estas cumbres; la que parece volando una bandera nacional en miniatura con alas amarillas en el centro y rojas anaranjadas en los extremos; varias especies del grupo de las ninfas de incomparable belleza en sus alas que en el anverso semejan a un manto bordado y por el reverso con lunares y bandas nacaradas blancas; las saltyrus, oscuras y con reflejos tornasolados y las vanesas, muchas vanesas, las únicas en estas sierras que inviernan agazapadas en las grietas de las rocas y troncos de los árboles saliendo a volar en días claros de sol a partir de febrero.

- A ver si encontramos a la Graellsia.

Esta mariposa que tiene en su haber una copiosa y abundante bibliografía, es la famosa Graellsia Isabelae, codiciada por los coleccionistas del mundo y considerada

la más bonita de Europa. Es especie netamente española, descubierta en 1849 por el sabio naturalista español Mariano de la Paz Graells, que la dedicó a la reina Isabel II de Borbón, soberana de España. La reina agradeció tanto el homenaje, que la lució sobre su pecho, disecada y perfectamente montada en un collar de esmeraldas, en uno de los bailes de palacio, como gema de inigualable hermosura.

La Graellsia sólo vuela en el crepúsculo de la tarde, permaneciendo durante el día oculta entre las ramas y acículas del pino. Esto hace, por lo tanto, que no sea muy conocida aparte de que su vuelo es lento y pesado y no suele alejarse de los alrededores del pino en que nació. Nosotros la encontramos enredada entre las acículas de un pino laricio y es un macho, el que tiene las antenas en forma de pequeñas plumas. La cogemos y junto con todas las otras las guardamos entre las hojas de los libros que es lo mejor que tenemos a mano. ¿Quién nos iba a decir a nosotros que nos íbamos a encontrar en el centro de un espectáculo como éste? Fue realmente bello por lo inusual, por el lugar, por el momento y sobre todo, por lo inesperado. Desde aquel día guardamos este secreto y nos sentimos felices de tener en nuestro registro una

experiencia que quizá sea única. Por eso ahora LA NAVA DE LAS MARIPOSAS, tiene tanto significado para nosotros. Nos llenó el alma y nos abrió un poco más a la dimensión de Dios mostrándonos tantas maravillas.

EL VALLE DE LA PRIMAVERA

Se llama así por varias cosas: no es ni una llanura ni una nava, sino un sencillo llano muy suavizado que se recoge entre dos cerrillos alargados y redondos y por la que, en su parte natural corren las aguas cuando llueve. Luego, cuando llega la primavera, como aquí hay unas praderas muy buenas, recogidas a un lado y otro por ligeros mechones de bosque, todo florece con el esplendor de un auténtico edén.

Pero es que, además, al final de la colina de la derecha, hay una roca, un monolito rocoso que es la joya del valle. En la misma colina, en el otro extremo, siguen las ruinas de aquel antiguo cortijo. Luego abajo, en lo que es ya el valle propiamente, tenemos dos maravillas más. Al comienzo del valle, en la parte alta, el huerto, y al final, donde ya se cierra y el bosque se espesa, el chozo del pastor.

Subimos nosotros aquel día por el lado occidental y fuimos a salir justo a las ruinas del antiguo edificio. Nos paramos allí porque queríamos ver el monolito, más adelante entre las encinas y después queríamos bajar al valle. Por la cresta hoy estaba solitario pero por la zona del huerto y del chozo, bueno, entre el huerto y el chozo, pastaban las ovejas. Se les oía balar y el sonar de los cencerros. Se oía también el correr de la corriente, al pastor por entre las ovejas y a gente que subían por el otro lado. Desde la colina nos fuimos ladera adelante buscando salir al huerto y ocurrió que antes de llegar a este lugar oímos voces. Nos paramos para averiguar qué pasaba.

Al poco vimos como algunas personas corrían desde el huerto para arriba, buscando la espesura del bosque más allá de donde nacen los primeros manantiales que dan agua al pequeño arroyo del valle. Seguimos bajando y en cuanto nos encontramos al pastor le preguntamos qué pasaba.

- Los condenados que otra vez me han quitado un cordero.

Como no sabíamos quiénes eran ni de qué iba lo del cordero, nos tuvo que dar muchas explicaciones.

- Son los turistas que vienen por aquí. Se meten por todos sitios y en cuanto te descuidas te quitan cualquier cosa; la fruta de los árboles, las hortalizas, las setas de los campos, te espanta el ganado y si pueden, cargan con un cordero. Briegas un año entero luchando para criar cuatro cosas a fin de tener para vivir, porque aquí en la sierra te falta de todo, y estos que vienen de la ciudad, donde le sobra hasta la contaminación, en una hora te quitan lo que tú has tardado un año en conseguir. Son unas rapiñas y no crees que es por necesidad, que si fuera así y me lo pidieran les daba lo que tengo sin cobrarles ni un duro a cambio, que es por el puro gozo de vivir una nueva experiencia.

Mientras nos explica las cosas que los turistas hacen y se llevan de estas sierras los vemos como suben por la senda que desde el huerto se adentra en el bosque para perderse allá abajo. A igual que no lo entiende el pastor tampoco lo entendemos nosotros y por eso nos quedamos allí, largo rato junto a él; envuelto en el misterio, la soledad y el perfume que mana del valle y extrañados en el alma que los de la civilización vengan por aquí con tan poco respeto a nada. Hay que tener poca cultura y ser nada civilizados para venir hasta estos

valles, donde viven gente que de tan buena y sencilla ni se les nota que viven, no solo a robarles sus cosas sino a llenarlos de las mismas miserias en las que ellos nadan en sus ciudades.

EL DERRUMBAMIENTO

Dios ha mandado bajarse a todos los montes elevados, a todas las colinas encumbradas. Ha mandado que se llenen los barrancos hasta allanar el suelo. El derrumbamiento de la montaña fue así: quedan sólo unos días para empezar la recogida de la aceituna. El quince de este mes, diciembre, abren las almazaras por toda la zona de la Loma de Ubeda. Almazara: lugar donde se exprime la aceituna para extraer el aceite; molino de aceite y donde a los olivareros se les compra la aceituna que a diario cogen.

Este año ha llovido en abundancia durante el otoño y muchos no ven claro que la recogida de la aceituna puede empezar en las fechas que los cosecheros han pensado.

- No pasa nada si tenemos que esperar dos. La lluvia es más necesaria y para las aceitunas también es bueno unos cuantos días más en el árbol.

Me dice mi amigo Paco.
- ¿En qué les puede beneficiar si ya han madurado?
- Ahora mismo recogen humedad incluso hasta del aire.

Paco tiene un cortijo por las Sierras de las Villas siguiendo el camino que sale de Santo Tomé loma arriba. Son las cumbres que, arrancando desde el Guadalquivir, han sido sierra toda la vida. Pero poco a poco, los del lugar, las han ido despojando de sus montes de siempre dándole potentes dentelladas a la vegetación, para sembrar luego olivos. El afán de plantar el árbol de la provincia es casi desmedido por los habitantes de la zona. Es un paisaje que se deteriora por las imponderables del progreso: muchas cotas de nivel son dibujadas por los olivos. Un paisaje jiennense rozando o casi instalado en las cumbres del este Parque Natural.

Esta fresca mañana, que no llueve aunque no sabemos si por mucho tiempo, mi amigo Paco me ha llevado a su olivar. Le quita el sueño durante el año y en cuanto llegan estos días, le pone nervioso. No es cualquier cosa tener un buen trozo de olivar y más en las tierras de las laderas ganadas a las montañas. Subimos por el arroyo, le entramos por la parte de atrás y

coronamos el cerro por el lado donde hay una roca grande. Mi amigo no busca nada; sólo quiere comprobar si la tierra está, mucho o poco mojada para entrar por ella a recoger la aceituna en caso de empezar pronto. Y la tierra está muy mojada; chorrea agua por todos sitios.

- Eso no significa nada.
- ¿Cómo que no?
- En esta zona, el terreno no es arcilla como allá en el valle y la Loma de Ubeda; en cuanto para de llover tres horas se puede andar por el campo sin peligro de atascarse.
- Pero Paco ¿quién puede subir a torrenteras como éstas a recoger aceitunas?
- Casi nadie: las vareas y como salen rodando pendiente abajo, allá junto al arroyo hay que recogerlas.

Varear es igual a: derribar los frutos de un árbol con una vara. Golpear o picar con una vara que en el caso de las aceitunas casi siempre es un retoño de castaño.

Pasamos por debajo de la roca que se inclina para el lado del barranco y como hay que agacharse bien para no salir rodando, me entra miedo y le digo que aquí me quedo.

- Pégate lo que puedas al peñasco y agáchate para no romperte la cabeza. Es la única manera de pasar.
Pero como la tierra está suelta es peligroso: en cuanto pisas si no resbalas te puedes considerar con suerte porque si no tienes donde agarrarte vas de cabeza al barranco. Así que el paso por la roca es difícil pero mi amigo que lo ha logrado muchas veces me insiste hasta que de pronto nos sorprende un gran ruido. No viene de la cima que tenemos detrás sino de la ladera de enfrente, de la cumbre que se recorta sobre el horizonte donde al otro lado ya es sierra.
- ¡Se cae la montaña!
- No toda la montaña sino media cumbre.

La montaña, allá a lo lejos, es como un espigón afilado con rocas puntiagudas que parecen clavarse en las mismas nubes. Larga porque viene desde el Puerto de las Palomas hasta el Pico Almagreros que es donde el río la corta. Toda la majestuosa Sierra de las Villas. Pero sólo en un punto de esta larga cordillera es donde la montaña se cae. Donde la cordillera es una auténtica muralla y en su centro forma como la curva de la media luna. Aquí, en el centro de la curva, es donde se desmorona. Medio mundo rocoso se desprende limpiamente y cae rodando

ladera abajo acompañado de un ruido que ensordece. Primero cae un gran bloque; para un rato, durante el cual siguen desprendiéndose algunas piedras y luego se desploma otro gran montón de rocas y tierra.

- ¿Qué pasa Paco?
- Son las lluvias; los peñascos se han empapado y ceden.
- Pero nos quedaremos sin montaña.
- Cada año se rompe un trozo hasta que llegue a la llanura. Esa es la condición de las montañas, los valles y los ríos.

Y como el espectáculo es asombroso y en realidad nosotros no vamos a ningún sitio, ya no seguimos intentando pasar por debajo de la roca. En el escalón que existe ante del tranco, nos sentamos con la idea de quedarnos aquí toda la mañana frente a la montaña que se derrumba. Es un fenómeno que no he visto en mi vida y ahora que se me presenta la oportunidad quiero gozarlo despacio para meter esta experiencia en lo más hondo de mi alma. Estas sierras, este puñado de tierra que tan importante es para mí, cada día me sorprende con algo nuevo.

LA SENDA DE LAS CAÑADAS

Va de cañada en cañada trazando una amplia ondulación al pasar por el valle del río que se encuentra justo en el centro de las dos cañadas. Como una gran media luna cuyos dos extremos son el comienzo y el final de la senda.

El extremo primero, donde debe comenzar la senda, sí lo conozco bien. Es una llanura blanca al final de los tres cerros donde, además de silencios y verdes en primavera, brotan más de veinte veneros. No todos en el mismo punto, sino repartidos por la llanura que en este caso sería la cañada de donde arranca la senda. Pero claro, decirlo así suena como si este trozo de sierra fuera más o menos igual a cualquier otra llanura de las muchas que por estos montes existen y no es igual. Yo mejor que nadie sé que es única no ya por la senda y los manantiales sino por una montón de cosas que pertenecen más bien al mundo de las emociones.

Los veneros echan agua casi todo el año y como son abundantes y repartidos por aquí y por allá, desde cada uno van saliendo sus pequeños arroyuelos que abriéndose paso con armonía y suavidad buscan la parte

baja de la cañada. Ya aquí se juntan y con el agua de los arroyos, se hace grande. Es un primor la transparencia de estas primeras aguas acompañando, barranco abajo, la incipiente senda. Porque ya he dicho que la senda nace aquí, entre los veneros, los arroyuelos de los veneros y el arroyo que va resultando de la suma de los hilillos transparentes.

Siguiendo el cauce que baja, unas veces por un lado y otras veces por otro, la senda se precipita y sin titubear busca el río. Tienes la impresión que por el barranco, va a perderse en la profundidad de éste, su oscuridad y su bosque pero no es así. Antes de llegar al río se abren los barrancos llenándose de luz por la amplia solana y una vez que cruza el río, por la solana sube la senda. Con suavidad, como si se tratara de un juego reposado, busca otra vez el cauce del nuevo arroyo que baja de la segunda cañada. Podría decirse que son dos arroyos gemelos con dos cañadas gemelas donde ambos nacen y dos llanuras también gemelas sembradas de manojos de veneros cada una.

Pero en cuanto la senda sube a la segunda cañada, ya no la conozco. Desde la ladera de enfrente la

tengo muy vista y aunque me intriga la densidad del encinar que por otro lado se ve y el horizonte casi azulado que lo llena de misterio, todavía no conozco esta segunda cañada. Cualquier día de estos y si es posible cuando la primavera esté plena, vendré a conquistarla. Intuyo que será grandiosa tanto la senda, como la cañada y el encinar.

EL BARRANCO DE LAS ENCINAS

Que es único entre los barrancos de estas sierras y por lo tanto punto y a parte, lo supe desde siempre. Desde que era niño y con los otros niños jugaba por este rincón. En el barranco hay muchas cosas que lo hace diferente y especialmente bello. Las encinas son una de estas cosas y la oscuridad o tono entre azulado y verde que siempre arropa tanto al bosque como a la huerta, el arroyo, la fuente y el camino, es la otra cosa no menos importante que la primera. ¿Que dónde se abre el barranco? Pues ahí. Donde la cordillera empieza a derramarse entre dos o tres picos grandes y luego la llanura se extiende hasta el río. En realidad el barranco no es otra cosa sino la cuenca de los tres pequeños arroyos que bajan de la cumbre y al llegar a la llanura se funde en uno solo que es el que atraviesa la llanura y muere en el

río. Estos serían los surcos principales que forman el barranco y como ellos corren por aquí desde la noche de los tiempos junto a sus cauces nacieron los niños.

Y los niños son ahora, o más bien fueron, la belleza principal de esta hondonada. A la derecha, en el pequeño collado se alza el cortijo. Volcando el collado, en la primera ladera hacia el barranco, se extiende la huerta y más adelante, ya metido casi en el arroyo, es donde brotan los manantiales. Por la parte de abajo, desde el collado del cortijo, desciende el camino y en cuanto atraviesa el arroyo se interna en la llanura.

El cortijo del collado, en otros tiempos, era poca cosa y en él, a parte del trajín de los animales, a lo largo del invierno ardía una lumbre y alrededor de ella lo único que se comía eran los frutos de la huerta y los productos de los animales que llenaban aquel campo. Pero desde el cortijo, siempre que los niños se juntaban para irse a jugar por el campo a las cosas del campo, se iban por la senda del collado, que va también a la huerta y se quedaban por el barranco. Y más que por el barranco, por entre las encinas del barranco. Por aquí organizaban ellos sus juegos un día detrás de otro y eran felices plenamente. Yo

lo sé porque en un libro gordo que muy pocos conocen, muchas cosas de este barranco se quedaron escritas y entre ellas se pueden leer algunas como las siguientes:

Hoy está nublado; hace mucho frío. Por la parte de arriba de la huerta los niños encienden una candela. Aquí están calentándose durante rato. Ya se aproxima la Navidad. Las encinas tienen sus bellotas gordas y negras. De la encina que hay en la entrada a la huerta, cogen un buen puñado. Sin embargo, en estos momentos uno de los niños recuerda que las mejores bellotas de todas las encinas de la finca en general y del barranco en particular, las da la encina que crece junto al camino donde empieza la llanura. Se pone de acuerdo con el resto del grupo y se van para el lugar. Sólo ella, la más pequeña, se queda junto a la candela y antes de que sus amigos se alejen, les dice:

- Asaré estas bellotas y en cuanto volváis nos las comeremos.

- Vale pero no te creas que vamos a estar todo el día por ahí. Volveremos pronto.

Se alejan dejando a la niña sola la cual durante un rato se entretiene partiendo las bellotas, poniéndolas

sobre las brasas y sacándolas cuando ya están asadas. Los del grupo bajan por la ladera y están ocupados en coger las bellotas gordas de la encina grande cuando sienten a la niña dar voces al tiempo que la ven corriendo desde la huerta hacia donde están ellos. Suspenden su tarea y esperan a que la niña se acerque.

- ¿Qué pasa?

- Lo único que pasa es que las bellotas ya están asadas. Las he dejado cerca del fuego, encima de un puñado de pasto para que estén calentitas cuando lleguemos.

- Pues vayámonos ahora mismo.

Los del grupo cargan con los frutos que ya tienen recogidos y siguiendo a la pequeña se ponen en camino ladera arriba. Mas al llegar al fuego se encuentran con una sorpresa: las bellotas asadas no están donde la niña decía.

- Pues las he dejado aquí.

Insiste ella queriendo defenderse al tiempo que vuelve su cara para el arroyo que va por detrás de la huerta.

- Mirad lo que hay allí.

- Es la burra blanca.

- Sí, y ahora al verla pienso en lo que ha pasado.

- Que ha sido ella.

- De eso estoy segura.

- Eres tonta, porque te ha engañado otra vez.
La niña se ría y más tarde dice:
- Pero ahora me las pagará.
- Por ahora déjala en paz y vente aquí junto al fuego. Como ya no tenemos prisa y como tenemos nuevas bellotas más gordas y buenas que aquellas, vamos a sentarnos pegado a este fuego y mientras nos calentamos, las asamos. Estas no se las va a comer la burra blanca sino nosotros".

Y como el recuerdo es bello y con su silencio el barranco colabora a ello, hoy lo tengo en mi alma una vez más como lo más importante de cuanto ha ocurrido en mi vida. Resulta que hace unos días la Agencia de Medio Ambiente mandó que se limpiara, de monte, este barranco. Vino por aquí una cuadrilla de hombres y lo que han hecho ha sido un desastre. Han rozado todo el monte y entre ello los romeros, enebros, sabinas, lentiscos, espliegos y hasta rosales y lianas. Todo el monte lo han rozado dejando sólo los troncos de las encinas y no todas, sino las más gruesas y algunos pinos. Y, además, a casi todas las encinas le han cortado las mejores ramas, de tal modo que cuando las ves ahora no parecen ni las mismas encinas, sino troncos esqueléticos que echarán algunos

brotes nuevos al llegar la primavera. Algo así como la tala que le hacen a los olivos.

Es un desastre lo que han hecho y al mismo tiempo una pena. Tanto es así que el barranco ya no es el mismo y, claro, lo que en el fondo pasa, son dos cosas: que los que han mandado a esta cuadrilla y la cuadrilla misma son personas de fuera que sólo ven en este barranco arroyos y monte. Ni una sola vivencia, ni un sólo recuerdo tienen en su alma porque nunca vivieron ni fueron de aquí. Por eso no les tienen cariño a estas encinas y por eso no les duele romperlas. Y la otra cosa es que ni unos ni otros saben nada de lo que se traen entre manos aunque dirigiendo estos trabajos haya ingenieros como pasa casi siempre. Y esto queda a la vista, porque si no ¿cómo es posible que oficialmente se haya hecho con estos montes el desastre que se ha hecho?

Desde que era niño con aquellos niños del cortijo sentí el barranco como si él fuera un mundo sagrado; como si sus encinas, sus manantiales y sus arroyos pertenecieran a las cosas que se dicen son eternas y por lo tanto intocables para los humanos. Ni siquiera la gente que siempre vivió en el cortijo osaron nunca dañar este

barranco. ¿Cómo entonces los que no son de aquí se han atrevido a hacer lo que han hecho?
Y cuando terminé de hacer esta pregunta uno de ellos me dijo que todavía no han acabado las obras.
- ¿Qué más vais a hacer?
- ¿Ves ese cerro?
- Sí que lo veo; es el cerro grande que protege al barranco por el norte y de cuyas entrañas viene al agua de estos veneros.
- Pues cualquier día de estos desaparecerá.
- ¿Quién se atreverá a romper un cerro como ese?
- Por lo alto asomará la carretera y según tengo entendido será necesario demoler medio monte para conseguir el trazado que pretenden.
- De todos modos si la carretera pasa y no llega las encinas, si logran superar la poda, se salvarán.
- La carretera no llega pero las encinas si se salvan será de casualidad.
- ¿Qué van a hacer con ellas?
- Casi seguro todas quedarán sepultadas. Como tienen que demoler el cerro, en lugar de llevarse la tierra con camiones, la volcarán para el barranco y como la ladera forma gran pendiente y sobre las cumbres hay muchas rocas, todas rodarán por la solana abajo hasta la llanura.

- Pero eso será tremendo. Ninguna de estas encinas resistirán el impacto de las rocas rodando ladera abajo.
- Es lo que te decía: si queda alguna será de puro milagro.
- Bueno, ¿y quién ordena la construcción de tal carretera?
- ¿Pues quién lo va a ordenar? Los que nos gobiernan.
- ¿Y cómo es posible que no tengan ojos para ver?
- Los tendrán pero si lo aprueban y manda que se haga ¿a ver quién dice o hace lo contrario?

La noticia me partió el alma y como es verdad que he visto estos desastres en tantísimos sitios, desde ahora casi doy por seguro que romperán el barranco. Bueno, romperán primero las cumbres de la montaña, destrozarán toda la ladera y por supuesto su bosque y manantiales y después dejarán tronchadas y medio enterradas casi todas las encinas del barranco. Pero las primeras en caer serán las que hay junto a la huerta y entre estas primeras las de la parte alta, las del primer barranco que es donde brotan también los primeros manantiales y luego las que crecen al borde del camino y las del arroyo. Y son esas las mejores encinas dentro del gran encinar de esta llanura. Las que nacieron antes que cualquiera de los hombres que ahora van a aniquilarlas.

En ocasiones los hombres somos tremendos: por atrevernos a veces nos atrevemos hasta con aquellas cosas que son sagradas y pertenecen a la dimensión de lo eterno. Hasta nos erigimos en casi dioses y henchidos de prepotencia, desafiamos orgullosos cualquier cosa que se nos ponga por delante sea ésta un barranco lleno de viejas encinas o un manantial que estuvo ahí desde el principio de los tiempos. Y a lo mejor un día algo o alguien se revela y viene a poner freno, como ya ha ocurrido otras veces, a los desmanes que los humanos nos traemos entre manos.

Es bien conocido el texto del Génesis: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y que domine los peces del mar, los pájaros del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles”. Este texto se puede interpretar de una manera dura, como un derecho de saqueo total. Pero conviene observar que el relato hace del ser humano la imagen y semejanza de Dios y que presenta a Dios como creador de los vegetales, de los peces, de los pájaros y de los demás animales, todos los seres vivos “cada uno según su especie”. Dios no quiere que el hombre deba sofocar la vida, aplastar el mundo sino hacerlo existir, cultivarlo, protegerlo. Parecerse a El

es proteger las especies vivientes. Si la maldad humana excita la cólera de Dios, como sobre una creación desviada por el mal camino y uso, la salvación de Noé no será sólo para él, sino que pasará por la salvaguardia de toda vida invitada a atravesar la muerte en el barco de la nueva fortuna. Bello ejemplo de la ternura que los hombres, la humanidad, puede manifestar a la Tierra y a la vida obedeciendo a Dios.

EL LUGAR SOÑADO

El problema ecológico sí es un
problema esencialmente humano.

La pista que traigo viene bajando y aunque aquí la corta una cancela de hierro desde la cual, por los lados, se extiende la valla metálica para recoger el rincón en torno a los edificios, quiero seguir bajando. Entre otras cosas porque la pista no muere aquí sino que sigue y va realizando exactamente el plan que traigo: quiero salir por el Puente del Hacha y torcer luego carretera arriba.

Como la cancela me corta el paso, miro a ver si encuentro cómo seguir y lo encuentro: por la parte de arriba, la que pega al paredón rocoso de la ladera de la montaña, hay un paso. Lo uso y ya he dejado atrás la

cancela. Por otro lado, la alambrada sigue a mi derecha que es el lado del río. En los terrenos que se hunden en el barranco hacia el cauce, quedan los edificios. Los voy viendo mientras sigo bajando casi recto ahora y lo que ya sí descubro con claridad es la piscifactoría. Me voy asombrando pero con toda seguridad descubro que este rincón es el mismo que ciertamente veo en mis sueños.

No sé si se encuentra cerca de un colegio pero debe estarlo porque los jóvenes así me lo anuncian. Salen ellos todos los días a su recreo. Son muchos y de edad entre catorce a veinte años. Llevan sus libros y como el recreo es a media mañana, tienen que comerse algo. En grupos de dos, tres, cuatro o seis, atraviesan esta ladera, se internan por entre la vegetación y bajo los fresnos, entre las rocas y la corriente del río, se van sentando. Charlan ellos animados mientras comienzan a comerse sus bocadillos. Casi siempre los veo acompañados de algún profesor que, como ellos dicen, no es un profesor sino un amigo.

- Ya sabéis, no dejad ni señales de vuestro paso por este rincón.

Les dice el profesor pero no con tono de orden sino como el que recuerda lo que todos aman y desean cumplir.

- ¿Cómo vamos a estropear, dejando basuras, un rincón como éste?
- Sé bien que lo sentís vuestro y lo queréis casi como algo que os pertenece. Nadie rompe lo que ama.
- Señor profesor, si es que no hay gozo mayor en el mundo que el de sentarse en este rincón, junto a la corriente del cauce y el agua limpia que por aquí corre.

Y ellos tienen toda la razón: el agua es tan cristal de que hasta el viento tiene miedo de mancharla. Y a ellos, sabe Dios por que razón profunda y noble, no se les ocurre tirar ni una colilla. Cada cual lleva su bolsa con el bocadillo y cuando se les termina el recreo, vuelven por la ladera donde ni siquiera hay ni cemento ni asfalto sino tierra pura, y en los contenedores dejan sus desperdicios. No para en todo el día el trasiego por este rincón; mas, aún así, parece que cada día está más bonito, con tanta agua corriendo limpia, con tanta vegetación, con tantas sombras nacaradas de árboles majestuosos, con tanto viento siempre meciendo las ramas y con tantos pajarillos por allí saltando.

Yo los veo ir y venir tan orgullosos y más orgullosos aún se sienten cuando algún compañero de otros colegios les dice:

- ¡Jo! Qué suerte la vuestra. Ya quisiéramos nosotros tener cerca de nuestro colegio un rincón tan hermoso como ése para no tener que ir todos los días a tomarnos las litronas al bar, a bebernos el refresco en medio de la calle o a fumar a la discoteca. Ya quisiéramos nosotros una cosa tan limpia donde sólo se respirara un aire tan puro como el que ahí se respira y no se oyera nada más que música de agua y silencios de bosques.

- ¡Categoría que tenemos nosotros porque nuestro colegio es así de chulo!

En otros momentos de mi sueño veo que el rincón es también compartido con la gente que sale de su trabajo. A comerse su comida siempre se vienen al lugar y si es verano, por aquí se quedan a echarse sus siestecillas porque ellos saben que nadie les va a molestar. Vienen también por aquí enfermeras y médicos que en lugar de juntarse para irse al bar y tomarse su café, cogen y se dan un paseo, se sientan junto a la corriente a gozar de la sombra y son ellos los que dicen

que no necesitan de tantos bares y tantas historias para pasar un rato con los amigos.

Yo no sé si está cerca de un colegio o cosa parecida pero el caso es que lo veo continuamente en mi sueño y siempre hay en él el mismo trasiego. Ahora que bajo por la pista rumbo a la piscifactoría me digo que sí, es el lugar con el que siempre sueño.

DUEÑA DE LA LADERA

El poder de los hombres es todavía irrisorio y el ser humano se siente tan aplastado por la naturaleza que tiende a dosificar sus fuerzas.Voy descubriendo el barranco por la tan flamante pista forestal y se me va llenando el alma del día ya un poco avanzado, del rumor del río saltando las cascadas del cauce y el perfume esencial que sube por la ladera. El camino, primero sigue recto a media ladera y como se aleja del cauce, llega un momento en que traza una gran curva a la derecha y luego a la izquierda y empieza a hundirse buscando el río. No sé por qué pero tengo la sensación que en esta curva debería existir una desviación que se fuera hacia el barranco del Cerro de Las Albardas y al cortijo de la Cruz

del Muchacho. Miro y por más que busco, no veo ni pista ni senda.

Y estoy empeñado en encontrar un camino sin que ni siquiera venga indicado en el mapa que tengo, cuando me sorprende el escándalo. Miro para la solana y lo descubro: desde los cantiles del farallón rocoso de la ladera el águila perdicera se ha lanzado a por su presa. Una chova que busca su alimento por entre las encinas de la solana. Se ha lanzado a tierra en picado y sobre la presa localizada desde lejos y durante unos segundos hábilmente la persigue por entre los pinos y las encinas. Su esbelta silueta y sus alas relativamente finas llenan de elegancia el vuelo.

No es la primera vez que las veo por estas sierras persiguiendo a sus presas y por eso las conozco bien. El águila perdicera ocupa el lugar del águila real en la región mediterránea y en algunas comarcas semiáridas del Este. Como ella, es sedentaria en la edad adulta y permanece en su territorio, que ocupa 10.000 hectáreas o incluso más. Los jóvenes vagabundean y algunos individuos europeos se van hasta Africa. En el Sur del Europa frecuenta los carrascales secos salpicados de arbustos

bajos pero también los matorrales espesos; construye su nido en acantilados que domine estos paisajes. Como otras rapaces diurnas, tales como el águila vocinglera y el águila calzada, la perdicera presenta dos tipos de coloración que no tiene nada que ver con la edad ni con el sexo. Algunos ejemplares tienen la parte inferior del cuerpo blanca, marcadas de pavesas pardo negro sobre el pecho, mientras que en otras esta parte del plumaje es leonada.

Se ha dicho que las rapaces diurnas atrapan sus presas por sorpresa. A veces, les es preciso perseguirla largo tiempo, acecharlas y espiarlas pacientemente sobre las montañas, sobre las praderas o sobre los bosques. Para eso, deben ser aptas para volar muy rápidamente o, en otro caso, para planear durante horas. Sus alas tienen, por lo tanto, una forma diferente según su género de vida. Las de los halcones, aves rápidas, son generalmente estrechas y puntiagudas; las de los gavilanes y azores, más anchas. Estos últimos se desplazan aprovechando corrientes de aire caliente ascendente. En unos diez minutos, pueden pasar de 1.500 a 3.500 m. Después de tomar altura, descienden en vuelo planeado a una velocidad que alcanza 80 km/hora. En Africa, uno de ellos

recorrió 32 km. de este modo perdiendo solamente 520 m. de altitud durante este largo descenso.

Aves de presa, rapaz o depredador, estos son los tres nombres dados generalmente a las águilas, los ratoneros, los halcones, las lechuzas y los búhos. En realidad, también podrían aplicarse perfectamente tales denominaciones a las golondrinas, a los papamoscas y a las currucas: unos y otros se alimentan de animales vivos. La diferencia estriba en el tamaño de la presa: un águila captura pequeños mamíferos o aves; una curruca come insectos. Es una costumbre generalizada la de llamar rapaces a las aves de pico ganchudo y patas provistas de garras aceradas. Pero para el ecólogo, la golondrina común y el gavilán forman parte de la misma categoría: son todos depredadores, es de decir, animales que se alimentan a expensas de otras especies.

Al darme cuenta de lo que está ocurriendo ahí, a muy pocos metros de donde estoy, me quedo parado. Me oculto tras los troncos de un pino y como me arropan varias ramas de carrasca y enebros creo que quedo tapado a los ojos del ave. Espero un rato y no tardo en verla remontar vuelo. Desde el mechón de monte donde

ha atrapado a su presa, alza el vuelo y con la chova entre sus garras se eleve en el aire. Arranca hacia el barranco y como el animal no me ha visto me cruza por delante casi rozándome.

Me quedo con el aliento contenido ante la visión de tan impresionante espectáculo. Como si de toda una montaña entera se tratara su figura, solemne y grandiosa, desciende por el viento lenta y suavemente. Sin apena esfuerzo ni movimiento ninguno. Sólo abriendo sus alas y dejándose llevar por el viento. Sin quererlo, del corazón se me escapa un ¡qué maravilla, Dios mío! Y luego que la bella figura va descendiendo por el barranco al tiempo que remonta, aprovechando la corriente de aire para, sobre las cumbres de mi Cerro del Molinillo, girar los cantiles de la ladera donde estoy, sin prisa me dejo empapar de la realidad que ante mis ojos tengo. Nunca en mi vida he vivido un momento tan emocionante. Nunca en mi vida se me ha mezclado con tanta fuerza la imagen de la realidad y el sueño. Nunca en mi vida podría creer que aves tan sencillas encerraran tanta belleza.

Durante un rato todavía sigo ahí, sentado en la roca, junto al camino y cuando quiero regresar es como si

de pronto, el barranco se hubiera transformado en un mundo nuevo. Hasta el murmullo del río me parece otro. Chapoteando por espacios inaccesibles que más se parecen a sensaciones soñadas que a mundos terrenales.

CERRO HUECO

Me lo habían dicho pero no me lo creía demasiado.

- Si el cerro está hueco será que hay ahí una cueva.
- Quizá sea una cueva pero hazte a la idea que no es la cueva clásica que normalmente se conoce. En la gran bóveda no existen ni estalactitas ni estalagmitas ni corrientes de agua ni trozos de rocas caídas que te impidan el paso ni angosturas ni galerías.
- Entonces, ¿Cómo es ese agujero?
- ¿Tú sabes lo que es un iglú?
- Es una vivienda esquimal fabricada con bloques de hielo, dispuesta en forma de cúpula y con una sola abertura.
- Pues así parecido es el Cerro Hueco.
- Pero es que no acabo de creerme que en estos montes exista un fenómeno así. Las grutas que por aquí pueden darse serán siempre galerías formadas por las corrientes de las aguas subterráneas que por lo general son muy

caprichosas, muy irregulares y de ninguna manera se parecen a lo que tú me dices.

- Te pasará como a mí: no me lo creía y hasta que no lo vi no quedé convencido del todo. Lo que pasa es que nadie sabe o muy poca gente sabe que existe esta cavidad y menos aún conoce en qué lugar se encuentra y por dónde tiene la entrada.

- Claro, porque ¿te imaginas la cantidad de turismo que vendría a ver un fenómeno como éste?

- Un fenómeno que por otro lado es una auténtica maravilla. No hay otro en toda España y creo que en el mundo entero no existe nada parecido. Puedes comprender ahora por qué este descubrimiento se mantiene tan en secreto y se habla tan poco de él.

- Pero ¿Tú lo has visto?

- Más de una vez y muy despacio.

- Al menos podrías decirme algo de esa tan bella cueva.

- La entrada se halla al lado norte, escondida entre monte y muy cerca de una gran pared de rocas. Se encuentra casi al final de la ladera, muy cerca del río y casi en la base del cerro. Es una puerta pequeña que para entrar por ella tienes que agacharte. No cabe más de una persona por el agujero que es redondo aunque más

grande para arriba que por los lados. Hasta la misma entrada no llega ninguna senda ni camino ni nada parecido. Es decir: que tú vas por allí andando y el que sabe dónde está el punto exacto sí lo encuentra pero el que no lo sabe difícilmente puede llegar a la entrada. A un lado, al oriente, queda el barranco del río con un buen trozo de ladera todavía desde la entrada hasta lo hondo y al otro lado, al occidente, se alza la gran cordillera con toda la cumbre llena de castellones, rocas y arroyos que corren para ambos lados.

- Y por dentro ¿qué se ve?

- Una vez dentro, lo primero que te sorprende es eso: su grandiosidad. El primer vistazo te deja la sensación de que el cerro está hueco. Una pura gran cúpula que te sobrecoge por su amplitud hacia arriba y a los lados. Todo rezuma humedad aunque no corre agua por ningún sitio y esto hace que las paredes estén recubiertas de mil plantas raras que casi nadie conoce ni sabe a qué especie pertenecen.

- ¿Y a dónde va tan extraña cueva?

- Eso es lo que te preguntas enseguida y enseguida buscas. No encuentras que vaya a ningún sitio aunque sí: parece que va al río. Cuando entras por el agujero de la ladera sigues andando, sin subir ni bajar sino como si

siempre estuvieras en el mismo plano y cuando acuerdas vas a salir al río. Por ese lado la gruta tiene una salida que tampoco nadie conoce.

Voy esta tarde llegando al río y antes de torcer la última curva que me deja exactamente en el cauce y sobre el puente que lo cruza me acuerdo de lo que él me dijo. Por lo visto, cuando la gente salía desde la gruta, como en aquellos tiempos por aquí el río no tenía puente, para atravesarlo, siempre tenían que mojarse. Sobre todo en aquella época en que el río bajaba muy crecido. Por lo visto dentro de esta gigantesca cueva existe un filón de rocas blancas muy bellas. Quizá sean las rocas de calcita blanca aunque creo que no son calcita sino otro tipo de mineral. Para protegerse de enfermedades por los remojones del agua en el río la gente cogía estas rocas y se juntaba todo el cuerpo con ellas. Podía luego irse con la seguridad de estar inmunizados para durante tiempo, de muchas clases de enfermedades. Ya en aquellos años sabían ellos que la tierra cura las heridas y también las enfermedades. Un baño de barro elimina toxinas a través de la piel, que los emplastos de arcilla mitiga dolores e inflamaciones, que el simple contacto de los pies

desnudos con la tierra canaliza hacia el suelo el exceso de electrones que altera nuestro equilibrio energético.

Esto de la cueva, que ni siquiera sé cómo se llama ni tampoco en qué sitio del Parque puede estar, me tiene intrigado desde hace tiempo. ¿Qué podría hacer para descubrirla un día y comprobar, hasta donde se pueda, si todo o parte de aquello es verdad? Me tiene intrigado la cueva esta y ni siquiera sé por qué, cuando ahora esta tarde voy bajando para el río, me viene a la memoria tan particular historia.

LA SIERRA PROFUNDA

Así que mientras avanzaban por la ladera atravesando el espeso monte, se iban entreteniendo en cortar trozos de ramas secas que dejaban clavados no en la tierra, sino en las grietas de las rocas. Aquí un trozo, en el agujero de aquella piedra, otro.

- Todo como si fuera un tesoro que ahora escondemos y luego tendremos que buscar.
- Un juego bonito que me gusta pero yo quería preguntar algo.
- ¿Qué es?

- Desde que cogimos esta senda, vengo pensando en lo que nos dijiste el otro día.
- ¿Lo del museo?
- Eso es. Decías que el collado de Los Robles Fuertes estaba por aquí.
- Y es verdad. Dentro de un momento lo veremos.

- Si no me engaña mi intuición, por entre el monte, ya descubro arriba trozos de cielo azul. Ese debe ser.
- No te engaña tu intuición: ese es el collado. En cuanto remontemos la cuesta que subimos, la senda, primero recorre un trozo de tierra fértil, por donde los árboles son más claros y luego comienza a volcar. Justo ahí se abre el collado. Ya veréis que asombro. Pura tierra es todo el suelo y en primavera se convierte vergel mágico.

Nada más volcar, allí mismo, crecen los robles. ¿Que cómo son esos? Pues yo que los tengo vistos, digo que no hay otros en toda la sierra y creo que hasta en el mundo entero. Tremendos por los años que tienen, el color negro de sus troncos, la dimensión asombrosa que esos troncos dan, las curvas que trazan desde las raíces hasta las copas y el bosque de ramas tan denso y oscuro. Ni un rayo de sol llega al suelo de tan apretadas como

crecen las hojas de las ramas. Y lo que más asombra, es el manantial que brota bajo ellos. Como si acaso hecho lo hubieran plantado en la tierrecilla y bajo las rocas de la primera pendiente del collado, mirando ya al valle del museo. Porque el agua de ese venero ya corre para el lado de donde se alza el sol.

- ¿Y allí es donde veremos el museo que dices?

- Allí mismo. Más abajo de donde brota el venero, los robles son grandes y crecen espesos. La tierra se inclina y justo encima de la ondulación, hay tres rocas grandes. Unos castellones que tienen como una entrada, un camino corto y escondido y por él se mete uno entre las rocas, pasa unas grietas estrechas y se asoma a la ventana. Un agujero abierto en las mismas rocas que no es obra de los hombres, sino del viento, la lluvia y el tiempo. Redondo, grande, como si fuera aquella la puerta a un mundo nuevo. Hasta da miedo asomarse al agujero. No porque tenga peligro, sino por lo que uno espera encontrarse al otro lado.

- ¿Y qué es lo que se encuentra?

- Lo que yo siempre, y para mí sólo, he llamado El Museo. Un verdadero museo tan encantando que al primer golpe te deja sin aliento.
- ¿Pero tú sabes lo que dices?
- Estoy hablando del museo que tiene su entrada por el Collado de Los Robles Fuertes.
- Pues según lo que me han dicho, el verdadero museo lo van a poner en una casa grande que construirán en el valle, junto a las aguas del Guadalquivir.
- Ves. Eres tú el que no sabe lo que se dice. Aquel museo, del que también yo tengo noticias, es otra cosa. Una simple casa de piedra hecha por los hombres, en un llano que tallaron en la ladera y cuatro cosas dentro arrancadas a la fuerza y con dolor a estas sierras.

Cuatro fotos con letreros, puestas en marcos y entre cristales para que las personas que vienen de las ciudades, se imaginen un poco como son estas sierras. Aquello será un espacio ordenado para que la gente se ordene y entre en fila a ver los cuadros colgados, las piedras y los trozos de algunos de los pinos que han crecido por estos montes. A eso le llamarán ellos museo y ahí es a donde quieren que la gente acuda, como acuden las ovejas a la tiná cuando se les empuja.

- Pero entonces, tu museo ¿cómo es y qué es?
- Lo vais a ver en cuanto lleguemos al collado. Y ya os lo he dicho: de tan vivo como se te presenta, tan sencillo dentro de su desorden y tan amplio, os quedareis sin asombrados.
Coronaron ellos el collado, siguiendo la inclinación del terreno y al pisar las tierras llanas, de nuevo se les despertó el recuerdo.
- Mi padre me decía el otro día que por aquí, justo por estas tierras tan delicadas del collado, meterán la senda. Un camino nuevo, ancho y bien tallado en las rocas y el monte que bajará desde las cumbres del Banderillas atravesando estas laderas y bosques hasta el valle. Aquí precisamente, en las tierras de curvas suaves del collado, me decía mi padre que la senda se dividirá. La que sigue bajando en busca del gran valle y otro ramalejo menor que se vendría por entre los Robles Fuertes para hundirse luego en el misterioso mundo del museo mágico.
- ¿Y hasta dónde llegará la senda?
- Según me ha dicho mi padre, debería llegar hasta los cortijos que duermen en el barranco pero que como ellos, los que mandan y dirigen, son así, a lo mejor la meten por las tierras bellas y la transponen hasta el último confín de

los arroyos y los ríos. Será una pena, según también mi padre, porque romperán la virginidad de los paisajes que tan en silencio duermen ahora. Y ya estamos en la ventana desde donde se ven las tierras del museo. Venid conmigo y gozad.

Por las llanas tierras del collado, los demás muchachos, se mueven siguiendo al mayor del grupo y ya en este momento se van llenando de asombro.

- ¡Ostras qué robles!

Decían al encontrarse con los viejos árboles que con sus raíces clavadas en las tierras onduladas del collado, se inclinan hacia el barranco por donde duermen los cortijos.

- Vosotros decidme si no tenía razón. ¿Cuándo y dónde habéis visto árboles tan grandes?

- Tan retorcidos, tan gruesos, negros y con ramajes tan verdes, en ningún sitio.

- ¿De qué dan ganas?

- De todo. De abrazarlos, de tumbarse a sus sombras, de correr por entre ellos, de abrazarlos otra vez y sobre todo, dan ganas de venirse a vivir al fresco que bajo sus copas corre. Dan ganas de todo eso y además de quedarse aquí para siempre por lo sencillo, lo silencioso y lo mágico que resulta el collado y sus robles.

- Pues ahora seguimos un poco y ya veréis.

Dejaron ellos la casi imperceptible senda de animales silvestres que venían siguiendo, se fueron por la pendiente que el collado configura en el lado que da a la gran montaña del Banderillas y volvieron a meterse por debajo de otro bosque de robles. Coronaron el puntal y saltando algunas rocas, se metieron por la raja del gran castellón.

- Esto parece un laberinto que por momentos se complica sin que se le vea el fin.

- Ya os lo he dicho: la ventana no es un lugar sin importancia. Tiene su personalidad y por eso no se encuentra en cualquier sitio.

- Pero es que parece que nos hemos metido en un mundo de sueños donde todo es lejanía y extrañas y desconocidas tierras.

- Tranquilo que ya llegamos. Pasad por esta raja y luego saltad aquellas rocas. Vámonos ahora por aquí e ir preparando el espíritu porque llega el momento de la emoción.

Al rodear una roca grande, la ventana se les presenta al frente y grandiosamente abierta al barranco.

- Aquí la tenéis.
Les dice el que ha ido guiando el grupo durante todo el tiempo.
- ¡Madre mía!
Exclaman asombrados.
- ¡Qué cosa más bonita!
- Yo, he visto maravillas desde estas cumbres pero como esta, ninguna.
- Pues, sentaros y a gozar.
- Tú vente para acá que tendrás que explicarnos la frescura y el olor que sube desde esos campos.
- Ya os lo he dicho antes: lo que desde aquí se contempla, lo llamo el gran museo y vosotros que lo estáis viendo ahora, decidme si tengo razón.
- La tienes sin discusión ninguna.

- Fijaros: si empezamos desde allá abajo, lo que se ve a lo lejos que es por donde se pierde el río, observad qué paisajes más bonitos se extiende por allí. Cerros y llanuras perdidas en la lejanía, envueltos un poco en la bruma, con reflejos verdes y azules y por donde, al final del barranco, se va el río. Decidme si no es belleza todo lo que el rincón muestra.

- Con este mar tan grande de hojas verdes, con sólo el barranco brumoso por donde se pierde el río, ya sería suficiente para afirmar que esto es el más vibrante de los museos posibles. ¿Y sabes lo que siento ahora que lo veo?
- ¿Qué sientes?
- Que sería mejor no ir nunca por aquellas tierras.
- A ver si te explicas.

- Tan misterioso, tan perdido en la distancia y envuelto por la niebla, se ve desde aquí la profundidad, que parece que si uno va y lo recorre trazando caminos para tocarlo y pisarlo, ya no quedaría lo mismo. Siento como si precisamente la gran belleza de ese barranco final, estuviera en eso: en su lejanía, misterio y soledad. Precisamente porque da la impresión que por esos lugares no ha pasado nadie desde que mundo es mundo, es por lo que resulta tan sugerente.
- En eso tienes razón. En cuanto el barranco se empiece a llenar de gente y de caminos surcados por turistas, dejará de ser lo que ahora es. Para siempre perderá su primitivo encanto.
- Es que tú lo miras y no te cansas. ¿Te imaginas las cascadas, los charcos y las aguas limpias que por allí el

río llevará? ¿Te imaginas la de rocas llenas de musgo y cuevas con helechos que allí habrá? ¿Te imaginas los montes tan espesos y repletos de setas, flores y animales que por el barranco puede haber?
- Me lo imagino todo, porque la visión que antes mis ojos tengo, me lo anuncia y mucho más.

En estos momentos ellos guardan silencio y sin palabras, a lo largo de un buen rato, recorren con sus miradas la profundidad de los barrancos y las cumbres. Oyen voces humanas y la mirar, lo ven. Por la diminuta senda que va desde el collado y luego cae hacia el barranco, descolgándose por el oeste del voladero, baja.
- ¿Quién es?
- Uno de los que vive en los cortijos de lo hondo. Los pequeños cortijillos al comienzo de las grandes tierras que más que viviendas humanas, parecen lugares de descanso en una ruta de sueño que lleva por los reinos de las estrellas o más allá.
- Baja llevando su burro y fíjate: ha llegado a los poyos donde las rocas se abren en un gran tajo y se ha ido para el lado del collado ¿Va por ahí la senda?
- La senda bajo por ese lado. Dejando a la derecha los grandes voladeros, se mete en el barranco, cae

directamente en el cauce del arroyo y por un vado pequeño que el arroyo tiene al final de la cascada, lo cruza. Desde ese punto, remonta un poco y cruzando otro buen bosque de robles refugiados en la umbría, sube buscando los cortijos. Pero por ahí, un poco antes de que la senda atraviese el arroyo, el hombre se parará. Siempre se para a descansar. Se sienta a la fina sombra que las rocas derraman por la hondonada y mientras recupera fuerzas y se encuentra consigo, deja que su borriquillo paste tranquilo en la pradera verde que junto al cauce hay.

Como por ahí se ha retenido un puñado de tierra buena y como se encuentra en lo hondo, donde la humedad también se concentra, la pradera siempre está verde. Aun en pleno verano, cuando ya por todos sitios se han secadas las hierbas, junto al vado de ese arroyo, la pradera se extiende verde. Siempre que pasa por aquí, como el borriquillo ya lo sabe, se aparta del camino y se pone a comer hierba fresca. Hay tanta y toda tan buena, que en un rato el animal se sacia. Feliz el hombre lo contempla mientras ya te he dicho, también descansa, y luego lo vuelve a coger de su cabestro. Lo acerca a la pierda que hay junto al camino, se sube en su lomo y se

meten por las aguas del arroyo cruzándolas por ese vado tan bonito.

Parece poca cosa pero es una escena que se repite siempre que pasa por aquí y como el hombre cree que no lo ve nadie, tranquilamente, una vez y otra, él reproduce la misma escena. Yo creo que también le debe gustar la profunda soledad del barranco, el agua que cae por la cascada y luego sigue bajando convertida primero en vado y después en torrente y el fresco que a la sombra de las rocas y los arrayanes, siempre se palpa.
- También algún día tendremos que venirnos por la senda. Lo esperaremos y cuando se pare, lo saludaremos y luego le preguntaremos por los caminos que llevan a las profundidades de los misteriosos barrancos que estamos viendo. Porque también sería bonito irnos por esos barrancos a descubrir las cosas que ellos contienen.

- Primero tendremos que atravesar esta pequeña llanura que estáis viendo aquí más cerca de nosotros. Por ahí crecen las encinas y por ahí es donde las aves siempre se concentran para hacer sus nidos. Más al fondo ya veis los tejados de los cortijillos y luego más al fondo, es donde ya se amontona la sierra profunda. ¿Vosotros

creéis que seremos capaces de andar por entre esos montes?
- ¿Por qué lo dices?
- Porque yo creo que si un día nos vamos por esos barrancos, en ellos nos quedaremos para siempre. De ahí no saldremos nunca. Al menos eso es lo que yo creo.
- A lo mejor es verdad, porque ya se ve que son como un mundo virgen por donde nunca nadie ha pasado. ¿Pero a que se siente el deseo de meterse por ellos y ver lo que esconden?

Aquella mañana ellos dejaron las rocas del gran castellón desde donde se abre la ventana que da al mundo de la sierra profunda. Volvieron por sus pasos hasta que llegaron otra vez a los robles fuertes. Buscaron la cristalina fuentecilla que brota bajo la piedra al final de la llanura del collado. Bebieron de su agua limpia y estaban ya dispuestos a irse para el barranco en busca de los palos que necesitaban cuando al mirar a la senda, los volvieron a ver.
- ¿Quiénes serán?
- Estos no van montado en burros sino en buenos caballos.
- ¿Esperamos a que lleguen?

- Mejor es dejar que pasen sin que nos vean. Parecen ingenieros o guardas y si vienen por aquí con algún proyecto, ya sabes tú lo que son. Nos complicarán la vida.

Se apartaron al lado derecho del collado y por entre las madroñeras y romeros se quedaron escondidos. Los nuevos caminantes pasaron por la senda de los robles montados en sus caballos, atravesaron por debajo de la gran sombra, se hundieron en el barranco por una senda nueva y se perdieron por las laderas que conducen a la sierra misteriosa. No habían transpuesto las primeras cuerdas cuando de aquellos barrancos empezaron a salir ruidos de tiros.

- Ya sabes quienes eran. Han venido con sus amigos y ya veis lo que buscan en estos rincones de las sierras: estrenan sus buenos rifles matando todas las cabras y ciervos que por el monte pillen. Veis como ha sido mejor que no nos vieran.

- ¿Qué hubiera pasado?

- Si con ellos viene quien sabéis, como casi siempre pasa, seguro nos habrían echado de este monte. Les estorbamos para el proyecto que hoy necesitan realizar.

- Pero es lo que decíamos antes: si por esos rincones de la sierra grande que tú llamas museo, comienzan a entrar unos y otros y estos con sus rifles matando animales, lo estropearán todo.
- Eso será así pero dime ¿quién tendría que decirle a estos que no deben venir por aquí con sus rifles a pegar tiros contra los animales? Y si alguien se lo dice ¿no se arriesga incluso a que le compliquen la vida? ¿No tienen el poder total y hacen lo que quieren porque por encima de ellos ya nadie manda?

Volvieron de nuevo a su ruta y siguieron bajando hacia el barranco. Se fueron por la ladera y al socaire de las recias rocas que se clavan en el lado que cae al arroyo, buscaron el bosque de las madroñeras.

EL CERRO DE CHAROL

Desde la pequeña llanura, mientras contemplas la corriente del arroyo que hoy te va a servir de guía y recuerdas lo que hace unos días leíste, miras para tus espaldas y ahí lo tiene: es el cerro de charol. El título no es bueno porque un cerro no puede ser de charol y de suyo no lo es sino que lo parece. Porque el cerro, con la lomilla donde se encuentran las ruinas del cortijo, la

pequeña ladera casi llanura que desde el cortijo baja buscando la oscuridad y el agua limpia del arroyo, el puntal que se adentra hacia la cascada grande que por eso existe ahí dicha cascada, porque el arroyo corta un pequeño cerro y la ladera de la derecha por donde se remonta la senda, todo este conjunto no es un cerro de charol sino un noble bosque de romeros, pinos, enebros y sabinas. Pero el cerro, para ti es de charol, por lo siguiente: tuviste tú la otra noche un sueño y te viste andando por la ladera de este cerro y fundamentalmente te llamó la atención dos cosas en la soledad y profunda belleza de este barranco: el cortijo que lo viste sano y lleno de gente y hasta con sus paredes blancas por dentro, sus cantareras hechas de troncos de pino y los tres cántaros de barro llenos de agua puestos en los agujeros de las cantareras. Sólo una familia con tres miembros vivía en el pequeño y más que hermoso cortijo. El joven que cruzaba el monte que lo rodeaba, el silencio de los campos y el verde del bosque y la gran inquietud le hervía en lo hondo del alma. El quería salir de aquí algún día e irse por los pueblos y ciudades porque había oído decir que existían muchos y muy bellos.

- ¿Es que eso que sueñas lo crees mejor, más importante y bello que este mundo nuestro?
Le preguntaban sus padres.
- No es que lo crea más importante porque tengo asimilado que en ninguna parte del mundo puede darse mayor gozo que en este rincón nuestro pero no sé; mi corazón sueña con las cosas que tanto oigo y mientras no las conozca parece que no seré feliz.
- Ya verás como luego desearás volver porque el alma se te viene para acá.

Y la otra cosa que mientras tú ibas andando por la senda del cerro de la ladera con la visión del cortijo sobre la lomilla y un poco a tus pies, a pesar del verde de esta ladera por la vegetación y la abundancia de pinos, el suelo, la tierra que pisabas, no se parecía a ninguna de las tierras que hasta hoy conoces. Por una extraña sensación real o sólo sentida tus ojos captaban una tierra llena de brillo parecido a ese que refleja el charol cuando lo tocas. Y no era esto lo más llamativo sino que sobre esta tierra tan llena de esa extraña calidad ibas descubriendo huellas de pisadas humanas.
- ¿Qué son?

Preguntaste al padre del joven que en estos momentos te acompañaba y en tu interior sabías que él era el mejor conocedor de cuanto late y respira en estos montes.

- Las he visto muchas veces. Ellas son las huellas de aquellas personas atravesando los cerros de estas sierras y que se han quedado aquí para que no se nos olvide que esto tuvo su historia.

- Una historia, por lo que se ve, llena de vida que por ser de gente humilde y sin estudios, no quedó escrita en ningún libro y estas huellas serían eso: los libros no escritos pero llenos de mensajes que no se borran para que sepamos de ellos.

- Exactamente, eso son estas huellas que, además, encierran otro pequeño gran misterio.

- ¿Cuál es?

- Que son invisibles para mucha gente. Sólo algunos pueden verlas y gustarlas y más que desde los ojos, desde dentro.

- Algo así como dice el libro del Principito que sólo se ve bien con el corazón.

- Algo así y parece que este es el principal atractivo de estas huellas que se extienden por los rincones, arroyos, laderas y valles de estos montes.

- Pues un fabuloso tesoro que anda perdido, ignorado y desconocido para casi todo el mundo. Tienes que tener cuidado porque si de esto se enteran algunos, los turistas y otros parecidos, ya verás lo que harán de estas laderas tuyas.
- Y sobre todo si se enteran algunos de esos que se pasan la vida diciendo que el mundo, la tierra y el planeta e incluso la creación entera ha sido puesta aquí para que el hombre la domine, la transforme y haga de ella lo que le apetezca.
- Exactamente eso es lo que pienso.

En fin, esto es lo que tú viste aquella noche en tu sueño y ahora que andas por aquí te dices que en realidad entre aquello y esto sí hay algún parecido. Aunque el cortijillo es sólo unas cuantas paredes de piedra color chocolate ya bastante caídas, comidas por la vegetación y sin señales de vida humana. ¿Quién vivió aquí y en qué época? Interrogantes que se te amontonan en el río de todas las experiencias que tienes de estas sierras quizá para quedar ahí eternamente arrinconadas y sin respuesta. El silencio y la soledad de estos montes hacen lo demás.

COMO UN TROZO DE MUSEO

Y la otra ocasión podría ser hoy. Porque hoy te encuentras tú de nuevo en este collado y como no tienes que volver para atrás en busca del Raso de la Honguera sino que vas para delante, es tanto como decir, en la dirección correcta. Desde este collado, ahora, en lugar de bajar otra vez para buscar la pista y seguir luego por ella, puedes irte por la parte alta, saltando la lomilla de en medio por donde ésta se une a la gran cuerda e ir a salir por la zona la de la Majada de la Perra y después a los grandes manantiales. Esta es la misma ruta que aquel día os indicó el pastor y que dejasteis para otra ocasión que acaba de presentarse. Pero, aún siendo una pena, hoy tampoco la aprovechas tú. Y la verdad es que hoy no tienes ningún motivo importante para no recorrerla pero el caso es que decides de nuevo volver por la cañada de los cortijillos y aquellas huertas donde el ingeniero quiso implantar la agricultura ecológica. Y si busca una razón profunda para justificarte la única que encuentras es la fuerza de una gran sensación.

Porque nada más empezar a bajar por la pista que se va hundiendo en el barranco, una extraña sensación de asombro te va dejando el alma embelesada.

- ¿Tú habías oído hablar de este barranco?
Te preguntó aquél día tu amigo el joven pastor.
- Yo había oído hablar bastante y todo en un sentido de asombro. Me lo definieron como el barranco de la gran catedral de la sierra. Un museo exuberante donde más por su belleza que por sus proporciones, te asombra.
Le dijiste tú a él.

Ahora pasas rozando el segundo manantial que brota en el arroyo de los tres pinos y ya nada más verlo, te deja helado. Primero baja una pequeña sendilla por la pendiente que lo protege al lado del levante. Quizá en otros tiempos sí fue senda de verdad pero ahora es sólo una sendilla para los animales porque nadie más la usa ya. Bajas este caminillo poniendo el cuidado en no resbalar y caer al agua y te sitúas frente al limpio manantial. Lo miras y con tanta fuerza te coge que casi te quedas sin reacción. No sabes si beber un sorbo de esta agua cristalina, si tocarla para llenarte más de ella, si mirarla y quedarte ahí y así eternamente o si irte y no mirarla más a fin de no sufrir tanto.

Así que si consigues escabullirte de la magia de este hoyo con su manantial en el centro, los pinos y luego

el chorrillo, en cuanto miras al frente te dan otro golpe, precisamente eso, los pinos. Clavados en las rocas que se desploman en tajos hacia los barrancos, se alzan potentes hacia el infinito del azul sobre las cumbres. Todos son gruesos, restos, fuertes y majestuosos. Subes un repecho y mientras por el pequeño llanillo adivinas el rescoldo de la lumbre aquella donde se calentaban los serranos cuando los inviernos llenaban de hielo los barrancos, va sintiendo la presencia de aquellos otros serranos.

Se habían instalado en un chozo de monte construido por ello, al lado norte del cerro redondo. Todo el mundo sabía que ellos estaban allí y que en aquel rincón vivían desde épocas lejanas. Todo el mundo sabía esto pero hasta el lugar del chozo nadie se acercaba por eso: por lo lejos y recóndito del rincón. Ahora los sientes mientras vas recorriendo estos lugares ya casi respirando el viento de la aldea que en la ladera permanece rota y también te siente con la necesidad de seguir y deshacerte, si puedes, por ese rincón.
- ¿Estará por ahí, todavía el chozo?
Le preguntaste a tu amigo el joven pastor.

- Seguro que sí aunque la verdad es que nunca lo he visto. Pero aunque sea así, el acercarte por el lugar y pisar aquellas laderas, es una rica y extraña experiencia.

Y es así, porque tú ahora sientes como si todavía viviera aquí aquella gente. Como si a pesar de los años y el olvido de los seres humanos sobre el planeta tierra, ellos, su chozo, las sendas por donde iban y hasta el latido de sus corazones, aquí se hubiera quedado parado para siempre. Como si la escala temporal con la que miden los humanos, se hubiera detenido.

Así que tú, en un ir y venir, estar y no estar en cuerpo y espíritu, entre el pasado, el presente, la realidad, tus sueños y la eternidad, te encuentras que hoy andas perdido ya casi plenamente entre los misterios y las soledades de este barranco, nacimiento del gran arroyo de María y a tu mente acude la declaración mundial de Reserva de la Biosfera para todos estos montes. A ti te han dicho que la Reservas de la Biosfera son áreas protegidas donde la conservación del ecosistema y su diversidad biológica se combina con el uso sostenido de los recursos naturales, en beneficio de las comunidades locales que habitan estos espacios naturales. A ti te han

dicho también que la Unesco estableció esta figura en 1976 en el marco del programa internacional de investigación sobre el Hombre y la Biosfera, que tiene como objetivo proporcionar la base científica y capacitación necesaria para tratar los problemas que se relacionan con el uso de los recursos, la conservación del medio ambiente y los ASENTAMIENTOS HUMANOS. Y te han dicho que las Reservas de la Biosfera constituyen una red internacional de trescientas veinticuatro reservas en ochenta y dos países.

Por decirte te dijeron que el primer congreso internacional sobre Reservas de la Biosfera se celebró en 1983 en Minsk, Bielorusia, de donde emanó un plan de acción de nueve puntos de las Reservas de la Biosfera, que fue aprobado por la Unesco y el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Te dijeron que diez años más tarde, en la Conferencia General de la Unesco celebrada en 1993, fue cuando se aceptó la invitación de España a convocar una reunión de expertos en Sevilla para evaluar el Plan de Acción y diseñar una nueva estrategia.

Todo esto y otras muchas más cosas te han dicho a ti y con estos datos en tu mente, tú has ido analizando,

comparando, viendo y observando y al final, si es que este puede ser el final, tu has aprendido una cosa: primero, que en aquellos países más desarrollados la mayoría de las reservas han sido olvidadas por falta de prioridad política. Segundo, que los legisladores de estas reservas han dando muy buenos consejos a los países en vía de desarrollo pero no se lo han aplicado nunca a si mismos porque para ellos ha pesado más los beneficios económicos. Y tercero, lo más cruel y ofensivo es que, en los países más pobres, en las zonas más deprimidas y en aquellos rincones poblados de pastores y gente humilde, como es el caso de este rincón que ahora pisas, es donde el planeta tierra se conserva más virgen. Con lo que se confirma lo de siempre: los humildes de la tierra son los que menos bosques han roto, los que mejor los han cuidado.

Y esta realidad ¿acaso tiene que ver con la presencia de aquella gente por aquí, en aquellos tiempos, y el sentimiento que ahora te embarga, según te acercas a la ruina de la aldea y pisas las tierras que los rezuma por todas partes? No sabes por dónde pero te resuena por algún sitio, que algunos de los que se dedican a

planificar y gestionar hoy estas reservas, el otro día te decía que:

- Es necesario romper la coincidencia entre marginalidad socioeconómica y valor ecológico en Andalucía. Extensas sierras pobladas y marginadas de los ciclos económicos son las que encierran los mayores valores naturales.

No supiste tú qué responderle porque al parecer sentía, presentía y hasta tenía vivo dentro de ti lo que ahora estas pisando y viendo con los ojos de tu alma. ¿Se puede elaborar de esto una respuesta para aquellas palabras? El acercarte por el lugar y pisar estas laderas, produce una extraña sensación. Y es así, porque tú ahora sientes como si todavía viviera aquí aquella gente. Como si a pesar de los años y el olvido de casi todos los seres humanos sobre el planeta tierra, ellos, su chozo, las sendas por donde iban y hasta el latido de sus corazones, aquí se hubiera quedado parado para siempre. Como si la escala temporal de la humanidad se hubiera detenido.

LA CUEVA

Luego viste tú como aquella noche el pobre hombre durmió allí, junto a los escombros de su querida vivienda con los dineros abrazados en sus pechos para que no se

los quitaran. Al venir el nuevo día, como todo en su cabeza estaba echo un lío y en su alma le dolía la realidad, dio una vuelta por entre las otras cosas de la pequeña aldea y como al preguntar le dijeron que ayer había sido la suya y que seguro hoy iba a ser la del compañero, se despidió de las ruinas y se fue.

- ¿Adónde vas?

Le preguntaron.

- No lo sé pero me voy, me tengo que ir para no morirme de tristeza en el único rincón que tengo sobre esta tierra. Mi pequeño edén soñado y tan dulcemente fundido con el latir de mi alma. Recuerdos de niño y de noches largas de lluvia en que me desvelaba el rumor sollozante del agua rodando por las laderas. ¡Qué asombro de estos paisajes míos, qué admiración! No sé a dónde iré pero me tengo que marchar.

Cogió el hombre por la senda que sale por el lado de abajo y siguiéndola se fue para la gran pared de rocas. Cualquiera hubiera pensado que el hombre, como otras muchas veces en la vida, hubiera sido capaz de despeñarse por profundo acantilado para no seguir viviendo más por lo destrozado, herido y vacío de ilusión y sin raíces que los otros hombres lo habían dejado. Pero

con tus propios ojos viste tú que él no hizo nada de esto. Siguió bajando por el caminillo y como por allí la senda se adentra primero en un gran bosque espeso y luego en un hondo barranco donde las rocas desnudas es casi el único paisaje.

Antes de caer al arroyo y meterse por la otra senda que lleva directamente a la cueva, viste como el hombre se paró frente al limitado trozo de tierra que había cavado el día antes. Primero se paró en el trozo de más arriba donde ya empezaban a brotar las semillas y luego se detuvo en el trozo de más abajo, donde la tierra todavía estaba húmeda y recién labrada. Ante un trozo y otro el hombre lloró un rato porque allí estaba él con su vida y sueños desde su niñez y como todo lo tenía tan confuso dentro de su mente y tan roto en su alma y en sus cosas, lo único que se le ocurre es seguir andando y abandonar la tierra entre la soledad del bosque y el silencio expectante de la montaña.

Viste como llegó a la entrada de la cueva y después de mirar despacio a un lado y otro se puso a bajar por las oscuridades rocosas. La cueva, en la misma roca, es como un gran agujero que penetra en picado

dando la impresión que va hacia el centro de la misma tierra pero formando repisas, escalones, columnas, agujeros por los lados y enjambre de estalactitas colgando por doquier. No es esta cueva un lugar bueno para vivir sino más bien una maravilla para asombrarse. Un tesoro silencioso que pocos por aquellos días conocían y menos aún conocen por estos días y por eso es a este rincón a donde el hombre acude cuando siente que la vida, sobre la superficie de la tierra, se le ha roto.

- Seguiré bajando hasta llegar a su fin y si encuentro la muerte ahí, por las profundidades, me da igual porque ¿dónde está el fin de esta cueva y qué es lo que en ese final hay?

Se dijo él como si ya para siempre quisiera olvidarse del resto del universo, de la aldea, de su casa y de la gente que tan inhumanamente le han herido.

Y tú viste como aquel hombre, en cuanto llegó al final de la cueva y vio las maravillas colgando en repetidos laberintos, se quedó casi sin aliento. Frente al misterio hermoso se quedó quieto y hasta sintió el deseo de no irse de aquel recinto nunca más porque según le decía su intuición encontró lo que encuentran tantos hombres que con limpieza de corazón miran al cielo.

EL RESUMEN

La Cumbre sí la conoces tú pero no conoces ni el barranco por donde, los caminos, cruzan al río Segura ni las laderas esas del Almorchón.

- Es que para conocerlo hay que andarlo como lo andamos nosotros y eso no puede ser ni en un día ni basta con recorrer unos cerros.

- Lo entiendo pero ¿qué puedo hacer? No tengo tiempo para venir hasta estos montes y menos aún para luego andarlos y te aseguro que deseo de verdad perderme por ellos y hasta, si es necesario, morir aquí.

- Pues te vienes conmigo ahora y verás. Te voy a enseñar un rincón que en cierto modo va a resolverte un trozo de ese problema tuyo.

Te dijo el pastor y te empezó a conducir por entre los paisajes de la derecha entrando primero por el espeso bosque y saliendo luego a una delicada llanura.

- ¿Qué es lo que hay aquí?

Le preguntaste.

- Tú quieres conocer la sierra ¿no?

- Quiero más que conocer, amarla y fundirla conmigo al tiempo que deseo saber sus nombres, tener claro dónde y

cuándo brota cada cristalino manantial y por qué son tan bellos y dicen tanto, tantos silencios.

- Pues te voy a mostrar a ti, resumido en un puñado, parte del deseo que te corre por el alma.

- ¿Se trata de un museo?

- Obsérvalo tú mismo, ahí lo tienes. Mira y goza.

Tú ya conocías un poco eso pero así como a vista de pájaro y más en el ámbito de impresiones internas que de realidades exactas y concretas. Tú sabías de esas carreteras largísimas que se pierden por la llanura de Cañada Hermosa y de esos enormes picos rocosos que te salen al paso en cada curva. Sabías, además, o más bien intuías y llevabas dentro, el mundo indefinido, profundamente dulce y bello, de los mil caminos, senderos y veredas surcando estos picos y buscando los valles donde duermen las aldeas y los cortijos. Sabías tú de estos y tanto lo soñabas dentro que por eso te parecía tan misteriosamente bella, lejana, y frágil.

¿Cuándo, por fin, iré yo un día por allí y podré, con calma, recorrer las veredas? ¿Cuándo tendré tiempo para perderme por esas cañadas y laderas a fin de que este sueño mío de una vez para siempre ya se me haga

realidad? Es lo que tú te decías aquellos días y es lo que cada noche y cada tarde aún te sigues repitiendo. Pero ya te ha pasado lo siguiente: de tanto beber tú de este sueño ya crees que nunca se hará real. Crees esto y lo mantienes en secreto dentro de tu corazón mientras sufres con tu pensamiento siempre llorando por estas montañas. Tonto es esto ya tuyo sin apenas conocerlo y pisarlo que casi no puedes vivir o al menos no vives completamente con tanta ausencia de esta tierra tuya.

Tanto tú te has dicho que hasta te dijiste un día que ojalá nunca hubieras conocido nada de lo que por aquí existe porque de no haberlo conocido no tendrías ahora en ti tanto dolor de ausencia. Pero como un día lo conociste, así a vista de pájaro y aún lo guardas ahí, ya te quedaste aprisionado y tanto, que ni siquiera el tiempo ni la distancia te apaga el dolor. Mas bien al revés: a más tiempo y más distancia más deseo y más sentir la ausencia de estos sotos y riveras.

Por eso el otro día, cuando las circunstancias te trajeron por aquí, te encontraste de frente con lo que toda tu vida ha sido tu sueño pero vestido con un traje diferente al que tú creías. Porque amaneció aquel día nublado a

pesar de ser final de junio y, además, hacía tanto fresco que casi era frío. Cuando tú llegaste al Puerto de la Cumbre, ahí por donde se pierde tu senda de la atmósfera y empiezan a descender los arroyos de tu amigo el científico, por ahí te cogió una tormenta tremenda. En diez minutos descargó casi medio metro de granizos y algunos tan gordos como huevos de palomas. No te lo creías y menos al final de junio y menos te creías el espectáculo que después quedó por aquellas laderas. Medio metro de suelo blanco que parecía nieve cubriendo la hierba de las laderas y los pinos de los barrancos.

No podían dar tus ojos crédito a lo que estabas viendo pero seguiste la ruta y cuando llegaste por las llanuras y hondonadas de Pontones ya ni siquiera estaba el suelo mojado. Algo más adelante atravesaste los bosques de pinos oscuros y cuando atravesabas la llanura del lado norte del Pico Almorchón te encontraste con el pastor. Aunque tú lo sabías le preguntaste por el nombre de la cañada y él te dijo que sí, que se llamaba Cañada Hermosa.

- Y la fuente esa que nace ahí, por debajo de las rocas blancas, se llama Fuente del Engarbo pero tú ¿qué buscas?

Le dijiste que lo buscabas todo y no buscabas nada porque hasta por primera vez acababas de descubrir que por aquí, a la derecha, se encuentra la aldea que tanto habías oído nombrar y se llama Poyoteyo.

- Claro, y ahí más abajo está la Tiná del Organista que es donde yo encierro a las ovejas y por ahí, por este lado del Almorchón es por donde atraviesan las veredas de trashumancia que nosotros recorremos para salir con el ganado a Sierra Morena.

- Y luego sigue por aquí, por la cumbre ¿no?

- Por la cumbre no sigue. Se mete por el carril de Poyoteyo y atravesando el río Segura por los barrancos de Masegoso, va a salir a la Cumbre. ¿Que eso sí lo conocerás?

La Cumbre sí la conoces tú pero no conoces ni el barranco por donde cruza el río Segura ni las laderas las del Almorchón.

- Es que para conocerlo hay que andarlo como lo andamos nosotros y eso no puede ser ni en un día ni con unos cuantos cerros.

- Lo entiendo pero yo ¿qué puedo hacer? No tengo tiempo para venir hasta estos montes y menos aún para

luego recorrerlos y te aseguro que deseo de verdad meterlos dentro de mí.
- Pues te vienes conmigo ahora y verás. Te voy a enseñar un rincón que en cierto modo va a resolver tu problema.
Te dijo él y te empezó a conducir por entre los paisajes de la derecha entrando primero por entre el espeso bosque y saliendo luego a una breve llanura.
- ¿Qué es lo que hay aquí?
Le preguntaste.
- Tú quieres conocer la sierra ¿no?
- La quiero conocer y quiero saber sus nombres y tener claro dónde y cuándo brota cada frágil manantial.
- Pues yo te voy a mostrar a ti resumido en un rincón, parte o más de lo que tú deseas.
- ¿Es que por aquí hay un museo?
- Obsérvalo tú mismo, ahí lo tienes.

Te dijo él parándose al comienzo de la llanura y extendiendo la mano hacia delante y por donde el monte y las rocas se amontonan llenas de misterio y como arropadas por una túnica infinita que se deshace en el viento.
- Este es el rincón donde en un puñado de tierra se resume la sierra entera, la gente que siempre vivió en ella,

todas sus cosas, los ríos y fuentes que resuenan y brotan en estos montes. Todo pequñito pero inmenso porque parece distante. Este es el resumen pero para que puedas gozarlo y verlo como hay que verlo tienes que quedarte solo. Yo sólo he venido para enseñarte el camino y el lugar pero ahora me tengo que ir para que te quedes frente a la soledad de estos paisajes; es el único modo de llegar a ver lo que en este rincón existe. Así que te dejo y suerte.

Viste como se movió él para la llanura de Cañada Hermosa que era por donde pastaba su rebaño. Al principio dudaste tú y al rato empezaste a moverte para las rocas de la llanura. Poco a poco empezaste a mirar despacio convencido ya de lo extraño y belleza del lugar. Poco a poco empezaste a sentirte a gusto y según tus ojos se iban paseando por cada roca y cada rinconcillo oscuro de las mismas rocas, dentro se te iba abriendo el alma y el corazón. Y como en el alma y corazón existen unos ojos nuevos con los cuales se puede llegar a ver más allá y más cosas de lo que alcanzan los ojos de la cara, tú viste por fin, no tu sueño, sino tu sueño y algo más. Viste las sendas y laderas, los barrancos y ríos y luego viste las aldeas y sus casas, sus rebaños y los

silencios de sus praderas, Viste esto y luego los viste a ellos tan sencillos, tan nobles y tan juegos limpios que exactamente era tanto y aún más que en lo que en tu alma siempre habías soñado tú.

Ahora, después de saber y haber visto cómo son y dónde tienen su corazón y sus tesoros, la ausencia de presencia en ti no se ha apagado, sino que te quema con más fuerza que al principio. Este trozo de tierra es el trozo de alma que te falta en un remanso diáfano que aparece en sueños y se va con la luz grande del nuevo día. ¿Cuándo serás tú lo que en tus sueños ves?

DESDE LA PROFUNDIDAD

Como me quiero referir a los paisajes y montes de estas sierras, la profundidad que en este caso estoy viendo, habla de estas zonas serranas perdidas en lo más lejanos de los barrancos y bosques de las comarcas. Profundo en este caso es el lugar donde ellos han vivido toda la vida: por unos barrancos allá en las ruinas esas de Roblehondo a donde sólo llega un caminillo atravesando el tupido bosque de madroños y sobrepasado en todo momento por los picos rocosos de las cuerdas perdidas

cerca del infinito. Por ahí pasaban ellos montados en sus burros pardos y al caer la tarde las nubes les arropaban.

Pero esta profundidad, esta lejanía de barrancos repletos de cascadas, nunca fue motivo suficiente para que aquel padre no fuera conocido y querido casi por todas las familias de la sierra. Todo el mundo lo conocía y todo el mundo lo quería con el afecto más profundo que pueda darse en el corazón de las personas. Tanto que muchos celebraban con regocijo íntimo su presencia cuando por la causa que fuera se dejaba caer por entre aquellos enjambres de cortijillos dispersos por el valle del Guadalquivir.

Fue así cuando aquel día, al salir el sol, padre e hijo se pusieron en camino. Prepararon ellos primero la pequeña borriquilla color ceniza y por la estrecha y tortuosa senda que se adentra en el barranco, bajaron buscando el arroyo. Por allí no hay nada más que madroños a un lado y otro, pinos blancos salteados por las laderas con troncos que son columnas donde el tiempo parece haberse parado, muchas encinas y brezales llenos de ramilletes de florecillas diminutas y olorosas. Cruzaron ellos el arroyo de la Agracea por el

puentecillo de piedra conocido por los serranos como el "Paso de la Agracea" y subieron luego el repechillo tan bonito. La cañada y el repechillo que sube buscando el collado de la carrasca y los Hoyos de Muñoz.

No es gran cosa este repechillo porque la senda lo surca con mucha elegancia y fuerza aprovechando la depresión del pequeño arroyuelo que por ahí baja, atravesándolo varias veces mientras sube y entre una y otra pasada, trazando majestuosas curvas como si se tratara del más divertido de los juegos. Hay primero una cascada que es una gloria de tan bella y limpia, luego unos chorrillos de agua puestos en fila por las rocas que el arroyo ha cortado y después brezales. Los más bellos y olorosos brezales de las sierras de este Parque. Luego la sendilla sale al rasete por donde el pequeño cortijillo se queda casi perdido, unas veces por entre el verde del trigal y otra por entre la espesura de los pinos y las ramas de las carrascas. En pasando el rasete que es como una bocanada de aire fresco en el centro de tanta soledad y densidad boscosa, la senda se alarga ampulosamente y en un par de curvas más se planta en lo alto. El Collado de la Carrasca que es como se llama esto y en cuanto vuelca atraviesa los Hoyos de Muñoz, el Arroyo del

Calerón por donde nace la fuente de Aguas Blanquillas y ya sólo queda un paso para cruzar el collado de Cabeza Rubia y volcar al Valle.

El valle aquella mañana era toda una gloria de tan bonito y lleno de vida como estaba. Este valle que parece que no tiene centro porque por ahí, por el centro, lo corta el Guadalquivir, aquella mañana, además de los mil cortijillos y manadas de animales por allí pastando, todo era una mágica primavera. Y se ve mejor cuando a este valle se le entra desde este lado, desde el Collado de Cabeza Rubia quedando a la izquierda ese grueso pico también llamado Cabeza Rubia y teniendo ahí, a dos pasos, el Cortijo del Cantalar y unos barrancos más adelante las ruinas de Collado Verde, el gran Cortijo del Chaparral y a continuación los demás cortijillos, llanuras, arroyos y praderas. Un valle, un rincón, un trozo de sierra que no tiene igual en toda la tierra y aquel día aún parecía más engalanada y envuelto en magia.

En cuanto el padre y el hijo, junto con su borriquilla del alma, pusieron sus pies sobres las tierras del valle, los habitantes de los cortijillos se llenaron de gozo.

- Señor Pedro, qué alegría verlo de nuevo por aquí.

- La alegría es mía. ¿Cómo estáis y cómo está la familia entera?

- Vamos tirando pero...

Y el señor Pedro se quedaba con ellos primero oyéndolos, después consolándolos y luego dándoles ánimo.

- Que hay que ser como siempre hemos sido los serranos: fuertes como robles, sencillos como el viento, suaves como los copos que arrastra el viento, valiente como las cumbres de piedra que nos cercan y, además, sufrir sin quejarse creyendo siempre en Dios.

- Pero señor Pedro es que...

De cortijo en cortijo se pasó él toda la mañana saludando, animando, consolando y amando a unos y a otros y cuanto más cariño repartía más unos y otros lo buscaban.

- Papá, que a este paso no llegamos nunca al pueblo.

Le decía el hijo ya cansado de tanto pararse en un sitio y otro con éste y aquel.

- Ya voy hijo mío, que esta gente son nuestros hermanos y como vez nos necesitan ¿qué cuesta darles una migaja de cariño que en el fondo es lo único que ellos necesitan?

DE LLANURA EN LLANURA

Pero además de las dos llanuras, en el centro queda un barranco con el manantial en las laderas y tres arroyos en lo hondo y al lado norte el rincón queda circundado por la pista, senda en otros tiempos. El conjunto de cuanto existe y respira en la zona es tanto importante como grandioso y bello pero si no fuera por las dos llanuras, el barranco y la parte al norte, el lugar no tendría ni la mitad del interés que tiene. Así que de una llanura a otra no va ningún camino, al menos trazado por los humanos, sino una red de muchas sendillas que se adaptan al monte y a las ondulaciones del terreno y que son las que usan los animales para moverse por las laderas y los arroyos.

El otro día yo quise recorrer este barranco y como pensé que lo mejor es hacerlo a pie para guardarlo lo más hondo posible, lo que hice fue lo siguiente: entré por el lado del levante y ahí, donde la pista se acerca más a la segunda llanura, dejé el coche. Me fui luego pista arriba con la idea de llegar hasta la altura de la segunda llanura, coronar el collado, atravesar el barranco, subir la cuesta, recorrer la gran extensión de la segunda llanura y volver

al punto de la pista donde he dejado el coche. Trazar una ruta que es un círculo cerrado para en ningún momento del recorrido, pasar dos veces por los mismos paisajes. Esos es lo que planeé y al comienzo de la mañana dejo el coche en el punto que ya había pensado. Cargo con cuatro cosas y me pongo a caminar pista arriba dejando a mi derecha, tras el monte oscuro, la segunda llanura que puede ser la primera si la recorro al revés a como lo tengo pensado.

Voy subiendo por la pista y me alcanza un coche que también va en la misma dirección. Me adelanta y unos metros más arriba se para.

- Venga que te llevamos.

Me dicen los jóvenes.

- Es que no tengo prisa ni me obliga ninguna circunstancia a llegar antes o después.

- De todos modos si te quitamos un trozo de pista eso que ganas.

No quiero yo subirme en el coche pero tanto insisten que sin darme cuenta me veo dentro subiendo por la pista en unas circunstancias extrañas que no me hacen más feliz sino lo contrario, porque enseguida descubro que ellos

buscan sensaciones y diversión de otra forma y modo a como, siempre que voy por estas sierras, las busco yo.
- Písale fuerte, verás que emoción al dar la curva y subir la cuesta.
Le piden al conductor que en el fondo sube divirtiéndose de esta manera. Conduciendo a lo bruto, con acelerones que hacen bramar al motor, patinar las ruedas y salirse en más de una ocasión de la pista para romper el monte y reventar los charcos.
- A que te gusta ¿verdad?
Me preguntan para saber si participo o no de sus comportamientos.
- No me gusta nada y si no os importa me quiero bajar porque ya he llegado a mi destino. Esta llanura que se ve a la izquierda es mi objetivo.
- Es una pena porque podrías seguir con nosotros hasta el final para que te lo pasaras bien.
- Otra vez será y gracias ahora por haberme traído.

Dando el último gran frenazo y metiéndose por el rellanillo de la derecha, para el coche, me bajo, los despido e inmediatamente arrancan veloces para arriba. Ante la evidencia no tengo más remedio que pensar que si no están locos le faltan poco; pero en fin, ya me he

librado de ellos y ahora me dedico plenamente a lo mío. Y lo mío es irme para la llanura, que la tengo aquí mismo, atravesarla de norte a sur y cuando ya esté en su centro, irme a la izquierda y subir la cuestecilla. Acaba la cuestecilla en el collado de los cortijos rotos y es aquí donde ya se abre la extensa panorámica del gran barranco, tan hermoso como misterioso y lleno de silencios.

Voy yo surcando la cuestecilla cuando, al salir del monte, me tropiezo con las ovejas. Una escasa manada blanca que sube en busca de las hojas de hierbas en la llanura por lo alto del cerrillo. Delante de la manada va el pastor que al verme me saluda y como enseguida quiero saber más cosas de lo que me rodea, a mi pregunta de si conoce el barranco me dice:

- Y tanto que si lo conozco; desde que nací estoy pasando por él para llevar a las ovejas a pastar a la otra llanura.

- ¿Tan fácil es atravesarlo?

- En cuanto empiezas a bajar, lo que desde aquí parece tan complicado, se va suavizando y aunque puedes tardar casi un día en recorrerlo, si conoce la sendilla no tendrás problema.

- Pero es que solamente la visión ya impone.

- Eso te sucede a ti porque eres extraño a estos entornos. Lo estás viendo por primera vez y así te impresiona. Cuando uno lo conoce desde pequeño como yo porque nací y me crié en estos cortijillos de la loma, llegas a verlo como lo más sencillo del mundo. Tan sencillo que hasta muchas veces, cuando desde esta loma he mirado al barranco y veo la otra loma allá frente, por donde cae la siguiente llanura, he sentido el deseo de dar un salto y salir volando. Atravesar este barranco de loma a loma en un vuelo debe ser emocionante. ¿Por que me ocurre esto?

- Hay gente que dice son las reminiscencias de algo que fue y ya no es. Algo que existe por ahí en lo hondo de cada uno de nosotros y en el fondo del subconsciente de la colectividad humana. Todos estos sueños parecen como sentencias profundas que hablan directamente al corazón del hombre. Pero yo lo que quiero ahora es atravesar el barranco. ¿Tú vas en la dirección de la otra llanura?

- Ahora no, al caer la tarde sí.

- ¿Puedo irme contigo?

- Por mí encantado.

Así que aquella mañana me quedé por allí con él, compartiendo su tiempo y sus cosas esperando que llegara la tarde. A cada instante miraba al barranco y como adivinaba a la otra llanura detrás de la segunda cuerda, el corazón me latía ante la idea de recorrer aquellos paisajes.

EL CAMINO VIEJO

En un principio aquello fue sólo una estrecha sendilla que salía del cortijo y bajaba al valle. Una sendilla sin importancia que cortaba el monte, rodeaba los trancos rocosos y rozando los troncos de los viejos robles, surcaba la ladera para meterse en la cañada de la hierba fresca. Y esta cañada, redonda y un poquito alargada por arriba, era lo más bonito del camino. Digo era porque creo que hoy ya no es. Y digo era porque tuve la suerte de recorrerla muchas veces.

Era todavía pequeño y ya por aquella senda pasaba casi todos los días. Como arrancaba del cortijo y bajaba al valle, al apuntar el sol, cada día la recorría. Montado el burro y con las cántaras llenas de leche para llevarlas al cortijo principal. Y como todavía era pequeño no me daba plena cuenta de las cosas. Sentía que aquel

rincón en forma de cañada verde y el arroyuelo atravesándola, me gustaba. Era bonito a mis ojos y por eso me llenaba de un cierto placer cada vez que por allí pasaba.

La verde hierba, tan preñada de fragancias, que la primavera desparramaba por aquellas tierras llanas, para mí que era muy dulce. También el silencio, las cuatro encinas negras y los pájaros saltando por sus ramas así como el agua limpia, teñida tonos cristal verde azul, del regajo. Todo era sencillo pero bello sin otro aditivo que la quietud, la soledad de la tierra vestida de monte y la senda sin nombre por allí cruzando.

Me hice mayor y dejé de pasar por estrecha senda. Ya no podía verla todos los días al salir el sol ni tampoco sentir el cosquilleo de aquel beso secreto que cada día ella me daba y yo le devolvía. Sin embargo, no la olvidé nunca. Nunca la olvidé y hasta de vez en cuando soñaba que por aquella sendilla pasaba montado en mi burro blanco. Esto ocurría y era delicioso hasta que una noche, lo que vi en mi sueño, me llenó de pena.

La senda ya no estaba y sí en su lugar una pista de tierra que subía por la cañada rompiendo encinas y monte bajo. Vi en mi sueño que vinieron las lluvias y el agua corrió por la cañada. Como la tierra estaba suelta la corriente se llevó por delante toda la tierra de aquella cañada y, además, abrió un surco muy profundo por el centro de la flamante pista. Vi como el agua saltaba veloz, turbia de tierra y mezcladas con piedras. Junto a la roca grande que mi senda rodeaba, la corriente horadó agujeros y lo que en un principio había sido bonito, ya era feo.

No me dejó feliz aquel sueño porque no me gustó lo que vi en él y por eso, al despertar al día siguiente, me dije que en cuanto pudiera iba a acercarme a ver la senda de la cañada verde. AMientras no compruebe si es verdad o no lo de la senda de mi infancia no me quedaré tranquilo. Y si es verdad que han roto aquel rincón bonito por donde de chico pasaba al salir el sol cada día, me enfadaré con mucha gente".

EL BARRANCO DE LA NIEBLA

Si Tú, Dios mío, esta tarde, me pudieras abrazar,
si me pudieras abrazar, qué feliz sería.

Como su corazón estaba tan inseguro, como le corría por dentro la incertidumbre y sentía que una parte de él se le iba tras la fantasía de su mente mientras que la otra parte se le agarraba a la realidad de la tierra que pisaba, aquella tarde bajó hasta el barranco.

- Tú quieres convencerme de que es bueno que nos vayamos a otras tierras lejanas a buscar trabajo y ganar dinero pero yo quiero que tú veas una cosa.

- ¿Qué quieres que vea?

- ¡Sígueme!

Avanzaron por la senda y donde en la falda de la cordillera se recoge y el terreno traza una gran hondonada, se tropezaron con la belleza. El gran bosque de robles que hoy estaban verde y llenos de solemnes fantasías de agua. Cuando llegaron al barranco donde la senda se hace llana y atraviesa algunos arroyuelos, frente al bosque se pararon. Y se detuvieron por dos razones: porque hasta ese punto era hasta donde querían llegar y porque, además, no era posible pasar de allí sin antes detenerse frente al bosque y sentir la muerte de manos de la belleza.

- ¿Te das cuenta?

- Sí, porque la realidad que me entra por los ojos me aplasta rotundamente.
- En algún lugar del mundo ¿has visto tú algo igual?
- Ni siquiera en sueños.
- ¿Y crees tú que el dinero o cualquier otra realidad material puede darme un tesoro como este?
- Creo que no existe nada sobre la tierra que pueda darte una realidad tan gozosa y limpia como la que ahora estamos viendo.

Y es que desde las partes bajas del barranco, unos pequeños vellones de niebla blanca se deslizan suaves ladera arriba. Y como por la ladera no hay nada más que ramas verdes de viejos robles, la niebla se mezcla por entre ellos y parece como si se los estuviera llevando cielo arriba. Tan profundo es el bosque y tan lleno de misterio que ni siquiera se ve la tierra de las laderas. Sólo ramas verdes que chorrean agua limpia desde las hojas hasta los troncos. Y los troncos están recubiertos por un manto de musgo verde brillante.

- ¿Y cómo es posible que en estas sierras exista algo tan extrañamente hermoso?

- Eso es lo que me digo y casi nunca me lo creí pero aquí lo tienes.
- Sencillamente asombroso además del silencio y la soledad del barranco. ¿Cómo se llama este lugar?
- Para mí y sólo para mí lo tengo bautizado con el nombre de El Barranco de la Niebla. Aunque alguna vez le cambio el nombre y le digo El Barranco de los Robles. Tanto un nombre como otro me sirve para entenderme conmigo y con estas sierras. Además, lo tengo bautizado también con un tercer nombre que ese no se lo digo a nadie. Lo guardo en lo hondo de mi alma porque es mi secreto para con él y el Creador de maravilla tan únicas.
- Yo podría traer a mucha gente para que vea esto. ¿Qué opinas?
- No soy el propietario de nada de lo que aquí estamos viendo.
- ¡Es que es tan hermoso este espectáculo!
- Pues ya lo sabes: existe y aquí lo tienes.

LA VISION DEL VALLE

Una nube blanca se ha quebrado en la cumbre y sus trozos fríos han manchado mis labios. Entre los tres, el viento y el sol, que los dos me dan de frente desde el

horizonte gris, los hemos conocido. Que Tú no estas aquí ¿quién lo dice?

Así que ya voy remontando el portillo chico en esta lejanía de la cumbre. Busco la profundidad del valle y por entre sus árboles veo el río. A la sombra alargada del fresno del charco dorado descansan ellos. Han bajado por la senda de la ladera y como no podían pasar por el rincón sin pararse en el fresno, bajo su sombra se han detenido.

- Yo creo que tú has soñado esta visión.
- Algunas veces lo pienso, porque reflejos tan bonitos casi me parecen mentira.
- ¿Y qué conclusión sacas?
- Que son reales porque aquí tienes tú la prueba: el río corre, la sombra nos refresca, el viento nos acaricia al tiempo que el sol juega con el agua del charco.
- Todo esto lo creo porque lo estoy palpando pero el tono azul verde que ni es viento ni cielo ni nubes y que tú dices se refleja en el charco, ¿dónde está?
- Ese océano de luces con los colores del arco iris trabados en los tonos de la tarde y enredados en los reflejos del amanecer azul, se concentra aquí en el charco.

- ¿Y cómo es que no lo veo?
- No puedes verlo. No se ve cuando tú quieres ni a la hora que a ti te apetezca. Es como un sueño que sale y se oculta sin que sobre él puedas tener ningún control.
- ¿Pero tú lo has visto?
- Lo he visto, lo he gozado y lo he tocado.
- ¿Cómo entonces no sabes de dónde viene?
- Es que no viene, se encuentra ahí: durmiendo en el charco, aplastado entre el viento y los rayos de luz suave que se cuelan por los agujeros del bosque.

Tú estás aquí sentando y miras fijo a la superficie de las aguas. Sólo las que se remansan en el charco de la playa de arena y las rocas blancas. Las que río abajo llegan por arriba y sin hacer ruido se les van por el final, no importan. Sólo interesan esas: las que ves parecen dormir en el remanso del charco. Tú te fijas en ellas y cuando el viento las mueve con el empujoncillo de juego, cuando el sol las tiñe de luz blanca y descubres las siluetas de las cumbres meciéndose sobre el espejo de las aguas, cuando menos te lo esperas, aparece la belleza. El charco hecho color que se derrama en un mundo sembrado de primavera esmeralda. Nada más verlo te asombra pero te consuela porque enseguida te

dices que eso es verdad. Ese abismo de luz tan bonita que te entra por los ojos y se te clava en el corazón, es real al tiempo que es sencilla, pequeña y cercana a nosotros. Así lo vi la otra mañana y qué gozo tan profundo.

Algo más tarde ellos se alejan siguiendo la sendilla que sube por la ladera. Se dicen que a nadie en el mundo dirán nunca nada de este charco ni lo del fresno ni en qué lugar se encuentra una cosa y otra.

- A nadie en el mundo para que no venga la invasión y con el deseo de quererlo ver y gozar todo en un día y de cualquier manera, lo rompan.

- Es lo mejor pero, además, en esta ocasión ocurre una cosa.

- ¿Qué ocurre?

- Ni cualquiera ni en cualquier momento podría gozar de este charco. Se necesitan condiciones únicas que sólo yo sé. Así que peligro de que salga en las guías que venden a los turistas, por ahora no existe.

DESDE DONDE SE VEN ALGUNAS ALDEAS

Estoy solo, sentando en la cumbre, bebiendo tu recuerdo en un abrazo caliente y la distancia. Con el sol

blanco sobre los montes, el murmullo del viento, la brisa del valle, los pajarillos y la mañana. Estoy solo.

Voy a pararme un rato bajo la sombra recia de estos pinos porque el sol ya calienta y porque, además, quiero descansar al tiempo que me gozo en la panorámica que abarco con mis ojos. Soñaba anoche que estaba por estas sierras. Desde lo alto del cerrillo que linda con la llanura y siguiendo la senda que baja por el borde del monte, me acerqué al cortijillo. El que se levanta en la misma cumbre del pequeño cerro y al lado norte, donde termina la cañada y comienza el arroyo, mana la fuente cristalina. Es este el palacio donde vive el pastor más viejo del lugar. Es el amigo mío y como en muchas ocasiones me tiene dicho que venga un día por aquí, hoy he venido. Es media mañana cuando llego al rellano que precede a la entrada del cortijo. Ahora está él aquí con su familia y al verme, salen a la llanura para saludarme.

- En estos momentos me iba para donde tengo los animales.

- Pues me voy contigo y me hablas del rincón.

Así es que despedimos a la familia, bajamos un poquito el primer collado y en cuanto coronamos la loma

de la parte que da al barranco oscuro, nos asomamos a la cañada de las aldeas.
- ¿No las ves allí?
- Sí que las veo; sobre la ladera que desde el levante se derrama hacia el norte, las veo perdidas entre las rocas y me llaman la atención muchas cosas y entre ellas, dos.
- Yo, como las estoy viendo de siempre, nunca encuentro nada especial.
- Eso es normal pero fíjate que salta a la vista que sean del mismo color que las rocas. Es más, parecen trozos de rocas desparramados por las laderas.
- Como que cada una de esas paredes están formadas por ligeros trozos de rocas que el viento y la nieve ha dejado rotas por las tierras cercanas.
- Y así que llegaron aquellos hombres se pusieron a recoger piedras y poniendo unas sobre otras, con paciencia fueron dando forma, primero a una casa, luego a otra y al final surgió la aldea.
- Eso fue lo que sucedió.

- Pero otra cosa más me sigue llamando la atención y es su soledad, su silencio y quietud ahora sobre esa ladera tan bonita. Como si durmieran un sueño

bello mientras esperan algo importante. ¿Desde cuando no vive nadie en ellas?
- Ni lo recuerdo. Sé que un día sus habitantes se fueron dejándolas abandonadas y ya nunca más volvieron por aquí. Yo esto lo sé porque me lo han contando.
- ¿Quieres decir que sólo tú quedaste por el lugar?
- Por lo menos, desde hace tiempo, tanto en estas aldeas como en esos cortijos de la cañada, no vive nadie.
- Dueño absoluto de estos rincones eres tú entonces.

- Si no el dueño al menos sí el único que respira por aquí, bregando con los animales y las tierras como en aquellos tiempos.
- ¿Por qué no te fuiste?
- No quería renunciar ni a mi tierra ni a mis raíces. Lo que soy lo soy moviéndome por estos cerros. Identidad llamáis vosotros a eso.
- Clara identidad porque no te has vendido ni a las cosas modernas ni has renunciando a lo que aprendiste y viviste de pequeño. Cosa importante que vale mucho. No todo lo nuevo es bueno rotundamente.

Mientras hemos hablado sin dejar de seguir la senda cruzamos por la parte alta de la cañada. Vamos a

volcar a la segunda cañada y justo en este punto vuelvo a mirar hacia las aldeas. Me quedo parado y le digo:
- Un momento.
- ¿Qué pasa?
- Quiero ver despacio este cuadro.

Y el cuadro no es otra cosa que la misma aldea. Al verlas ahora una vez más desde aquí se me clavan en el alma de tan bonitas y colgadas en la ladera. Hay tres: la primera que está casi derramada en la misma llanura de la cañada, abajo, donde la cañada comienza a convertirse en arroyo, es la más grande.
- ¿Cuántas casa tiene?
- Diez o doce si contamos las tinadas para el ganado y el horno donde se cuece el pan.
La segunda se aplasta justo donde la ladera se funde con la llanura y es también pequeña. Y la tercera y última aunque podría ser la primera si bajamos desde el collado, ya duerme casi en el lomo del cerro. Donde las rocas son grandes y la ladera forma como una pequeña meseta. Las tres son bonitas y hasta pienso que conjuntan, que armonizan, que son parte de los paisajes de estas sierras.
- Tanto es así que si un día las quitaran o las dinamitaran como fue con otras, esta ladera dejaría de ser ella.

Me dice mi amigo el pastor y de verdad que lo creo. En estos momentos lo que más me llama la atención en la armonía silenciosa de las tres aldeas, aplastadas y subiendo por la ladera como si desearan escaparse infinito arriba. Viéndolas desde donde nosotros hoy y a través de esta luz tan limpia que las pincela, no tienes más remedio que llenarte de asombro.

Seguimos avanzando y en cuanto coronamos la otra cañada de nuevo me quedo sin aliento. Qué bonito es este otro rincón. Lo primero que se me cuela por los ojos es el cortijo alargado que se alza en el centro de la vaguada.

- También lo dejaron abandonado. Lo empecé a aprovechar para encerrar el ganado y eso es lo que ahora tengo ahí. Las ovejas paridas con sus corderos, gallinas y otros animales.

- Toda una fortuna que aunque en dinero no sea mucho, en belleza y riqueza humana, ya me dirás.

- Eso es lo que pienso. Nada en el mundo vale para mí tanto como el rincón y los cuatro seres que ahora mismo tenemos ante nosotros.

EL ARROYO QUE SE HUNDE

¡Estos chiquillos, tumbándose en la corriente y gritando al campo! Pasa la senda justo por ahí, por el trozo de arroyo donde primero se remansa levemente y luego se despeña por la cascada de las rocas grandes. Por ahí pasa la senda que baja desde la ladera del cortijo. Pero antes del arroyo, en la mitad de la ladera, se encuentra la roca grande y rozándola por abajo, pasa la senda. No hay más de treinta metros desde esta roca hasta el arroyo y esta distancia la senda la recorre cayendo en picado.

El niño serrano casi todos los días bajaba por la senda. Rozaba la roca grande, se pegaba a la corriente y como unida a la corriente la senda sigue bajando, aprovechando el surco del arroyo hasta cerca del pueblo, mientras iba por su camino se dejaba acompañar por el rumor del agua hasta que al final la despedía para irse al pueblo. Pero cuando aquella mañana el niño serrano bajó por su senda, descubrió que por la ladera no había monte. Desde el arroyo, la roca y senda arriba, no crecía ni una sola mata de monte. Bueno, algo sí había pero poca cosa y, además, lleno de tizne. Todos los troncos de las casi

centenarios madroñeras, estaban achicharradas. Llenas de tizne y sin una sola hoja verde.

Pero el niño aquel día siguió bajando y cuando llegó al arroyo, jugando con el agua se encontró con el grupo de niños de la ciudad.
- ¿Qué hacéis aquí?
Les preguntó.
- Hemos organizado un juego con esta agua. Ya ves que hemos hecho un pozo en la tierra de este lado para meter ahí los peces que cojamos en la corriente.
El niño serrano miró hacia el lado donde los otros niños habían construido su pozo y exclamó:
- ¡Pero si se ha hundido!
- ¿Qué es lo que se ha hundido?
- El arroyo ¿no lo veis?
- Nosotros sólo vemos agua y tierra.
- Pero es que ahí, donde tenéis trazado vuestro pozo la torrentera se ha hundido. ¿No veis que es media ladera que por pocas se lleva para delante la misma senda?
- Ya te hemos dicho que nosotros no vemos nada.

Los niños de la ciudad no podían ver nada porque aunque lo veían, el rincón entero era nuevo para ellos. No

tenían referencias de lo que aquello había sido antes y por eso tampoco podían comparar con el momento presente.

- ¿Y cómo habéis llegado hasta este lugar?

Les preguntó el niño serrano.

- Tienes preguntas de cordobés, que preguntas lo que ves. Nos han traído nuestros padres con sus coches ¿no los ves en la curva del arroyo?

Y era verdad: en la curva del cauce estaban los coches y esto aún le sorprendió más. ¿Cómo habían llegado los coches hasta ese punto si por el arroyo sólo existía una senda estrecha?

- Pues cómo van a llegar, por la pista ¿es que no la ves?

Miró de nuevo el niño serrano y ahora sí veía la pista por primera vez en su vida. El día antes no estaba y ahora ya sí estaba.

- ¿Y cómo es posible?

- ¡Tú eres tonto, chaval!

- Es que lo digo porque me extraña mucho. Ayer yo pasé por aquí y toda esta ladera estaba llena de un gran bosque de madroñeras, encinas y robles. Hoy no veo nada más que tierra seca, ramas quemadas y trozos llenos de tizne y cenizas. Por la torrentera donde ahora

vosotros jugáis ayer pasaba la senda rozando el agua y hoy por ahí se ha hundido medio cerro y la tierra se la lleva el agua. Ayer la senda bajaba rozando el cauce pegadita a las aguas, estrecha y débil pero bella y suficiente para ir por ella. Ahora veo una pista flamante por donde pueden correr los coches y hasta el cauce del arroyo esta fuera de su sitio. Por esto decía lo que antes he dicho.

- Bueno pero nada de eso es importante si lo comparas con lo que dice mi padre, ocurre en el mundo entero.

- ¿Y qué es lo que ocurre?

- Pues que se derriten los polos. El hielo que allí existe se está rompiendo en grandes bloques y dice mi padre que es porque está subiendo la temperatura en la Tierra. También dice mi padre que si esos bloques se derriten puede subir el nivel del mar o la tierra da un vuelco. Y si la tierra se vuelca ¿te imaginas lo que puede pasar?

- ¿Qué puede pasar?

- Que lo que ahora es tierra se queda bajo el mar y lo que ahora es fondo del mar se convierte en tierra ¿Verdad que será alucinante?

Aquella mañana el niño serrano se fue y dejó por el arroyo a los niños de la ciudad en su juego con el agua y los peces del río. Se subió por la senda y en la roca grande de en medio de la ladera, se sentó. Se quedó allí quieto mirando el paisaje a ver si podía entender las cosas. Su mente estaba hecha un lío y como sí se daba cuenta que el paisaje ya no era el mismo, de pronto se sintió triste.

¡GRACIA POR TU AMOR!

Y, sin embargo, yo hoy, andándolo por lo alto de la cuerda, he tardado más de cuatro horas siguiendo por la línea más alta. Es gran cosa, cargada de espléndidos paisajes, abundante agua tanto al comienzo del barranco de las Abubillas como por el arroyo de la Tejadilla y el Guadalquivir.

Pero hoy quiero empezar describiendo este espléndida y potente rincón dando gracias. Dejo el coche junto a la pista, cargo con mi pequeño zurrón, la máquina de fotos, la de video y bajo por el trozo de pista cortada que va por las tierras del antiguo camino real. Es una mañana espléndida porque ya va explotando la primavera por los prados y laderas de estas sierras. Las hojas de la

hierba estallan verdes, canta el cuclillo, arrullan las torcaces, cantan mil pajarillos inquilinos de los pinos, se oye la corriente a un lado y otro y brilla el sol dorado sobre los brotes nuevos de los majuelos.

Me arde el gozo en el alma y lo único que se me ocurre, es decir “gracias”. Me parece mentira estar hoy de nuevo andando por las alfombras verdes de este edén y respirando su aire limpio. Tengo mucha suerte que se me repite una vez y otra sin mérito ninguno por mi parte. Abro los ojos y no estoy soñando. Es real lo que ahora piso y como estoy convencido de la belleza única y singular de este edén, me siento afortunado y de aquí que el grito se me escape desde lo más hondo del alma: ¡gracias Dios mío!

Un día más, una vez más, me has dado la oportunidad de poder visitar tu edén. De poder encontrarme aquí contigo, entre tus florecillas, tus manantiales, tus pajarillos, tus prados verdes, tus rocas, tus pinos, tus silencios, tu viento puro y tu paz. Una vez más me traes aquí para enseñarme tus secretos, tu amor, tu figura, tu gozo y tu grandeza. Sé que no merezco premio tan bueno y menos aún merezco que

confiadamente pongas en mis manos y antes mis ojos este frágil y delicado paraíso tuyo. ¿Por qué lo haces, Señor? ¿Por qué me quieres dar tanto y a mí que soy tan poco? ¿Por qué me tratas con tanto cariño? Yo sé que andas aquí. Lates en cada silencio, roca, pino, cumbre, cielo y nube. Lates aquí porque oigo tu respirar y de ello que me asombre aún más. Además de traerme otra vez a este tan lindo jardín tuyo, además de permitirme la entrada gratis y preparar para mí esta sinfonía de arroyos y bosques, además de ofrecerme con amor, el mejor de los paraísos, además de esto, te vienes aquí conmigo por estos montes tuyos y desde ellos, me hablas, me enseñas tus secretos, tus dulzuras, tus melodías, tus caminos y la belleza de los seres que pasees.

Me sobra sudor derramado subiendo estos cortados. Laderas, cañadas, cuerdas y cumbres. Me sobran pasos en cada una de las rocas, pinos, manantiales, tejos y sabinas por estas hondonadas. Me sobran horizontes, nieve, lluvia, frío, sol, noches de luna y viento por el arroyo de los Tornillos, el Aguilón del Loco y el Rayal. Me sobran días, horas, silencios, lejanías, esfuerzos escondidos por barrancos y cumbres. Me sobran sueños, ilusiones, latidos, sensaciones y deseos

profundos de fundirme cada día un poco con el latido de estas sierras. Me sobran gracias al creador de estas maravillas por permitirme gozar de ellas y llenarme, una vez y otra de las sensaciones y experiencias más limpias y hondas de mi vida.

Me sobran placenteros sueños a lo largo de mis noches en aquella casa donde vivo, desde donde una vez y otra me veo volando, surcando, abrazando, besando y amando cada brizna de hierba y cada chorrillo de agua palpitando en estos montes. Me sobra todo esto y muchas más emociones junto al papel trazando torpes líneas intentando decir algo de los paisajes que tan dentro llevo. Me sobra todo cuanto atrás he dicho pero, aún así, tengo muy claro que desconozco miles y miles de secretos, bellezas, latidos, aromas, nacimientos y cumbres. Desconozco mil veces más de lo que conozco y sobre todo ignoro el más hermoso de los secretos o más bien, los dos secretos más bellos de estos paisajes: el camino que desde aquí parte a la cañada de las estrellas y desde allí sigue a las llanuras de la eternidad y el latido que por aquí palpita de todo cuanto fue en aquellos tiempos.

Estos dos secretos me faltan para descubrir y conocer y aunque día a día siento su fuerza respirando dentro de mí, no llego jamás a saber su senda ni su cuenca ni cumbre.

Por eso ahora miro a mi alrededor y me parece ver el mundo por primera vez. ¡Y es hermoso este mundo! Aquí azul, allí amarillo, allá verde, el cielo y el río que corre, el bosque y el monte que mezcla su misteriosa belleza y aquí en el centro, yo despertándome, poniéndome en camino hacia mí y el centro de la creación. Hoy veo el azul, azul, el río, río, aunque dentro de uno y otro sé que vive escondido lo único, lo divino, Tú, Dios mío. Y hoy sé que tu característica principal es el ser aquí amarillo, allí azul, allá cielo, más cerca bosque y yo aquí. El sentido y la realidad no se encuentran detrás de las cosas, sino dentro de ellas, dentro de todo. Gracias Dios mío, por traerme a este paraíso tuyo y enseñarme, a través de él, el camino que lleva hasta tu amor. Gracias.

DONDE LA BELLEZA SE HACE PAISAJE

Va de este a oeste, mirando al occidente y en esquema, este sería el rincón: el río por el fondo que aunque va de este a oeste al mismo tiempo baja de norte

a sur, la senda que desde la primera curva del río sube por la ladera y llevando la misma dirección que el río se aleja al revés, de sur a norte, la pista que sube más al revés que la senda porque va desde la segunda curva alzándose ladera arriba para la primera curva y también de sur a norte, aunque no exactamente. Allí donde se cruzan pista y senda con la cañada que baja desde la cumbre de oeste a este, descendiendo de norte a sur buscando la primera curva, se encuentra la fuente, la limpia llanura de la cañada toda verde y bañada por el agua, el bosque más arriba, hasta media ladera y la cumbre con sus rocas en lo alto. Este es en esquema el rincón de la belleza que como se encuentra tan lleno de ensueño y luz teñida de plata luna, parece como si perteneciera a otra dimensión del universo.

Tú coges la senda en la breve llanura que se derrama en la primera curva del río dejando que el rebaño descienda apaciblemente comiendo su hierba y su monte río abajo. Mientras tú subes él baja y poco a poco, yendo casi en la misma dirección, os vais separando porque las rutas forman las líneas de un ángulo que se abre. Como la senda sube casi en línea recta buscando certeramente la fuente, te remontas sin apenas notarlo. Aunque, donde

mana la fuente y corre un reducido arroyuelo, todo se complica un pelín pero no para estropearse sino para convertirse en belleza arropada, besada y traspasada por la dulzura y el misterio. La senda se encuentra con la pista y tú también y en ese momento tienes la sensación que los tres andáis jugando el más hermoso de los juegos; porque ocurre lo que no ocurre nunca con las sendas y pistas de estas sierras: ninguna de las dos se funda con la otra. Se cruzan como si desde el infinito se hubieran venido atrayendo para besarse junto a la fuente, el arroyuelo y la cañada y con la misma dignidad y elegancia con que venían buscándose antes, sigue cada una su dirección sin fundirse nada más que lo justo en el punto en que se cruzan. Sigue la senda subiendo y la pista también en direcciones opuestas pero justo aquí ahora es cuando sucede el fenómeno más hermoso que jamás he visto nunca en los rincones de estas sierras. Nada más cruzarse la senda traza una curva que se va a la derecha sin dejar de subir y lo mismo hace la pista pero a la izquierda sin dejar de subir también.

Si al llegar te paras y dejas que despacio se te meta dentro esa elegancia armoniosa de curvas sobre la ladera y por entre el monte, no tiene más remedio que

pensar una cosa: es este un abrazo amoroso que lleno de placer limpio se recrea como en un juego de hermanos. Como si al abrazarse uno y otro hubieran quedado heridos por el encuentro y ahora no pudieran alejarse sin antes decirse adiós. Pero mientras la pista, después de su curva, abrazo amoroso con la senda, vuelve a enderezar su elegancia para seguir subiendo hasta remontarse por encima de la primera curva del río, la senda sube a la lomilla de la fuente y se va tímidamente para perderse por la cañada del agua más arriba y por un punto en que no se atreve a rozar.

Al llegar aquí, párate, mira con calma las dos curvas que quedan abajo, la fuente y el arroyuelo, escóndete entre ellos y empiézate a perder por las tierrecillas que va formando la cañada. En primer lugar te encuentras unos acebos por donde los zorzales revolotean al ras del suelo yéndose unos hacia el bosquecillo de la fuente y otros para las encinas de la parte alta de la cañada. En cuanto vuelcas la sendilla se te levanta una inmensa bandada de toda clase de aves: mirlos, currucas, arrendajos, cuervos, perdices, águilas perdiceras, carpinteros y petirrojos. Todos juntos; en armonía y como si se hubiesen refugiado en la cañada

para no tener nada que ver con la civilización de los humanos. De aquí ya no puedes pasar. La senda se diluye y aunque es espacio abierto y campo cada vez más verde y bello, interiormente te sientes impulsado a no seguir. Es como si un dulce sentimiento interno se te plantara en las puertas del alma diciéndote que de ahí no pases. Son tierras vírgenes, tierras hermosas que ningún ser humano debe rozar para que ni se manchen ni se rompan.

Pero te aseguro que no lo necesitas. Si te sientas sobre la lomilla y te quedas ahí frente a la cañada con los pequeños hilillos de agua cantarina, bañándola y deslizándose por entre la hierba, con la montaña alzándose como cuando una ola se derrama sobre la playa, el bosquecillo tan verde y tan lleno de toda clase de aves, la fuente rumorosa más abajo y por si faltara algo en el rincón de la belleza, la ladera que se derrama hacia el río. Desde donde tú te encuentras se derrama en forma de cascada silenciosa hacia la segunda curva del río.

Si desde aquí echas una ojeada ves en la curva la otra llanura y pastando entre su hierba a las ovejas que por la mañana salían desde la primera curva río abajo. Un

paisaje único que ni en sueño puede ser más dulce y donde nunca acabas de saber que es antes: la belleza y luego el paisaje o al revés.

EL CHORRILLO DE LA CUMBRE

Otra de las sendas perdidas y por completo ignorada de todos, en sus tiempos, iba por este arroyo. Tú tampoco la has recorrido nunca ni la has encontrado en los mapas. Ni siquiera tus ojos la han visto y te fías sólo de las noticias que te dieron. Y las noticias decían que: uno de aquellos días el joven se dispuso a subir por el arroyo.

- Las ganas que tienes de complicarte la vida.

Le decía el pastor amigo suyo por las partes bajas del río.

- Porque a ver, dime ¿por qué tanto interés en subir por esos barrancos?

- Ya un día llegué hasta la mitad y me gustó tanto aquello que desde entonces no vivo pensando en el final de aquel barranco. ¿Qué hay allí al final?

- Pues como en todos sitios: cumbres y arroyos.

- Pero no sé porque yo tengo creído que aquellas montañas tienen algo nuevo a lo de otras cumbres.

- Algo nuevo sí tendrán pero tampoco será una cosa del otro mundo.
- De todos modos, mientras no lo vea no me quedaré agusto. Esta mañana voy a recorrer el barranco del arroyo y después de atravesar las laderas finales, me remontaré hasta las cumbres. Creo que el mundo se encuentra al otro lado. ¿Y si encuentro allí la felicidad? ¿Por qué no me dices por donde va la senda?

- La senda no va por ningún sitio. Lo que sube por el arroyo son caminejos de animales que alguna vez los hemos andado las personas. Y esos caminejos no tienen pérdida y sí tienen mucha pérdida. Lo mejor es pegarse al arroyo y seguirlo por donde puedas. Cuando llegues a la cascada que tampoco lo es, te cruzas al otro lado por la parte de arriba y a partir de ahí ya empiezan las laderas.
- Por cierto, aquello de la cascada y el pastor ¿qué fue?
- Pues que al hombre le gustó aquella cascada. Todos los días iba por allí y se le metió en la cabeza que tenía que construir un salto de agua. Bueno, no era un salto, sino que él quería que al agua del arroyo se fuera por el canalillo hasta unas rocas para que luego desde allí cayera en un gran chorro hacia el barranco.

- ¿Y qué pasó?

- Que el hombre lo consiguió. Una tontería suya pero el hombre tenía capricho y como el empeño era tan grande, lo consiguió. Se trajo una azada y cavó mucho hasta que un día por fin le metió el agua por la reguera logrando así parte de su sueño. Vio como el agua se fue por el nuevo cauce que le había preparado y después se despeñó por la roca tal como él quería.

- ¡Qué cosa! ¿Verdad?

- Ea, manías que a veces tiene uno y hasta que no se hacen real parece que falta la felicidad en la vida.

- ¿Y todavía fluye por allí aquel chorrillo?

- Por lo visto, todavía cae por allí.

- ¿Tú ves? Otro motivo más para que recorra este arroyo. Aunque no me has dicho por dónde va la senda, yo pienso que una vez me encuentre donde el hombre construyó su chorrillo, no me será difícil llegar a lo alto. Y hasta creo que con un poco de suerte me voy a encontrar por allí a otro pastor. ¿Tú qué crees?

- Me parece que sí hay alguno todavía por el lugar pero quiero advertirte de una cosa.

- ¿De qué?

- Pues que tengas cuidado con los guardas.

- ¿Qué me harán los guardas?

- Como te encuentres con uno que yo sé, si puede, te come aunque luego no te coma. Pero a parir, te pone.

- ¿Es que los guardas son los dueños del monte?

- Eso se lo preguntas a él cuando lo veas pero yo te lo he advertido. Que tengas suerte.

Y el pastor despidió al joven. Subió por los caminejos del arroyo y como era tanta la ilusión que tenía en asomarse a las cumbres, se recorrió el monte sin darse cuenta. En un santi amén estuvo en la cascada del chorrillo y una vez en el lugar, lo primero que hizo fue ponerse a buscar la obra del pastor. Se metió por las madroñeras saltando por el lado de arriba y estaba acercándose al agua cuando de pronto le sorprendió una voz.

- ¿Buscas algo muchacho?

Miró para atrás y sobre unas rocas vio la figura de un hombre.

- Estoy buscando a un pastor.

- ¿Para qué lo quieres?

- Sólo él podría contarme la historia que yo deseo conocer.

- ¿Y qué historia es esa?

- La de este barranco, sus laderas y sus ovejas.

- A ver, aclara más.

- Pues por ejemplo: dónde se encuentra el chorrillo obra de aquel viejo pastor. Cómo lo construyó. Cómo se llama esta cañada y por dónde va el camino para ir a las cumbres. ¿Usted es el pastor de ahora?
- Yo soy el pastor ¿no has visto a mis ovejas pastando por los ranchales?
- Ahora que lo pregunta, sí es verdad que he sentido una cencerrilla.
- Pues ya esta; esas son mis ovejas que comen hierba ahí, un poco más arriba. Y en cuanto a lo que tú preguntas algo te puedo ayudar. Vente para acá.

El joven obedeció al pastor y se fue con él. Salió de entre aquellas madroñeras y juntos anduvieron un rato atravesando las tierras del calvero que estaban tupidas de hierba. Llegaron al arroyo, lo cruzaron por debajo de la húmeda sombra de unos robles y subieron por el repecho de enfrente. En el rodal de tierra fértil, por encima de los enebros, frente al arroyo con la cascada por debajo de ellos, se sentaron.

- ¿Tú traes lápiz para apuntar?

- ¿Qué es lo que tengo que apuntar?

- Los nombres de las cosas. ¿No me decías que quieres conocer la historia de este barranco?

- Claro que quiero pero yo vengo sin ningún instrumento. Usted me los dice y ya verá como me quedo con ellos.

- Es que son muchos nombres y muchas cosas.

- Claro, lo más importante. Por ejemplo: el cortijo ¿cómo se llama?

- Eso es lo más fácil. De siempre se llamó el cortijo de Ruejo. La senda que sube es la que va al Calarejos de los Villares, el arroyo que baja, también es de Ruejo y cuando ya vuelcas al otro lado y te asomas a los barrancos, casi te toparás con el Alto de la Campana y otro arroyo que tiene el mismo nombre.

- ¿ Y la cascada?

- En nombre de la cascada nadie lo conoce aunque yo siempre lo distinguía por el Charco del Chorro. ¡Fíjate qué cosa más rara!

- Sí que es raro pero en fin, a lo mejor es sólo un nombre para entendernos nosotros. Me interesa mucho otra cosa.

- ¿Qué es?

- Ya te lo dije: ¿cómo hizo aquel hombre esa cascada?

- Con puñados de piedras y gusto que tenía él por un capricho. Por lo visto una mañana se trajo el hacha y lo primero que hizo fue cortar los troncos de unos arbustos que les estorbaban. La leña se la llevó a su cortijo y luego otra mañana se trajo la azada.

Todo el día estuvo él rompiendo rocas, cortando monte y cavando tierra. Al caer la tarde ya la tenía terminada. Una pequeña reguera que arrancaba desde la corriente por el lado de arriba de la cascada y se iba buscando la mayor de las rocas. Cuando el hombre le quitó la tierra que taponaba el canalillo y el agua entró por allí, aquello creo que fue un gozo tremendo para él. Todo le salió tal como lo había soñado. El agua se fue por la canal como si para ella aquello fuera el mismo cauce del arroyo y luego comenzó a caer desde lo alto de la roca en forma de hililllo débil, primero y en cascada abierta de fantasía, después. ¡Supremo aquel chorrillo!

- Ya verás en cuanto bajen las riadas como te lo van a romper.

Le decían sus vecinos.

- No lo romperán porque si observáis bien lo he construido sobre roca.

- ¿Y para qué quieres tú ese chorrillo?
- Por puro gusto.
- Como si no tuvieras ya cascadas y chorrillos en los arroyos y ríos de estas sierras.
- Tienes razón pero ¿acaso uno no puede tener un capricho en la vida?
- ¡Hombre, claro!
- Además, ni me cuesta dinero ni nadie tiene que prestarme nada ni tampoco a nadie fastidio.
- Eso está claro, poro ¿es que piensas traer turistas por aquí para que vean esta obra tuya?
- Ni pienso traer turista ni se lo voy a decir a nadie. El chorrillo es “gusto mío por la naturaleza”. Sólo lo voy a usar para beber en él cuando por aquí pase y luego para contemplarlo sentado en la sombra del roble de la ladera de enfrente.

Y esa sombra y roble de la ladera de enfrente es justo donde nosotros estamos ahora sentados. Si te has dado cuenta, habrás observado que desde aquí es desde donde mejor se ve tanto el chorrillo como la cascada propia del arroyo y el arroyo mismo.
Le decía el pastor.

- De eso me di cuente en el momento en que nos sentamos aquí pero yo quisiera más.
- ¿Qué más?
- Me gustaría acercarme y además de tocarlo, beber en ese chorrillo. No tengo mucha sed pero por puro gusto igual que lo hacía él.
- Bueno, cuando pase un rato, nos vamos a levantar y por la escasa senda que le entra desde arriba, te voy a llevar al punto exacto donde él también bebía en su chorrillo. Pero ahora, ¿no me preguntabas otra cosa?
- Sí, quería preguntarte por la senda que me llevará a las partes altas y por el guarda.
- De guarda ¿qué es lo que deseas saber?
- ¿Es tan ogro como me han dicho?

- Tú no le hagas caso, si te lo encuentras ni tampoco te creas mucho de lo que la gente dice. Pero si te lo encuentras, prepárate.
- ¿Qué pasará?
- Primero te preguntará que qué haces por aquí.
- Pues le diré que voy a subir a las partes altas de la sierra.
- Entonces te dirá que si tienes permiso para andar por estos caminos.

- Le diré que desde que nací estoy recorriendo estos caminos. Que soy serrano y que me conozco todos los rincones de estos montes.
- Te dirá que eso a él no le importa. Ahora las cosas son distintas y para andar los caminos de la sierra profunda hay que tener un permiso y una razón poderosa. Aquí no se viene a perder el tiempo ni a recorrer los caminos por recorrerlos.
- Pues si esto me dice, le diré que voy a escribir un libro con todo lo que sé de estas sierras. Que necesito recorrerlas primero para aprenderlas bien.
- Te dirá que hasta para eso hay que tener permiso. Que no se puede tomar notas de las cosas así porque sí.
- Es que es para un libro muy importante y yo que soy serrano de siempre, tengo derecho a contar de la sierra lo que de la sierra sé.
- Que no hombre, que no. Ya no se puede ir por los caminos como se iba antes ni tampoco se puede sentir la sierra como en aquellos tiempos. Nada de lo que hay aquí ya te pertenece sino que tiene otros dueños y por lo tanto, se acabó sentir la sierra como tuya propia.
- Pues si esto me dice el guarda ese, espabilado, yo le diré a él que es un mamarracho. Que deje de complicarme la vida y que se vaya a freír espárragos.

- “¿Por qué soy un mamarracho?”
Te preguntará.
- Porque a los serranos no se les puede reprimir con argumentos tan raquíticos y menos aún, limitarle la libertad de ir por estos montes para asomarse a las cumbres de las partes altas.

- Yo ya te lo acabo de advertir. Si te encuentras con él, haz lo que quieras pero vete preparando.
- en fin, vamos a dejar lo del guarda porque si me lo encuentro y de verdad es tan cruel como tú me lo has pintado, hasta puede que me lo coma. Vamos a otro asunto.
- ¿Qué asunto quieres ahora?
- El del chorrillo.

Y en compañía del pastor el joven se fue por el arroyo en busca de la vieja cascada. Por allí se quedó mucho rato y fue tanto lo que le gustó aquel chorrillo, que ya no quiso subir por la ladera para asomarse a las cumbres y ver las sierras.

EL ALIMOCHE

Una vez, sólo una vez lo he visto en estas sierras y ni siquiera sabía qué clase de ave era aquella. Resulta que habíamos estado toda la mañana subiendo por el barranco. Lo cogimos por el río y en lugar de irnos arroyo arriba, que también es un sitio precioso, trazamos la ruta paralela al cauce pero por la ladera de la izquierda. Es más complicado andar por esta zona por la gran cantidad de monte, peñascos, cortados, pendientes y piedras sueltas que a lo largo de toda la ella hay. Casi como andar dos veces el mismo camino.

Pero también tiene mucha gratificación: Desde esta ruta que por supuesto no va por camino alguno, dosificadamente vas descubriendo una sierra que es totalmente nueva y a si la ves desde cualquier otro punto de estas cumbres. Es una sierra reservada sólo para aquellos que se aventuren a irse por la ruta de la ladera.

Según subes, vas dominando el arroyo, el río, la ladera de la derecha, las de las espaldas y poco a poco las cumbres. Si te pones en el pico de cualquiera de las cuerdas que desde aquí te observan, desde luego que no llegas a dominar, no puedes ver, muchas de las laderas y

barrancos por las que pasa esta ruta. Pero es que si te sitúas en lo alto de la cumbre de la ladera que subimos, tampoco puedes gozar de los infinitos detalles que, siguiendo esta ruta, a cada paso encuentras.

Gustando de esta gratificación única y por eso no importaba ni el esfuerzo ni las molestias, nos fuimos nosotros aquel día. Pero como aquél día parece que la suerte estaba de nuestro lado, nos quedamos aún mucho más repletos. A media ladera, paramos un poco a descansar, a beber de la cantimplora y a recrearnos en las vistas. Fue justo en este momento cuando lo vimos. Apareció por encima de la ladera que coronábamos y enseguida se ocultó en la cumbre de enfrente. Nos quedamos con la boca abierta observándolo fijos y sin decir palabra.

Era grande, con muchas zonas blancas y amarillas, majestuoso como un sueño y señorial: Todo un rey que iba cortejado por otras pequeñas aves que intentaban ahuyentarlo. Ha sido la primera y única vez que he visto a esta magnífica ave surcando las sierras del parque. Pero desde luego, aunque resultó tan fugaz y sólo planeando grandiosamente aquello fue un momento intenso. Un

premio que nos quiso ofrecer la naturaleza y precisamente en aquel barranco tan único desde donde se domina una sierra especialmente bonita.

RECOGIENDO PARA IRSE

- Pero a ti ¿quién te lo ha dicho?

- Alguno de ellos intentaron contármelo pero ya sabes lo que les pasa: se les amontonan las vivencias en la garganta y las palabras no les salen. Aunque quieren, no pueden. Sin embargo, uno de ellos, me lo dijo un día.

- ¿Y qué fue lo que te dijo?

- Como puedo intentó describirme lo que fue aquella última tarde.

- ¿Y cómo fue?

- A lo alto del cerrillo, subieron los tres. El padre, la madre y la niña. Le entraron al cerrillo por la parte que mira al río, siguiendo la sendilla que lo va envolviendo y cuando llegaron a ese lugar donde la hierba espesa desparrama sus hojas en forma de tapiz, en la redonda llanura que mira hacia las aguas del charco que se remansa alargado, limpio y sereno en la curva del río, se pararon. Sobre la hierba se tumbaron como si se tratara de ponerse allí para contemplar la hermosura remansada

y empezaron a darse ánimo unos a otros. La mujer mira al marido, el hombre abraza a la niña, la pequeña juega distraída y de la boca de uno y otro van saliendo las palabras mientras con sus ojos contemplan.
- Luego me dirás qué es lo que hablaron pero eso luego, porque ahora vamos con lo que vieron. ¿Tú lo recuerdas?

- Yo recuerdo que vieron unas cuantas cosas que no podrán olvidar nunca.
- Como por ejemplo ¿qué?
- Pues por el collado pequeño que baja de los dos cerrillos oscuros, vieron bajar a joven pastor. Traía a las ovejas de las praderas de arriba y como ya el día había llegado a su centro, se paró por allí. Se quitó el zurrón, lo puso en el suelo, sacó de él un trozo de pan negro y empezó a comérselo. Tenía hambre y por eso comía con apetito pero en su corazón, en aquel momento, él sentía el dolor. "Es el último trozo de pan que como por estas sierras. El último trozo de pan cocido en mi horno de piedra y con leña de encina amasado del último puñado de harina sacada del último trigo que he recogido del "piazo" que todos los años he sembrado. Es el último sabor a sierra que como junto a mi rebaño de ovejas entre los montes de esta cañada".

Esto era lo que el joven pastor se iba diciendo mientras en silencio devoraba su trozo de pan al laico de sus ovejas. Un poco más arriba, por la sendilla que sube al barranco grande, cruzaban tres personas más. También ellos se pararon a comer porque allí mismo corría el chorrillo de agua y el tajo a donde iban, todavía quedaba muy arriba. Sacaron también su pan y entre los tres lo compartieron. “Este lo amasó mi mujer anoche”. Dijo uno. “Pues el que yo traigo hoy, es de ese pan moreno, mitad centeno, mitad trigo y el resto panizo, que entre mis hijos y yo cogimos hace unos días. A pesar de todo, está bueno y alimenta”. Dijo el otro de los tres. “Mi trozo de pan todavía es más negro que el vuestro. Tiene mala vista pero también está rico. ¿Lo compartimos?” “Claro que hay que compartirlo. ¿Desde cuando en esta sierra no hemos compartido las cosas los serranos?” y allí, junto al chorrillo de agua limpia que corría hermosa hacia lo hondo del barranco, se pusieron a comerse sus tres últimos trozos de pan. Por encima de ellos, las cumbres del eterno Calarejo, las de las Banderillas y luego el otro cerro de la Campana, solemnes se alzaban tocando el cielo. Más abajo cantaban las águilas y se oían a los pájaros carpinteros.

Desde su cerrillo, frente al charco azul del río, ellos vieron también como en la última casa de la aldea, el hombre se encerró. Entró despacio por la puerta, la cerró detrás de sí y medio se acurrucó en una de la reducida y oscura estancia. “Así si vienen no me verán y no me fastidiaran más con el sermón de siempre. Ya sé que no tengo más remedio que irme porque de tal modo han puesto las cosas que por aquí ya no hay quien pueda seguir viviendo pero al menos quiero que me dejen en paz con este dolor que ahora llevo dentro y en esta soledad mía a la cual ellos me han traído. Ni quiero verlos ni quiero oírlos. Al menos de este modo les demostraré que tengo más dignidad que ellos ya que voy a morir con orgullo mientras que ellos me siguen pisando de la forma más salvaje”.

Esto era lo que para sí se decía el hombre que se encerró en la última casa del pueblo con la idea de no salir de ahí nunca más. Pero desde su cerrillo ellos vieron como al poco el hombre salió por la puerta de atrás. Como a escondidas, para que no lo vieran ellos y se metió hacia el arroyo, por entre el monte. “Será que no encontrará seguridad ni siquiera en la vieja casa suya.

Habrá pensado que en cualquier momento ellos pueden llegar y a pesar de todo, ellos lo echarán de ahí, le derribaran la casa y lo dejarán desamparado. El hombre lo habrá intuido y por eso se sale de su casa por la puerta de atrás y se aleja para no sufrir más”. Se decían el padre y la madre que con su niña sobre el cerrillo contemplaban las escenas.

Pero no habían acabado de ver esta realidad cuando por la otra sendilla, la que desde el río Grande sube por el monte del lado izquierdo, vieron venir a tres de ellos.

- ¿Quién va a mandar ahora?

Discutían entre sí.

- Quisiera mandar yo pero sé que vosotros no me vais a dejar.

- Es que eso tenemos que hacerlo por consenso.

- Lo que pasa es que lo del consenso no me gusta mucho. Quisiera mandar yo porque eso es lo que a mí me ha gustado de siempre. Ahora que ya hemos acabado con los serranos, ahora que ya tenemos el camino libre, ahora que ya no nos fastidiaran más, ha llegado el momento de que nos aprovechemos nosotros. No vayamos a pelearnos discutiendo que si tú que si yo. Tenemos que

ponernos de acuerdo y sacarle partido a esta nueva oportunidad que se nos presenta. ¿No lo creéis así?
- Lo creemos así pero lo que pasa es que eso de mandar a mi me gustaría también. ¿Por qué no puedo ser yo?
- ¿Y por qué no yo?
- Y yo ¿qué?
- Pero es que se está claro que los tres no podremos mandar. Si tú no me obedeces a mí y si no te pones a servicio de lo que yo decida ¿Cómo vamos sacarle partido a la oportunidad que se nos presenta?
- Claro, y eso lo sabe todo el mundo, si tú mandas, te quedarás con los dineros de los otros. Te enriquecerás en poco tiempo y eso no es bueno. Hemos echado a los serranos de estas tierras para el bien de un conjunto grande y no para que salgamos beneficiados sólo unos pocos.

Los que estaban recostados sobre la hierba de la llanura del cerrillo vieron también como de una de las viejas casas de la aldea, salieron tres personas. Bajaron por la ladera y por entre las rocas del espigón que desciende desde la cumbre hacia lo hondo del valle, se fueron. Iban tristes pero la necesidad les obligaba a salir al monte.

- Ni leña ha quedado en mi casa y aunque sea el último día, al menos esta noche tendremos que encender un fuego para calentarnos.
Decía uno de los tres. A estas palabras el otro contestó:
- Cogeremos sólo unas ramas secas y nos venimos no sea que nos vean los que vigilan y ya tengan argumentos para ir contra nosotros.
- No nos queda más remedio que proceder así pero hablando de los que vigilan, tú Fijate lo que el otro día vi con mis propios ojos.
- ¿Qué fue lo que viste?
- Casi no debía contarlo no sea que luego se enteren y como venimos diciendo, ya tengan materia para seguir dando leña contra nosotros.
- ¿Pero tan asustados estamos que ni siquiera podemos hablar de las cosas que son verdad y hemos vistos con nuestros ojos?
- Eso es lo que yo digo pero ya sabemos que nos encontramos el lado de los perdedores. Cualquier cosa que hagamos o digamos se puede volver contra nosotros.

- Yo digo que primero vamos a decidir cómo y qué cantidad de leña cortamos y luego hablamos del tema.

- La leña es otro asunto. Si tan mal nos tratan ellos ¿Por qué no le hacemos una trastada?
- ¿En qué piensas?
- Si tanto ellos quieren a los pinos y tan poco a las encinas y los robles ¿Por qué no la emprendemos contra algunos de estos árboles?
- Eso ni pensarlo. Mal nos estarán tratando y mucho nos van a quitar pero aunque nos maten y borren todo rastro nuestro por estas sierras, nos aguantaremos hasta la muerte sin tomar venganza contra nada ni nadie. Los serranos llevamos dentro otros sentimientos y otros modos de proceder ante los demás y las cosas. Venganzas ni hablar y menos aún contra el bosque y los árboles que no tienen culpa de nada.
- Eso es lo que nos pasa, que nos dejamos achantar y nos callamos y así ellos se crecen.
- Nuestra dignidad como personas es antes que nada. Quizá pueda ser que luego algún día se sepa que a pesar de lo que ellos ahora creen, los triunfadores hemos sido nosotros y no ellos. Así que cojamos la leña, vayámonos a nuestras casas, encendamos el fuego para calentarnos y cuando llegue el momento de irnos, vayámonos senda adelante, callados y con la cabeza bien alzada para que nuestra dignidad siempre quede limpia y clara.

Los hombres de la aldea recogieron sus ramas secas para la lumbre y cuando ya iban de vuelta en busca de las casas aplastadas junto a las aguas del río, volvieron a sacar lo de los que ahora cuidan estos montes.

- Pues lo que yo os iba a decir es que el otro día se me rompió el alma cuando vi con mis ojos lo que uno de ellos hizo. ¿Queréis saberlo?

- Ya hemos dichos que sus cosas son de ellos y nosotros debemos dejarlos en paz. Si su proceder y sus obras valen y hacen bien a las personas, que Dios se lo premie un día y si es lo contrario, pues que también Dios se encargue de tomar nota.

- Pero es que lo que yo vi fue tan verdad, tan sencillo y al mismo tiempo tan malo, que entre nosotros no pasa nada porque lo comentemos.

- Pues di entonces a ver qué viste sin entrar mucho en detalle para que nadie salga ofendido.

- Lo vi y fue tan verdad como que ahora mismo estamos andando por aquí y se me presentó de la siguiente manera: Varios de ellos se habían juntado en una de las casas que hicieron por el monte y como era la

hora de la comida al medio día, se prepararon un borrego asado. Se trajeron vino y otras cosas y se pusieron a comer. Vi que pasó por allí un turista, con cara de buena persona y lleno de educación se acercó a uno. Lo saludó y luego le dijo:

- ¿Le podía hacer una pregunta?

El que estaba delante, con bigote y con cara de pocos amigos, lo miró algo orgulloso y satisfecho de lo que representaba, le dijo:

- ¿De qué se trata?

- Ando enfrascado en una tarea que me gusta mucho y como no le hace daño a nadie y estoy muy perdido, al verlo aquí he caído en la cuenta que usted me puede echar una mano. ¿Podría preguntarle algunos nombres de las tierras que por aquí vemos?

- Yo no puedo responderle a eso.

- ¿Por qué no?

- Aunque es verdad que trabajo en estos montes, estas tierras no son mi porción de sierra. Eso lo mejor es que se coja un mapa de los muchos que andan por ahí y así se los aprende.

El turista, que no lo era y por eso tenía cara y corazón de buena persona, con toda educación le respondió:
- Es que esos mapas tienen muchos fallos.
- Pues yo ya te he dicho que nos tengo estas tierras a mi cargo. No puedo responder a tu pregunta.
Con toda educación el hombre le dio las gracias, se volvió para atrás y allí los dejó a ellos con su comida de cordero asado y el buen vino. Se retiró del lugar y al verlo yo, me dije: "¿Qué habrá pensado esta buena esta persona de esos hombres?" ¿Vosotros qué decís?
- Que mejor cerramos páginas y dejamos el tema. Casi todos los que por aquí vamos caminando ahora mismo, tenemos, en nuestro corazón, más de una imagen extraña y rara vivida por estos montes. Mejor es que la dejemos ahí y se muera con nosotros. Por su proceder y otras cosas, ellos mismos se ganan sus méritos para los días que vivan por esta tierra y luego lo que les toque allá.

Desde el delicioso trocito de tierra que el padre, la niña y la madre, habían escogido para echar una última mirada al mundo que ellos iban a perder en los días que se acercaban, los jóvenes vieron muchas más cosas. Y entre todas ellas vieron, sin ni siquiera buscarlo y en el

fondo tampoco quererlo, a los tres hombres que se acercaban a la aldea mientras por el camino discutían quién, a partir de ahora, iba a ser el jefe. Vieron como trazaron la curva de la insignificante sendilla que sube hasta lo alto del monte donde se recostaban sobre la hierba y de pronto se tropezaron con ellos. Uno de los tres hombres, al ver al joven matrimonio enseguida dijo:

- ¡Hombre! A ti te estaba buscando.

El padre de la niña dijo:

- ¿Para qué me buscabas a mí?

- Tenía que hablarte de unas cosas y mira que buen momento.

- Pues habla a ver qué es.

- Se trata de lo siguiente: como ya sabes que los serranos de estas casas y de otras muchas repartidas por las sierras, se van, pues ahora tenemos mucho trabajo.

- Los serranos no se van, los echáis.

- Bueno, en el tema no vamos a entrar ahora porque ya sabemos lo cabezones que os ponéis defendiendo lo que decís es vuestro. Os vais porque así ahora lo manda la ley y punto. Vamos a lo que yo quería decirte.

- ¿Qué querías decirme?

- Necesitamos gente para trabajar en la mucha tarea que a partir de ahora tenemos por delante. ¿Tú quieres participar?
- ¿En qué hay que trabajar?
- A ti, por ser quien eres, te vamos a dar la posibilidad de escoger entre tres clases de trabajos diferentes: Sembrar pinos, trazar caminos o hacer inventarios. ¿Cuál prefieres?
- ¿Qué es eso de hacer inventarios?

- Pues como ya te he dicho, los serranos se van de sus casas y de sus cortijos. Tenemos que contar las tejas que tienen cada una de sus casas, los arados que se dejan, los serones, las espuertas, las casas, las tinadas... en fin. Tendremos que contarlo todo para en la medida de lo posible valorarlo y pagárselo. Para que luego no digan que ni siquiera las pertenencias que tenían se las valoramos.
- Y cuando terminemos con ese inventario ¿qué hay que hacer?
- Tendremos que poner dinamita en las paredes de cada una de estas casas y tinadas. Habrá que prender fuego a las mechas de esas dinamitas y explotarlas para que las casas se caigan y así ya las tierras queden limpias,

descontaminadas a fin de sembrar en las tierras pinos y trazar pistas forestales. ¿No me dirás que la oferta que te hago es mala? Un trabajo muy bonito por el que te vamos a pagar bien y en el que vas a gozar por la cantidad de cosas curiosas que en cada una de las casas encontrarás. ¿Qué me dices?

- ¿Tengo que responder ahora mismo?

- No es necesario. Nosotros seguimos porque tenemos muchas cosas que hacer y te dejamos a ti con tu familia que termines la jornada en su compañía. Mañana o pasado nos buscas y nos dices lo que has decidido. El trabajo que te ofrecemos es de los más bonitos, de los de mayor categoría y de los mejor pagado. Para que así no puedas decir que os dejamos sin vida. Nunca antes has tenido tú un trabajo como este ni tampoco has ganado tanto como vas a ganar ahora.

Los hombres que venían por las sendas de estas sierras y que entre ellos discutían quien sería el mayor, siguieron adelante hacia las tierras por donde todavía se alzaban las hermosas casas de la aldea. El padre de la niña y su mujer miraron despacio y vieron lo que estaba ocurriendo en una de las casas que él mismo tendría que

minar dentro de unos días. Otro padre con su hijo sacaban de ellas las cosas.

- Con estas espuertas ¿Qué hacemos, padre?

Le preguntaba el hijo.

- Tú ponte ahí, ve cogiendo todo lo que te vaya dando y te lo vas llevando al rellano que hay junto a la senda. La espuerta esa llévatela para allá y la dejas allí.

- ¿Para qué la voy a dejar en aquél rellano?

- Mañana por la mañana vendrán con las bestias y las cargaremos para llevárnosla a la otra nueva residencia. Así que deja la espuerta donde te he dicho.

El joven hijo llevó la espuerta al rellano que hay junto al caminillo y después volvió.

- Ahora coge ese saco de la pulpa y dentro ve echando todas las cosas que yo te vaya dando. Busca unas cuerdas para amarrarle luego la boca. Tráete también aquellos palos que nos servirán para mangos del hacha y la azada. Recoge las pleitas y los cencerros que tenemos sobre la piedra y también el trozo de red.

- Pero padre, si ellos nos han dicho que quieren venir para ver y llevarse muchas de las cosas que por aquí tenemos. ¿Para qué queremos nosotros todos estos trastos viejos?

- Tú hazme caso y vételos llevando al rellano del camino. Lo que podamos aprovechar lo aprovechamos porque mi trabajo me ha costado conseguir cada una de estas cosas.

Una de la vecina de la casa de arriba se acerca a ellos y le pregunta:
- ¿Y cuándo os vais?
- Todavía esta noche vamos a dormir aquí. He oído decir que a lo mejor se presentan con órdenes nuevas.
- ¿Y qué clase de órdenes serán?
- Lo mismo pueden ser órdenes para que nos vayamos en dos horas como para que nos quedemos aquí para siempre. Algunos dicen que han dando marcha atrás y que se arrepienten de hacernos el daño que nos están haciendo.
- ¡Esa breva no caerá!
- La ilusión no hay que perderla hasta el último momento. Yo por si acaso, ya ves que preparo los bártulos para llevármelos por lo mañana pero al mismo tiempo, no me voy de esta casa hasta que no me echen a empujones. Esta noche y mañana todavía pienso dormir aquí.
- Ya verás como al final también tendrás que irte igual que todos.

Los que estaban recostados sobre la hierba en las tierras llanas del cerrillo que mira al charco azul del río, se vinieron al mundo de sus sentimientos. La niña dejó de jugar con los padres para sentarse frente a ellos y preguntar:

- Y cuando nos vayamos de aquí, papa, ¿a dónde iremos?

- Dicen que nos tienen preparado unas casas.

- ¿Y a qué nos vamos a dedicar cuando vivamos en aquellas casas?

- También dicen que se ocuparan de darnos trabajo.

- Pero si es un trabajo distinto al que hemos hecho siempre ¿cómo nos las vamos a arreglar nosotros?

- Y también dicen que aprenderemos.

- En una tierra nueva donde también las personas son nuevas ¿no vamos a echar de menos las cosas que dejamos aquí?

- Las recodaremos y nos costará mucho comenzar otra vez pero ¿qué podemos hacer?

- Es que lo mandan ellos ¿verdad padre?

- Lo mandan ellos y contra sus decisiones ya sabemos que no hay ninguna posibilidad.

- ¿Pero a ti no te da pena, padre, dejar el trabajo, las tierras y las casas donde siempre estuvimos?

- Me da mucha pena pero no hay otra salida.

- ¿Podremos volver luego algún día por aquí?

- Aunque pudiéramos ¿para qué nos servirá? Si ya las tierras no son nuestras, las casas las tendremos convertidas en escombros, los caminos estarán perdidos y por aquí no tendremos ningún trabajo ¿para qué nos serviría volver?

- ¿Pero tú no notas, papa, que esto es una cosa muy mala?

- Claro que lo noto, hija mía. Tengo ahora mismo el corazón lleno de tristeza. Lleno de una pena tan grande que quisiera morir antes de seguir adelante y encontrarme en aquel nuevo lugar. Nos quedamos desnudos, desamparados, tronchados como los pinos que rompe la nieve y aunque nos den otra casa y tierras, no será lo mismo. Lo nuestro ya no será nuestro y como te decía antes, hasta ni venir por aquí podremos. Pero ya ves, hija mía, ha llegado la hora en que nada podemos hacer sino dejarnos empujar para morir arrinconados despojados y fuera de lo que tanto queremos.

LA CERRADA

- Pues cuéntame haber cómo fue aquello.

Le decía el amigo de la aldea de la cumbre al amigo del valle.

- En dos palabras más o menos fue así: en un gran autobús llegaron ellos. Allí junto a las aguas del río Grande, se pararon. Bajaron y en fila empezaron a caminar detrás del guía.

- ¿Adónde vamos ahora?

Preguntaban los turistas.

- Daremos una vuelta por aquí y luego nos encaminaremos a la cerrada.

Les decía el guía.

- ¿Y está muy lejos?

Preguntaban los turistas.

- Tendremos que andar un buen trecho.

- ¿Es que no hay pista ni carretera?

- Sí que la hay pero está prohibida a los coches.

- ¡Valiente fastidio!

- Pero lo compensará le belleza de los paisajes.

- ¿Y por que no paramos por aquí? Si el objetivo es ir a la cerrada, pongámonos en camino y vayamos cuando antes.

Seguía preguntando el turista.

- Eso, ¿por qué perdemos el tiempo?

El guía de los turistas, en su deseo de querer pintar las cosas de tal manera para que los turistas se asombraran, explicaba lo siguiente:
- Es que estamos esperando al serrano.
- ¿Quién es el serrano?
Preguntaban los turistas.
- Un joven amigo nuestro que ha vivido toda la vida en la sierra. Le hemos pedido que vaya hasta la cerrada para ver cómo se encuentra el camino. Las últimas lluvias y algunos arreglos que están haciendo por ahí, lo tienen muy estropeado.
- ¡Pues vaya fastidio! ¿No podíamos ir nosotros y así vemos lo que tenemos que ver?
- Sólo será un momento.
Les seguía diciendo el guía. Y no fue un momento.

El joven serrano, nuestro amigo porque tú bien sabes quién es, subió por el camino. Cuando llegó al sendero que se mete por el río y va derecho a la cerrada y al puente de tablas que por ahí alzaron para que pasaran los turistas, se vino por el lado de la ladera que pega a los Villares. No se podía pasar por el sendero. Y no se podía

pasar por dos razones claras: las grandes lluvias habían desbordado el río y el sendero estaba roto y, además, aquella mañana estaban por allí cortando el monte.

- ¿Y qué monte era el que cortaban por allí aquella mañana?

- Como tenían pensado trazar una pista a lo largo de todo el río, contrataron a unos pocos serranos viejos, les dieron cuatro pesetas y le dijeron que tenían que cortar el monte.

- ¿Pero las viejas encinas y los gruesos robles también? Preguntaron los serranos.

- Todo lo que nos estorbe para trazar la pista, tiene que desaparecer.

- Pregunto otra ve: ¿los viejos robles también?

- Los viejos robles y las grandes madroñeras. ¿No decís vosotros que con eso se puede hacer carbón vegetal?

- Lo decimos porque es verdad.

- Pues ahora tenéis la oportunidad.

- Pero es que el bosque que crece por esta cerrada y a lo largo del río es otra cosa.

- Vosotros no tengáis miedo que ya volverá a salir.

Así que se fue el joven por la parte alta y asomándose a los voladeros de rocas que vuelcan al río, vio lo que vio.

- ¿Y qué fue lo que vio?
- El río corriendo por entre aquellas peñas, la gran cerrada llena de profundidad y miedo y a los serranos por allí rozando el monte. Unos con hachas y otros con sierras arremetían contra el monte y los viejos robles. Los ecos de los golpes del hacha retumbaban en lo hondo del cauce y las ramas viejas de los robles caían rodando por las laderas hasta los charcos del río.
- Ahora vamos con aquel que tiene las ramas secas.
- Ten cuidado que esa madera es tan dura como el hierro.
- Tú no te preocupes que yo tengo músculos.
- Pero hay que ver cómo eres.
- ¿Por qué dices eso?
- Lo que tanto hemos considerado como a nuestro tesoro más grande, ahora lo desprecias como al peor de tus enemigos.
- Si me piden que lo corte y, además, hasta me pagan y con ello son felices, pues yo adelante.

Y dicen que cuando bajó el joven al valle donde esperaban los turistas, lo primero que les contó fue lo que en la cerrada y a lo largo del río había visto.
- ¿Bueno y qué? ¿No se puede cortar un árbol para trazar una pista por el río a fin de que por ahí suban los turistas?

- Pero es que aquello da pena. ¡Un árbol como aquel y destrozado en media hora y de esa manera!
- Con el tiempo, lo de la cerrada será mucho más importante y dejará más dinero. Ya verás tú la cantidad de turistas que por la pista subirán buscando las cerradas y luego las lagunas de la parte alta.
Decía el guía poniéndose del lado de los turistas.

LA ALAMBRADA

¿Somos señores del mundo? Ciertamente. Dueños un poco a la manera de Dios no para destruir, sino para desarrollar, no para la muerte sino para la vida. En cuanto avanzo un poco dejo atrás el pinar del rincón. La pista desciende para el barranco y al mismo tiempo se acerca al río. Por entre los pinos enseguida veo los tejados y las paredes blancas de unos edificios. Mi intuición me dice que por aquí ha de estar la piscifactoría. Pero como no he venido nunca por el rincón ni conozco estas instalaciones, no estoy muy seguro. Mas la configuración del terreno aquí recogido bajo la falda rocosa de la cordillera, la oscuridad del barranco por donde se hunde y corre el río, todo parece anunciar que este punto es el lugar ideal para una piscifactoría. Y como estoy viendo los edificios, ya casi doy por seguro que es

aquí donde se encuentra. Además, los edificios son bajos, de una sola planta y alargados, propios de lo que en realidad puede ser una piscifactoría.

Bajo yo pensando que me está costando menos de lo que en un principio creía, recorrer el rincón, porque si esto es la piscifactoría, se encuentra mucho más cerca y todo aparece bastante más recogido en el barranco, de lo que esta mañana creía. También recuerdo que el mapa que traigo conmigo, lo amplié un poco y claro, ya no es la escala a la que estoy acostumbrado.

Vengo reflexionando estas cosas cuando me tropiezo con la alambrada. Una cancela de hierro que me corta el paso cerrando la pista y desde aquí, a un lado y otro, arrancan unas mallas metálicas cercando todo el barranco y dejando en el centro los edificios que descubrí antes y que ya tengo a dos pasos. Me siento incómodo porque me gustaría llevar a cabo el recorrido que tanto he planificado pero ahora, esta barrera, me lo impide. Busco algún paso y no lo encuentro. La alambrada es alta y está muy tupida.

No hay manera de pasarla a no ser saltándola por encima que además de tener su peligro, parece como una invasión. Siento, de verdad, lo fastidioso que es una alambrada en las tierras de estos montes porque inmediatamente uno reacciona pensando en que nadie tiene ningún derecho a poner una valla en mi camino. Pienso yo que estos montes son de todos y pienso que aquellos que se apropian para sí trozos de tierra limitándolos con cercas, me ofenden a mí y a otros como yo. “Esto es mío y por aquí no quiero ni que pases”. Es lo primero que me dice el autor de una valla como estas y ante tal actitud de prepotencia y soberbia enseguida me revelo en mi interior diciendo: “¿Y con qué derecho te apropias tú estas tierras para tu gozo particular?”

Luego me enseña todos los papeles de permisos, propiedad y demás pero en fondo, ninguno de esos papeles lograrán que mi rebeldía siga existiendo. Es lo que me ha pasado, lo que me pasa ahora. Y, además, todavía en este momento encuentro una situación más desagradable. Como no veo a nadie, porque al parecer todos los edificios están deshabitados, ni siquiera tengo la posibilidad de pedir permiso, de preguntar o de protestar,

si se diera el caso. Qué incómodo, raro y hasta insultante es encontrarse delante de una situación como esta.

Sin pretenderlo, sin que lo quiera, todo mi ser me remite inmediatamente a otros momentos donde las realidades eran a la inversa. Una casa pequeña, de piedra y madera, al comienzo del valle. En el flanco derecho del valle un bosque de árboles autóctonos mezclados con árboles frutales que los habitantes del cortijo cultivan y cosechan. Por el centro del valle corre el arroyo y en las praderas pastan las ovejas. En el flanco derecho del valle, unos linderos por donde crecen las parras, los nogales, perales y otros árboles frutales. Más a la izquierda, sobre la ladera, el otro cortijillo donde viven los habitantes que cultivan y cosechan los árboles del lindazo y los hortales de la llanura.

El pastor carea a sus ovejas y cuando, en cualquier época del año, pasa por las huertas o los lindazos, si le apetece coger fruta u hortalizas de los bancales, las coge y no tiene ninguno problema. El dueño le dice:
- Las tierras son tan tuyas como mías siempre que las respetes cuides con esmero.

- Es verdad que en ocasiones me entran ganas de coger algunas nueces o tomates para la comida de mi familia.
- Sin problemas, porque lo mismo de pobre o rico voy a seguir siendo con tres tomates más o menos.
- Pues igual te digo: si algún día tú necesitas un cordero para ti, tu familia o para comértelo con tus amigos, me lo dices. Lo mismo si necesitas unas calabazas o tres kilos de patatas de las que tengo en el hortal.
- Tú tranquilo, que no tienes que pagar nada.
Las ovejas y el pastor van y vienen por el valle aprovechando las tiernas hojas de la hierbas frescas y cuando el hombre siente hambre, se acerca a los lindazos y de por allí coge lo que encuentra. Hasta moras y algunas son gordas como castañas por ser buena tierra esta de los ribazos.

Pasan los años y los lindazos cambian de dueño. Uno de la ciudad que lo primero que hace es arreglar la casa dejándola más tipo chalé que cortijo. Le pone paneles para captar la energía solar y antenas para las televisiones. Lleva agua a todos los aposentos a través de tubos de plástico negro dejando el manantial de la ladera seco, pone alambradas en las tierras de los lindazos y los hortales. Pasa por allí una tarde el pastor y al ver que sus

árboles, los manzanos sobre todo, se mecen cargados de apetitosas frutas amarillas, coge unos kilos. Se las está comiendo sentado en uno de las piedras de las paratas, frente a la llanura, cuando hasta él se acerca el nuevo dueño.

- Qué ¿merendando?

- Unas manzanas que he cogido de ese árbol.

- Ya tenía yo ganas de encontrar al ladrón.

- Hombre, no es para tanto. Si quiere te las pago.

- Me las devuelves y me las pagas; así quedas escarmentado.

- Pues aquí tienes las manzanas; sólo falta una pero a cambio, pongo en su lugar este puñado de nueces que aún guardo de la cosecha que el año pasado me dieron mis cuatro nogales.

- Pero ¿y quién me las paga?

- Por lo menos yo no, porque te las he devuelto todas. ¡Ah! Y si algún día necesitas algo no tienes nada más que avisarlo. Lo digo, porque como eres un vecino nuevo... Hombre, uno no posee gran cosa pero lo que tiene es de todos. Un borrego más que menos, tres kilos de patatas o unos panes recién amasados tampoco me van a poner rico ni a dejar en la miseria.

El pastor luego aquella tarde sigue careando a sus ovejas por la llanura y desde lejos mira a los lindazos. Ahora no les parecen los mismos. El ha recibido el raro mensaje y ahora tiene una gran tristeza dentro de su alma. Los mira y los ve como si ya los lindazos no fueran los mismos y de ahí que hasta le resulten menos bellos, menos familiares y esto es lo que le desconcierta, porque ¡los tiene tan dentro después de tantos años pisándolos y sintiéndolos suyos! Eso de cerrar en alambres las tierras y meterse en el centro en un edificio de lujo diciendo “esto es mío y de nadie más”, él no lo entiende. Por muy modernos que sea, no son las costumbres de estas tierras y por eso no lo entiende.

UN DÍA COMO TANTOS

“Son buenas gentes que viven, laboran, pasan y sueña
y en un día como tantos descansan bajo la tierra”.

La información y noticias que de la senda tienes, comienzan y se acaban justo en lo que ellos te dijeron. Y ellos te dijeron que lo de aquella tarde sucedió de la siguiente manera:

Por la mañana bajaron al valle desde las cumbres porque tenían que hacer algunas cosas por aquí. Una vez en el valle se dedicaron a los asuntos que traían entre manos y quedaron en juntarse al caer la tarde.

- Nos vemos en el Charco de la Cuna, donde la senda cruza el río.
- ¡Pues vale!

Se dijeron y a partir de este momento cada uno se dedicó a sus cosas.

Aquel día era final de otoño un poco ya rozando el umbral del invierno. Por la mañana el cielo había amanecido lleno de nubes y como los días anteriores había llovido, al amanecer, los barrancos aparecieron cubiertos por las nieblas. Por encima de la aldea de Los Villares, las cumbres de los dos Calarejos, el de Los Villares y el de Los Nevazos, amanecieron blancas. Las primeras nieves del año y según los entendidos de la aldea, no iban a ser escasas. También ya estaban blancas las otras cumbres de más arriba. Las de las Banderillas, por encima de los Pardales, por el Tranco del Perro y desde ahí toda la cumbre cercana al cortijo del Haza, con el mismo picón del Haza, justo por encima del Salto de los Organos.

Así amaneció el día pero a media mañana, las nubes se abrieron y ello les llevó a pensar que el temporal iba a remitir. Que cuando por la tarde se juntaran para de nuevo ponerse en marcha y remontar la senda, rumbo de la aldea, la subida sería fácil.

- Si ya no llueve más y las nubes también se alejan, en “un periquete”, recorreremos la senda y nos encajamos en las casas.

Se dijeron ellos pensando en el momento del regreso luego a caer la tarde.

Pero las cosas no evolucionaron así. No llovió nada ni tampoco nevó a lo largo del día pero las nubes volvieron. Del valle se alzaron las nieblas y por donde se elevan los calarejos y más arriba, las Banderillas, las nubes se amontonaron. A lo largo del día se fueron concentrando y cuando la tarde comenzaba a tomar el relevo, en las cumbres, la oscuridad era total.

- Ya veremos cómo se las gasta.

Comentaban ellos cuando ya pegados al río, se fueron juntando según lo que habían acordado por la mañana.

- A mí no me gusta nada eso que tenemos encima.

Decía otro ya a punto de ponerse en camino río Borosa arriba en busca de la senda.
- Otras veces también hemos visto el Calarejos cargado y luego no pasó nada. Así que ánimo: pongámonos en camino que en la aldea nos esperan los niños.

A ti te dijeron que el camino arrancaba más o menos por donde hoy el río Borosa entrega sus aguas al Guadalquivir. Que durante un para de kilómetros subía por el cauce, justo por donde hoy va la pista-paseo de los turistas. Cuando llegaba al primer arroyo que al Borosa le entre por la izquierda, se alejaba del río y comenzaba a subir por la ladera. Te dijeron que por aquí, por esa empinada y agreste solana, la Cuesta del Topaero, subía un camino trazando curvas y coronando collados hasta enfrentarse al Calarejos. Desde el rincón, cuando ya lo tenía todo remontado y parecía que en cualquier momento iba a irse para el arroyo de la Campana, dándole un corte al Calarejos, cogía y se tiraba por el lado del río Borosa. Atravesaba las cañadas que caen desde el Calarejos y al coronar una loma se encontraba frente a la aldea. Los Villares de Roblehondo, se llamó la aldea desde siempre y era a este lugar a donde principalmente venía el camino. Esto es lo que a ti te dijeron.

Preguntaste si en Los Villares moría para siempre el camino viejo y te dijeron que no.

- Por allí se diluye entre las eras, las huertas y las casas, cruza luego el arroyo y sigue.

- ¿Hasta dónde?

- Podría decirse que no tiene fin. Pero sí va alcanzado objetivos. Desde la aldea de Los Villares, remonta a Roblehondo, no el de Guadahornillos sino el otro, y desde el collado del Roblehondo, corona al del Perro.

- ¿Qué es el Collado del Perro?

- Un día te organizas, te vienes conmigo y recorremos el camino. Es la mejor manera de explicarlo y conocerlo. Nos ponemos y recorremos el camino hasta el Tranco del Perro. Cuando estemos allí lo verás con tus propios ojos y lo comprenderás enseguida.

Le dijiste que sí y luego le preguntaste por aquella tarde.

- ¿En qué acabó por fin?

- Con sus cosas a cuestas, remontaron el trozo por donde el camino se ciñe al río. Por los manantiales torcieron luego a la izquierda y pin, pan, pina, pan; ladera arriba caminaron buscando la aldea. Como el camino remonta tanto y las nubes aquella tarde se concentraban

sobre el Calarejos, su ruta parecía ir más hacia el centro de la tormenta que hacia la aldea de Los Villares.

Y he dicho tormenta porque eso fue lo que allí aquella tarde explotó. Una gran nube que empezó a envolverlos cada vez más según subían por la ladera.

- ¿No te lo decía yo? El temporal se cierra y en cualquier momento puede comenzar la lluvia.

- De todos modos no hay que asustarse. Mejor que nadie sabemos que en este tiempo y sierra, los nevazos puede caer y contra ellos siempre supimos luchar.

Y la nieve comenzó a caer. Según subían, primero fueron envueltos por las nieblas, los azotó con fuerza el viento helado y enseguida los copos cerraron el poco horizonte que aún quedaba. El Calarejos se perdió, los farallones que desde él descienden, también. Se tapó la senda y ni siquiera a cinco metros la niebla dejaba ver.

- Hay que seguir. La aldea no queda lejos y aunque cuanto más subamos más nos metemos en el núcleo, ahora ya no podemos regresar.

- ¿Pero y si el nevazo es grande y la tormenta nos acocota?

- Saldremos de ella como otras veces.

Se cerró por completo. La nieve siguió cayendo por momento cada vez en mayor cantidad. El frío aumentó y como el viento siguió soplando fuerte, en cuanto la noche llegó, se quedaron bloqueados. Se les borró la senda y al intentar seguir ya se encontraban perdidos.

Dicen que primero, uno se despeñó por el barranco y por entre el monte y la niebla, desapareció. Otro al pisar el manto helado de una grieta profunda, se hundió y aunque pidió ayuda, el compañero no pudo salvarlo. Se sumergió y bajo la nieve se quedó perdido para siempre. Y un tercero, como no quería dejar de andar para no quedarse congelado, siguió y al parecer desapareció hacia el centro de la tormenta, la gran niebla y la densa oscuridad de la noche.

Esto es lo que a ti te dijeron y aunque luego preguntaste más, el recuerdo moría en este punto.

- ¿Pero cuando vino el buen tiempo no salió nadie a buscarlos?

- Salieron a buscarlos cuando ya el sol derritió la nieve pero no hallaron rastros. Dieron vueltas por todo el monte

y siguiendo la senda pero ni señales encontraron. Como si se los hubiera tragado la tierra.
- ¿Y qué pasó después?
-Los habitantes de la aldea aceptaron la realidad. Ya sabían ellos que por este rincón de la sierra, los temporales y los nevazos del invierno, se las gastan así.
- Pero ¿y los amigos?
- Abatidos por la pena, lloraron en el hondo silencio aplastante que los días siguieron tendiendo por las cumbres y los valles. Duro fue aquello pero para cambiar las circunstancias nada podían hacer ellos.

Esto es lo que a ti te dijeron y aunque seguiste preguntando, la historia moría en ese punto. Nadie quería ir más allá para así dejarla enganchada a la fantasía, a lo irreal porque a pesar del dolor, era bello y de la mano del infinito, por las cumbres del Calarejo, remite a Dios y a lo eterno.

EL SUEÑO

El Señor cuenta el número de
las estrellas y a cada una le pone su nombre.

Tuviste un sueño y en él no viste como en la Biblia, un cielo nuevo y una ciudad nueva. El cielo que tú viste era el mismo y la ciudad, el pueblo de la roca, se reflejaba en la transparencia del charco. Los serranos ahora llaman por aquí charco al gran pantano que un día construyeron sobre las tierras de sus huertas. Pero los serranos siempre llamaron charco a los hermosos charcos de aguas limpias que desde toda la vida se remansan en los arroyos de estos montes. Tu charco no era el pantano sino el de toda la vida, el que se retiene entre las rocas en las corrientes de los arroyos.

Junto al charco limpio el joven guardaba su libro, la muchacha se recostaba en la hierba, los mayores se afanaban en sus cosas de siempre y los niños jugaban por entre el resto de la corriente del arroyo, frente al charco transparente donde el cielo de siempre y la ciudad de la roca se reflejaba. Todo esto, como una imagen símbolo, tú lo viste así:

Un río, el que atraviesa y siempre atravesó el valle, partiéndolo en dos y al norte la hermosa ladera que mira al sur y donde nace el río. La ladera poblada de inmensas encinas oscuras y por debajo de ellas todo el suelo

tapizado por un gran césped verde: grandes praderas de hierba por donde pastan los rebaños de ovejas, vacas y bueyes y en las tierras de la llanura, preciosos trigales ondeados por el viento. Toda la ladera, por la llanura y la otra vertiente norte, salpicadas de pequeños y blancos cortijos, alrededor de algunos más grandes y junto a los manantiales, los arroyuelos y los huertos. Un mundo lleno de vida que más parece eso: un sueño, una fantasía soñada donde la belleza es lo más importante y después el aire limpio lleno de aromas de rebaños y trigales que maduran.

Bajo la gran encina oscura de la ladera se afana el padre en tejer esparto, sentado sobre la hierba y con sus pies estirados por la torrentera que se derrama hacia el río. Está él ocupado en esta faena y lleno de gozo en su alma por el placer de todo cuanto le rodea. Un poco más abajo pasta el rebaño y con sólo verlo el placer corre por todo el ser. Los animales tienen tanta abundancia de hierba y el tiempo es tan plácido y bueno que no les faltan de nada. Los corderos retozan, cantan por entre las zarzas los ruiseñores y por el bosque de encina se les oyen a los mirlos.

Aquí mismo, a los pies del padre, el joven se recuesta y junto a él la muchacha juega. En sus manos el joven tiene el libro y con interés lee las cosas que en las páginas fueron escribiendo todos aquellos que a lo largo de los siglos vivieron y se afanaron por estas tierras.

- Entonces, ¿todo lo que aquí hay escrito es importante?

Le pregunta al padre.

- Todo lo que ahí se ha escrito es nada más y nada menos que la historia de nuestros ante pasados, su lucha por la vida, por estas tierras, sus alegrías y sus penas. Lo que ahí está escrito es casi lo mismo que tú ahora puedes ver a lo largo y ancho de este gran valle pero con profundidad hacia atrás y lejanía hacia delante, porque ahí se recoge no sólo el pasado sino el presente y el futuro de cuanto por aquí respira y existe.

La muchacha mira al joven y al padre y ya sólo con su mirada parece decir que todo aquello y el presente inmediato que ahora mismo viven ellos, es muy hermoso. Que le gusta y le llena no sólo de paz y gozo profundo sino de esperanzas y ganas de vivir la vida. ¿Quién no puede apetecer un paraíso como este donde por no faltar no falta ni el amor ni la abundancia de manantiales ni las tierras repletas de hierba y bosques?

Algo más abajo, por entre la sombra de las encinas que clavan sus raíces en la misma corriente del río, juegan los niños. Como en el rebaño los corderos, en la familia ellos son los que retozan mientras los mayores se afanan en las cosas de la vida. Y los niños andan por la corriente y al llegar a donde ésta se remansa en un charco, se paran junto a él. Y es que el charco les fascina. Tan grande, todo azul y tan cristal y, además, allí recogido entre las sombras de las encinas y frente a la ladera norte con el pueblo dorado en su centro, el charco les fascina. En el espejo de sus aguas se reflejan las montañas con sus bosques, las cumbres y las nubes blancas y en el mismo centro destaca el pueblo.

- Es como una pura fantasía de juguete que hasta parece viento y ni se puede tocar porque se rompe.

Dice uno de ellos.

- Sí que es eso pero, además, qué chico y bonito ahí clavado en su roca de siempre. No parece ni pueblo porque tampoco parece que fuera cosa de esta tierra.

- Y, sin embargo, es el pueblo de la roca, nuestro pueblo de siempre que hoy ha venido a bañarse a este charco limpio como si le gustara el rincón y quisiera jugar con nosotros.

Aquella mañana, cuando nadie en el valle lo esperaba y menos ellos, por lo alto de las tierras del collado asomaron los que venían de fuera y comenzaron a bajar ladera adelante llenos de solemnidad y se acercaron al padre y a los jóvenes. Como quien tiene el poder y viene dispuestos a que se les respete. Por eso allí, junto al padre se paran y sin ni siquiera saludarlo, el que parece más importante dice:

- Yo soy el gran director y éste mi ayudante.
- ¿Director de qué, señor?
Le pregunta el padre lleno de humildad y con algo de sencillez.
- Soy el único gran director de todo. A partir de ahora van a cambiar mucho las cosas en estas sierras y en este valle.
- ¿Cómo qué cosas, señor?
Y el gran director se dirige al joven que sostiene el libro donde están escritos todos los sueños y luchas de los tiempos antiguos y de los tiempos actuales y le dice:
- Trae ese libro.
- Es que este libro lo conservo con mucho cuidado y no se lo puedo dar a cualquiera. En él se escribieron historias

muy bellas que hablan de estos lugares y de los que vivieron en otros tiempos en ellos. Si se pierde o se rompe es como si de pronto nos quedáramos sin raíces. Seguiremos viviendo pero desconectados bruscamente del pasado y eso sería muy malo para las personas de esta tierra.

Le dice el joven.

- Tú trae ese libro que encima de sus hojas, encima de lo ya escrito, voy a plasmar un plan que yo, el gran director, traigo para los nuevos tiempos.

- Pero señor, escribir sobre estos textos es una irresponsabilidad. Un desastre para nosotros.

- Quiero escribir ahí para que se sepa que lo antiguo, a partir de este momento, queda anulado, ya no sirve. A partir de ahora, lo nuevo es lo que vale y será lo importante.

Y como el joven no quiere darle el libro, el gran director se acerca, se lo arrebata de las manos y dándoselo al ayudante le dice:

- Toma y escribe sobre ese papel el nuevo plan para los nuevos tiempos.

- Pues que quede claro, señor gran director, que usted *me acaba de arrancar de las manos y con violencia,*

nuestro pasado, las raíces de nuestras vidas y nuestra propia identidad e historia.

- Tonterías, porque eso es como si fuera una profecía y aquí no se trata de profecías ni de sueños. Esto de tu libro arrancado con violencia de tus propias manos no va a quedar claro nunca porque en ningún sitio se recogerá. Lo único que desde ahora empieza a ser válido es mi nuevo proyecto. Adelante ayudante.

El ayudante toma un lápiz también muy grande para que parezca que es muy importante todo lo que va a escribir y mirando al gran director le dice:

- Usted manda.

- Primero, se va a construir en este valle un gran pantano cuyas aguas inundarán todas las tierras fértiles con sus huertas, cortijos, caminos y aldeas. Todo quedará para siempre bajo las aguas. Se romperán casorios, se destruirán montes, se trazarán nuevos caminos, se echará de por aquí a todo el ganado y a un lado y otro, los bosques ya no serán lo que son ahora porque los serranos, los habitantes de estas sierras, ya no podrán entrar en ellos ni con sus rebaños ni a cazar y puede que hasta ni para caminar en forma de paseos hermosos. Todo esto, a partir de ahora queda regulado por decreto ley y allí donde halla un manantial ya no seguirá

llamándose manantial sino fuente porque primero construiremos caminos, luego asientos y pilares, más tarde todas las sierras, serán declaradas parque natural y a partir de esos momentos lo anunciaremos en todo el mundo para que los turistas venga y lo invadan.

Yo ordeno que a partir de ahora se construyan hoteles, campings, lagos artificiales y que la gente que hasta hoy trabajaba en las tierras, en sus huertos y en sus ganados, que se dediquen a los hoteles, que estudien en las escuelas taller de su pueblo y que luego monte campings. Para estas sierras, desde ahora y de una vez para siempre el sistema de vida tradicional de los serranos, se acabó. Muera todo esto y demos paso a lo moderno con su red de carreteras asfaltadas, luz eléctrica en los pueblos y televisión en abundancia y mucho fútbol. Que mueran también las ferias aquellas antiguas de ganado y demás costumbres rancias y que ahora ya los nuevos tiempos traiga discotecas, fiestas con buenos músicos modernos y grandes movidas donde corra la cerveza, el vino y demás modernidades.

En fin, esto es a grandes rasgos el nuevo plan que luego poco a poco iremos corrigiendo, retocando o

amoldando según vayan las cosas y nos interese a nosotros aunque en ello daremos participación a los serranos que lo quieran, por supuesto.

- Pero señor, según yo descubro, esto que dice y su ayudante escribe, es una auténtica barbaridad que nos va a hacer mucho daño a los serranos de una forma irreversible.

- Ya sabemos que algunos no estaréis de acuerdo y que protestaréis pero con el tiempo os cansaréis. Por ahora todo se hará tal como ya ha quedado escrito sobre las cosas antiguas de este libro antiguo vuestro.

- Señor, y eso del pantano ¿usted me lo puede explicar más despacio y con detalle?

- Espera un poco que lo vas a ver con tus propios ojos, muy detalladamente.

- Pero señor director...

LA SENDA DEL TRIGAL

Las sendas por estas sierras son como las venas por donde corre la sangre de una raza de gente que fue superior a muchos de los que por aquí hemos venido después. Las sendas son como lazos de amor entre ellos, el monte que les cobijaba envuelto y el rodar lento de los días y las noches.

La senda que por el trigal baja hasta lo hondo y se aleja luego por la ladera de las perdices y el barranco de la eternidad, es como una pequeña estela surcando el mundo de los misterios y elevándose luego hacia el infinito del cielo. Su primer tramo es la llanura del trigal porque es ahí, en la ladera llanura donde siempre ha crecido el trigal de ellos. En la ladera que mira al levante y se refleja en la otra ladera de enfrente y en la corriente del arroyo. Ahí es donde el trigo crecía espeso, alto como un bosque de pinos, verde en los meses de la primavera y luego dorado oro, cuando ya el sol lo iba madurando.

Cuando pasaban ellos por allí toda el alma se les llenaba de paz y hasta se sentían plenos por aquel regalo tan rotundo que el campo con sus noches y lluvias, les ofrecía tan hermosamente.

- Como si fuera todo un tesoro que no sólo nos da sabiduría y gozo interno sino que nos hace sentirnos superiores a cualquier otras civilizaciones.

Comentaban ellos saliéndole este sentimiento desde lo más hondo del corazón. Y como la senda se hunde en el barranco, atraviesa la pequeña cerrada de las rocas blancas y luego de cruzar el segundo arroyo, se eleva por

la ladera de las encinas grandes, al pasar por entre la hierba y el monte, las perdices le salían al paso.
- Aquí siempre ellas buscan sus semillas y se ve que los animales deben sentirse bien cuando no se van. Fíjate que nunca alzan sus vuelos ni se espantan.
- Estos pájaros deben sentirse agusto con nuestra presencia por esta senda y hasta parece que desean que las cosas sean así.

Un mundo superior todo el que esta senda recorría y donde el trigal era como la entrada al paraíso y al barranco de las perdices. Y luego todavía hay quien cree que los que ahora tenemos coche estudios y dinero, somos superiores y gozamos de más libertad y verdad que aquellas personas.

LA LADERA DE LOS PAJAROS

El río baja encajonado entre grandes paredes de rocas y más arriba se ven los bosques de encinas. Algunas como montañas de grandes y otras con troncos gruesos como el cuerpo de tres hombres juntos. La corriente se remansa en varios tramos configurando charcos que parecen lagunas y después de trazar varias curvas, amplias y hermosas, gira hacia el sur. Pero aquí,

justo donde empieza a doblarse, primero se ensancha como si fuera un lago de verdad y luego une sus aguas a las del arroyo que baja de la segunda ladera de los pájaros. La que siempre que me asomo por la cumbre del alimoche me queda a la izquierda.

Y es desde aquí, desde el mirador, que no es mirador construido por los hombres pero que yo lo llamo así porque estando en lo alto se ve todo el barranco con sus cinco laderas y otras cumbres, es desde aquí el punto en que mejor se ve la corriente de ambos cauces: la del arroyo y la del río. No sólo distingues los charcos, remansos, cascadas, panorámicas y árboles sino que hasta ves si el río lleva más o menos agua, si ésta es transparente o tiene color tierra. Sobre todo el último tramo del arroyo que le entra por la derecha. Desde esta cumbre parece que si alargas un poco la mano enseguida tocas el agua que por el arroyo baja. Tiene una peculiaridad la corriente de este arroyo: en el último tramo corre entre cascada y remanso; es decir, no es ni cascada ni remanso sino lo intermedio que es corriente algo remansada mas bien tirando a plácida que es lo que le da un toque realmente bello.

El otro primer tramo, el que ya sí es casi una cascada pero desde mi balcón no puedo verlo porque me lo tapan las encinas, es eso: mucho más misterioso que el tramo final. Baja desde lo más alto de la segunda ladera incluso de mucho más arriba, lugar que no conozco y por eso me tiene tan intrigado. Desde mi balcón, que lo goza poca gente porque casi nadie lo conoce excepto un servidor y algún que otro amigo mío que procuro distinguir con lo más exquisito, la corriente de este primer tramo del arroyo es como un pequeño misterio. Ahí aplastada por la ladera y arropada por el bosque de encinas que es también, para mí, otro asombro.

La encina, especie forestal dominante en la región y árbol emblemático del mundo mediterráneo, su presencia aquí, en este especial rincón de mi alma, es indicadora no de una sola cosa sino de varias: madurez ecológica, belleza paisajística, riqueza ornitológica y un sin fin de bellezas.

La encina ha acompañado desde sus comienzos la historia regional, en sus mitos, sus culturas, colaborando decisivamente primero en la subsistencia de la población al desarrollo de formas económicas cada vez más

complejas. Estrabón, al hablar de los pueblos de la península ibérica, nos dice que estos se nutrían la mayor parte del año de bellotas; las cuales, después de secas y trituradas, se molían para hacer un pan que podía guardarse durante largo tiempo. La importancia del fruto de la encina como alimento de los pueblos de España queda de manifiesto en el discurso que dirige Don Quijote a los cabreros en donde les dice: >comer bellotas es símbolo de la edad de oro=. Esta cualidad, así como su robustez y longevidad, hizo de la encina un árbol mitológico; para los antiguos griegos el dios de los dioses, Zeus, cuando bajaba a la tierra tenía una encina como vivienda.

Quizá sea por esto, por la presencia de tantas encinas en el rincón y, además, bañadas por tantas aguas limpias, por lo que en esta ladera abunda lo que tanto me llama a mí la atención: los pájaros. Son de todas las clases: chicos, grandes, de colores, blancos, negros, insectívoros, rapaces, carroñaros... Lo nunca jamás visto en las sierras de este Parque y parece que, hasta hoy, esta ladera pasa inadvertida casi para todo el mundo que es lo que a mí me alegra de verdad.

Puede parecer raro pero la verdad es ésta. Nadie viene por esta ladera ni tampoco por el río, el arroyo o la cumbre de mi balcón. De aquí este paraíso que es más que ninguno de esos paraísos que tanto airean en los libros, las revistas, el cine y otros medios. Aquí los animales viven como en los mejores tiempos del planeta, entre su bosque su río y sin seres humanos que lo molesten para nada. Ni siquiera los científicos los torturan con tantas marcas, aparatos, receptores, anillamientos, pesos y otras cosas. Que esas reservas, como dicen ellos, son jaulas donde los pobres animales ni tienen libertad. Tan limitado el terreno por todos sitios, tan molestados continuamente por tanta observación, tan controlados que esto ya no se parece, ni por asomo, a esta ladera mía.

Sólo tengo yo que bajar un poco, recorrer la pequeña meseta sobre la cumbre y asomarme al barranco. Desde aquí, desde mis pies, salen ellos volando pero no asustados, sino como si estuvieran jugando y se van extendiéndose en todas las direcciones del barranco. Un águila por aquí, perdices por allá, algunos zorzales volando de una encina a otra, tres mirlos surcando la ladera, el búho allí más abajo, los buitres de una ladera a

otra, palomas que arrullan, los escandalosos arrendajos y así hasta bandadas grandiosas de toda clase de aves. Que esta ladera es un paraíso de silencios, bosques y aguas por donde las aves vuelan libres y son como pequeñas joyas.

DIA DE NIEVE

Ya bastante bajo en esta ruta por la pista que me lleva al cortijo del Poyo del Rey, en una de las curvas miro para atrás y veo tres grandes picos rocosos. Son los que Facundo llama El Narigón. Desde aquí tengo otra perspectiva y por eso descubro que las narices, las rocas que se alzan con robustez desde el macizo hacia el cielo, son tres. La primera se encuentra junto al collado por donde pasa la pista. Otra que es más mazacote, un poco en el centro y la tercera, se va más a la derecha, bajando por la cuerda en que desciende la senda vieja. Y por entre la segunda y la tercera es por donde se cuela el camino que acabo de recorrer. Los tres espigones tienen forma de nariz muy vasta y gorda. Narigón le cuadra muy bien pero la más bella de las rocas y la de mayor personalidad, es la primera. La que pega al collado por donde atraviesa la pista.

Las miro durante un rato y al venir como mis ojos hacia la cuerda del Caballo de la Zarza, me parece ver a joven sentado sobre las rocas de la cumbre, frente a los cazadores y rodeado de sus amigos. Me parece verlo ahí y ahora que comienzo otra vez a bajar por la pista buscando las profundidades del barranco, en una de las curvas que la pista traza adaptándose a los pequeños barrancos que bajan desde la cumbre, me lo encuentro.

Hoy ha caído una gran nevada y por eso todo lo que por aquí se ve es sólo un espeso manto blanco. Ni siquiera se ve la senda que por aquí bajaba. La nevada es tan grande que todo el paisaje ha quedado tapado con más de un metro de copos fríos. Pero el joven este mañana baja desde el puerto del Narigón buscando los cortijos del barranco y aunque casi no puede andar porque ni ve la senda ni espacio de tierra por donde pisar, parece que no le preocupa. Esto de una nevada grande es lo normal en estas sierras y por estas épocas del año y como lo tiene tan asumido ahora incluso le gusta.

Al llegar a uno de los pequeños barrancos el alma se le llena de gozo. Al verlo tan lleno de nieve, tan redondeado y casi tan igual por todos sitios, se detiene junto a él y para sí mismo se dice:

- Me voy a subir al poyete que forman esas rocas. Como veo que por ahí se extiende una breve ladera portillo que me da paso hacia la parte más honda, por esa pendiente me voy a tirar para abajo y como si fuera un tobogán me dejaré deslizar por la suavidad de esta nieve tan blanca hasta caer en esa zona tan honda que se extiende abajo. Seguro que por ahí me voy a quedar perdido entre tanta nieve pero eso ya me está gustando. Siento que no hay gozo más grande en el mundo que rodar por nieve como esta y dejarse hundir en lo más profundo de su blancura. Luego saldré de ahí todo empolvado y me moriré de felicidad corriendo por esa tierra llana. Me hundiré una vez y otra hasta la cintura, hasta el cuello, hasta la misma cabeza porque por entre esa nieve tan blanca y blanda me voy a caer una y mil veces y cada vez que me levante traeré entre mis manos grandes puñados de tan delicada belleza.

Si puedo y las fuerzas no me faltan, intentaré subir no esta pequeña ladera sino la que veo entre las dos rocas de los pinos. Al subir me volveré a hundir hasta desaparecer y luego remontaré otra vez para rodar y quedarme frenado contra la vieja sabina. En fin, tal como lo estoy viendo y sueño, esto va a ser el día más feliz de

mi vida. Ojalá ahora mismo la nieve no fuera fría para que así no se me helaran las manos ni la cara ni los pies. Si la nieve no fuera tan fría ¡qué maravilla!

Y el joven está parado frente al barranco tan lleno de nieve y soñando la aventura que de un momento a otro va a empezar a vivir, cuando oye que le llaman. Por la senda, desde los cortijillos del barranco, el padre se acerca.

- ¿Qué quieres?

- Te traigo la yegua tolda para como otras veces ella te saque de los barrancos tan llenos de nieve.

Al oír la noticia olvida el sueño que hasta este momento corría por su mente y baja por la senda en busca de la yegua. Porque para él, lo de la yegua tolda también era su locura. Subirse en ella para entrar y salir por las sendas que llevan al barranco o simplemente para darse una vuelta por los campos, era su locura. También lo era para el animal que parecía no vivir si no llevaba sobre su lomo el peso del joven. Así que ahora, eso de que la yegua tolda viniera a rescatarlo de aquella montaña de nieve, era hasta mucho más placentero que incluso echarse a rodar por la ladera y hundirse en la nevada.

EL BARRANCO EN FORMA DE AGUILA

Sentado en las rocas de la cumbre y rodeado de sus amigos, como ahora ya se les había roto todo el plan que habían soñado, el joven quiso contarle una de las muchas vivencias que tenía desparramadas por los misteriosos barrancos. “Fue de la siguiente manera y el fin fue casi como este final que estamos viviendo ahora pero con la diferencia que allí fueron ellos los que nos dieron las gracias a nosotros.

- ¿Veis esos barrancos lejanos por donde el bosque es oscuro y las tierras parecen llanas?

- Los estamos viendo.

- Pues como podéis comprobar a pesar de lo lejos que nos encontramos no son barrancos muy profundos. Son quizá los barrancos más suaves de todo el gran laberinto de barrancos por donde teníamos pensado perdernos hoy. Pues allí, en el mismo centro del gran laberinto es donde se encuentra el extraño barranco que tiene forma de águila.

- ¿A qué se debe esa forma tan distinta?

- El por qué, no lo sé pero os explico cómo es ese barranco donde se contiene no uno sino dos o tres. Si cogemos a un águila y la ponemos en el suelo con las alas abiertas, la cabeza mirando al punto en que sale el

sol y la cola al lugar en que se pone y al mismo tiempo le extendemos más las alas, nos quedaría casi la misma figura y situación que tiene el barranco. Es decir: la parte de la cabeza sería el cauce por donde salen las aguas del barranco, la cola sería el comienzo y el cuerpo y alas serían los grandes valles por donde bajan los arroyos más nobles.

Nosotros aquel día le entramos al barranco por el lado de la cabeza que es ya el arroyo grande que chorrea. Le entramos por ahí porque es por ese punto por donde sube la senda que ya conocemos y que pasa por paisajes hermosísimos. Digo nosotros porque éramos tres o cuatro. Me habían elegido para que les enseñara esos barrancos al hijo y al amigo de no sé qué persona importante. No me dijeron de quién era hijo ni tampoco lo sé ahora. Sólo me pidieron que les acompañara porque quería conocer esa zona de la sierra y según les habían dicho, nadie como yo podría explicarle los lugares. El caso es que me fui con ellos y le entramos al barranco por el lado que ya os he dicho.

El plan era coger el arroyo del ala derecha del águila y desde las juntas subir luego por el cauce,

remontar hasta el extremo del ala y una vez allí, avanzar por la cumbre primero hasta la cola y luego hasta la punta de la otra ala. Desde allí bajaríamos por el barranco tercero de esa ala izquierda y vendríamos a salir a las fuentes. Desde aquí seguiríamos todo el gran arroyo abajo pero por el otro lado hasta concluir por estas cumbres, la magnífica vuelta del barranco. Este era nuestro plan y así lo comenzamos.

Llegamos a las juntas del primer arroyo unas dos horas después de haber salido el sol y aquello fue lo más emocionante. Fijaros que yo conozco bien todo aquel rincón porque lo he pisado muchas veces a lo largo de mi vida. Pues hoy, precisamente hoy, aquel rincón era un espectáculo de belleza y fantasía. Donde el arroyo se junta al grande, brotan las fuentes y nada más reventar, en forma de cascada de un metro o así, caen a la laguna. No es una laguna, como bien sabéis, sino el gran charco azul que de tan limpio parece viento pero ellos al verlo, enseguida dijeron que aquello era una laguna.

- Y la más bonita que nunca hemos visto.

Les pedí seguir después de un largo rato allí parados y ellos me respondieron que no.

- Es que nos queda mucha ruta.

- Pero este rincón es grandioso. Si nos vamos nada más llegar ¿cómo vamos a participar de la belleza placentera que de aquí mana?
- Lo que vosotros queráis pero os digo que la sierra tiene muchos rincones como este y subiendo por el arroyo, aún más bonitos.
- Tú espérate que por de pronto lo que ahora queremos es saber cómo se llama ese llano.

Se referían al llano que nos quedaba a la izquierda y sobre cuyas tierras, en tiempos muy lejanos, se alzaba un pequeño cortijillo. Les dije cómo se llamaba aquel lugar así como las fechas en que vivía gente por allí y luego les dije también el nombre del manantial, de las fuentes, de la laguna, el bosque que está por la parte de la cola del águila y el del arroyo que se derramaba en la laguna. Ellos tomaron nota en una libreta chica y cuando pasó una hora o más, seguimos arroyo arriba.

El día entero se nos fue en coronar aquel arroyo y la cumbre que va desde el ala derecha hasta la cola y luego desde la cola hasta el puente del ala izquierda y aquello no fue ni molesto ni pesado. Tan bonitos estaban aquel día los paisajes, con las nubes blancas coronando

las cumbres, los bosques verdes y los arroyos, que aunque anduvimos mucho, ni lo notamos.
- ¡Increíble!
- ¡Jamás lo hubiera creído!
Exclamaban sin parar los jóvenes que me seguían.
- ¿Y ahora dónde vamos?
Me preguntaron cuando ya bajábamos por el arroyo del ala izquierda.
- Al rellano grande que en la junta tiene el arroyo tercero.
- ¿Y Es bonito?
- El broche que adorna cuanto hasta ahora hemos visto.

Y cuando llegamos al rellano es cuando ocurrió lo de las autoridades. Nada más vernos nos preguntaron:
- ¿De dónde venís vosotros?
- De las cumbres y los barrancos.
- ¿Pero es que no sabes que no se puede pasear por el monte?
- No lo sabíamos pero, además, nosotros sólo hemos hecho eso: pasear por el monte.
- ¿Tenéis permiso?
- Yo por lo menos no.
- Pues entonces ya está todo dicho. Vuestros nombres y documentos. Vamos a multaros.

Miro a mis acompañantes y les digo:
- Yo sólo soy un pobre joven nacido y criado en estas sierras. No sé ni defenderme, así que si me multan tendré que aguantarme.
- Déjanos a nosotros.
Y el mayor de los muchachos, avanzando un poco por el rellano y enfrentándose a las autoridades les dice:
- Ya puedes romper esos papeles de la multa.
- ¿Por qué?
- Porque yo, éste y ese somos los hijos de... ....
- Por favor, perdón. No lo sabíamos. Os pedimos perdón y también que lo olvides todo. Seguid vuestra ruta y si necesitáis algo, a vuestro servicio estamos desde ahora mismo. Seguid adelante por donde os apetezca y a vuestros padres, nuestros saludos.

DONDE DUERMEN LAS NUBES BLANCAS

Las dos menos cinco. Comienzo a subir la pista que ya ha llegado a lo hondo del barranco y busca de nuevo la parte de la cumbre. Lo digo ahora y aquí mismo: tengo la intuición de que barrancos más bonitos que este no existen en ninguna parte del mundo. Todo lo que por aquí veo me indica eso y el laberinto de rocas tocando la

cumbre y las que se derraman por la ladera hacia donde estoy. Es esto un reducido mundo lleno de fantasía que me remite continuamente a otros paisajes. Tal es la cantidad de sensaciones y rocas que, ya sufro la derrota: no seré capaz de contar con exactitud ni la mitad de lo que ahora mismo siento y quiero.

A mi izquierda acabo de ver una cueva. El guarda del cortijo del Chaparral me dijo que por aquí estaba la cueva del Salto del Moro. Voy a subir, porque tengo que subir un poco y apartarme de la pista. Es una insignificante covacha donde crece una higuera. A su alrededor, por el lado del barranco, le han levantado una pared. Junto a la higuera, frente a mí y casi a mis pies crecen tres esparragueras. Miro hacia las profundidades y algo intimo me empuja a sentir las voces de los niños.

Como su cortijo estaba en lo hondo, en lo más profundo de estas fantásticas cumbres, todo a su alrededor formaba una gran muralla. Unas paredes tan elevadas y misteriosas para ellos que aquello era su gran obsesión: lo que al otro lado de esas murallas existía y ellos desconocían.

- ¿Cómo es posible que detrás de las cumbres no viva nadie?
- Pues no vive nadie. Sólo las nubes que van por el cielo y cuando se les termina el barranco, van y se esconde detrás de las cumbres.
- Entonces ¿nadie ha pasado nunca de esa cumbre para allá?
- Yo creo que no. El mundo y lo que en el mundo existe, se acaba en este valle. Allí en las cumbres es donde las nubes tienen su casa y cuando se cansan de andar por el cielo, van y se meten en ella para dormir. Cuando sale el sol se levantan, se dan una vuelta por el valle y al caer la tarde vuelven otra vez a su nido. Si ven que les falta agua a los arroyos o a los campos, los riegan. Dejan caer sus lluvias sobre el monte y a los pocos días se van a dormir.

Esas blancas y grandes que de vez en cuando se les ve solas por el cielo, son las encargadas de vigilar. Cuando notan que hace falta lluvia dan aviso a las otras.
- Entonces, sobre las cumbres y al otro lado ¿es donde duermen las nubes?
- Las nubes y dos o tres persona pero nada más.

Y como aquellas dos o tres personas más, nunca venían por el valle y ellos creían que sería bueno que un día vinieran para que les contaran cosas del otro lado de las cumbres, en sus ratos libres se ponían a tirar piedras.

- ¿Qué juego es ese?

Les preguntó el padre.

- Estamos enviando un mensaje a los que viven al otro lado.

-¿Un mensaje?

- Queremos que sepan que nosotros estamos aquí a ver si un día vienen y nos muestran cosas de aquel mundo al otro lado de las cumbres.

Pero sus piedras no llegaban a las cumbres. Siempre se estrellaban contra la barrera de los acantilados y de nuevo volvía al valle. Así que ellos seguían con su obsesión: no existía en todo el mundo más cortijo que el suyo en el centro del valle, rodeado de grandes calares rocosos y las cumbres más arriba. Sólo este trozo de tierra existía para ellos y más allá, el mundo ya no era mundo. Todo lo que al otro lado de los horizontes que rozaban las cumbres, hubiera, era como un misterio profundo por completo desconocido para ellos.

Ahora mismo, aún me parece sentir sus voces y el ruido de las piedras. Por eso me digo que para mí es un profundo gozo sentirme en estos momentos, en el centro de aquel mundo que era sólo de ellos, de las nubes blancas que dormían sobre las cumbres y de nadie más. Al otro lado sólo existían los misterios y los horizontes azules derramándose desde las cumbres.

EL ARROYO DEL TRONCO

¡Es curioso! Nada más terminar de pasar este primer montón de rocas, un pino laricio y el pajarillo, un carbonero que al verme ni se ha extrañado. Quieto se ha quedado piando como si deseara saludarme y tan cerca que si quisiera lo podría coger con mis manos. Se ve que al animal le debe resultar curiosos ver por aquí a un ser humano. Lo he rozado, he rozado el pino que ya he dicho es un laricio clavado en las grietas de las rocas y ahora bajo un poco. Es esta bajada como la que lleva al Arroyo del Tronco. Se parece bastante por la cantidad de rocas que hay que saltar para llegar a la corriente.

El arroyo se encuentra en una ladera chica que mira y va un poco de este a oeste, inclinada al norte. Baja en picado desde lo más alto y cuando ya va

despidiéndose de la ladera se hunde en ella como si quiera cortarla en dos. Justo aquí es donde se abren las grandes cascadas y las anchas pozas de aguas azules.

En una ocasión, cuando en aquellos años llovía tanto y bajaban por el arroyo aquellas riadas tan grandes, por la parte alta de las cumbres se cayeron muchas encinas. Algunas rodaron y por entre el monte se quedaron para siempre pero otras rodaron más y en cuanto llegaron a las aguas del arroyo, la corriente las arrastró y al caer por las cascadas, donde las rocas se amontonan, por ahí se quedaron. Muchas de ellas atravesadas en la corriente y encajadas entre las piedras, el resto. Por más que la corriente los golpeara aquellos troncos tan duros, resistieron las riadas de los inviernos y las heladas de las noches frías. Únicamente cuando bajaba la corriente en los meses más secos del año, agosto o septiembre, aquellos bellos troncos quedaban al descubierto y entonces parecía que sí era fácil sacarlos de entre las rocas.

Lo parecía solamente porque desde luego no era nada fácil sacar un tronco de aquel arroyo aunque se tratara de los más pequeños. Y lo más importante era que

¿a quién se le iba a ocurrir ir a extraer un tronco de aquel arroyo? A veces, los de la administración se lo habían pensado por la utilidad que de los troncos podría obtener. Pero como a ellos al parecer sólo les interesaban los troncos de pinos más gruesos y restos, la madera de aquellas encinas viejas, aunque era mucho mejor madera, la despreciaban. Sin embargo, el joven sí se sentía atraído por los blancos troncos de las viejas encinas.
- De ellos se saca el mejor carbón, se hacen lumbres que calienta y producen las mejores ascuas y se labran los más fuertes mangos para las hachas.
Le había dicho muchas veces el padre.

Por eso aquella mañana él se acercó al arroyo y por el lado derecho, que es por donde se le une el cauce grande, se puso a bajar saltando por las rocas.
- ¿Adónde vas?
Le pregunta el padre.
- Voy a sacar los troncos color castaño que la corriente tiene retenidos entre las rocas.
- Será imposible que puedas sacarlos de un arroyo como este.
- Por intentarlo no pierdo nada.

Hasta lo hondo del barranco el joven bajó y a duras penas consiguió llegar a donde estaban los troncos. Como era la época en que la corriente no llevaba mucha agua, la saltó con facilidad una vez para acá y luego para allá y cuando ya estaba por donde los troncos dormían encajados en las rocas, se paró y se puso a mirar.

- Esto es grandioso.

Exclama asombrado mirando al padre.

- ¿Qué es lo que se ve?

- Se ve un chorro de agua que cae desde el arroyo enano y parece que viniera del mismo cielo.

- Ese es el manantial de las juntas que nace aquí mismo.

- Pues cae abierto en forma de chorro de cristal tan majestuosamente amplio y tan dulcemente bonito que más belleza no existe en ningún sitio.

El joven aquel día no siguió con su deseo de sacar los troncos del arroyo. Por entre aquellas rocas bañadas de cascadas, sinfonías de agua y viento, se quedó asombrado y gozando a tope. Desde entonces el rincón es conocido más que por el arroyo del tronco, de los troncos y del asombro.

LO QUE DUERME EN EL SILENCIO

Sin querer, sin pretenderlo, de pronto me sorprendo a mí mismo sentado aquí, junto a este chorrillo ahora ya un poco charco de agua limpia y como si meditara o en el fondo algo triste y perdido por el tiempo de aquellos días, miro al barranco. Parece como si de ahí salieran unos extraños sonidos que se asemejan algo a lejanos lamentos. Como si desde el denso silencio desparramado por esta ladera, quisiera salir a flote un trozo de aquello que fue. Concentro mis sentidos y desde aquí, descansando en la quietud de la tarde junto al pequeño manantial mío, observo el abarranco por si acaso descubro lo que ni siquiera sé que es.

Y por ahí, por el breve portillo de tierra y tupido de rocas, bosques y pámpanas de parras, baja el joven. “¿Adónde vas?” Le grito desde lo hondo de mi alma con un sonido que no llega a salir de mi boca y por lo tanto no se oye nada más que en las regiones silenciosas de lo eterno.

- Voy a por mi racimo de uvas de todos los días.

- Pero si a mí me dijeron que en esta solana nunca crecieron viñas. Bueno, me dijeron que alguien sembró vides en estas tierras y que en lugar de vino dieron

vinagre y por eso luego a todo este rincón lo empezaron a llamar del Vinagre. El cortijo, el arroyo y la Torre que ahora es museo.
- Eso es lo que leíste en un libro pero parras siempre crecieron por aquí y por eso yo ahora mismo voy a por mi racimo de todos los días. Y te aseguro que son las uvas más ricas que jamás nunca nadie pudo comer. Donde en esta solana abunda tanto el sol y el agua ¿cómo no pueden darse buenos vinos?

Y lo veo bajar por el portillo, apartarse un poco de la senda, agacharse y de entre las verdes pámpanas de la parra, coge su racimo. Lo alza en la mano y al verlo realmente me asombro. Son estas unas uvas tan hermosas que con sólo verlas entran ganas de comérselas de tan apetitosas y ricas. Se sienta ahí mismo y junto a la roca que mira al valle, se las empieza a comer.
- Tendrás tú que enseñarme el camino que lleva a ese puntalillo para que un día pueda ir hasta donde crecen las vides y coger también un buen racimo.
Le digo.
- El camino, el puntalillo y las uvas, existen pero no lo busques nunca por las tierras de esta solana ni de las

sierras que ahora mismo pisas. Anda sepultado en aquello que fue y ya no es.

Y en este momento, de unos rasetes que hay más para arriba, surge el balido de una de las ovejas.

- ¿Y eso qué es?

- Es la oveja reina que ya me está llamando.

- ¿Llamando para qué?

- En cuanto se le llena la ubre quiere que vaya a sacarle la leche. Es la que más leche da de todo el rebaño. Como seis veces al día se le hincha la ubre y tanto que puede reventarle. El animal se debe sentir molesto y hasta puede ser que le duela y por eso bala.

- ¿Pero tendrá su cordero?

- Cría un cordero que es el más gordo y lustroso de la manada porque se pasa el día mamando pero ya te he dicho que la oveja reina da tanta leche que ni el hijo es capaz de agotarla.

Y el joven sube desde el puntalillo en busca del rebaño que pasta en su pequeño prado. En cuanto se acerca, la oveja se viene a su encuentro, se le pone delante y alza una de las patas para dejar al descubierto la enorme ubre. Es hermosa, redonda, roja y muy prieta por la cantidad de leche que contiene. Saca el joven el

recipiente y nada más tocar la ubre la leche sale a chorros. Como si en ese mismo momento ya la ubre hubiera reventando y por sí misma vertiera la lecha a cascadas.
- Es una barbaridad. Nunca en mi vida vi nada que se le pareciera y ni siquiera me imaginaba que en estas sierras corrieran ríos de leche tan espumosa y caliente.
- En estas sierras siempre hubo mucho más de lo que algunos imaginan.

- Y ese sonido tan parecido a lamentos pero que no es ni sonido ni lamentos, que se oye ¿de dónde vienen?
- Es el perro de uno de los cortijos del valle.
- ¿Qué le pasa?
- Está aullando.
- Pero es un lamento que no se parece tampoco a ninguno de los aullidos que otras veces he oído por aquí.
- Ese sonido que oyes es un eco trascendente. Algo que arranca desde las profundidades de los tiempos y atraviesa los siglos y al pasar por donde nosotros estamos, aflora un poco y el resto sigue adelante.
- ¿Cómo un río que no se supiera de dónde viene ni a dónde va pero que al rozarnos deja un poco de su agua y sigue?

- Algo así podría pero sin mezclarse ni rozar la tierra. Como un mensajero que no se queda en los sitios sino que pasa dejando el mensaje y se aleja.
- ¿Tiene esto algo que ver con estas sierras?
- ¿Tú qué crees?
- Yo creo que sí. Que es como un mensaje que el tiempo dejó aprisionado entre las fragancias de la hierba y la bruma de los valles y ahí permanece como si esperara el momento de hacerse presente y decirnos que esto y aquello y lo de más allá, no puede seguir por más tiempo así. Que la verdad y el camino es otro.

- Quizá podría ser así. Pero tú ten en cuenta una cosa: la gran sierra en sí, tiene, siempre tuvo un alma que es el corazón mismo de la sierra y lo que cae dentro del gran misterio global. Esto que has visto y oído hoy pertenece a esa alma que por supuesto quiere transmitir un mensaje. Tú medítalo y si llega el caso, díselo a alguien de por ahí aceptando de antemano que no lo van a entender. Sin embargo, dilo para que luego no se diga que no se dijo.

Siento yo ahora otra vez los aullidos del perro y como también oigo el leve cascabeleo del chorrillo del agua que

corre junto a mí, me doy cuenta que sí: que por un momento, desde este silencio del barranco de los robles, he roto la barrera del tiempo y he visto y tocado trozos que ahora mismo ya no están por aquí. Así que me levanto, bebo de la limpia agua del manantial y sigo. Quizá en otra ocasión se me presente la oportunidad de conocer algunos trozos más de este gran misterio global.

LOS DESPISTADOS

Ellos poseen los títulos que acreditan lo que dicen son e incluso algunos ejercen como directores. Pero ellos, que yo lo sé porque lo he visto, no suelen ser muy humildes sino más bien engreídos ya que pocas veces reconocen que una cosa es lo que han aprendido en los libros y otra la realidad concreta de estas sierras, sus paisajes y caminos. Así sucedió aquel día.

Iba yo con un grupo de jóvenes amigos míos y por lo tanto de los que aman la sierra y desean conocer en directo los paisajes del Parque. Me puse en medio del grupo como uno más y bien sabe Dios que de ninguna manera quería quitarle protagonismo a los responsables de la excursión. Sé bien que no aceptan fácilmente que otro sin título les contradiga algún asunto y por eso lo más

inteligente es dejarlos aunque en ocasiones lo sufran los otros.

Pues de pronto nos encontramos donde comienzan los arroyos, muy cerca de las ruinas del antiguo cortijo, gloria de este rincón, en tiempos pasados.
- Ahora vamos a subir hasta la cumbre de la cordillera donde brilla la nieve.
- ¿Nieve?
Pregunta uno del grupo y a continuación llama al profesor para decirle que aquello no es nieve.
- ¿Pues qué es entonces?
- Son las nieblas que la lluvia ha dejado y ahora se van barranco arriba; como les da el sol parecen nieve pero no lo es.
- ¡Tú qué sabes de eso! Subiremos hasta el lugar y te demostraré que es nieve.
- Pero si estamos casi a quince grados ¿Cómo va haber nieve con esta temperatura?
- En la cumbre es distinto.

Y como nadie quiere desobedecer seguimos subiendo aunque en el fondo sabemos que aquello no es nieve. Dejamos atrás las ruinas del cortijo y al volcar el

cerrillo nos encontramos con el rebaño de ovejas pastando en su pradera.
- ¡Vaya hombre, lo que faltaba!
Exclama de nuevo el profesor.
- ¿Que pasa ahora?
- Pues que las ovejas nos van a fastidiar el día.
- Pero los animales están en su mundo y esto es precisamente hermoso o quizá más hermoso con el rebaño esturreado por los campos.
- Las ovejas siempre enturbian la paz de los paisajes y te quitan las ganas de andar por ellos.
- Pero a nosotros nos gustan.
- No hay más que hablar; se suspende la excursión a la cumbre.
- Pero ¿Y la nieve?
- Otro día venimos.

Como él lo ordenaba nos volvimos para atrás y comenzamos a bajar arroyo adelante. Al poco nos tropezamos con unas tablas y en ellas unos letreros que decían: “Piscifactoría, criadero de truchas”.
- Pero esto sería antes.
A lo que el profesor responde:
- ¿No estáis viendo los estanques y el agua en ellos?

- Sí pero los estanques están llenos de algas y plantas acuáticas. Las truchas no viven en aguas estancadas sino torrenciales, oxigenadas y frías.
- Pero el letrero dice que es una piscifactoría; no lo habrán puesto de broma ¿Digo yo?
- Señor profesor, esto es ahora una piscifactoría abandonada.
- Bueno, dejémoslo.

Y seguimos bajando; por el lado derecho porque según el profesor había que buscar el camino ya que resultaba más bello y divertido que andar por en medio del campo.
- Es más formativo, tiene un encanto nuevo y se goza mejor el paisaje andar por el campo libre.
- Sí, para tropezar con todo, para hacerte daño o herirte y si llega el caso, perderte por estos montes. Además, tenemos que encontrar un restaurante para comer y si es posible una paella con carne de monte y que no cueste mucho.
- ¿Y los bocadillos que traemos?
- Eso no es comida para un día de excursión y mucho menos comerlos sentados por el suelo, las piedras o bajo

las encinas. Donde se ponga un restaurante que se quite lo demás.

Menos mal que aquel día, sin que nadie lo buscara y mucho menos el profesor, nos encontramos lo rotundo a la revuelta del camino: por debajo de la piscifactoría el arroyo tiene un salto bello. Por ahí caía una nube de agua pura en forma de cascada que llenaba de música y humedad sin nombre, la bruma dulce del barranco. De las encinas y los fresnos, algo más abajo, surgía como una niebla espesa y plata que más bien parecía otra cascada a la inversa. Sólo ver aquello serenidad armoniosa, era delicioso. Le dijimos al profesor quedarnos por allí y su respuesta fue:

- No, porque con tanto ruido y rocas tan gigantes, ni podemos entendernos ni tampoco sentarnos.

Lo dejamos así y de la cascada blanca, tan finamente diluyéndose en el viento, ya no le dijimos nada por miedo a que nos contestara diciendo que, según sus títulos y todo lo que había leído en los libros, aquello no era una cascada de gotas cristalinas, sino una avalancha de nieve que bajaba desde las cumbres. Le hubiéramos respondido que en el fondo daba igual porque allí latía la

presencia de lo inmenso. También podría haber dicho que era niebla que venía por el barranco arriba puesto que la nieve él la había descubierto sobre las cumbres. Pero también daba igual, ya que aunque se difuminaba y se hacía viento con la luz, el corazón de lo que es total, seguía latiendo allí. Porque hay quien son tan poco humildes que ni reconocen que en todo no pueden ser expertos y mucho menos, que no estén todas las cosas escritas en los libros.

AMOR A LA TIERRA

Miras al suelo del camino que pisas y una vez más sientes los pasos de aquella última mañana. Los del joven que se retiraba vencido, con el alma rota y triste. Otro más que se arrancaban de la tierra amada. Pero tú sabes que en el último momento, el joven fue valiente. Eso es lo que te dijeron y, además, también te dijeron que él era uno más de tantos. Nació en las casas de la aldea que ya no existe y mientras crecía, recorrió los campos del rincón. Trabajó las tierras, llevó el ganado a pastar por las praderas y cuando ya fue mayor, se bañó en las aguas limpias del río Borosa. Se refugió en las cuevas cuando las tormentas se derramaban por las cumbres y en las noches frías, se calentó junto a los suyos en el fuego de la

chimenea. Amó tanto al campo que pisaba que éste se le metió dentro y se le convirtió en vida propia.

Este era el joven y ni siquiera sus mejores amigos sabían del cariño hondo que en su alma latía por las tierras que labraba y el aire puro que respiraba. Nadie lo sabía pero allí lo tenía él clavado, sin haberlo pretendido, hasta que un día lo supo porque se le convirtió en dolor. Llegaron los de fuera y anunciaron que los de la aldea tenían que irse.

- Y tú el primero.

Le dijeron crudamente.

- ¿Por qué el primero?

- Eres joven, nos plantarás cara y lo que puede ser fácil con los otros, contigo será duro.

- El muchacho no ha hecho nada.

Dijeron los de la aldea, saliendo en su defensa.

- Sabemos lo que sabemos.

- ¿Y qué sabéis?

- Que en su corazón lleva mucho amor por estas tierras.

- ¿Y eso es malo?

- Para nosotros sí. A más cariño por la tierra, más trabajo nos costará echaros.

Aquello al joven le dolió hondamente y por ello se rebeló diciendo claramente que amaba a la tierra porque era su casa y allí tenía sus raíces. Y entonces el que mandaba se puso en lucha con él. Una lucha callada pero firmemente meditada y sin prisa.

- Te ganaré.

Se decía para sí hasta que amaneció el día en que la batalla estaba inclinada. Lo supo el joven y aunque se llenó de miedo y toda el alma le tembló, no le quedó otra salida que recoger para marcharse. Cuando ya se iba, cuando ya tenía amontonadas sus míseras y escasa pertenencias y le quedaban solo unos minutos, se acercó al que le había empujado y le dijo:

- ¡Me has vencido! Me has echado un pulso y en tu lucha conmigo por apartarme del rodal que crees tuyo, has ganado. Ya estás viendo que me marcho porque estoy derrotado. Pero para que lo sepas, lo tuyo es pura cobardía. No has ganado, aunque me has vencido.

Dicen que fueron tremendas las palabras del joven aquella mañana porque dejó a descubierto la mala acción del que se decía grande. Y dicen que el otro, se sintió avergonzado pero en el fondo siguió queriendo lo que ya había ocurrido y no podía volver atrás. El que desde hacía

tiempo le había empujado y ahora por fin lograba su propósito, lo miró desorientado y como no tenía argumentos para responder, guardó silencio y se fue hacia un lado. Sin apoyo en la verdad, luego habló y le dijo:

- En el fondo las cosas no son como crees.

- Lo que te pasa es que ni siquiera ahora eres valiente. ¿Por qué no das la cara y me lo dices bien? Desde que pisaste este rodal de tierra, quisiste hacerlo tuyo y doblegarme al mismo tiempo. Como me resistí porque me di cuenta de tu poca bondad, me perseguiste. No podías admitir que un insignificante como yo te hiciera cara y pusiera en duda la intencionalidad de tus acciones. Por eso ahora te digo que has luchado y has vencido pero no con la verdad. Tienes el poder y las leyes porque tú mismo eres la ley y yo no tengo nada más que mi rebeldía y el amor profundo a lo que creo legítimo. Por eso te digo que me has vencido pero no en igualdad de condiciones.

Después de estas palabras, que no fueron ni las que exactamente el joven quería decir ni expresaban con rotundidad lo que él necesitaba, se retiró. Se acercó a las casas de la aldea y como allí en la puerta estaban sus amigos, se dispuso a despedirlos.

- Comprendemos tu dolor.
Les decían unos.
- Estamos contigo y no te olvidaremos.
Les decían otros.
- ¿Pero es que no volverás más?
Preguntaban otros.
- Aunque vuelva, como esto es una derrota, ya no seré yo. Me sentiré extranjero en mi propia tierra.
- Te queremos y comprendemos la nobleza de tu alma y el cariño al rincón.
- Eso lo sé pero no me sirve de nada porque ya veis que me arranco.
- ¿Pero tanto es lo que llevas dentro?

A este pregunta el joven quiso responder despacio y con un discurso largo y claro para exponer bien su amor al rincón. Quiso hablar rotundamente para que comprendieran y supieran la realidad de su tragedia. Deseó esto y con todas las fuerzas de su ser pero no fue capaz. Cargó con sus cuatro cosas, y por la senda que tú ahora pisas, se empezó a marchar. Callado y triste iba él, derrotado y desconsolado y a cada paso que daba hollando la tierra que perdía, en su interior se iba

diciendo: ¿Cuándo volveré yo a pisar otra vez este camino?

EL GRAN PALACIO

Desde la tinada de la derecha ya se ven los llanos por donde se asientas las casas de don Domingo. Ya se ve el barranco de la gran Rambla de los Cuartos y como por estas fechas es casi plena primavera, a pesar de la sequía, los campos están verdes. La hierbecilla ha brotado y los árboles ya mecen repletos de mil hojas nuevas. Es un paisaje hermoso el que hoy presentan estos campos y como desde hace mucho tiempos estos lugares a mí me tienen fascinado, ahora estoy gozando de lo lindo. Desconozco yo casi por completo todavía este trozo del Parque y desde luego no es por falta de deseos. Lo desconozco y es verdad que si alguien puede decir que le atrae y gusta estas sierras con fuerza tremenda, ese alguien soy yo. No dejo de esperar que se presente la buena oportunidad de venir por aquí despacio y dedicarme a lo que tanto anhelo.

Por esto que mientras vamos dejando atrás las partes altas de esta ruta de hoy, se me va quedando el alma en los paisajes que atravieso y los ojos en lo que va

apareciendo a cada curva del camino. En todo momento no deja de escapárseme lo tópico y típico de estos casos:
- ¡Qué bonito!
- Y es asombroso.
- Parece un sueño.
- Todo eso es y, además, ahora que bajas por aquí me acuerdo de lo que un día me contó mi padre.
- ¿Qué es lo que un día te contó tu padre?
- Como él tiene tan conocido, andando y vivido estos campos, lo sabe todo y recuerda lo que ni siquiera está escrito.

Así que hablando de cosas de estas sierras él me contó un día que sobre aquel monte, donde el arroyo que corre en dirección sur se tropieza con el cerrillo y tiene que girar hacia el poniente, construyeron un chozo. Justo en lo alto del cerrillo para desde allí dominar bien tanto el barranco grande que da al río como la llanura que queda al frente y las laderas con paredones y arroyos incluidos, al lado norte.

Y me contó él a mí que aquel chozo, construido de monte y palos de encinas, una vez levantado sobre el pequeño cerrillo, parecía todo un gran palacio a donde

acudían casi todos los pastores de la sierra tanto a dormir por la noche para no quedarse a la intemperie como a charlar y compartir su comida durante el día.
- Tú tienes que venir un día por allí y ver esa senda estrecha que baja por el arroyo.
Me decía mi padre.
- ¿Qué le pasa a esa senda, papá?
- Que es la senda más bella que nunca nadie se haya ocurrido trazar por ningún rincón del planeta. Baja desde la llanura del cortijo y en cuanto se aleja de éste, se queda casi perdida por entre las zarzas y demás vegetación del arroyo. De vez en cuando se alza un poco sobre la ladera para no tropezarse con los charcos del arroyo y en cuanto ya avista el chozo, se deja ir directamente hacia él. Cuando uno se encuentra allí, en el rellano que existe en la misma puerta del chozo, si mira a la senda y ve venir por ella a los otros pastores de las llanuras de Los Campos, se te llena el alma de satisfacción.
- Pero papá, es que sendas y refugios para los pastores hay muchos en las Sierras de Segura.
- Eso es verdad pero como esta senda, con su chozo al final, su arroyuelo ahí mismo y el bosque de encina en las llanuras que hay al frente, no existe otra en todo el

mundo. Tú tendrías que venir un día y ver si es verdad o no lo que ahora mismo te estoy diciendo.

Esto y otras muchas cosas era lo que mi padre siempre me contó de ese chozo del cerrillo y su senda. Desde entonces, no sé por qué, siempre sueño con el rincón y hasta me parece un puñado de tierra mágico que un día tengo que visitar, como quería mi padre. Ahora que pasamos por aquí me he acordado de él y no he podido perderme la ocasión que su recuerdo produce dentro de mí.

LOS CHARCOS AZULES

En este camino que hoy llevamos rumbo a la Matea, ya estamos nosotros bajando la ladera norte del Picón de Galayo y como por aquí todo lo que se ve llena de gozo el espíritu y los ojos de verde, Gloria me dice:

- En cuanto terminemos de bajar esta ladera vamos a caer a la hondonada que se forma entre el nacimiento del arroyo don Domingo y la cabecera de ese otro afluente que se le engancha un poco más adelante. Es una maravilla de arroyo ese trozo pequeño que desciende desde lo más alto del pico Palomas. ¿Tú has oído hablar de la Fuente de la Chaparra?

- Sí que he oído algo y hasta me parece que en una ocasión debí estar muy cerca de ella. Nace esta fuente también un poco al norte del pico a una altura de 1.886 metros. Y de toda esa zona es de donde se le va juntando el agua que luego va recogiendo el arroyo. Por qué ¿tú has oído hablar de los charcos azules?

- Los charcos azules son muchos en estas sierras y yo, de unos he oído hablar y de otros tengo referencias por mis propios ojos. Pero si te refieres a unos charcos azules concretos que tú conoces y yo no, quizá es la primera vez que oigo hablar de ellos.

- Seguro que sí, porque me estoy refiriendo a unos charcos azules muy concretos que aunque yo tampoco conozco sí me han dicho mis amigos que están por aquí.

- ¿En qué punto concreto de por aquí?

- Me parece que en el segundo barranco del segundo arroyo. ¿Ves ese gran pino clavado en la ladera del collado?

El pino que me indica sí que lo veo mientras ahora mismo llegamos a lo hondo del primer barranco. Se le ve clavado en la ladera verde del collado y desde lejos se parece al Galapán. Quizá no le llegue ni a la mitad pero se parece y resalta más aún por lo solitario y la tierra

inclinada del collado en que ha venido a crecer. Por eso le digo que sí.

- Lo estoy viendo y ¿verdad que es todo un señor pino?

- Claro que lo es pero no es ahí donde yo quería quedarme sino al volcar. En cuanto volquemos ese collado que no sé cómo se llama, aunque sí me lo ha dicho mi padre muchas veces, puede ser que veamos los charcos azules.

- Por si no los vemos, ya que las escasas lluvias de este año pueden que los hayan dejado reducidos al mínimo o a la nada, dime ahora qué son esos charcos azules.

- Según a mí me han dicho, porque acabo de decirte que precisamente no los conozco, esos charcos son inmensos lagos de belleza. Cuando los ves desde lo alto de este lado lo que más te impresiona es su transparencia al mismo tiempo que sus tonos celeste, verdes y nieve. Cae primero una gran corriente desde este ladera y antes de convertirse en charco salta en una cascada. Ni muy grande ni muy ancha pero sí lo suficiente para que al caer el agua al charco todo se convierta en espuma con burbujas redonditas que parecen diminutos mundos flotantes. Enseguida se deshace tanto la espuma

como las burbujas y lo que de esa corriente resulta es toda una maravilla.

Creo que es un charco grande, alargado para seguir el cauce que el arroyo ha horadado y al principio, como si fuera una playa de piedrecitas chicas. Después, una gran profundidad donde el agua se torna casi verde precisamente por eso: por la profundidad y luego otra vez playa que por la parte del arroyo se queda sólo en corriente donde el agua sigue bajando y por la parte de arriba, aparece la limitada llanura también de piedrecitas blancas.
- ¡Qué maravilla de arroyo con un charco como ese que más parece un lago donde se remansa no agua sino viento mezclado con cielo! ¿Verdad?
- Una magia, de verdad, y más embrujo cuando en él tú ves los juegos que según me han dicho a mí, jugaban los jóvenes.
- ¿Qué juegos eran esos?
- Pues creo que se venían en pandillas y por la parte de arriba del charco ellos se organizaban, repitiendo una y otra vez siempre su aventura favorita.
- ¿Y cual era su juego tan bonito?

- El de atravesar el charco no nadando sino andando. Desde la primera playa, uno detrás de otro, se iban andando adentrándose en las aguas y poco a poco quedaban sumergidos por completo en ella sin dejar de andar. Paraban sólo cuando llegaban a la segunda playa y entonces ahí, unos a otros se felicitaban. Mientras tanto, el resto del grupo contemplaba la escena desde las rocas de la cascada de la primera playa. Y según me han dicho, gozar de aquella escena era la visión más hermosa que jamás nunca nadie pueda contemplar en esta tierra.

Así me interpreta Gloria su tierra mientras poco a poco nos vamos acercando no todavía a su aldea pero sí a las vegas, llanuras y laderas que la rodean. Remontamos ahora la pequeñas cuestecilla que nos presenta el collado del pino y como el árbol ya nos queda tan cerca, vemos lo que bajo él descansa. Son tres pastores que se han juntado para comer.
- ¿Ves? Como a estas horas del día empieza a calentar el sol, las ovejas se recogen en la tinada de la derecha, junto a las rocas de la ladera o a la sombra de las carrascas. Es el momento en que los pastores se junta para charlar, comentar las cosas del ganado o para comer.

Los miro y desde luego es una singular estampa. En medio de la soledad y amplitud de estos campos, ellos se buscan entre sí por la necesidad de charlar de algo, para darse compañía y porque al mismo tiempo se ayudan. Hacen bueno así unas de las características más bellas y singulares de estos hombres: el compañerismo, el compartir y la ayuda mutua. Es esto una cualidad humana muy desarrollada entre ellos y por eso les sale de la manera más sencilla y en el fondo hasta parece como si tuviera que ser así. Ellos pasan tantas horas fuera de sus casas y lejos de sus familias que en el fondo tienen verdadera necesidad de ser amigos entre sí. Podría decirse que la tierra por donde se mueven y el trabajo que realizan desde que nacen, les va enseñando estas buenas cosas y por eso llega un momento en que para ellos la bondad y el compañerismo es algo normal en su vida.

Remontamos el collado y como al otro lado se encuentra el barranco y en su centro el arroyo, casi nos hemos creído que de verdad, enseguida aquí vamos a ver ese hermoso paisaje de los charcos azules. Pero aunque

al llegar a lo alto lo primero que vemos es este arroyo, los charcos no aparecen.

- Pues tendría que estar aquí.

Me dice Gloria como sorprendida de que se vean.

- Quizá tus amigos no te dijeron la verdad.

- Si me la dijeron.

- Entonces lo que puede haber pasado es que el arroyo se haya secado por la poca lluvia que hemos tenido estos años. Pero también puede haber pasado que lo que tus amigos te contaron fuera un sueño, un deseo de llevar a la belleza máxima la hermosura de estas sierras.

- También puede haber sucedido eso pero, aún así, yo creo que la verdad de esa fina elegancia, no merma en nada.

- Eso es lo que también creo yo. Aunque el paisaje no exista en la dimensión de la materia, en otra dimensión y conteniendo toda su esencia más pura, sí es verdad y se toca o casi se roza plenamente como un borbotón de bellezas de estas sierras.

- En fin, que mi fantasía no es menos real porque ahora descubramos que aquí no existe ni charco ni arroyo ¿verdad?

- Y tan verdad.

LOS TRES AMIGOS

Cada uno tiene una tienda. De ropa uno, de fotos el segundo y de libros el tercero. Y el primero con su tienda estaba tan contento que aunque había pasado ya tantos años él no quería conocer nada ni renovar ningún mostrador en su tienda.

- La solera, la identidad propia es lo que a mi tienda le da su personalidad única. Aquí no se cambia por cambiar o por estar a la última.

Y este amigo mío hasta tenía en la puerta de su tienda un escaso bosque de cerezos. Todos los años los árboles se le cargaban de rojas frutas gordas y aquello era como las señas de identidad más puras, de la tienda de mi amigo. En cuanto llegaba la primavera como los árboles se le llenaban de apetitosas cerezas rojas, los clientes de la tienda de mi amigo, cada vez que pasaban por allí, todo era llenarse las manos, la boca y hasta los bolsillos de aquellas tan ricas cerezas.

- No hay otra tienda igual en ninguna parte del mundo.

Era lo que siempre decía aquella gente y de estos halagos mi amigo se sentía muy orgulloso.

Y al pasar por estas tierras, como ahora se me ha venido al recuerdo la tienda de mi amigo, caigo en la

cuenta también de una cosa: el padre de Caty, pastor con solera de las tierras estas de Fuente Segura, no hace mucho me decía que en la aldea esa de las Espumaredas, se crían las mejores cerezas del mundo.
- ¿Usted sabe dónde está esa aldea?
- He oído hablar de ella y tengo grandes ganas de ir un día por ahí y conocer a fondo tanto esa aldea con nombre tan hermoso como las otras y el entorno.
- Pues eso es verdad. Esa aldea es de la más bonita del mundo y como la levantaron los serranos justo donde nace el arroyo que también se llama de las Espumaredas y luego tuvieron que dejarla abandonada por aquello del Coto y demás. Cuando de esta aldea echaron a las personas, las casas, las eras, los caminos y también las huertas, se quedaron para siempre abandonados. Y como ellos allí tenían sus nogueras y también sus cerezos, ahora, cada vez que la primavera brota por estos lugares, lo mismo que en aquellos tiempos, los cerezos se llena de frutas rojas. Y como las cerezas son exquisitas y más las que dan estos árboles, yo, casi todos los años cojo la yegua, le pongo las aguaderas, recorro el camino que lleva hasta la aldea y me trigo cerezas para una semana.

-Eso sí está bien porque ya que las sembraron ellos, para que se las coman los pájaros, antes vosotros.
- ¡Y anda que a Caty no le gusta las cerezas!
Esto es lo que sé de mi amigo de las cerezas en la puerta de su tienda de ropa y esto es lo que sé de este amigo mío pastor en Fuente Segura. Además, mientras el otro día me contaba esto de la aldea, la yegua y las cerezas, yo lo estaba viendo con su yegua cargada de fruta atravesando los caminos que lleva y traen a la vieja aldea y estaba viendo a su hija Caty tan llena de gozo comiendo cerezas ricas sólo regadas con las lluvias limpias de estas montañas y perfumadas por el también limpio aire de estas cumbres.

El otro amigo mío decía todo lo contrario del primero:
- La tienda de fotos hay que modernizarlas por lo menos todos los años. Yo este año le voy a poner a la mía un gran mostrador de madera, cristaleras, suelo nuevo y como pueda la voy a ampliar. Cuanto más grande y más moderna sea más le gustará a la gente.
Así que este amigo mío se pasaba el día pensando en modernizar su tienda de fotos y vendiéndole carretes y pilas de botón a los turistas que iban por allí. Un día vi a

uno de estos turistas presumiendo de cámara grande y moderna y al ver el hijo del pastor lo llamó para hacerle una foto.
- Ponte aquí que me lo quiero llevar de recuerdo. Ya no se ven pastores como vosotros y menos un niño como tú.

El turista le hizo un montón de fotos y como en ese momento se le agotaron las pilas de botón que llevaba la cámara, se las cambió allí mismo y las viejas se las dio al niño, hijo del pastor diciendo:
- Toma, para ti, para que juegues por no tirarla en el río.
Y así era como mi amigo, el de la tienda de fotos cada día más moderna, se encargaba de contaminar tanto al hijo menor del pastor como a las aguas del arroyo que por allí corre, porque a la corriente fue donde el turista también tiró la caja donde viene metido el carrete de fotos.

Mi otro amigo, el tercero con su tienda de libros, para darle a todo aquello un toque más natural y al mismo tiempo, se viera que él amaba todo lo que fuera verde, puso por allí un montón de plantas en macetas grandes.
- Estamos en los tiempos en que todo lo ecológico tiene mucha importancia. Si las personas mayores y también

los niños se acostumbra a vivir entre plantas, eso será bueno.
Es lo que siempre decía y así se pasaba mi amigo medio día regando las macetas. Y ciertamente consiguió que el rincón estuviera verde. Pero cuando un servidor iba por allí y veía las cosas de mi amigo y luego venía por estas sierras, no acababa de comprender. Porque el rincón que mi amigo pretendía poner verde con muchas macetas y plantas grandes, no tenía nada que ver con los magníficos bosques de estas sierras. Tampoco tenía nada que ver con el rincón del joven.

Y me refiero a ese rincón que a él le gustaba tanto. El que es un trozo de curva del río y por donde los animales pastaban tan gustosamente. Era aquello una maravilla verlo desde la ladera de enfrente. Primero el joven cogía su flauta hecha de caña y por él mismo y desde el lado norte bajaba senda adelante desgranando sonidos. Y los sonidos que de aquella flauta salían además de embelesar el alma, llenaban el barranco del río tanto para arriba como para abajo. Al mezclarse las melodías con el rumor de la corriente y el movimiento que el vientecillo imprime a las plantas, el espectáculo que allí se daba, era mucho más que maravilloso.

Los animales que pastaban por la orilla de las aguas o por las llanuras que este río tiene al lado norte, aún le daban al conjunto una pizca más de grandiosidad. Porque esa era otra: la pequeña llanura que se recoge ahí, como escondida entre juncos, tarayes y zarzas, es un paraíso más en pequeño. Y cuando por esa llanura pastan los rebaños, unas veces de ovejas, otras de cabras y en algunas ocasiones de vacas, la belleza se multiplicaba. Pero, además, cuando esta belleza queda enmarcada por esos espléndidos días de primavera y por las tardes doradas del verano en que la luz se desnuda y tiñe de mil variaciones cromáticas, el rincón se parece a un verdadero sueño.

Exactamente todo esto era hoy y todavía un poco engrandecido por la presencia del joven cuando se le ve bajando por la ladera, adentrándose por entre las aguas de la corriente para saltarla por donde pueda y luego fundirse con la vegetación y los animales que ramonean o duermen su siesta. Tú tendrías que conocer como conozco yo la imagen que este rincón presenta cuando por él baja el joven tocando su flauta para quedarse perdido en el misterio del barranco. Cuando yo lo veo y

traigo a mi memoria ese otro rincón de mi tercer amigo con sus cuatro macetas para tener cerca de sí un poquito de naturaleza, casi me río. Es lo absurdo de esta realidad que a mí me ha tocado vivir y la inexplicable estructura y forma de vida que unos y otros han montado.

DONDE NACE EL GUADALQUIVIR

Ya dije que aquí empieza la cerrada. Descubro que el desnivel es mucho más pronunciado, el río baja más torrencial, el desfiladero se cierra, y todo se presenta más quebrado, roto, agreste y duro. El fresno es un viejo ejemplar que ha venido a nacer al borde mismo del charco, en el lado izquierdo, donde no hay ni un puñado de tierra. Surge de entre las rocas como si fuera precisamente eso: una roca más con forma extraña de las mil que se desparraman por el barranco. La primera parte de su tronco, según sale de las rocas, es un sólo pie que enseguida se divide en dos formando lo que en cualquier árbol sería la cruz. Es decir, la división del tronco principal, que siempre es uno solo, en dos troncos o ramas secundarias.

De todos los árboles que se dan por estas sierras, en el grupo de los Quercus, encinas, quejigos, robles, es

donde con más exactitud se da esta posibilidad. Y como norma general, la cruz suele estar a partir de los dos o tres metros de altura. Pues nuestro fresno, tiene su cruz escasamente a medio metro de las rocas que lo sujetan. Enseguida se divide y luego no sigue creciendo recto, sino que se retuerce lleno de nudos, agujeros, cortes, musgo y ásperas cortezas y se dobla para el charco. Casi roza la superficie de las aguas con su tronco.

No es difícil adivinar lo duro que es para un árbol crecer en este lugar. Cuando en invierno el río baja lleno, la fuerza de la cascada se estrella sobre él. Cuando las cumbres se desmoronan y en trozos se derrumba, las laderas acaban rompiéndose sobre el tronco. Cuando la nieve se amontona en estos barrancos, sus ramas tienen que soportar el peso, a veces, durante meses enteros. Cuando los fríos de las heladas llenan de carámbanos barrancos, cascadas y manantiales, las ramas de este fresno, su tronco y raíces, son envuelto por el hielo a lo largo de días y noches. Es dura la vida para cualquier planta en este lugar y para un fresno como este, aún más.

Pero este árbol, este raro y magnífico ejemplar de fresno, es toda una auténtica maravilla. No podría haber

nacido en lugar más bonito, junto al charco que de tan limpio, tiene todos los tonos de estas sierras, recogido y abrazado entre dos grandes rocas, alargado un poco y al final, por donde rebosa para irse de nuevo por la corriente, una pequeña playa de arena. En su centro, por donde le entra la cascada, verde oscuro de tan profundo. Casi metro y medio. Al lado derecho mirando a donde nace el Guadalquivir, una pared de rocas que no termina aquí sino que se alza hasta lo más elevado de la cumbre. Es una enorme placa que arrancando desde lo hondo del barranco, sube dando forma a la cuerda y a la cumbre que me corona por la izquierda.

¿Y la cascada? Es potente, bella, cantarina, limpia y juguetona. Diez metros más arriba del charco, viene abierta. Cayendo por la pared de la roca en forma de sábana extendida. Tres metros antes del charco, las rocas la recogen dándole forma más redonda. Desde aquí cae a la otra roca que sirve de tapón en la entrada del charco. En realidad no es tapón sino cabeza de melón desde donde al caer el grueso chorro, se desparrama como en un gran abanico y ya se funde con el espejo del charco.

Por eso decía que es hermoso este charco con su fresno, la roca que bajo el fresno se curva hacia la masa

del agua como si quisiera arropar la luz del reducido lago, su música y hasta su florecilla color miel. Una diminuta flor llamada vulgarmente margarita que se asoma a la corriente trabada en la reducida repisa de la pared de la izquierda donde hay un puñado de tierra regada por las diminutas gotitas que desprende la cascada al estrellarse en la roca tapón.

La miro. La remiro. Me la bebo con mi alma y mientras sigo buscando saltar la dificultad que a mi paso me encuentro, la voy gozando desde otro ángulo. Cada rincón es un charco nuevo. Una corriente que desde aquí se aleja cada vez más engalanada. Hay algunos autores, aquellos que en otros tiempos escribieron del Guadalquivir centrados en los rincones donde nace, que lo describen ampulosamente. Con extrañas expresiones que más bien parece que se refieran a montañas y bosques misteriosos y encantados. Comparan estos paisajes a la sinfonía fantástica de Warne. Y no: Sencillamente creo que en las sierras que dan vida al Guadalquivir, no hay nada de fantástico en el sentido en que lo describen estos autores. Todo es bello, fascinante, grandioso pero desde aquí al misterio de cavernas oscuras y embrujadas, hay una realidad grande.

Ahora que me muevo por el lugar, sé que me viene a la mente el mundo hermoso que Juan Sebastián Bach narra en sus dulces fugas. Se me viene a la mente esta imagen y viendo el agua saltar por las cascadas y remansarse en los charcos, asocio el paisaje a lo que describen esas deliciosas fugas. La corriente de río es la belleza de la voz que canta. El tema se repite una y otra vez y siempre es bello pero nunca suena lo mismo. La voz del bajo canta el tema y le contesta la segunda voz en otra tesitura nueva mientras ahora la primera voz desarrolla otra melodía al tiempo que la más aguda contesta a la segunda. Así, en un juego enrevesado, bello y dulce, la pieza musical avanza recorriendo paisajes deliciosos que llenan de gozo el alma.

La corriente del Guadalquivir, a su paso por este trozo de cauce, es exactamente el desarrollo de una espléndida fuga al estilo de Juan Sebastián Bach. El agua, que es la melodía central, se esconde, salta, chorrea, se desparrama, cae al charco, rebosa, se divide, traza espumas, burbujas, gotitas blancas. Todo es el mismo juego, el mismo encanto, la misma belleza, transparencia y dulzura de una espléndida fuga a veces

sonando en órgano, otra en clavecín y otras en oboe, según sea cascada, corriente dulce, charco plácido o destellos de olas.

Por el centro de esta recia fuga, desarrollándose eternamente día y noche, año tras años sin acabarse jamás pero sin repetirse en ningún momento, acogiéndolo en su centro está la exuberante belleza de la impresionante sinfonía de Beethoven. Las rocas llenando el barranco, los paredones también de rocas a un lado y otro, los pinos clavados en lo alto, los troncos de los robustos laricios formando bosques, cada uno de estos elementos es un trozo de esa sinfonía. Acordes rocosos que sobre cogen, melodías de viento y pinos que traspasan, arpegios de plegamientos tectónicos que te aplastan, escalas airosas de tonos y semi tonos que en forma de escalones, agujas y repisas, se elevan hacia las nubes blancas que se asoman y se esconden por el pico de la colina. Graves profundos que en grietas y covachas por aquí y por allá se te muestran majestuosas. Dúos, cuarteos, quintetos, mil conjuntos de vaguadas, arroyuelos, cañadas y fuentes, todo ello mostrándome una vez y otra la belleza de la obra maestra mejor inspirada y más bellamente terminada de la creación.

AMURJO

Casi parecidos, al menos tres nombres existen en estas sierras: Peña Musgo que se encuentra en la ladera norte del Pico Tolaillo y se ve desde muchísimos puntos de este Parque. Arroyo, manantial, zona de recreo y también donde beben las ovejas, es Muso, por las Rambla de los cuartos, en las laderas norte del Picón del Galayo, cerca de las aldeas orientales de Santiago de la Espada y este Amurjo que se encuentra aquí, cerca del pueblo de Orcera en la que sería la sierra de Segura.

Este Amurjo no es un arroyo aunque sí tiene mucha característica de arroyo y se refugia en los barrancos por donde corren no uno sino tres o cuatro arroyos. Los habitantes del pueblo de Orcera sí saben bien lo que es este rincón que se encuentra al final o mejor, en la junta de los arroyos de Linarejos, Malamiel y Fuente de la Zarza, justo en el barranco, por la parte del levante del Pico Picorzo, 1046 m. y al este del Cerro de los Billares, 1209 m. Hay en este arroyo, que ya aquí cuando se juntan todos se empieza a llamar río Orcera, un montón de huertecillas que aprovechan precisamente el agua del cauce para regar hortalizas y frutales. También hay aquí o por lo menos hubo en otros tiempos,

bastantes molinos que construidos próximo al cauce del río utilizaban precisamente esta fuerza para su funcionamiento. Hoy día, lo que más presencia tiene, porque siguen vivas y repletas de actividad, son las huertas que con sólo irte por la carretera las ves perfectamente alineadas y llenas de toda clase de hortalizas. También es un decir esto de llenas de vida, porque con la sequía que en los últimos años estamos teniendo el agua que ahora baja por este río no da para mucho.

Además, con esto de Amurjo que en el centro de los pinares y romerales del barranco, es una piscina, zona recreativa, merendero y más cosas, a caballo entre lo natural y lo artificial, la poca agua que por este cauce ahora corre la embalsan aquí para que se puedan bañar los lugareños y si vienen turistas, mejor. Porque esto de los turistas también es una cosa que, según dicen algunos, está muy bien ya que ello es la moda de los tiempos por muchos sitios y también por los pueblos de estas sierra que los buscan como el que busca petróleo. Muchos creen que dan tanto dinero o más que el petróleo y eso también está muy bien; que el dinero es una cosa importante.

Pues con todo esto y otros mil matices más de los arroyos, ríos y montes que rodean el pueblo de Orcera, un día me vine por aquí, entrando desde arriba, desde donde vienen cayendo los arroyuelos y siguiendo la sendilla que arropa el monte y llena de gran placer sólo recorrerla. Cruzo el primer arroyuelo y como algo más abajo la sendilla se pasa al otro lado, me voy siguiéndola y cual no es mi placentera sorpresa al encontrarme con el remanso de aguas. No veo yo nada más que esto: agua transparente con tonos azules en el centro por los reflejos del cielo que por encina, hoy es precisamente azul, y tonos verdosos esmeralda, por los bordes, porque por las orillas, lo que se reflejan son los bosques de las laderas.

Nada más ver este lago tan perfecto me quedo parado en el centro de la senda como si un impulso interno me obligara a no seguir. Como si algo o alguien me dijera que el descubrimiento no es una casualidad sino que está bien preparado y precisamente este punto de la senda es el único en toda la tierra desde donde se ve lo que en este momento estoy viendo. Y lo que estoy viendo es sólo un pequeño embalse de agua limpia sin más ornamentación que la leve oscuridad del barranco, los reflejos de los montes, las nubes, el cielo y la caricia

leve del viento que arroyo arriba sube. Miro despacio y también empiezo a descubrir las rocas color oro que caen ladera abajo y que forman tres juegos diferentes al cual más bello.

Las rocas sobre la mitad de la ladera todas parecen querer caerse en el mismo centro sin llegar a ninguna de las dos cosas: ni a caerse ni a encontrarse bañadas por las aguas en el centro de la laguna. Las otras, las más próximas al borde de las aguas sin que todavía las mojen éstas, parecen como si tuvieran hermanas gemelas jugando unas ya en la ladera fuera de las aguas y otras también en la ladera pero dentro de las aguas. Cuáles son unas y cuáles son otras no hay manera de saberlo por la tan bella y perfecta imagen sobre la ladera, fuera y dentro del agua.

Pero lo impresionantemente bonito se encuentra casi al final, donde las aguas cubren como un metro o algo más. Como el viento no deja de crear pequeñas olas y como las olas rizan la superficie con la gracia de un juego tierno, las rocas color oro, parecen pequeños trozos de sueños que flotan en un mágico espacio de fantasía.

Así que esto es lo que me deja helado y casi sin respiración frente al delicioso charco de aguas con todos los tonos. Y como yo tengo ya vividas muchas experiencias en estas sierras, precisamente una de las cosas que he empezado a practicar hace algún tiempo es quedarme, en la mitad del descubrimiento de aquellas bellezas que se me clavan en el corazón. Por esto hoy, no doy ni un paso más. Me vuelvo para atrás y me alejo del rincón sin torcer mi cabeza hasta que ya me he ocultado tras las montañas. Es tan inmensamente bella la imagen que he visto y gozado que no quiero que nada en el mundo me la rompa. Y desde aquel día hasta hoy así es como yo tengo guardada en mi alma la figura de este lugar llamado Amurjo. Me pregunto que cuando algún día venga y vea por fin el fantástico mundo de fantasía escondido en el rincón de los pinos ¿Qué será lo que por aquí me encontraré y qué será lo que sucederá en mi espíritu?

EL COLLADO DE LAS FLORES

Creo que es el nombre que mejor le cuadra aunque tampoco le sentaría mal otros dos o tres que tengo por aquí. Porque este collado no es cualquier cosa dentro de las sierras. Mas que un trozo de tierra normal, es medio

mundo o casi una parte del corazón de estas sierras. Desde muchísimas cumbres y laderas, en aquellos tiempos, sobre este collado, dejaban miles y miles de troncos de pino. Dejaron también muchos miles de troncos de encinas y sobre este collado, sobre todo, en la pequeña ladera que se extiende hacia el norte, durante muchos años han ardido cientos de carboneras. Las carboneras son grandes pilas de leña, en trozos chicos especialmente preparados y recubiertos estos con monte, piedras y tierra a los que se les prende fuego para convertirlos en carbón. Carbonear es convertir la leña en carbón que en este caso es vegetal. Francisco me decía el otro día que:

- Aquí mismo había una carbonera. En aquellos tiempos en toda esta zona se hacía mucho carbón, sobre todo de las encinas y de los robles.
- ¿Recuerdas tú para qué usaban este carbón?
- Eso no lo recuerdo. Se lo llevaban fuera que sería para las máquinas esas que andaban con carbón. Yo eso no lo recuerdo.

Así que este collado podría llamarse también el Collado de la Madera, el de las Carboneras y también el Collado del Corazón por aquello de ser tantas cosas en el

centro de las sierras de esta Parque Natural. Pero como a pesar de todo esto, el collado que tanta historia tiene, aquí se extiende sumido en el silencio, hoy ya un poco lleno de grandes árboles y en ese sitio tan realmente estratégico, nosotros lo hemos llamado el Collado de las Flores. No es que estemos inventando nuevos nombres para las sierras del Parque. No es esto; lo hemos bautizado así por dos cosas: la primera porque este collado ni aparece en ningún mapa y por supuesto ni ha escrito nunca nadie de él y por eso, ninguno de los personajes con estudios o carreras que han pasado por estas sierras, lo conocen. Y segundo, es que este collado, cuando la primavera revienta en estos montes, echa tantas flores y tan variadas todas que parecen que aquí se condensa un millón de primaveras. Cuando nosotros lo descubrimos eso fue lo que nos pareció y así empezamos a distinguir a este collado entre los demás parajes que conocemos por los montes.

Pero es que hay más: como el rellano de tierra que conforma la belleza del collado, se encuentra en la misma curva del camino, senda en otros tiempos por donde se entraba y salía al valle y hoy pista forestal con mucha menos personalidad que aquella senda, parece que

desde cualquier punto que te mueva tienes que pasar por aquí.

Los dos hermanos de la zona alta sabían esto bien y, además, sabían que una de las cosas con mayor emoción por estas sierras era entrarle al collado no por sus puntos normales de acceso sino por el extraordinariamente singular: la cuerda que baja desde los madroñales de los barrancos oscuros. Porque la cuerda esta, que es la de los miradores, es la parte más hermosa de todo el collado. Baja, como decía, de los barrancos oscuros y se alarga como una gran loma que desciende con toda suavidad acercándose al collado como de puntilla para aquí rendirse a él en una reverencia de ensueño.

Los dos hermanos de la parte alta sabían perfectamente esto y por eso aquella mañana de primavera, momentos en que todos los campos se viste de gala, quisieron bajar hasta el collado.

- Pero por la senda no.

Dijo el hermano mayor.

- ¿Por dónde entonces?

- Por la cuerda. Vamos a irnos hoy siguiendo toda la cuerda y por la parte más alta.
El hermano pequeño estuvo de acuerdo y desde las profundidades de aquel barranco oscuro, protegido al norte por la gran cordillera de los madroñales, ellos bajaron buscando el comienzo de la cuerda. El comienzo de la cuerda es tan suave que casi ni se nota cuando llegas a ella y también casi sin notarlo te sitúas en todo lo alto de la primera parte. Subes luego una pronunciada ladera y ya desde aquí empiezas a bajar, siempre por lo más alto.

Y como hoy era un día tan inmensamente bello, ellos iban llenos de felicidad atravesando el monte que tanto tenían pisado. Tan llenos de paisajes, tan repletos de viento y aroma, tan rebosando del día y de la vida que llenaba sus almas, iban ellos que por nada del mundo podrían esperar lo que de pronto resultó. Y resultó que cuando bajaban una cuestecilla, por esa parte en que la cuerda es más bonita que en ningún otro sitio, al salir al rasete donde el monte es espeso pero no muy alto, se les puso delante el cazador con la escopeta y amenazándoles les dijo:

- Sois tontos; sabéis que estoy cazando por este monte y vosotros vais por aquí, además de metiendo jaleo para espantar a los animales, jugando como si nada.
Al verlo y oírlo se quedaron de piedra y cuando el hermano mayor se recuperó habló diciendo:
- Señor ¿qué mal hemos hecho?
- Estoy cazando y si se me escapa un tiro imagínate lo que sucede.
- Es que vamos al Collado de las Flores.
- Y los caminos ¿para qué los han hecho?
- Pero es que nosotros llevamos una vida entera andando por esta cuerda.
- Pues oír bien lo que os digo: a partir de hoy queda prohibido andar por el monte y más prohibido queda aún en la época de caza.
- Y eso ¿quién lo ordena?
- Ya está ordenado; sólo hay que cumplirlo y, además, os advierto que estáis de suerte, porque hoy os perdono. Así que cuidado, porque otro día, ya veremos.

Como a los dos hermanos se les heló la palabra en los labios por todo aquello tan de repente y raro, se fueron, dejando allí al señor de la escopeta. Siguieron bajando ya con el Collado de las Flores ante ellos pero

tristes. De pronto se les había llenado el alma de preocupación y como, además, estaban confusos, se les quitó hasta las ganas de hablar. También de pronto tanto la ladera como el barranco oscuro de donde viene el collado, todo cambió por completo de color y belleza. Sólo el hermano menor se atrevió a pronunciar unas palabras para preguntar al hermano mayor.

- ¿Nos vamos a la senda y nos volvemos a casa?

- ¿A la senda...?

Y el hermano mayor miró hacia la ladera de la derecha por donde empezaba el valle y al fondo corría el río. Quiso darle una respuesta al hermano pequeño pero se quedó mudo y mudo estuvo todo el rato que emplearon en bajar de la cuerda que se derramaba sobre el Collado de las Flores.

LA FUENTE

- Me han dicho que por encima del cortijo o cerca, mana. Llevo mucho tiempo buscándola y unos me dicen que por encima del puente viejo, otros que por ahí, justo a donde llegan las aguas del pantano y luego otros, que ya no hay fuente, que esto era antes de la construcción del pantano; cuando llovía como era debido ¿Tú que dices?

- La Fuente está de verdad por debajo del puente que ya no se usa. Cuando el pantano está lleno la cubre. Hace por lo menos veinte años que no la hemos visto y muchos andamos pensando que ya no la vamos a ver jamás. Sin embargo, la sequía de este verano ha dejado el pantano con poca agua y ahora sí se ve. Si quieres hoy puedes verla.

- Ya no me da tiempo; fíjate que hora es.

- Todavía llegas antes que oscurezca.

Y la verdad que yo ahora mismo tampoco sabría decir en qué punto exacto brota el manantial y menos aún puedo afirmar o comentar sobre su abundancia, limpieza o belleza. No la he visto con mis propios ojos; no he tocado con mis manos sus aguas ni tampoco he bebido de su cristal y aún menos he tenido la suerte de sentarme junto a ella y en silencio dar gracias a Dios de esta maravilla rodeada de bosques. No la he visto y aunque ya intuyo que he estado bastante cerca, no he llegado a gozar más de lo que aquí estoy diciendo.

Pero, además, es que sucede una cosa: ahora que parece que por fin, con solo un leve esfuerzo más, me sería fácil encontrarme con ella, abrazarla, besarla y

bebérmela; ahora que parece que todo lo tengo al alcance de mi mano después de tantos años buscándola por la sierra, soñándola por las noches, anotándola y leyéndola en los planos y libros, creo que llegado a este punto debo pararme. Siento y, además, lo intuyo que será mucho más bello no llegar jamás al borde de sus mismas aguas. No llegar nunca jamás a saber dónde está o si es redonda, profunda, grande o cristalina.

Aprendí hace mucho y andando por los rincones de estas sierras que todo lo intuido y soñado es infinitamente más bello y profundo que la más exuberante realidad. Aprendí esto hace tiempo ya y como esta fuente mía en mi grandioso y querido río la llevo en mi alma tan honda, tan clavada, tan rumorosa, tan silenciosa y transparente, creo que ahora es mejor dejarla así para la eternidad. No quiero verla con los ojos materiales de mi cuerpo. No quiero tocarla con mis manos ni quiero beber de sus aguas ni quiero saber de su celeste música. No quiero pisar la tierra que le rodea ni rozar el monte que le da sombra ni tampoco saborear los tonos color cielo y nubes verde viento que, según dicen, se mecen en sus aguas.

No quiero saber del punto exacto ni de la cueva o roca donde brota. Deseo que para mí, ella siga ahí: oculta en el corazón del monte de las cumbres más altas de la sierra, para que al mismo tiempo también siga aquí, dormida interiormente y dulce en la cuna que en mi alma tiene. Precisamente por eso: porque en sueño la he visto tan bella e inmaculada, me ha gustado tanto y me ha dado tanto gozo, que es imposible gozarla con más encanto de ninguna otra manera.

Pero, además, hay otra cosa: como para mí es importante el perfume de aquel amigo mío que un día anduvo por aquí y hoy ya no respira entre nosotros sino que anda allá por las lagunas eternas, el misterio de esta fuente, el agua que de ella mana y no conozco es como si fuera un pequeño regalo, una pincelada dulce por entre las sierras que tanto amó. Él pisó y recorrió en solitario las aguas de este río. El vivió y dejó su emoción desparramada en las cascadas de aguas blancas que se despeñan por los barrancos. El lo hizo bien porque palpitó subiendo y bajando estas sierras. Nada mejor, en recuerdo a su amistad, podría tener yo en mi corazón que un secreto tan fino como este como ofrenda a su paso por estos parajes. La Fuente, la que es bella y tiene color de

miel, inmaculada ahí, en su rincón y en mi alma como latido silencioso en memoria a su presencia eterna.

Quizá algún día, en su momento, Dios nos permita que volvamos de nuevo por aquí para recorrer y gozar, a fondo, el perfume de este edén suyo. Quizá, llegado el momento, hasta puede que esta fuente, la oculta y misteriosa Fuente, sea nuestro gozo sin fin. Quizá aquel día sí sepamos bien dónde está y cómo es porque nos pertenezca y seamos sus dueños para siempre. Quizá quiera Dios llenar plenamente nuestro amor a estos ríos y cumbres dándonos para siempre en posesión este paraíso u otro similar. Esto es lo que yo siento, intuyo y sé de la Fuente.

EN LA MEJOR TIERRA DEL RINCÓN

Ahí, justo donde el manantial brota, construyeron la casa. En la mejor tierra del rincón y desde donde se ven los más bonitos paisajes. Frente a las sencillas casas de piedra que los serranos habían levantando dolorosamente y desde tiempos inmemoriales, ocupaban.

- Como un insulto, como una amenaza para que no los perdamos de vista y así tampoco olvidemos que son los que mandan.

Decían los vecinos de la humilde aldea, tan perdida entre el monte pero tan tiernamente formando parte de él.
- Como una provocación al mismo tiempo que una actitud de soberbia.
Seguían afirmando otros vecinos.
- Y precisamente ahí: en las mejores tierras de este rincón nuestro.

Y las tierras, como realmente eran tan buenas, desde siempre ellos las habían tenido sembradas con sus hortales. Donde desde tiempos lejanísimos habían plantado sus tomates para aprovechar el gran tesoro de este trocito fértil: el manantial.
- Y fíjate, en lo alto mismo de donde brota el venero, han levantado el muro.
- Para quitárnoslo pero al mismo tiempo dejándolo a la vista a fin de fastidiarnos más. Como si nos estuvieran diciendo que nos han ganado y para que no lo olvidemos en ningún momento, dejan a la vista el trofeo conseguido.
Esto es lo que seguían diciendo aquellos vecinos empujados por la indignación que los de la nueva casa habían despertado en sus almas.

Y entre los vecinos estaba el joven rebelde de la sierra, según decían los que ahora querían mandar. Y como era rebelde porque no quería perder su libertad, los que pretendían doblegarlo, le decían:

- Te has enfrentado con nosotros pero tu poca cabeza te llevará a la ruina. Te ganaremos porque somos el poder y no soportamos que un simple joven serrano, sin estudios ni cultura, nos eche un pulso. Ni siquiera caes en la cuenta lo poco inteligente que eres, procediendo de este modo, a pesar de tu rebeldía. Perderás y eso será la ruina para ti. Porque ¿cómo se te ha ocurrido creer que nosotros vamos a doblegarnos a lo que tú piensas?

Esto es lo que siempre le estaban diciendo los que pretendían adueñarse de las sierras y por eso habían venido a construir la fabulosa casa frente a la sencilla aldea de ellos.

- Aunque pierda, cosa que sé de antemano aceptando plenamente junto con el sufrimiento que ello me traiga, dejo claro ante vosotros que no es bueno ni lo que estáis haciendo ni tampoco el modo. Al menos esta dignidad nuestra, seguirá en pie y con ella nuestro derecho a ser libres y expresar esta libertad antes vosotros que os creéis tan incontestables.

- Lo que te pasa es que eres tonto creyéndote un héroe sin serlo. Nadie va a decir nunca nada de ti ni tu postura servirá para nada. Fíjate que cosa más absurda: creerte un héroe en estas sierras, reivindicando libertad y derechos para los otros serranos amigos tuyos. Lo que nunca se ha visto.

A estas palabras el joven serrano una vez más guardó silencio al tiempo que en su interior se dejaba comer por la rabia. Pero una mañana de aquellas, salió de su casa, en la parte baja de los montes y con su mochila a cuestas, atravesó las veredas. Volcó a la solana y cundo llegó a la sombra espesa del bosque que tanto amaba, se sentó por allí y en su corazón estaba él dando gracias al Altísimo por aquella creación tan bonita que había puesto sobre la tierra, cuando por detrás se acercó un amigo de la aldea.

- Hay que ver cómo son los de la raza humana, mira que empeñarse en machacarte.

- Algunos de los de la raza humana se construyen dioses a sus medidas, se los apropian y más allá de su puro yo, no admite ni aceptan la presencia de un Dios universal donde todo y todos estamos contenidos. No admiten que haya otros con pensamientos distintos a los suyos ni

tampoco que fuera de ellos, exista otro matiz de la gran Verdad. ¡Hay que ver cómo son!

- ¿Y qué es lo que te trae por aquí esta mañana?
- Quiero subir a la cumbre a irme luego por aquellos barrancos tan bonitos y tan llenos de aguas limpias, porque necesito darme un baño de paz. Porque hay que ver qué mundo ese tan fabuloso.
- Eso es lo que te iba a decir: ¡Mira que son bonitos aquellos barrancos lejanos tan repletos de cascadas arropadas de aquellas sombras tan dulces! Mira que hay allí silencios y charcos llenos de magia. ¿Quieres que te acompañe?
- Lo deseo profundamente porque si aquellos rincones son bellos, compartidos con un amigo como tú, el gozo que siente el alma, es mucho más deleite divino.
- Pues cuando quieras nos vamos.

Y te dijeron que el joven subió con su amigo y al pasar por la aldea, se fueron por el trozo de la mejor tierra del rincón. Aunque allí ellos tenían construida su casa, los pedazos de corazón que de niño, el joven, había dejado junto al chorrillo, seguían vivo. Por eso, a pesar de verlos sentados por encima, se acercó al manantial. Lo miró

despacio y después de comprobar que lo habían transformado, se agachó y llenando sus manos de agua, bebió. Se alzó luego para seguir y al mirar, los vio allí mismo.

- ¿Es que nos desafías?

Le dijeron.

- Simplemente deseaba beber un sorbo del agua limpia del chorrillo que conozco desde que nací.

- Pero no es tan simplemente porque fíjate que has venido a meter tu mano sucia en la misma poza en que brota el agua que nos pertenece. Y los has hecho a propósito: para contagiarnos y decirnos que aunque te lo hemos prohibido, no te importa.

- De verdad que en mi interior no tenía yo esa intención.

- Tú tenías esa intención y esto que acabas de hacer es como un desafío. Lo vamos a tener en cuenta. Márchate y no lo olvides.

En compañía del amigo, el joven siguió subiendo por la cuesta ahora lleno de tristeza su corazón por aquel tan duro desprecio humano.

- Tú no sufras tanto. A pesar de todo ellos nunca podrán quitarnos ni la luz con tonos de topacio de este camino que recorremos ni las fragancias de la hierba que desde

el campo nos llega. Ya verás como nos llenamos de puro felicidad en cuanto lleguemos a la cumbre y penetremos por entre las sombras sedosas del barranco de nuestros sueños. Ellos se empeñan en recordarnos que la creación es muerte y desolación mientras que Dios no deja de mostrarnos que es todo lo contrario: desnudez libre llena de sencillas emociones y empedrada de transparencias gozosas. Tal armoniosa inocencia, nos grita amorosamente la eternidad del sueño que en el corazón llevamos. ¿No sientes como nos susurra el viento la alegría de la mañana? ¿No sientes como mana de nuestras almas el agua de tan culminante eternidad? Esto, aunque ellos no lo quieran, es el supremo sentimiento de la vida verdadera.

EL SUEÑO DE LA NIÑA

- Fíjate, a propósito de lo que decíamos antes de lo divertida y emocionante que puede ser la naturaleza, yo tengo una amiga que el otro día me decía lo siguiente: me decía que cuando uno se acuesta por las noches la mejor forma de dormir profunda y placenteramente, es relajarse. Es decir, en cuanto te metes en la cama, desconectas tu mente de todo. Y al mismo tiempo dejas también relajado tus brazos, tus piernas y tu cuerpo entero. Como si a

partir de ese momento el mundo y la realidad de él, se terminara para ti. Esto es lo que me decía y para que me convenciera me animó a que hiciera una prueba. AVerás tú como enseguida entras a forma parte de la gran vibración del universo y te siente profundamente bien".

Pues le hice caso y fue verdad. La otra noche tardé en quedarme dormida diez segundos y de un sólo tirón dormir toda la noche. Cuando me desperté por la mañana realmente me encontraba tan bien y tenía un regusto tan dulce en el alma, que no me lo podía creer. ¿Sabes por qué?

- ¿Por qué?

- Es que tuve un sueño precioso.

-¿Y cual fue ese sueño?

- Pues soñé que iba andando por un lugar de estas sierras. Había una tenue senda y a la izquierda una ladera también pequeña. Me encontré con el pastor y al preguntarle, éste me dijo que en esa ladera, entre la tierra, se encontraban las piedras más bonitas del mundo.

- ¿Qué piedras son?

Le pregunté.

- Parecen cristal de roca en forma de puntas de cuarzo pero son mucho más bonitas.

- Pues voy yo a buscar a ver si me encuentro algo.
Le dije y me fui por la ladera.

Junto a unos pinos y donde está la torrentera del enano arroyo, me puse a excavar y enseguida apareció como un filón de rocas semejante al cristal de cuarzo por lo limpias y transparentes. Pero su forma no se parecía a las puntas de cuarzo sino a la de los chuzos. Como son las estalactitas, así eran estos trozos de roca. Me llenó de gozo verlas y como realmente eran tan bonitas y transparentes, empecé a coger todas las que podía. Era muy fácil arrancarlas. Sólo tenía que cogerlas por la punta más gruesa y tirar de ellas porque se presentaban como acostadas ladera arriba.

- ¿Qué pensabas hacer con tantos chuzos de esas piedras transparentes?
- Mientras las cogía me decía a mí misma que se las iba a regalar a todo el mundo para que cada uno tuviera una piedra de aquellas tan bonitas. Luego me decía que tendría que volver otra vez a este lugar para coger más piedras de estas tan cristalinas y seguir regalando a muchas más personas. Y hasta me preguntaba que cómo era posible que estas auténticas joyas, no las hubieran

descubierto otros antes si estaban allí, en medio del campo y en una ladera de cualquier monte de estas sierras.

Cuando desperté hasta me seguía diciendo que junto a mí, tenía un montón de estas piedras tan bellas y por eso me levanté con tan dulce sensación de gozo. Se lo comenté a mi amiga y entonces ella me dijo que el haber soñado con aquellas piedras era lo mejor que me podía ocurrir.

- ¿Por qué?

- Ese sueño es como la proyección de tu propio interior. Tu espíritu se encuentra sano, transparente, lleno de entusiasmo y bañado de paz. Pero sobre todo, transparente. Lo más importante de ese sueño tuyo es la transparencia.

Y eso era verdad: la transparencia de aquellas piedras que vi en mi sueño, era lo que más me subyugaba. ¿Tiene esa transparencia algo que ver con la luz y limpieza de los paisajes y aires de estas sierras nuestras?

EL VALLE DEL RÍO

Hay una senda que asoma por la cumbre y baja por la ladera buscando el río. Una senda que ya es muy pobre porque hace tiempo que dejó de ser usada por aquellos serranos. Cuando esta senda, hoy estrecha, muy rota y llena de monte, llega al barranco, por entre las tierras se queda o se va suavemente en varias direcciones. Pero antes de caer al río, el último tramo al final antes de tocar las tierras llanas del valle, es tremendo. El trozo de ladera que por aquí existe es muy pronunciado y por eso la senda tiene mucha dificultad para recorrerlo. Traza cerradas curvas en forma de zigzags, subiendo o bajando mientras se inclina peligrosamente conforme se acerca al valle. Un juego bellísimo al tiempo que peligroso para cualquiera que por la senda suba o baje.

Pues una limpia mañana de primavera, con su amigo, el joven coronó la cumbre. Se pusieron en el mismo rellano que la senda tiene cuando aquí en lo alto empieza a bajar y durante un rato estuvieron gozando de las profundidades misteriosas que a lo lejos tiene el barranco.

- ¿Y dónde dices tú que estuvieron las huertas?

Le preguntó a su amigo.
- Ahí mismo, donde la senda cae a las tierras llanas de la orilla del río. Esas llanuras en aquellos tiempos fueron las mejores huelgas de estas sierras. Lo que pasó tú lo sabes.
- ¿Y por qué repites tanto que el rincón fue un paraíso?
- Porque eso es cierto. Aquella llanura empedrada de rocas rodadas desde las laderas, repleta de encinas milenarias y junto a ellas los fresnos, surcada de manantiales puros, recogida junto a la curva del río y arropada por tantas sombras suaves, era un puro edén. Yo digo esto porque lo vi con mis ojos muchas veces.
- Y claro, la senda que desde aquí baja, surca la ladera, recorre la llanura y luego se pierde río adelante, también era algo mágico.

- Ya lo notarás ahora cuando la recorramos. Era como las venas que llevaban y traían la sabia a este rincón. Todavía me acuerdo del miedo que me entraba cada vez que pasaba por las curvas que surcan la última torrentera antes de la llanura.
- ¿Qué le pasaba a esas curvas?
- Que como estaban tan inclinadas, siempre tenía que agarrarme al monte para no caer y salir rodando. Y

cuando por un descuido a pesar de todo tropezaba, siempre bajaba deslizándome como por un tobogán y ya no paraba hasta caer en la suavidad de las tierras llanas. ¡Qué bello era aquello y cuánto gozo dejaba en el alma! Pero es que no te engaño: las curvas de la senda, cuando pasa por ese trozo de ladera, es de lo más emocionante.

Y después de este repaso, aquella bonita mañana de primavera, el joven y el amigo se pusieron a bajar. Cruzaron el primer tramo por donde la senda desciende sin monte. Llegaron a la curva donde ya el monte crecía espeso y en cuanto avanzaron unos metros, comenzó la pendiente, apareció la espesura, las rocas y la senda rota.
- Esto es lo que esperaba. Ha pasado tanto tiempo, que por un lado las tormentas y por otro lado los pinos y la falta de serranos, han llevado el camino a su muerte. Pero si tú hubieras visto la estrechez que tenía cuando por aquí pasaba. Si tú hubieras visto lo recogida que se quedaba al doblarse en la curva y la de piedras sueltas que por ella rodaban. Ya te decía que con el alma en vilo y con todo el cuidado, teníamos que ir siempre y ahora, fíjate: todo es monte, tierra que rueda ladera abajo empujada por las lluvias y lo poco que se ve, ni siquiera parece camino. Los serranos no tenían que haberse ido nunca de aquí.

No respondió el joven a las palabras de su amigo porque la realidad que anunciaba, sabía a dolor y por eso no quería removerla. Siguieron bajando y en cuanto pisaron las tierras llanas, el alma se le llenó de un gozo dulce al tiempo que amargo y hasta algo triste.

- Los manzanos crecían por aquí, por aquellas rocas del lado de arriba los perales y ahí mismo, las verdes parras que tantas uvas daban. En estas tierras teníamos las huertas de los tomates y allí crecían los melones y la hierba buena. Un vergel era esta llanura y un paraíso en pequeño por donde íbamos y veníamos con nuestras cosas y la alegría que estas cosas deban.

- ¿Y la fuente?

- La fuente manaba pegado al arroyo y por debajo de las rocas grandes.

-¿Fue tan fabulosa como dicen?

- La fuente fue el manantial de vida de los serranos y la sangre por donde a ellos les llegaba la fuerza. Regaba las huertas, daba de beber a sus animales, llenaba el arroyo y todavía le quedaba agua para colmar los charcos del arroyo y luego los del río. La fuente estaba aquí mismo y ya no está.

Parados se quedan frente a las grandes rocas arropadas por las sombras de los fresnos y miran despacio. Donde manaba la fuente ahora se alza una obra moderna y por donde corría el agua buscando el río, baja la carretera tapizada de asfalto negro.

- Pues la fuente estaba aquí y ya te digo: sólo verla brotar con aquella cantidad de agua limpia y siempre tan fresquita, transmitía vida. Y luego, si junto a estas piedras te sentabas, frente a esos cerros oscuros que al fondo se ven, si mirabas despacio, ahí se te quedaba el alma enredada entre el vaho del monte y las briznas de niebla que al amanecer subían por los valles.

- ¿Qué tenían esos cerros para ser tanto como dices?

- ¿No lo está notando ya?

- Lo que yo estoy sintiendo es como si entre la oscuridad y lejanía de esos cerros, tapizados de tanto monte, estuvieran escondidos los secretos más grandes del universo. Como si por ahí estuvieran condensadas todas las sendas, todos los arroyos, todos los días de lluvia y primaveras floridas y todos los misterios dulces que tanto, a veces, se intuyen y no se ven. Esto es lo que me parece sentir según estoy observando la oscuridad verde de esos cerros en la lejanía pero la duda me crece porque, allá en

lo hondo, por donde el río se pierde y las brumas borran ya el horizonte ¿qué otros misterios se laten?

- Aquello son misterios tan grandes que nunca nadie ha llegado a descubrirlos. Siempre nos pasaba como a ti ahora: mirándolos nos quedábamos las horas muertas y soñando nos dejábamos abrazar por el embrujo de tan lejanos barrancos. Lo que ahí existe, nadie lo sabe pero debe ser algo tan dulce, tan excelso y maravilloso, que fíjate: sólo con mirarlos desde aquí, la realidad de cuanto nos rodea, se transforma.

- ¿Y la senda?

- La senda algo moría por esta llanura, otro algo se iba perdiendo por entre la espesura del monte que nos queda al frente y dicen, que yo no lo sé porque nunca la recorrí, que otro algo se iba río abajo y por entre esas profundidades de infinitos condensados, se perdía para siempre.

- ¿Y el barranco que baja por la derecha?

- Ese era como el mundo grande donde las fuentes manaban a puñados, los acantilados de las rocas caían formando hondonadas y allí, en lo profundo, se extendían las praderas arropadas por bosques verdes. Eran olas de luz, los rayos del sol por allí danzando y las florecillas

meciéndose al viento, revoloteos de pajarillos policromos. Qué hermosas por allí las mañanas claras, traspasadas de azul y sostenidas siempre por el cascabeleo de las infinitas gotas de las cascadas cayendo. Qué mundo el de ese barranco y qué días aquellos cargados de tan densos silencios.

Y aquella limpia mañana de primavera, el joven y su amigo, siguieron andando por la senda que surca la llanura sin saber, ni siquiera a dónde iban ni qué buscaban. En el fondo, era como si sólo quisieran recorrer el misterio de aquel trozo de sierra para ellos tan concreto y particular. Como si sólo quisieran dejar que las emociones les empapara el espíritu porque necesitaban comprobar que aunque las tierras sí estaban allí y hasta parecían emanar de ellas, las mismas gozosas realidades de los tiempos pasados, todo estaba dolorosamente transformado. Una transformación que ellos captaban con sus ojos pero de la cual no querían hablar porque les parecía más gozosa la otra verdad: la que habían palpado en otros tiempos y ahora nunca se le moría en el recuerdo. El valle de sus gozos, el que era como el sostén real de sus propias vidas, estaba allí, ya roto y cambiado por los que habían llegado de fuera pero en el fondo, el

mismo para ellos y gritando los mismos sonoros ecos eternos.

EL BARRANCO DE LA SENDA DE LAS HIGUERAS

El barranco por donde sube la senda de las higueras, desde que los serranos se marcharon de él, parece como si se hubiese llenado de mucha más vida que antes. Y el barranco por donde crecían las higueras y subía la senda se parece mucho a éste que ahora mismo tengo a mis pies, por la parte que mira al norte que es por donde bajan los arroyos y allá en lo hondo adivino el Pantano de Aguascebas. Es casi el mismo barranco aunque son distintos y por eso ahora acude a mi mente el recuerdo del joven cuando aquel día del turista.

Venía de la ciudad, era ya algo mayor y como toda su familia era gente de dinero, se presentó por aquí y le dijo al joven:

- Quiero que me lleves al barranco donde dicen siempre hay pastando buenas mandas de cabras monteses.

- Señor, yo conozco el rincón pero lo que pasa es que desde hace algún tiempo por ahí ya no pastan cabras.

- De todos modos, tú llévame que ya verás como hay monteses.

Aquella mañana el joven se puso en camino en dirección al barranco oscuro que se parece al de las higueras. Subieron la cuesta pronunciada y coronaron la cumbre que también se parece a la cumbre de los Palancares, en la Sierra de las Villas.

- Asómese usted por aquí, señor y ya verá.

Le dijo el joven al turista al tiempo que le animaba para que se asomara al lado norte por donde el barranco es casi lo mismo que este que ahora mismo tengo a mis pies. El turista le hizo caso y al asomarse al valle vio que por allí no había cabras.

- Sin embargo, toda esta ladera fue siempre un puro rebaño. Uno se asomaba por aquí y ahí mismo las veía llenando el monte, desde la cumbre hasta lo hondo del barranco. Era una gloria ver tantas cabras en medio de aquel silencio, la soledad y la profunda y misteriosa oscuridad según el monte se pierde por lo hondo.

- ¿Y por qué ya no están?

- Empezaron a venir muchos señores a cazar con sus buenos rifles y los animales, los que quedaron con vida, se tuvieron que ir.

- Pero lo que a mí me han dicho es que fuisteis vosotros, los pastores de estas sierras, los que con vuestras ovejas lograsteis que las monteses huyeran. Ya estoy viendo que allá en lo hondo pastan las tuyas.
- Ese hato que usted ve allá abajo, han llegado después y ni siquiera son cien ovejas.
- Seguro que las cabras se han ido por ellas y se han metido porque aquel otro barranco que baja de las cumbres de aquel lado. Vámonos por allí a ver si las vemos.
- Señor, que por aquel lado tampoco hay monteses.
- Te he traído conmigo no para que me pongas dificultades sino para que me ayudes y me lleves a donde a mí me apetezca.

Y como el joven, al igual que casi toda la gente serrana, notaba que en el fondo tenía que someterse al turista porque era persona rica, en contra de lo que sentía en su interior, se dispuso a bajar barranco adelante para conducir al turista hasta las hondonadas de las otras cumbres lejanas.
- Huyendo de tus ovejas, seguro que las cabras se han subido por aquel lado. Allí las vamos a encontrar pastando tranquilamente.

- Pero ya le he dicho, señor, que no hay cabras. Por aquellas tierras tampoco nunca hubo monteses.
- ¿Por qué tampoco nunca hubo cabras por allí?
- Se ve que a los animales no les gusta aquellos sitios y, además, como las tierras están llenas de sembrados, se ve que por una cosa y otra, los animales ya están resabiadas de los rifles y se han marchado.
- Eso es lo que pasa, que vosotros no las dejáis en paz y de ahí que poco a poco vayan desapareciendo de estas sierras. ¡Con lo que dicen que este barranco era en aquellos tiempos! Y ahora va uno andando por aquí, mal guiado por ti que no haces nada más que ponerme dificultades y hasta se siente la desolación.

- Señor, si este barranco no tiene ninguna desolación sino más bien todo lo contrario: se asoma uno a las cumbres de estos cerros y parece que aquí a los pies, entre el silencio y la soledad de los arroyos, se amontona todo un mundo rebosante de misterios y preñado de vida. Si yo siempre que vengo por aquí, en cuanto corono estos picos que le llaman Palancares, me quedo helado ante la visión de las laderas que se derraman hacia los barrancos oscuros.

- ¿Pero qué me dices de esas cuatro ovejas, ese cortijillo y aquel sembrado?
- Tanto una cosa como la otra parece como si fueran trozos de este mismo barranco. Es decir, que si los quitamos de aquí es cuando el barranco tendría aspecto de desolación.
- En fin, vamos a dejarlo y ya diré yo a todo el mundo y a quien corresponda, que tú hoy lo único que has hecho ha sido fastidiarme.

EL ESCRITO

- ¿Qué pasó con el cortijo?
- Que lo tiraron como esta casa, aquel cortijo, el otro y el otro.
- Pero el del Molinillo sigue en pie.
- Porque cuando vinieron a por él, estaba lleno de ovejas y no se atrevieron; volvieron otra vez y otra y siempre lo encontraron con el rebaño dentro y aunque querían, los animales les frenaba y así parece que se ha salvado, por ahora y hasta hoy.
- ¿Y el desalojo?
- Fue muy simple: desde la casa forestal del Puntal de Ana María una mañana bajó el guarda. Llegó al cortijo, saludó a mi padre y le entregó el escrito.

- ¿Qué es esto?
- Un recado de parte del ingeniero.

Como mi padre no sabía leer le pidió al guarda que lo abriera y se lo leyera. Rasgó el sobre, estiró el papel y leyó: >Según lo acordado en el consejo y por orden gubernamental, estas tierras y el cortijo quedan expropiadas pasando a ser patrimonio del estado. Se le concede una semana para que abandone la vivienda y las tierras llevándose consigo todos sus enseres y animales propios=.

El guarda dobla el papel y se lo da a mi padre.

- ¿Qué es lo que pasa?
- Según he oído, que aunque durante mucho tiempo vosotros lo habéis hecho bien, ahora empieza una nueva etapa con un nuevo empuje para estos montes y creen que lo mejor es la renovación total. Hay que empezar por cambiar a las personas; tenéis que iros todos para que venga gente nueva, otro equipo. Su gente que estaremos a su servicio para llevar adelante, con garantía de éxito, la nueva planificación sobre los montes. Si os quedáis vosotros, dicen que seréis conflictivos, que impediréis el buen desarrollo del nuevo proyecto. Esto es lo que sé y he oído.

Dos o tres días tardamos en abandonar el cortijo y lo que más nos dolió, que nos dolió todo porque es duro arrancarse de donde uno tiene sus raíces, era saber que nos echaban porque venían otros. Algo así como en el evangelio: teníamos que morir para que otros vivieran. Ni siquiera uno podíamos quedar no sea que fuéramos a contagiar a los que llegaban de fuera. Y lo que pasa es que uno tiene su corazón y como hay injusticias en la vida que duelen mucho, enseguida lo tomamos con los nuevos que nos suplantaron. Los visibles eran los guardas porque los otros no aparecían por allí para nada.

Así que nos fuimos y desde la añoranza de este rincón y las tierras, no podíamos creernos que fuera verdad lo sucedido. Hasta despierto nos parecía sueño pero despertamos del todo cuando, unos cuantos días después de haber dejado el cortijo, apareció otra vez el guarda. Venía con un mulo que traía cargado de cosas y nos entregó otro escrito. De nuevo lo leyó y decía esto: “Os envío los objetos que os habéis dejado aquí. Esta es la relación: una piel de oveja, varias latas vacías, botellas, un cubo, zapatos de esparto, un hacha, trozos de alambre y otras menudencias que a nosotros no nos sirven pero sí

ensucian y contaminan el cortijo y las tierras que le rodean”.

Algunos días más tarde lo dinamitaron y aunque no pudimos comprender nunca por qué fueron tan crueles con seres como nosotros, el tiempo siguió adelante. Han pasado los años y todo se ha transformado sin saber todavía si para mejor o peor, cosa que ya no importa aunque el recuerdo sigue ahí.

EL SERBAL

La casa es una de la más bonita de la aldea conocida por la zona como la de Los Teatinos. Fue una cortijada en otros tiempos pero hoy es ya una pequeña aldea llena de encanto junto al borde del arroyo y donde se derraman las laderas del pico Almorchón. “La casa de las gemelas". La llaman los vecinos porque aquí es donde viven las dos hermanas gemelas. Los padres y ellas dos que sólo hay cuatro miembros en la familia.

La casa, que se alza según se entra en la aldea, a la izquierda y luego casi al final de la que podría ser la calle principal, está construida mirando al macizo del Almorchón. Es alargada, blanca, nueva y en la entrada

tiene como un balcón; una terraza llena de flores y al caer la tarde, en los días de calor, es el mejor sitio para sentarse al fresco. Además, como mira un poco al norte, en cuanto el sol desciende hacia el horizonte del Banderillas, la misma casa hace sombra. Arropa con su sombra toda la terraza-balcón de la entrada. Y si te sientas aquí, con el monte enfrente, las otras casas de la aldea algo más abajo, la sombra de la tarde, el viento fresco y el azul del cielo más bello del mundo, desde luego que te parece un sueño. Porque es este un rincón lleno de hermosura, el más tranquilo y apacible de la aldea desde donde se ve todo. Hasta el serbal que hay en la ladera de enfrente.

Resulta que este verano, al caer la tarde llegamos nosotros y lo primero de todo fue sentarnos en la terraza y como desde el balcón, ya he dicho que se ve tanto campo y tanto mundo, no sé cómo, uno de los tíos de las gemelas nos dijo:

- ¿Ves el árbol que hay allí?

Señalaba a la ladera al otro lado del arroyo. Y sí, en un trozo de terreno que no tiene monte, se veía un gran árbol verde. Tan verde que enseguida pregunté:

- ¿Es una noguera?

Por esto de que las nogueras son tantas o más que gente por estas sierras. Allí donde vive una persona o familia, por donde ha pasado un serrano, crece una noguera.
- Es un serbal.

A mi compañero le extrañó tal nombre.
- ¿Qué es un serbal?
- ¿No sabes lo que es ese árbol?
- Es la primera vez que lo oigo.
Y entonces, enseguida me dije que allí pasaba algo raro. Si mi compañero, que toda la vida ha estado metido entre libros, desconocía y no le sonaba el nombre de Serbal, era seguro que esta ignorancia tenía que darse en mucha más gente. Sobre todo en esa gente que se pasa la vida en los pueblos, en las ciudades, entre los libros, que es cultura pero que anda desconectada de la realidad del campo, de los bosques y de las montañas. Por eso, para este compañero mío y otros muchos, digo yo aquí que el serbal es una especie de peral silvestre cuyo tronco crece recto y largo y sus ramas tiran a lo alto; sus hojas son parecidas a las del fresno, aunque algo más estrechas y recortadas alrededor. Las frutas son asperísimas hasta tal punto que no se pueden comer sino modorras, cuando ya están pasadas y son como peritas de unos 2 cm. de

longitud, verde grisáceo, amarillento o pardusco. La misma calidad tienen los nísperos que se han de guardar después de cortarse y dejarlos que maduren en paja.

La corteza del serbal, es áspera y blanquecina, con raíz gruesa y que profundiza mucho. Tiene flores blancas y los frutos los da en forma de racimos. La fruta es sumamente áspera al gusto hasta que se suavizan mucho tiempo después de cortadas del árbol. Son así mismos muy astringentes. Si antes de madurar, cuando se muestra amarillo, se corta en tajaditas y se comen después de bien secas al sol, restriñe el vientre; su harina y su cocimiento hacen el mismo efecto.

El serbal florece en mayo o ya entrado junio en las tierras altas y frías; los frutos no maduran hasta septiembre y son muy apetecidos de las aves. Los cazadores de pájaros usaban de ellos como cebo para atraerlos. Algunos montañeses lo llaman el perulo. En árabe andalusí se llama el fruto del oso.

Así que sintiendo que ya me he pasado de tantas cosas como he dejado escritas sobre este árbol, para mi amigo y otros, les digo que jamás nunca se asombre de

las cosas de estas sierras. Es un mundo tan denso, tan profundo, tan lleno de maravillas y tan repleto de la presencia del Creador, que aunque hay que asombrarse, es mejor maravillarse. Es mejor dar gracias y llenarse de gozo porque ya ves tú, hasta desde este balcón de la casa de las gemelas en la aldea de Los Teatinos, se descubre algo nuevo. Un árbol silvestre que se llama serbal, que crece ahí mismo y aunque parece nada, es una joya, una maravilla viviente como tantas otras.

Y lo que después de aquel día ha pasado, es que ahora cada año, cuando maduran las peras silvestres del serbal, la madre de las gemas, nos regala un puñado.
- Esto para que no olvidéis nunca mi árbol.
Son buenas gentes que viven, laboran, pasan y sueña, dan siempre de lo que tienen y así de este modo avanzan dejando amigos al tiempo que se construyen un nido junto al Padre y Bueno. Las cosas de estas sierras son así y los serranos igual de grandes.

MERIENDA SERRANA

Un buen experto en las cosas de este parque, conocido por mí desde hace algún tiempo, me decía el otro día:

- Posiblemente el roble más viejo de España, bueno, quejigo porque tú sabes que lo que abunda en estas sierras son los quejigos, que los lugareños llaman robles, lo encontramos nosotros el otro día.

Y como al oír tal noticia me pica la curiosidad, le pregunto:

- ¿En qué sitio?

- El quejigo lo descubrimos en un barranco de estas sierras completamente rodeado de jóvenes pinos salgareños de repoblación no dejando éstos pasar los rayos del sol e impidiendo, por falta de luz, que su copa se extienda. La presencia de este gigante ejemplar y la proximidad a él de otros robles viejos, nos puede hacer pensar que su existencia en este barranco es anterior a los pinos. Y en consecuencia, el bosque clímax sería un quejigal supra mediterráneo, acompañado de un sotobosque típico. Aún podemos observar ejemplares jóvenes de quejigos, lo que nos indica que la dinámica del bosque está todavía presente.

Pero todo este proceso se ve, de alguna forma, frenado por la repoblación de pinos salgareños que se ha efectuado en la zona que, al ser más rápidos en su crecimiento, impiden el paso de la luz necesaria a los quejigos, colapsando el crecimiento de éstos. El guarda al que me refería antes es el jefe de la Comarca que entresacó los pinos que rodeaban y asfixiaban al mencionado quejigo, dejando de esta forma el barranco libre para el desarrollo no sólo de este gigante, sino de otros muchos quejigos que nos dan fe de lo que fue un quejigal antes de que los hombres los destruyéramos en nuestro afán guerrero y naval.

Como es natural, me abstengo de comentar el lugar e incluso el diámetro de esta joya de la naturaleza para evitar ese afán de descubrimiento y aventura turística. Ya tenemos aprendida la lección con nuestro tejo milenario que como el que, visita un fenómeno de circo, van a verlo ensuciando su entorno con basura y no conforme con esto, con los machetes y navajas graban sus nombres en el tronco del tejo. Ese tronco que ha visto pasar más de 2000 años ennoblecido y ahora ve como una serie de irresponsables esculpen sus nombres en él.

Por eso pienso que este quejigo debe seguir en el anonimato con la seguridad de que nos los agradecerá.

Y a este amigo mío le dije yo que me gustaría saber, sólo para mí, dónde se encuentra este gran quejigo. Me respondió que no me lo diría y menos aún me llevaría al sitio donde crece aunque creo que tengo una idea de donde se encuentra ese rincón y el roble. A lo largo de tantos años recorriendo estas sierras ya he ido aprendiendo bastantes cosas y ahora sé, por dónde crecen los mejores pinos de todo el parque, los majestuosos por excelencia, sé dónde se dan los mejores robledales, los mejores encinares, los más viejos madroñales, los enebros más gruesos y sé por donde se mecen los mejores brezales de la sierra entera. Sobre todo, tengo bien metido en mi mente la figura no de uno sino de muchos gigantes quejigos que a lo largo y ancho de todas estas sierras he ido viendo un día y otro. Yo sé por donde crecen, hacia donde se inclinan y cómo son ellos de grandes. Y para mí, unos y otros son como el eslabón vivo y resplandeciente de hermosura, que siguen uniendo el pasado con el presente de estas sierras. Como los testigos inmutables, que sabe Dios por que suerte, han logrado sobrevivir hasta nuestros días. Aunque es

verdad que éste de mi amigo, probablemente no lo haya visto todavía.

- Pero en fin, si tú quieres gozar de robles grandes, vente hoy conmigo y verás.
Le dije que sí y sin más emprendimos la ruta por la solana de Coto Ríos. La solana en el sentido más amplio porque mi amigo me hizo recorrer medio mundo. Toda la solana que es algo más que ese trozo de Coto ríos. El se conoce bien la tierra y por eso en medio día habíamos visto casi un centenar de estos viejos y gigantes quijigos-robles. Cayendo la tarde nos sentamos bajo las ramas de uno de los más voluminosos que tiene su tronco podrido y nudos llenos de agujeros por todos sitios.
- Aunque lo ves y te crees que no posee vida no es así; fíjate y verás.

Enseguida veo a un pequeño pajarillo que sube por el tronco. Luego vienen unos cuantos más y todos juntos se ponen a buscar gusanos por entre las viejas cortezas. Al rato se para en las ramas una bandada de arrendajos y varios cuervos picotean por el suelo. Veo también a dos o tres lagartijas, un lagarto y una culebra.
- Es una barbaridad.

- El quejigo-roble es el árbol que más cantidad de vida cobija en todo el bosque. ¿Te convences?
Le digo que sí porque lo estoy viendo y como ya está cayendo la tarde nos ponemos en marcha para regresar. Mientras bajamos me empieza a contar algo que no llego a creer del todo.
- Pues te va a pasar como lo del roble.
- Pero es que eso es un proyecto casi de fantasía.

Llegamos a la carretera y conforme vamos subiendo hacia donde tiene el coche me dice:
- Mira, a un lado y otro de esta carretera, desde la Torre del Vinagre hasta Coto Ríos, irán los puestos. Aquí, uno donde sólo se venderán nueces de la sierra. Allí otro con tomates de las huertas de estas sierras. Aquí el de las bellotas, el de las manzanas, las peras, las uvas, los higos, las nueces. Sólo frutas, tomates, pimientos y demás hortalizas pero todo bueno y exclusivamente producidos en los huertos de los serranos, regados y abonados con las aguas y los fertilizantes de los rebaños de estos montes. ¿Te lo imaginas?

- Casi, casi pero tengo que verlo.
- ¿Es que no lo crees posible?

- Podría ser maravilloso porque ello sería un gran paso en la dirección correcta de conservación y potenciación de las cosas y valores buenos de estas sierras.
- ¿Te lo imaginas? Todos productos con denominación de origen y no una denominación cualquiera sino la de la Sierra de Segura y Cazorla. ¿Te lo imaginas? Porque de lo que se trata es de montar aquí unos cuantos quioscos donde sólo se vendan este tipo de productos.

A la entrada por la zona de Coto Ríos y por la parte de la Torre del Vinagre, pondremos grandes letreros para anunciarlo a los turistas. Que sepan que aquí en la sierra hay algo original y único que no se da ni pueden comprar en ninguna otra parte del mundo. Tres días por semana todos vendrán a estos puestos, al caer la tarde, a comprar productos serranos para merendar. En ningún otro sitio ni pueblos de este Parque nadie podrá comprar ni cerveza ni refrescos ni bocadillos ni dulces ni vino. A lo largo de estos tres día, dentro de las sierras de este Parque lo único que se venderá serán esos productos y nada más que en este lugar. ¿Te lo imaginas?
- Me cuesta imaginármelo.

- Pues lo vamos a lograr. Desde ahora mismo, al caer la tarde, ya estoy viendo toda esta carretera llena de gente, merendando, junto a estos puestos, los mejores frutos y hortalizas de la tierra. Se prohibirá, además, los otros letreros que existen en el valle anunciando hoteles, campings, restaurantes y demás y hasta los mismos hoteles cerrarán para darle, a todo este eje del Guadalquivir, un aire por completo nuevo, limpio y más natural; como siempre fue en estas sierras. Nada más que quioscos llenos de frutas y zumos serranos para la felicidad de los turistas y el bien de la gente de los pueblos y cortijos serranos. Tú no te lo crees pero ya verás como lo vamos a conseguir y, además, por nosotros mismo: sin apoyo ni ayuda de los organismos oficiales.

AL DIA SIGUIENTE YA ERA NAVIDAD

Todos los días del año y durante muchos años la ladera es la misma. Pero hay días en el año que el paisaje de la ladera no parece el mismo. Por un lado se llena de una vida especial y por otro lado, desde el valle por donde corre el río hasta lo más alto de la cumbre, todo se cubre como de un halo que parece surgir de un sueño lleno de paz y misterio. Por la ladera, más arriba y más abajo,

diseminadas se alzan las aldeas y entre unas y otras relucen multitud de cortijillos.

Todo tiene hoy una palpitante realidad: se trata de las aldeas, tan numerosas, tan distantes, tan abandonadas. Al penetrar y detenerse un poco en ellas se ve todo un cúmulo de grandes problemas. Una gran población serrana vive en estas aldeas de la sierra alta. No hay nada más que ver el censo de Santiago de la Espada para observar que el porcentaje mayor de sus vecinos se encuentran diseminados en los pequeños núcleos rurales. Muchos de ellos sin luz, sin agua, sin teléfono, sin servicios mínimos y elementales. En casi todas ellas sólo ven a los políticos cuando van a la caza y captura del voto. En otras, como ocurre en algunas de Segura de la Sierra, el esfuerzo ha sido encomiable en estos últimos años; sin embargo, aún queda mucho por hacer.

Tras esa realidad late una subcultura de grandes quilates, con valores humanos de la mejor calidad, sin mancilla ni arruga de las que tanto se dan en las grandes urbes. La generosidad, el trato social, la honradez y otras cualidades siguen adornando a estos vecinos que todavía

se llaman, unos a otros, hermanos y que se resisten a abandonar su terruño, aunque los más jóvenes ya lo han dejado o lo harán cualquier día de estos.

Mas yo hoy, desde este profundo respeto que siento por todos ellos y desde este gran cariño hacia las personas sencillas de este mundo maravilloso, una vez más me digo que esta ladera podría llamarse “La ladera de las aldeas”. Pero que para mi caso es simplemente la gran ladera que mira ha occidente, donde el bosque se amontona limpio y el viento lo peina continuamente.

Y como al día siguiente de aquella tarde que yo estuve por aquí ya era Navidad, por lo hondo, que es por donde va el río, las tierras se suavizan formando su llanura. Crece un gran bosque por toda la llanura y cuando está cayendo la tarde uno de los habitantes de la aldea anda por aquí. Cuando llega la Navidad todos los habitantes de las aldeas y los cortijillos, salen al campo, al bosque a buscar algo. Igual que la gente de la ciudad que también salen a buscar cosas por las tiendas y los supermercados pero con diferencia y matices muy grandes. El en campo no se compra nada. Todo se coge porque para estas personas de las aldeas, el campo es su

mundo y como todo el año han vivido junto a él dándole su cariño y regándolo con el sudor, es justo que por estos días ellos vayan por el campo cogiendo algo.

El hombre de la llanura que pega al cauce de las aguas, corta leña seca de los árboles viejos, hace un gran haz y se lo echa a cuestas. Se viene ladera arriba siguiendo la senda que sube dando curvas y al poco, el viento empieza a soplar fuerte. Tiene problemas para seguir porque en el haz de leña se quiebra el viento y a cada esfuerzo ladera arriba el viento empuja otro tanto ladera abajo. Al coronar el collaillo la fuerza del viento es tan grande que los trozos y ramas del haz salen volando ladera abajo como si fueran leves plumas.

Está él intentando salvar alguna rama de su leña seca y pensando que a pesar de todo tiene que llevar a su casa algo para el fuego cuando, oye murmullo de personas.

- Te has quedado sin leña.

Le dicen los jóvenes al llegar a él.

- Y vosotros ¿A dónde vais?

- A la cueva de las rocas. Estamos preparando el nacimiento y tenemos que ensayar. Cuando terminemos, todos nos uniremos y llevaremos mucha leña a tu casa.

La cueva de las rocas está aquí cerca y es uno de los rincones más bellos de l ladera. Bueno, no está en la misma ladera, sino donde el arroyo pequeño se junta con el río y hay como unas playas de arena. En la cueva de las rocas todos los años se vive un nacimiento muy especial. Lo preparan los mismo jóvenes. Ensayan ellos solos, por su cuenta y aunque luego no les sale un nacimiento que se parezca a los otros nacimientos que por estos días se monta en el mundo, es un nacimiento realmente bello. Quizá el más bello de todos por esto de la cueva natural en medio de la ladera y el bosque también natural. No saben ellos muchas cosas pero dicen que eso de ensayar todas las tardes y estar unidos preparando tal acontecimiento, es bello.

- Pues luego si puedo voy a veros.
- Puedes venir pero también si quieres puedes subir a la montaña y traernos las piedras que necesitamos.
- De acuerdo.

Mira él a la montaña porque la tiene ahí mismo, frente y a dos pasos y ve que por ahí, otro de la aldea, anda buscando las piedras. La montaña, la cumbre de la montaña, hoy parece otra. Se ven por ahí las pequeñas mesas con su hierba verde, las puntiagudas rocas, unos jirones de niebla, porque nieve todavía no hay y la sensación de estar casi rozando el cielo. Como si la cumbre de la montaña estuviera ya casi perdida en el infinito más lejano. “¿Cómo voy a subir a la montaña con el viento que hace?” Se dice para sí.

Pero al día siguiente de esta tarde ya era Navidad y por eso ahora, la ladera, las aldeas, los cortijillos y hasta la cueva de las rocas, aparece toda llena de verde; un color verde que hoy precisamente tiene un tono mucho más nuevo, más puro y más bello. Son los paisajes de todos los días pero esta tarde no se parecen nada a los de todos los días.

EL PEDAZO DE LA CUMBRE

El valle verde se extiende ya cerca del río grande. Más arriba se abre la llanura, un poco más arriba se recoge el recodo o recó de los arroyos y por lo alto es por donde se estira la puntiaguda cuerda rocosa con las

repisas que trazan escalones. Al otro lado de esta cresta se abre el barranco de los enebros y por encima del todo, se ve la línea de la gran cumbre. Más arriba sólo existe el horizonte azulado del cielo, alguna nube blanca revoloteando por él y el viento frío acariciando las rocas grises. A grandes rasgos, este es el rincón que tanto me gusta, porque aunque no parece gran cosa, está repleto de llanuras bellas, cuajado de arroyos transparentes, tapizado de praderas húmedas, algún que otro lago misterios que nadie conoce, sombras suaves que parecen mares de paz y muchas cumbres donde los robles se doblan al paso del viento.

En el centro del valle verde, más cerca del río grande que de la cumbre del infinito, se alza el cortijo. Un pequeño y blanco edificio donde vivía la familia serrana rodeada de sus huertas, sus animales y sus hijos. Y aquella mañana, ya entrado el verano, ellos decidieron subir al pedazo de la cumbre. Un trocillo de tierra buena que entre los voladeros de las partes altas y los barrancos de la hondonada, ellos sembraban. Una sementera de poca cosa: trigo, centeno, en algunos casos y patatas cerca del manantial y algunos garbanzos. Poca cosa pero

servía para ir tirando junto con las otras cuatro cosas que daban los animales y las huelgas que regaba el río.

- Pues mañana, al amanecer, nos ponemos en camino y subimos a los “Piazos”.
Dijo el hermano mayor a las dos hermanas menores.
- Mañana subimos y nos llevamos la comida, las cabeceras para dormir y algo para hacer fuego.
Contestaron las hermanas ya con la ilusión corriéndole por el alma, porque aquella no era la primera vez.

Desde hacía ya tiempo, ellos cada año subían a los piazos, primero para arreglar las tierras y sembrarlas después, para escardar cuando ya los sembrados estaban grandes y luego varías veces más cuando había que segar, trillar, recoger la paja y preparar el terreno para las nuevas cosechas. Y como las tierras buenas del piazo, cogían lejos del cortijo, cada vez que a ellos iban para realizar algunas de estas tareas, se preparaban para quedarse por allí varios días.
- No vamos a estar viniendo al cortijo para llegar aquí de noche y tener que madrugar para salir con el lucero del alba.

Es lo que siempre decían ellos. Y era porque el pedazo de tierra, caía bastante lejos. También las sendas estaban malas de andar y las cuestas eran muchas y complicadas.

Por estas razones y otras, se pusieron en camino y cuando aquella mañana apuntaba el sol por las cumbres del Banderillas, ya pisaban ellos las primeras tierras de la ladera del barranco de los fresnos.

- El que tanto te gusta a ti.

Le dijo el hermano a la más chica de las niñas.

- Es que es un barranco amigo.

- Eso ya lo sé desde hace tiempo pero lo que todavía no sé es por qué te parece tan bonito.

- Sólo con verlo me gusta. Lo que tiene, no sé explicarlo pero sí siento que es único y por eso lo quiero.

- ¿Quizá es el arroyo por lo escondido que se queda cuando pasa por entre los fresnos?

- Puede que sea eso y la corriente tan limpia siempre saltando por las piedras. Pero el caso es que cuando miro a esta ladera, también me gusta otro tanto.

- Pues lo de la ladera, ¿cómo no sea por esa forma de la pendiente?

- Esto te iba a preguntar ¿qué tiene esa pendiente?

- ¿Me lo preguntas por lo escondida que parece, con ese aspecto de seria y algo recogida en así misma?
- Es que sólo mirarla, el asombro te nubla el alma al tiempo que da miedo e inspira cariño. ¿Qué tiene ese trozo de ladera?
- Lo cierto es que si la miras desde aquí, es bonita. Si la miras cuando ya la estás pasando, además de bonita es graciosa y si la miras ya dejada atrás, te dices que esa ladera no es ni lo primero ni lo segundo. ¿A que te pasa eso?
- Tanto que alguna vez me he dicho que un día de los que venga por aquí y lleguemos hasta ese trozo, por no sé qué secreto o verdad, ahí nos vamos a quedar para siempre.
- No del todo pero un poco sí intuyo lo que pretendes decirme. Otro día vamos a seguir hablando porque ahora fíjate: ya estamos en la primera llanura. ¿Qué era lo que de este lugar querías decirme?

A este pregunta la hermana pequeña guardó silencio. Miró detenidamente las tierras que pisaban y al frente le sorprendió el bosque verde. Oscuro, con el color de la tarde plateada y silencioso como la cumbre que por encima le rodea. Al fondo se intuyen los arroyos limpios, a

la derecha un poco más arriba, las fuentes manando y al otro lado, las sendas. Un ramillete de veredas que más parecían chorros de viento blancos escapados desde el infinito y rozando lentamente la tierra, se iban otra vez al infinito.

- ¿Y qué hay en aquel mundo?

Es lo que siempre preguntaba la pequeña.

- Te digo como con el arroyo: en aquel lado lo que quizá se esconda es un lago de fantasía, un mar de juego como los que a ti te gustan o quizá un río desbordado de flores blancas.

- ¿Y no sería posible que un día nos viniéramos por aquí, y sin prisa, nos pusiéramos a buscar por todos los rincones a ver si descubrimos por donde le mana a este rincón este tan gran latido de serenidad?

Tampoco el hermano respondió a estas palabras. Siguieron avanzando por las tierras, si apartarse de la senda y ahora ya daban vista al recodo. Una lomilla de tierra suave que después de subir algo, comenzaba a descender buscando el vallejo del arroyo, ahí por donde se ensancha éste y deja al descubierto el cristal líquido que por él baja. Un poco más arriba, dirección a las paredes gigantes de las rocas del Banderillas, brotan los

otros veneros. Seis o siete pequeños cañitos de agua que regurgitan de la tierra sin parar día y noche. Al frente de estos chorrillos y por donde sigue la senda, la cuerda se recoge airosamente como si quisiera cortarle el paso al camino. A las espaldas de esta cuerda de enfrente, otro ramal de colina que también baja del Banderillas y mientras cae hacia el gran valle verde del río grande, parece como si quiera cerrar a la senda por la parte de atrás. Arriba y de donde vienen los chorros limpios que brotan por los seis veneros de viento que forman la corriente del arroyo que comienza, se alza imponente el grueso paredón pétreo. Es la gigantesca cuerda que cierra el mundo del valle verde por el lado del levante.

Por eso, en este punto centro, donde el arroyo forma la figura del vallejo que ya hemos dicho, es donde se da el recodo o recó, según dicen los serranos. Una curva cerrada por todos los lados menos por uno que es por donde las aguas que manan en la hondonada del recodo, salen hacia el gran valle verde. Y por esta particular delimitación y mil delicados matices más que el barranco tiene, es por lo que el rincón rebosa tanta belleza. Una belleza sencilla, como siempre es la hermosura de estos campos pero rotunda. Tan suprema y

fina que hasta impone respeto. Ellos, a pesar de tantas veces como han pasado por el lugar, lo saben bien y de aquí también que se queden tan extrañados cada vez que de nuevo pisan el rincón.

- Es como si la fuerza profunda de la montaña, acaso hecho se hubiera puesto a fraguar un modelo que le ha salido único pensando expresamente en un regalo para nosotros.

Es lo que siempre le decía el hermano mayor a las hermanas pequeñas.

- Y esa fuerza profunda, tú lo sabes, no es otra cosa sino el Creador de todo, Dios mismo.

Le decían las hermanas pequeñas, repitiendo así lo que tantas y tantas veces su madre les había dicho mientras, en las noches frías, se calentaban sentados frente al fuego de la chimenea del cortijo.

Pero, aún así, tampoco ellas llegan a saber de dónde surgía tan abundante y delicada hermosura siempre caminando de puntillas por aquel rincón suyo. No eran capaces ni de explicárselo a sí mismos ni de comunicárselo a los otros. Pero en su interior, el asombro al tiempo que la sensación de gozo, estaba claro. De aquí

que alguna vez que otra, se les escapara el siguiente comentario:

- Algún día, tendríamos que pensar para ver de qué manera recoger este rincón y llevárselo a otras personas para que ellos también sintieran lo que ya nosotros tanto sentimos.

- ¿Y cómo se podría hacer?

- A lo mejor escribiendo un libro, pintando cuadros bonitos, sacando fotos.

- ¿Y tú crees que de ese modo podríamos recoger bien, sin quedarnos cortos, lo que esto es?

- Yo creo que sí pero también siento que aunque parece sencillo, no lo es tanto y además, tendría su peligro.

- ¿Qué peligro?

- Pues que si este recó nuestro, llega al conocimiento de muchos, sería roto a igual que ha pasado con otros sitios que eran curiosos.

- En eso tienes razón pero mirándolo despacio ¿a que te dan ganas de irse por ahí y anunciarlo con voz potente para que muchos venga y vean?

En esta conversación y el bienestar que en sus almas sentían, iban ellos entretenidos mientras remontaban las laderas camino de su piazo. Cruzaron la

ligera llanura que se extiende junto al vado. Pisaron las aguas limpias, remontaron el leve desnivel que sigue a continuación y como la senda rodea el lado que por el frente recoge el rincón, anduvieron ese trozo y poco a poco se empezaron a elevar por las repisas rocosas que vuelcan al otro barranco. Sobre la segunda más ancha, bajo la ampulosa sombra del laricio viejo, se pararon. Era aquí donde ellos siempre paraban para descansar un poco, para respirar el aire puro que del barranco siempre sube y para deleitarse otra vez más en la contemplación del valle allá en lo hondo.

Unos metros más arriba, ya estaba el pedazo. Unos metros más en lo hondo, el barranco se alargaba y en las tierras de sus orillas, también crecían los pimientos que ellos habían sembrado. Junto a las matas de pimientos, casi maduros ya brillaban los melones y algo más al lado de las encinas que se tiñen de esmeralda, corría otro más de los mil chorrillos. El cantarín chorrillo de la huelga del cenajo, que era como ellos lo llamaban.

Frente y arriba, las nubes solitarias revoloteaban. Por detrás, el azul profundo del infinito tendía su sábana. Más a lo lejos, seguían abriéndose las cumbres y luego

más a lo lejos, la bruma sedosa y blanquecina, cerraba la visión. Una visión, que a pesar de todo, no tenía fin aunque quedaba oculta por la nieblina acuosa, ni tampoco un principio aunque arrancara de aquel mismo barranco del río. Parece, según decían ellos, que luego se detenían un poco en sus piazos, quizá para jugar un rato con las niñas y después se iba.

Por las noches mientras dormían junto al calor de las llamas que desprendían las teas, las tierras del recó junto con las del barranco entero, las laderas y los pinos, se iban en compañía del viento y los chorrillos claros. Y por eso ellos sabían que allí tampoco se acaba el mundo. Nunca allí se acababa el mundo a pesar de ser tan rotundamente bello por parecer que era allí donde precisamente comenzaba el universo.

LAS CIERVAS

Desde luego los ingenieros y aquella otra gente de la administración tenían razón cuando pensaban que los habitantes de estos cortijos serranos tenían que irse y dejarlos abandonados. Digo esto porque ellos sabían mejor que nadie que la gente de estos cortijos eran una amenaza para los animales de las sierras y en las zonas

del coto más aún. Aquellos ingenieros habían visto muchas cosas y aunque algunas las callaban, aquello se lo guardaban dentro y tarde o temprano salían fuera de las formas más inesperadas y casi siempre orientadas a la expulsión de más gente de sus cortijos.

Por ejemplo: aquella mañana el ingeniero y el guarda se fueron a dar un paseo por el campo y lo primero que hicieron fue acercarse al cortijillo de las encinas. Querían ver el reducido sembrado de trigo que el dueño del cortijo tenía en la laderilla del manantial. Empezaba entonces a alzarse el sol y como el barranco de la sementera era querencioso para las ciervas, toda la noche por allí habían estado pastando una manada de seis o siete. Pero el dueño del cortijo madrugó más que el ingeniero. Sabía él también que por allí estaban las ciervas y como, además, sabía que una de las cosas que los animales buscaban por aquellas tierras era la sementera, uno de sus intereses era precisamente eso: proteger aquel trigo suyo de la depredación de las ciervas. En cuanto se acercó a la sementera las vio. Les había entrado por la parte de abajo y por el lado del manantial ellas estaban liadas con el trigal.

Un poco más abajo, por donde ellas siempre huían, el dueño del cortijo les había puesto un lazo. Ya estaba harto de sembrar trigo y criarlo a lo largo de todo el año y que luego vinieran las ciervas y se lo comieran. Estaba harto y como no quería liarse a tiros con ellas, lo que ideó fue poner un lazo de alambre de acero a ver si así cogía alguna y las otras escarmentaban. Y fue justo en aquella mañana y en aquel momento cuando una de ellas quedó enganchada en el lazo. En cuanto salió del cortijo la vio y se fue por la parte de arriba. Iba ya muy cerca de ellas cuando por la lomilla asomó el ingeniero y el guarda. Los vio él también y en estos momentos las ciervas salieron huyendo por el lado de donde estaba el lazo. Tal como iban corriendo una de ellas se enganchó y empezó a dar grandes saltos por entre el sembrado. El hombre del trigal se encontró en un gran apuro porque el ingeniero y el guarda estaban allí mismo y la cierva no dejaba de dar saltos por el trigal enganchada en el lazo. Por unos momentos no supo qué hacer. Si no cogía a la cierva el ingeniero la descubriría y vería lo que allí estaba sucediendo y por supuesto, cogido con las manos en la masa, con el delito presente, sería motivo para complicarle la vida casi para siempre. Pero si cogía a la cierva para que ésta no diera más saltos y dejara de verse

lo que allí pasaba, el problema aún podría ser más gordo. Lo pensó unos segundos y enseguida actuó. Se fue hacia la cierva, la sujetó y hábilmente le asestó unos golpes dejándola sin vida. “Ya está, si ellos no me han visto, aquí no ha pasado nada. Me quedo quieto durante un rato sentado entre el trigo y cuando se vayan me llevo a la cierva al cortijo y ya tengo carne para mí y mi familia durante una temporada”. Se dijo.

Pero no saldría todo tan redondo. Desde la lomilla los dos jefezuelos lo habían visto todo. El ingeniero miró al guarda y le dijo:

- Luego dicen que no; tú has visto como yo lo que acaba de ocurrir ahí, en la laderilla. Si ahora mismo bajamos y lo multamos y empezamos a complicarle la vida para que abandonen estas tierras y el cortijo, todos los de los otros cortijos dirán que los ingenieros somos unos tales y unos cuales.

- Tiene razón el señor ingeniero ¿Qué hacemos?

- Desaparecer. Dar media vuelta e irnos por donde hemos venido y así creerá que no hemos visto nada. Ya veremos luego qué hacer con este caso y otros como éste.

Así que ambos pusieron en marcha lo que habían pensado: dieron media vuelta, se ocultaron tras la lomilla y en poco rato se alejaron del lugar.

El hombre de la cierva los vio y por un momento creyó que ya estaba salvado. Vio el cielo abierto aunque enseguida cayó en la cuenta que aquel comportamiento no era normal. Pensó él que no tardarían en volver y para que si esto sucedía y no vieran la cierva allí, enseguida puso mano a la obra para ocultarla dentro del cortijo. Mientras trabajaba intentando borrar las pruebas el miedo se lo iba comiendo por dentro y para darse ánimos a sí mismo se puso a madurar en su mente las palabras que pronunciaría a su favor.

“El trigo es el trozo de pan tanto para mí como para mis hijos y mi mujer; si las ciervas se lo comen yo me moriré de hambre. No estoy contra el coto ni los animales del coto, lo que pasa es que ¿dígame ustedes qué hago yo para salvar mi trigo? ¿Dejo que se lo coman todo y nosotros nos morimos de hambre?”

Esto o cosas parecidas es lo que el hombre pensaba decir en su defensa cuando el guarda y el

ingeniero lo acusaran de aquel delito. Pero el ingeniero, más que el guarda, sabía que uno de los castigos más grandes que a aquella gente se les podía infringir era precisamente este: hacer que se sintieran culpables en su propia tierra y casa y dejar que aquella culpabilidad se los fuera comiendo por dentro.

Por encima de todo, las dos cosas que más daño siempre hizo a los serranos fue el destrozo de su autoestima personal y con ello, el destrozo de su capacidad de ilusionarse de cara al futuro. A mi manera de ver, un ataque profundo a la dignidad de la persona y precisamente a los más pobres, a los más humildes y desfavorecidos desde las tropelías de los que han tenido el poder en sus manos. Dentro del alma me duele a mí esto como si lo hubiera vivido en mis propias carnes ya que no podré encontrar jamás razones profundas para un ataque tan injusto a seres humanos tan buenos y nobles.

Estoy exponiendo estas reflexiones porque aquel día, una vez más, se repitió la escena. Al cortijo no fue ni el ingeniero ni el guarda. El guarda fue a otro cortijo cercano cuyo dueño era amigo de la familia que vivía en

el cortijo del trigal y a los habitantes del segundo cortijo el guarda les dijo:
- Te acercas al cortijo de tu amigo y le dices que de parte del ingeniero, que vaya el lunes a verlo al pueblo.
- ¿Qué es lo que pasa?
- Ni siquiera lo sé pero a ninguno de los dos nos importa mucho. Sólo se nos pide que cumplamos.

Aquella misma tarde el del cortijo de la llanura subió al cortijo del trigal y le transmitió el mensaje al hombre de la cierva.
- ¿Para qué me quiere?
Preguntó.
- Por lo que he podido sacar creo que tienes que poner unos sellos en unos papeles y firmar no sé qué. Parece que es un asunto relacionado con algo de cuando estuviste en la mili.
El del cortijo de la llanura se fue y éste otro del cortijo del trigal se quedó lleno de preocupación. ¿Para qué me querrá? ¿Será para echarme fuera de este terreno? ¿Por qué no ha venido él a decírmelo? ¿Por qué tengo yo que ir al pueblo? ¿Qué me pasará ahora? Porque sí él viene aquí podríamos hablar y como dice el refrán: “hablando se entiende la gente”.

Todo el día y toda la noche estuvo el pobre hombre con su temor acuestas. Con su inquietud, su desolación y ya empezó a vivir esa situación de indigencia e injusticia que le destrozaba como persona. Temía que lo echaran de las tierras y como él también era persona de sentimientos y corazón ya estaba experimentando lo más doloroso de aquel drama: el sentirse no ya maltratado injustamente sino hasta despreciado en su propia condición de persona. Le iban a dar un gran palo precisamente donde más podía humillarlo. “¿Será esto para que me entere de una vez y me someta a lo que ellos quieren y deje de lanzarme a mis cosas personales?”

Fue al pueblo al otro día por la mañana. En cuanto amaneció se puso en camino y ya cayendo la tarde llegó a la casa del ingeniero. Llamó a la puerta y le dijeron que no estaba allí pero que le habían dejado dicho que si venía ese hombre del cortijo de la sierra que firmara los papeles y se fuera.

- Aquí están. Sólo tienes que firmarlos y poner unos sellos aquí en esta esquina.

- Pero si firmo ¿qué me va a pasar?

- No te va a pasar nada. Son cosas que hay que hacerlas porque según dice el ingeniero son buenas para vosotros.
- ¿Y dónde está él? Quisiera verlo para hablarle.
- Es que se ha tenido que ir.
- Lo que pasa es que el ingeniero siempre fue un buen amigo mío. Si lo pudiera ver creo que podríamos arreglarlo todo porque, además, lo que me preocupa es precisamente esto: que no dé la cara. Que no me lo diga él personalmente; que me explique qué es lo que pasa. Si lo pudiera ver hablaríamos y seguro que las cosas podrían arreglarse.
- Lo siento pero ya te he dicho que no está.
- ¿Y cuándo va por la sierra?
- Eso es cosa suya.
- Es que si no va por ahí ¿a quién voy a acudir yo para contarle la preocupación que tengo?
- Lo siento pero eso no es asunto mío.

Dos o tres horas estuvo recorriendo todas aquellas calles del pueblo para arriba y para abajo con el deseo de ver al ingeniero para hablar con él. No lo encontró por ningún sitio aunque más de una persona le dijo que lo habían visto en su casa.
- Que allí no está porque es lo que me han dicho a mí.

- Pues allí lo he visto yo esta mañana y no hace mucho.
- Entonces ¿Por qué me han dicho a mí que no está?
- Te habrán metido pero yo lo he visto.
- Pero si está, ¿Por qué no quiere verme?
- Eso tendrás que saberlo tú.
- Es lo que deseo saber pero si no lo veo ¿cómo voy a salir de esta duda?
- Pues en su casa sí está.

El hombre pensó quedarse aquella noche por allí y esperar a ver si lograba hablar con él. Pero no, ya oscureciendo el hombre del cortijo del trigal salió del pueblo. Cansado, triste, desolado, se alejó de aquellas casas y se adentró por los caminos de la sierra con el deseo de llegar al cortijo sobre media noche. Pero cuando él llegara a su cortijo, a su trocito de tierra, en medio de la soledad de aquellas cumbres ¿qué iba a decirle a su familia? ¿Cómo iba a poder seguir viviendo en aquellos campos con aquella inquietud tan grande? ¿con qué ilusión, con qué motivación, esperanza o alegría se iba a poner a trabajar en las tierras que tanto quería y él sentía como suyas?

Subía yo esta tarde pista adelante, nueva para mí porque es la primera vez que vengo por aquí, y en cuanto he visto el cortijillo de la ladera bajo las encinas, me he querido ir hacia él. No he podido porque la valla del chalé de las antenas y las placas solares me lo impide. Así que subo un poco más y cuando ya tengo rebasada la alambrada, dejo la pista y por el lado derecho me vengo atraído por las paredes blancas del cortijo, las encinas que lo arropan y la pequeña laderilla que estoy viendo. Nadie me lo dice pero enseguida me digo a mí mismo que esta ladera es aquella donde las ciervas cada noche se comían el trigal. No sigo ninguna senda sino que por entre los juncos, las encinas, los majoletos y las zarzas me vengo tapando por si acaso hubiera gente en la vivienda. No es que tenga que ocultarme de nada, sino que si hay gente tengo la necesidad de presentarme en actitud de respeto y cariño hacia ellos. Si no vive nadie aquí, da igual. Sólo necesito aproximarme y observar también lo que me apetezca, respetando por supuesto, aquello que haya que respetar.

Tengo una intuición y enseguida se me confirma: al ver la hierba tapizando todas las tierras que rodean el cortijo y la ladera que baja hasta los juncos del arroyo,

enseguida pienso en ciervas o jabalíes pastando en el lugar. Me voy tapando con las encinas y desde el repecho de enfrente las veo. Seis ciervas plácidamente comen su hierba en las mismas paredes del cortijo. No me ven ellas a mí y como les voy entrando en contra del aire, tampoco les da el olor. Me aplasto por entre los juncos y casi arrastrando, consigo ponerme a menos de diez metros de la pequeña manada. Y ahí me quedo; en la misma depresión del terreno por donde el arroyo y el manantial se quiebra. Las observo despacio porque siento una emoción especial y enseguida en mi mente se me amontonan los pensamientos. No son estas, desde luego, las ciervas de aquel día del trigal y tampoco parece que lo sea el cortijillo pero la imagen es casi la misma. Este cortijo que ahora mismo tengo ante mis ojos está abandonado, no vive nadie en él y las tierras que le rodean, sí fueron tierras de cultivo en aquellos tiempos aunque ahora mismo no son nada más que erial. Todo se ha quedado aquí sólo para gozo y disfrute de estos animales. Nadie en el cortijo a fin de no perturbar la vida de los ciervos porque así es mucho mejor según ellos. ¿Sería esto lo que pretendía aquel ingeniero?

- ¿Pero y el chalé casi en las mismas tierras donde aquel día estuvieron las huertas del cortijo?
- Eso es otra cosa. Aquella gente tenía que irse porque así lo mandaban las leyes del momento.
- Y ahora vienen otros y se hacen el chalé pegado al cortijo y, además, lo vallan para que sea más suyo.
- Pero esto ya es otra cantar.
- Lo dirás tú, porque yo opino otra cosa.
- Opinarás que han sido demasiado crueles con unos y demasiado benevolentes ahora con otros pero tienes que entender que son épocas distintas y, además, esta gente no son como aquellas personas.
- ¿Por qué no?
- Aquellos eran pobres; no sabían ni leer y por no tener ni siquiera tenían amigos en la administración. ¿Quién les iba a proteger a ellos?
- Pero es que esos principios son crueles.
- Lo serán pero es lo que funciona y vale en esta época y sociedad.
- Mas yo creo que si se trata de respetar, cuidar y conservar el monte, su aire y sus aguas, la obligación y el cumplimiento de las leyes es para todos.
- Para todos pero con excepción. Siempre fue así.
- No lo entiendo ni lo entenderé nunca.

- Pues tendrás que aguantarte porque como tú hay muchos y se aguantan, porque a ver ¿Qué solución le darías tú?
- La cuestión no puede estar aislada, reducida a un simple desafío técnico parecido a otros; es una cuestión cardinal que interroga tanto a nuestro modo de vida, a nuestras opciones personales y colectivas, como al tipo de desarrollo que proyectamos y a la naturaleza de las relaciones que queramos establecer entre las personas y los grupos humanos. Cuestión de justicia, de calidad de vida y estilo de vida. Cuestión personal y colectiva en la que la coherencia entre las palabras, las convicciones y las conductas no está resuelta.

No es exagerado afirmar que hay una completa crisis ecológica, que esta crisis nos concierne a todos, individuos y sociedad, que esta crisis cuestiona muchas cosas y que conmueve el edificio ético y espiritual sobre el que se asienta nuestra civilización. La crisis ecológica es más que un asunto de espíritus sensibles, amantes de la naturaleza y de los pájaros. Es un asunto de futuro común. La crisis del medio ambiente pone en cuestión nuestra técnica así como nuestro modo de vivir y de

confundir el mundo y nuestro papel en el seno de la naturaleza.
- En fin, todo eso es muy bonito pero...

Ya que ha pasado un largo rato y me he saciado de observar a la pequeña manada de ciervas comiendo su hierba en lo que fue la misma puerta del cortijo, dejo mi escondite y me hago visible. En cuanto me ven los animales salen huyendo. En el fondo ellos son inocentes e indiferentes a nosotros y a nuestras cosas. Sigo la ruta y me acerco al cortijo con la misma emoción y curiosidad que siempre me embarga cuando me acerco a un cortijo en ruinas y abandonado. Lo protege una vieja alambrada que por lo que puedo ver no es ni reciente ni moderna. Veo que la pusieron aquí hace muchos años y su finalidad era para que los animales no se metieran por el cortijo. Se puede pasar porque ya está muy rota por muchos sitios. Así que la franqueo y durante un rato me doy un buen baño de sueños, de paredes blancas, de soledad, de olor aún todavía a cocina de leña y de sentimientos humanos latiendo por cada uno de estos rincones.

ALas casas que habitan las familias de la sierra tienen todas ellas una fisonomía muy singular: son

pequeñas, con pocas pero amplias habitaciones, de una sola planta, edificadas de recias paredes de mampostería con sus oscuras piedras vistas en la fachada y cubierta, a dos aguas, de tejas árabes y renegridas por la lluvia. Constan de dos partes distintas aunque contiguas y comunicadas entre sí: la vivienda de la familia y el alojamiento del ganado.

La vivienda de la familia está concebida sobre una cocina - comedor donde se abre la puerta principal que sirve para entrada, luz y ventilación y con otra puerta pequeña al fondo, junto a la chimenea, que comunica con la tinada; a uno y otro lado de esta habitación sendos cuartos con sus correspondientes y reducidos ventanucos. En rededor de la amplia chimenea de la cocina se congrega la familia y en aquélla se guisa y por la noche, en abanico, se extiende “las cabeceras”; donde duermen los hijos varones; naturalmente el fuego nunca se apaga. En uno de los cuartos colaterales duermen los padres, en cama en alto, y se guarda ropa y abalorios en amplias arcas, sobre la que, por el día, se colocan las cabeceras. El otro cuarto frontero sirve de granero, despensa y almacén y de dormitorio de las hijas mozas,

que extienden sus colchones sobre los mismos trojes de granos y de pienso.

Pasada y tras la cocina está la tinada, de tejado muy bajo con su amplia corraliza para el ganado. Junto a la pared medianera con la vivienda, en la tinada suele haber tres apartados con tabiques de adobes: uno más pequeño de dos plantas superpuestas, la inferior para chitera de cerdos y la superior para gallinero; otro central con dos pesebres, para la borriquilla del hato y el siguiente y más cercano a la puerta de salida directa al campo, con un pequeño hogar en un rincón, el dormitorio de pastores en la "época de la pariera". Sobre estas tres dependencias, divididas por un tablazón, se apila la paja para el pienso de los animales.

Las casicas suelen edificarse junto a una fuente que queda situada frente a su entrada principal, a veces con dornajos para las reses y en cuyo desagüe, permanentemente corriendo, hay pilones sucesivos que se utilizan por este orden: de fregadero, abrevadero, y un poco mas lejos, ya en un lugar oculto por la naturaleza, de evacuatorios. En las inmediaciones cercanas a la casa, durante el verano, se apilan gran cantidad de leña en muy

bien armadas cinas que asegura la calefacción durante el largo y frío invierno y no es raro que junto a ella esté construida, al aire libre, “la bola del horno” donde se cuece el pan que se amasa en la misma casa. Como se ve la fina intuición de estos serranos y una experiencia secular ha sabido dar a estas viviendas eso que se llama ahora “sentido funcional”.

EL JUEGO DE LOS NIÑOS

Al bajar de la cumbre descubrimos el cortijo. Y por dos motivos decidimos acercarnos: El primero que como es pleno verano subiendo hemos sudado mucho y nos hemos quedado sin agua. Al ver el cortijo se nos abre el cielo. Allí tenía que haber agua que era lo que en estos momentos más necesitamos. Y la otra razón, menos importante, aunque según se mire, era que deseábamos charlar con alguien de por aquí. Ellos siempre saben mucho más que los mejores libros y esto es una riqueza que hay que aprovecharla cuando se presenta.

Además, el cortijo era como una pequeña perla en el centro de aquella ladera, frente a las rocas y entre tantos pinos. Así que nos acercamos y ya llegando a él lo primero que nos llama la atención son las ovejas. Sestean

bajo las sombras de las nogueras por la parte de atrás. Algo más abajo vemos la fuente y era tal como la habíamos soñado: bajo una roca y por entre unas grietas sale el chorrillo de agua que primero cae a un charco excavado en la tierra, luego chorrea a los tornajos y desde aquí se va para los hortales un poco más a la izquierda.

Junto al agua está sentado el pastor que parece como si nos tuviera esperando y en cuanto lo saludamos se une a nosotros su mujer. Mientras nos ofrecen el agua de la fuente que es lo que más apetecemos y nos habla de la cumbre por la cual hemos estado, nos damos cuenta que no están solos. Algo más abajo se ven las ruinas de una tinada y por ahí corretean los dos niños; ella y él. Ni siquiera al vernos dejan de jugar. Andan tan entusiasmados y son tan felices que ni les importamos. Y es precisamente esto lo que más nos llama la atención: sus entretenimientos, sus realidades sencillas, casi fantasías o quizás todas fantasías pero tan repletas de bellezas inenarrables y tan plenamente llenas, que ni siquiera necesitan de nosotros ni nuestra presencia les inmuta. Los observamos desde allí, desde la fuente sentados junto al pastor y nos damos cuenta de algo impresionante:

Son tan felices y tan grandes ellos y sus juegos que les sobra el resto del mundo. Parece como si con aquellas cuatro piedras, llenas de sombras de pinos, perfumadas de mejorana y pintadas de colores por los rayos de sol que cae, tuviera entre sus manos el universo pleno. Dan la impresión de que allí lo tienen todo y no necesitan nada más. Y vemos que lo único que tienen es un puñado de pequeñas fantasías, una ladera llena de monte, el arroyo que corre por lo hondo, la silueta de la colina de donde nosotros venimos, las paredes de la tinada, la fuente de su cortijo, las ovejas bajo las sombras de las nogueras y la soledad del paisaje. Los miramos y los miramos y no acabamos de comprender que haya allí mucha más belleza que en cualquier otro rincón de este planeta.

LA ARDILLA Y LOS DE LA CIUDAD

Y lo que vi no hace mucho fue así: Tardé un día entero en subir a la ladera para llegar a la cumbre; pero lo conseguí y me llené de gozo. Cayendo la tarde bajaba por la sendilla buscando el rincón por donde tenía el coche. Cuando ya estaba cerca, como todavía quedaban bastantes horas de sol, me paré a descansar y a llenar un poco más mi espíritu.

Miraba el camino y aunque los sentía no los había visto aún. Después descubrí que eran unos diez y tenían sus coches en la curva que hay antes de llegar al puerto. Pero cuando pasé por allí, ya habían terminado el espectáculo que ni siquiera sé cómo empezó. Yo sólo los sentí gritar y luego los veo gateando por los árboles. La ardilla saltaba ágil de una rama a otra y ellos la seguían. Tres por un lado, dos por otro y varios más, desde abajo gritaban. Se colgaban de una rama a otra, bajaban del árbol, subían hasta lo más alto del otro y todo su esfuerzo e interés estaba en cogerla.

- Es un buen recuerdo de este parque.
- ¡Te lo imaginas, tío!
El todoterreno de los guardas pasó frente a mí y aunque vieron el espectáculo y oyeron el escándalo ni se paró. Pero entonces, uno de aquel grupo, saltó por las rocas, se agarró al tronco del árbol, subió por él, por entre las ramas cogió los pies del que perseguía al animal, tiró de él hacia abajo y a empujones, logró apearlo del pino. Lo cogió del brazo, se lo llevó hacia el camino y le dijo:
- Tu comportamiento es el de un irracional.
- ¿Por qué?

- Este animal, que es hermoso, debe seguir libre en estos campos que es su mundo. No tienes ningún derecho ni a quitarle su libertad y menos a maltratarlo. Nosotros somos turistas y estamos de paso por aquí. Se entiende que por ser seres racionales somos más responsables y tenemos más sensibilidad que la ardilla que persigues. Demuéstralo y deja de dar voces reprimiendo tu salvajismo y respetando al menos al mismo nivel en que los otros seres vivos te respetan a ti.

Vi que el de la ardilla, agachó la cabeza. Dijo que lo entendía y se unió a los del grupo que subieron a los coches y se fueron.

LAS SEÑAS DE IDENTIDAD

Mis tres pequeñas experiencias las he vivido precisamente aquí: encima, casi, del Puerto de las Palomas y de la forma más natural que te puedas imaginar. Sin hacer nada ni pretender nada; y me ha servido precisamente para afianzar mi teoría de recuperar y ver el presente desde el reencuentro con las raíces, la historia y la identidad propia de esta sierra sus gentes y sus cosas. Las cosas son como son y no como quisiéramos que fueran. Y esto es magnífico para mi

orientación y mi satisfacción propia en el proyecto de conocer, amar y fundirme con estas sierras, sus paisajes y sus bosques.

Terminé yo de subir la ruta por la vereda antigua que viene desde Burunchel y al llegar a la segunda gran curva, me vine ladera arriba hacia la cumbre del Pico Viñuela. Quería observar el paisaje desde aquí pero lejos de la ruta de acceso que los coches usan para subir a la cumbre. Andando por la carretera el paisaje es otra cosa muy diferente a lo que apenas ves e intuyes cuando por esta misma ruta vas en coche. Pero si como yo, en cualquiera de estas curvas te apartas del asfalto para verlo todo desde un conjunto más grande, entonces hasta puedes llegar a sorprendente.

Es lo que me ha pasado a mí. Aquí está la primera de las tres experiencias. Ninguna cosa del otro mundo pero como es la primera vez después de tantísimos días como he pasado por el lugar, me resulta interesante. Desde la curva subo y por encima de las rocas, donde el bosque de pinos se espesa, me paro. Echo una mirada por la ladera y descubro que la carretera apenas se ve. “Pero si es la carretera principal, la que todos los turistas

cogen para venir al Parque", me digo. Se ve sólo por algunos sitios. En los puntos donde el bosque se aclara. No es bonito, como si no le pegara a una ladera tan llena de bosque como ésta y tan totalmente sierra. Además, su trazado ha sido tremendamente forzado porque lo que pretendieron era que todos pudieran subir hasta la misma cumbre cómodamente montados en sus automóviles. Tres grandes curvas casi talladas en las rocas y luego ahí, aplastada y perdida por entre las encinas y los pinos. Sin duda que si la carretera no pasara por este lugar el rincón sería mucho más bello y como, además, hoy es fin de semana, con la tarde que cae van llegando mil coches llenos de gente de las ciudades y los pueblos. Aunque no se vea toda porque el bosque los oculta, se oyen sus ruidos y en verdad que hiere tanta explosión de motores gateando por esta ladera tan bella.

Sigo subiendo con la sensación de estar perdido porque siento que soy quizá el único en este deseo de una ladera limpia de carretera y coches. Todos los demás, un ejército entero, quieren y hasta les gusta que haya carreteras buenas y que vengan cuanto más coches mejor. La mayoría sólo por el interés del dinero ¿Qué

puedo hacer yo siendo tan poca cosa y sin más poder que mi deseo y mi alma que llora?

Al subir una breve ladera miro al suelo y descubro una roca que me llama la atención. La cojo y me doy cuenta enseguida que es del grupo de las sedimentarias, un trozo de pura calcita color miel. Son abundantes por todas las sierras del parque, puesto que es el principal componente de las rocas calizas pero también sé que estas piedras de calcita se producen por precipitación allí, donde fluye una corriente de agua cristalina. Tal es el caso de las estalactitas y estalagmitas, trozos de rocas como éste, frecuentes en las cuevas de estos montes. Estoy casi en lo alto de la cumbre y por lógica, en una cumbre no hay muchas corrientes de agua. Pero la roca está aquí como señal de que en otros tiempos, por la zona, sí hubo abundancia de agua. Sin embargo, el otro día, un conocido escritor y científico que procede de estas tierras, publicó un artículo en el diario Jaén que decía lo siguiente:

"Es que la gente tiene mala memoria, porque a mí que me digan cuándo en Jaén ha llovido cómo en Dinamarca. ¡Nunca! Jaén es una provincia seca. Lo que

ha aumentado extraordinariamente es el consumo del agua, de manera que si consumimos 150 veces más agua y la que hay en las nubes es más o menos la misma, lógicamente pues nos falta agua. Hay que adaptarse al terreno y a lo que hay y lo que hay es que llueve poco y ha llovido siempre poco. Ahora lo que pasa es que falta agua porque nos hemos creado más necesidades. ¿Sequía? Sobre todo falta agua. No llueve menos que antes, esa es una mentira falaz. La pertinaz sequía es elemento franquista; pero no es sólo elemento Franco, ocurría en la época del Cid. Hay un poema del Cid que dice: Por la estepa castellana/ al destierro con doce de los suyos/ polvo, sudor e hierro el Cid cabalga".

Después de recordar este texto y con el descubrimiento que acabo de hacer en esta cumbre, en mis manos, me digo que este hombre no dice la verdad. En Jaén y en concreto en estas sierras, de siempre ha llovido mucho. Esta roca es la señal de la abundancia de agua en las cumbres de este Parque. Además, también podría decir que por ejemplo, el Pantano del Tranco ahora mismo está casi seco y años atrás, con mis propios ojos lo he visto rebosar muchas veces; rebosar por el Puente Romano de Córdoba he visto también al Guadalquivir y sé

que en otros tiempos sacaban los troncos de pinos de estas sierras flotando sobre las grandes corrientes de aguas de casi todos los ríos de estos montes. “Pues en otra época se han conducido por el Guadalquivir abajo”. Por lo tanto, no dice la verdad este famoso científico al escribir que no llueve menos que antes. Es verdad que antes llovía más que ahora y esta roca de calcita color azúcar tostada, sobre la cumbre del Viñuela, me lo confirma.

Y me queda mi tercera y pequeña experiencia. ¿Sabes cuál es? Pues un fósil. Me lo he encontrado cerca de la casa forestal del Sagreo. Es un ammonites que al verlo me ha llamado la atención. Está junto a una roca que han tenido que romper para hacer la carretera. Ya sabía yo que esta ladera, toda la cordillera, desde Puerto Lorente hasta Mojoque, es un puro fósil. Me los he encontrado muchas veces por el Pico Gilillo y por el Escribano; este rincón no es nada más que la continuación de los trozos que atrás he mencionado.

Los ammonites, extinguidos al final de Cretácico hace 150 millones de años, son uno de los grupos de fósiles más importantes para la datación de las rocas del

Mesozoico, ya que cambiaron rápidamente en el tiempo y tuvieron una amplia distribución geográfica. Se parecen a los gasterópodos planos pero se distinguen de ellos por la presencia de las líneas de sutura y de sifón.

Bueno pues, con este gran ammonites en mis manos he seguido buscando y enseguida he encontrado otros. Algunos más grandes y otros distintos como belemnitas y conchas. Me da pena que los que hicieron la carretera rompieran estas rocas y las dejaran aquí, al descubierto como si nada. Porque una vez más me digo que estas pequeñas muestras son las señas de identidad más auténticas de la sierra. No es bueno que algunos las rompan y las olviden dándole más importancia a las carreteras y al turismo. Parece como si no tuviéramos inteligencia, como si lo único que importara sea lo moderno, el progreso, el dinero, la felicidad y el negocio a costa de lo que sea. Pues creo que, como he dicho antes, no es bueno esto porque si se pierde el respeto a estas sierras trayendo progreso y gente a oleadas, sin tener en cuenta las señas de identidad más profundas de estos montes, seguro que todo acabará mal. Ya verás como las generaciones que están por llegar nos lo van a reprochar.

El camino que fue y ya no es porque lo han convertido en carretera asfaltada pero que antes iba por esta ladera subiendo hasta la cumbre y llegando hasta el valle central y otros rincones; un trozo de roca tobácea que en este caso es calcita color caramelo encontrada casi en la misma cumbre del Viñuela y los fósiles de ammonites también hallados en esta cima, estas tres cosas son para mí, señales. Pistas que sirven para remontarme hacia la historia de aquellos tiempos. Yo las llamo señas de identidad de estas sierras. Con estos tres pequeños trozos en mis manos y bien encajados en mi mente, mi comprensión de estas sierras ya la tengo casi completa. Cosa que deseo con urgencia y profundamente porque sé que ello forma parte de mi felicidad en cuanto estoy orientado dentro de estas sierras que son como el centro de universo. Son tres las cosas y aunque no parecen grandes sí las creo trascendentes por la dimensión que imprime a las tierras que ahora estoy pisando.

DESDE EL PUERTO DE LAS PALOMAS

He cogido, para apoyar el papel donde escribo, un trozo de corteza de pino. Es un laricio que parece crecer sobre la misma casa forestal que han construido donde terminan las rocas que forman el montículo sobre cuya cúspide crece el laricio. Desde abajo parece poca cosa pero sentado aquí, sobre su tronco y con los pies colgando hacia la casa, lo miro y es grandísimo. También parece poca cosa lo que desde aquí se ve pero ahora que observo, estoy dominando casi el infinito entero. Medio mundo y la casa que está debajo mismo de mí; tengo que agachar no sólo la cabeza sino los ojos para verla.

Esto es lo que yo siempre he dicho y he pensado: la sierra no se conoce ni se sabe a fondo con dos o tres visitas a ella y por los sitios clásicos que siempre son los mismos. Puede que mi visita de esta tarde, mi subida otra vez al Puerto de Las Palomas, sea por lo menos la número mil doscientas cinco. Puede que sea así o quizá más. Bueno pues, la de esta tarde parece como si fuera la primera vez. ¿Por qué? Son tantas cosas que no me resultan fácil poner aquí y ahora mismo. Pero por ejemplo: Nada más salir de Cazorla y enfilar por la carretera que nos trae a la sierra, la sierra de siempre, me ha

sorprendido. Frente a mí, allá a lo lejos, un rayo de sol sale por entre las nubes. No se derrama en todo el monte a la vez sino sólo en unos cuantos cerros. Pero da la casualidad que esos cerros son los que ardieron este verano. El gran incendio que fue en terrenos del pueblo de la Iruela y parece que llegó o casi, al Hotel Sierpe porque de allí se fueron todos los turistas.

El caso es que ahora, esta tarde, el rayo de sol sólo alumbra ese monte; el que se quemó en verano por las sierras próximas al Pantano de Aguascebas. Todos los demás montes, a un lado y otro, quedan en la sombra de las nubes y esto hace que precisamente los picos rocosos con el bosque color chocolate, que es el color que el fuego ha dejado por allí, resaltan con más fuerza. Como si los hubieran pintando de ocre tirando a rojo. Y, además, como si alguien hubiera puesto unos focos muy grandes y los dirigiera sólo a ese lugar para que queden bien iluminados y se vean perfectamente. Un cuadro primoroso que nunca jamás he visto antes y mira que he pasado veces por aquí; pero es que también hace mucho la hora del día, el color del cielo, el brillo de las nubes y la época del año. Quizá parte de todo este espectáculo es sólo esto: que son las cuatro de la tarde del día 23 de octubre.

Desde luego no es ni una hora ni un día cualquiera porque el sol parece que sale de detrás mismo de la Peña de los Halcones y como es un rayo mágico todo entero se va a esos montes llenos de cenizas y árboles tostados.

Y está claro, que como el otoño ya ha dejado sus buenas lluvias sobre estas sierras, además de mojadas, lavadas y llenas de humedad, están verdes. No sólo verdes sino preciosamente verdes que es aún más bonito cuando chorrea por las rocas. Esas grandes rocas que te aplastan al pasar por ahí, por el pueblo de la Iruela. Estás todo el verano viéndolas secas, grises, ásperas y ahora las miras y empiezas a verlas verdes, teñidas de aguas, limpias y tupidas de musgo. No te lo crees porque el cambio se ha dado en dos o tres semanas y, además, casi sin anunciarlo.

Y eso es lo que quería decir, que hoy al salir del pueblo de Cazorla por la carretera que viene al Puerto de las Palomas, me he encontrado con un espectáculo alucinante. Venía subiendo lentamente sin dejar de mirar a un lado y otro y todo era nuevo. Diferente por completo a lo demás días que por aquí he pasado. Hasta he visto cerros que nunca antes había descubierto y rocas que ni

siquiera sabía que estaban allí. ¿Cómo es posible esto? ¿Quién o qué me lo presenta con esta belleza tan diferente? Puede que hasta sea mi propio estado espiritual pero desde luego que llego a la misma conclusión: La sierra no se conoce ni se sabe a fondo con dos o tres visitas a ella y por los sitios clásicos de siempre. Es todo tan profundo y tan grande que se necesita una vida entera para medio decir que conoces algo de estos montes. Digo que esto es así porque lo acabo de vivir esta tarde.

EL BARRANCO

Te pasas media vida estudiándolo en los mapas: que la Sierra de la Cabrilla a un lado, que el Alto de la Cabrilla al otro, Navalasno más arriba, el Barranco de los Chorreaderos en lo hondo, los Arenales a un lado, el Caballo de Acero y por todo el centro corre el río. Los Poyos de la Carilarga y la Loma del Caballo de Acero al otro. Te pasas media vida buscando libros, artículos y escritos que hablen del barranco y cuando te crees que ya lo sabes todo o si no todo, una gran cantidad de cosas, vienes un día por aquí y te quedas desconcertado.

Ni siquiera llegas con la idea de irte por el barranco para conocerlo o hacer alguna ruta. Pasa por el lugar o rozándolo, de pura casualidad. Siguiendo algunos de los caminos que le rodean y llevan a otro sitio y te sucede lo que jamás te podría imaginar. Sin saberlo, sin pretenderlo, sin ser consciente de aquello que allí a tu lado queda, de pronto sientes como una llamada, como una voz que ni siquiera surge del barranco sino de algo que podría parecerse a un sueño, a un toque interior en la región de la muerte, del espíritu o no se sabe de dónde porque lo único que notas tú es sólo el tirón. La fuerza que te atrae y aunque tu rumbo es otro y por eso quieres seguir adelante, no puedes.

Tienes que volverte para atrás y siguiendo la intuición de ese sentimiento que te zarandea te dejas arrastrar a la fuerza pero con gusto, hacia la profundidad del barranco. Y para tu asombro vas descubriendo que el río, las cumbres, las rocas, los pinos, las nubes y el viento, nada de lo que aquí ves se parece a lo que has estudiado en los mapas y libros. Es otro barranco, otra realidad, otra belleza que te hiere con un puñal de dulzura y te transporta a la dimensión del gozo. ¡Qué barranco,

qué viento, qué sinfonía de silencios y qué visión de paisajes, bosques, cascadas, laderas, sombras y luces!

En estos momentos es cuando comprueba y ves con claridad lo mezquino, lo pobre y mísero de las acciones y actitudes de aquellas personas que todo su corazón está en las cosas de la tierra. Sobre todo, los que te desprecian, te humillan creyéndose superiores y más sabios que tú. Están lejos de gustar y comprender que al fin y al cabo, sus empresas andan fundamentadas sobre la materia que da una satisfacción limitada y se derrumban para siempre con el tiempo. Este otro tesoro, el que mana del barranco, es el que ni roban los ladrones ni corroen las polillas.

EL GRAN SALTO

Lo que a ti te contaron es que el joven aquella mañana subió hasta lo más alto del voladero rocoso. En el mismo en que has estado comiendo cuando hace un rato bajabas por la ladera. Y subió allí porque él, a lo largo de bastantes noches, había soñado tanto el voladero como la profundidad del valle con sus praderas verdes y sus ríos blancos surcándolo y también aquella gran roca. La que en la ladera de enfrente por el lado de abajo del pico

Tolaillo, sobresale y todos por aquí conocen como Peña Musgo. Sistemáticamente en su sueño siempre ocurría lo mismo:

Se encontraba encima del voladero y allí con él había algunas personas.
- ¿Qué me dais si de un salto soy yo capaz de cruzar este valle y ponerme encima del pico de Peña Musgo?
Les decía él a los que le rodeaban.
- No te damos nada porque eso que dices es imposible. Nadie puede dar un salto tan grande y volar como si fuera viento e ir a para a la Peña.
- Eso no ha pasado nunca pero yo os digo que soy capaz de conseguirlo de la forma más sencilla. ¿Os apostáis algo?
- Te damos cinco duros cada uno de los que estamos aquí.
- ¡Vale! Recogerlo entre vosotros y cuando vuelva de este salto mío me lo dais.

El amigo del joven se puso a recoger el dinero y cuando estaba en plena faena cayó en la cuenta de una cosa. Paró su trabajo de recaudación, se acercó al joven y le dijo:

- Mira, estoy pensando que esto podría ser un buen negocio.
- ¿Qué es lo que podría ser un buen negocio?
- Si es verdad que tú saltas y de un brinco atraviesas el valle y te pone en la gran Peña, esto es algo que nunca ocurrió en el mundo. En cuanto lo anunciemos, de todos sitios vendrá gente a verte y si eso ocurre, podríamos hacer lo siguiente: yo me convierto en tu socio, hablo con los demás, le anuncio tu gran aventura, les cobro cinco duros a cada uno y luego tú saltas para que todos te vean como vuelas. Si sale bien y es verdad que puedes realizar esa proeza, será un negocio redondo sin esfuerzo casi ninguno por nuestra parte y también con muy poco riesgo. Pero, además, dime ¿es verdad que puedes volar? Porque si lo anuncio y les cobramos y luego no es posible, tú fíjate en qué lío nos metemos.

- Ya te lo he dicho y se lo he dicho a todos lo que ahora nos rodean. Puedo volar con la facilidad del viento sin apenas esfuerzo ninguno y todo el rato que quiera.
- Pero vamos a ver ¿a ti quién te ha enseñado a volar con esa facilidad tan grande si eso jamás ha ocurrido entre los seres humanos?

- Mira, para que lo sepas bien, te voy a decir que desde hace mucho tiempo, cada noche cuando duermo me veo en lo alto de esta roca. Siempre me rodea tanta gente como ahora ves y todos me mira y me piden que salte. En mi sueño yo espero un poco y cuando ya ha venido mucha gente, me preparo en serio. Me sitúo en el mismo borde del voladero, alzo mis brazos y doy un gran salto y me lanzo al vacío. Al principio todos gritan horrorizado pero en cuanto pasan unos minutos y me ven surcando el gran valle por encima de las praderas y los bosques, a coro exclaman: “es increíble pero lo tenemos delante de nuestros ojos. Es verdad. Puede volar”:

Y para que tengas más detalles de como ocurre este sueño mío, te diré que en mi salto yo controlo con pleno poder en todo. Desde la roca salgo volando y sobre el valle trazo una amplia curva en forma de arco iris que va de una roca a otra dejando el valle en el mismo centro de la espiral. Voy a caer en el mismo pico de la roca de Peña Musgo y luego vuelvo trazando otro vuelo igual. ¿Y sabes lo que me ocurrió la otra noche cuando lo soñé que aunque en el sueño era de noche, en el salto era pleno día?

- ¿Qué te ocurrió?

- Pues que una persona invalida, es decir, que no podía andar y por eso no había dado un paso en su vida, me pidió que lo llevara conmigo para así gozar la emoción que produce ver este valle desde esa altura suspendida en el viento. Le dije que sí y se agarró a mis espaldas. Saltamos y todo fue tan perfecto y emocionante como ya lo había sido otras veces. ¡Si tú hubieras visto cómo se moría de gozo y daba gracias a Dios por maravilla tan grande!

Cuando el amigo de joven terminó de oír las palabras del muchacho, se dirigió al público y le dijo que por hoy se suspendía la sesión. Que se les devolvía el dinero y que ya se le avisaría el día y la hora en que se llevaría a cabo el próximo salto.
- Tenemos que estudiar un pequeño problema y por eso hoy no puede ser.

EL MUNDO DE LA PAZ

Aunque, cuando después lo penetras y entras en su corazón, descubres que no es lo que a primera vista aparenta, la verdad es que a primera vista parece eso: todo un gran mundo de paz. Un mundo donde ahora, cuando ya nos aproximamos a las aldeas y cruzamos los

paisajes que les pertenecen, lo que más se descubre es armonía, silencio, algo de soledad y al fondo las montañas.
- Como si por aquí ni siquiera existiera la vida. ¿Verdad?
- Eso es lo que ahora mismo entra por mis ojos. Todo un mundo nuevo o en todo caso, diferente, lleno de calma, amplio, verde, un poco puro y el resto imposible de explicar. Difícil de relacionar con aquella nevada que me decías y hasta con los rebaños, pastores y serranos.
- Ya te lo estaba advirtiendo: no te será fácil penetrar en el universo y la vida que late por las tierras mías. ¿Quieres hacer la prueba?
- ¿Qué prueba?
- Párate en esa curva.

La curva es justo donde, desde esta carretera que llevamos, se desvía la otra más leve que va a la aldea de la ladera. Se extiende aquí una pequeña llanura y en cuanto nos situamos en ella, nos sirve como de mirador desde el cual se ve el valle entero y las aldeas repartidas por ahí.
- Mira al fondo y verás.
Miro al frente y lo que veo y oigo es la amplitud del paisaje y por todos sus rincones, la vida hirviendo. Al otro lado de

la aldea, porque las casas se recogen por el barranco, se mueve un largo rebaño de ovejas.

- ¿Adónde van?

- Como ya es media mañana y el sol empieza a calentar, bajan de las zonas altas donde han estado pastando y buscan las tinadas hasta que la tarde caiga. Son las que han parido dos borregos y por eso ahora en el corral, el pastor les dará su ración de pienso extra. Si te fijas bien verás que por las partes bajas se mueven más rebaños. Y junto a los arroyos, observa la de huertos.

Miro y es verdad: por varios sitios descubro ovejas y por los arroyos y vegas, veo tierras de cultivo.

- Todo un mundo repleto.

- Son los hortales de los pastores sembrados de tomates, patatas, habichuelas y trigo. Por ahí brotan los manantiales, fuente de la vida y de esas aguas pura nieve derretida por las cumbres, cada uno riega su cosecha. Pero aunque parezca tan lleno, también es verdad que por aquí, a veces, se tienta la soledad con su preñez de silencios largos.

- Esa es la sensación que enseguida te invade como también sucede con la lejanía. El tópico, que de estas tierras, tanto repiten los de fuera. Sin embargo, cuando te mueves por el rincón, como nosotros ahora, sientes que ni

la lejanía existe ni la soledad se palpa. Descubres que es más bien lo contrario: un sencillo y bello mundo más rebosante que otros muchos.

Aunque tenemos prisa porque ya sí es tarde, el momento tiene tanta emoción, que merece la pena perder diez minutos más.

- Aquella que se ve allá, fue en la primera casa que ella vivió, lo de más al fondo, las tinadas de su padre y el chalé que blanquea a lo lejos, es el de su amiga.

Oyéndola y viendo lo que ahora mismo emerge ante mí y cayendo en la cuenta del día que es hoy: reflexión electoral porque mañana hay elecciones para los ayuntamientos y algunas autonomías, pienso en algo que tiene su importancia.

- ¿Se han acordado de vosotros estos días?

- Muchos no pero sí se han acordado de nosotros más que a lo largo del año.

- ¿Pon un ejemplo?

- Uno que vale por todos y además de risa.

El caso es que por aquí vino el otro día uno que ni siquiera conocíamos para pedirnos que le votáramos. Nos dijo que iba a construir no sé cuantos caminos, que iba a

crear un montón de puestos de trabajo y que iba a poner muchas escuelas. También nos dijo que nos quitaría los impuestos y que nos daría magníficos servicios para nuestras huertas y rebaños. Y nos dijo más: nos dijo que no votáramos ni a este ni aquel porque nos quitarían las pensiones y luego nos dijo que ojo y que mucho ojo porque si él no salía elegido podrían complicarse las cosas en estas sierras. Así que casi nos amenazó y nos asustó hasta donde no te puede imaginar. Y cuando ya se iba cogió el coche acompañado de diez o doce más que le seguían y nos dijo:

- Y ahora veréis lo que estoy dispuesto hacer por vosotros.

- ¿Qué va a hacer usted por nosotros?

Preguntamos algo extrañados.

- Venid y veréis.

Nos volvió a decir.

Así que llenos de curiosidad y más mosqueados que la mar, nos fuimos detrás y cuando llegó a las huertas de la vega, al hombre que estaba allí regando sus hortalizas, le dijo:

- Trae para acá esa azada y mira verás como yo también soy capaz de regar estos tomates.

- Pero señor, si esto no son tomates.

- Bueno da igual, aunque sean calabazas yo también sé regarlas. Fíjate lo que hago.

Y cogiendo la azada, sin ni siquiera quitarse el traje flamante que traía puesto ni tampoco los zapatos, cogió y se metió en las tierras del hortal. Como las tierras estaban recién regadas, empapadas a tope porque a lo largo del día ya su dueño las había regado a fondo, el pataleto del señor y muy diligente él, se metió en aquellas tierras y al primer paso se hundió hasta la rodilla.

- ¡Socorro que me traga la tierra!

Gritó espantado y alzando los brazos buscaba agarrarse a lo que fuera. Y lo que fuera fue al hombre aquel, dueño de las tierras y pastor de estos montes.

- Sálvame por favor que me hundo en este pantano de tierras movedizas.

- Tranquilo señor que todo está controlado. Ni se va a hundir ni esto es un pantano ni mucho menos de tierras movedizas ni nosotros tampoco vamos a permitir quedarnos sin una joya como usted.

- Hombre, gracias. Con ciudadanos como tú da gusto tratar. Si además de salvarme me votas, ya te buscaré un trabajo en un sitio bueno para que puedas

dejar de bregar en esta miseria de tierra y animales. Saldrás de una vez para siempre de la penuria que te ha rodeado toda la vida.
- Pero señor, a mis paisanos y amigos también hay que ayudarles en muchas cosas. Ellos y también yo nos conformaríamos con que nos arreglaran un poco las calles de la aldea y nos recogieran la basura de vez en cuando.
- Es que tu paisanos no merecen que se les ayude porque se están riendo de mí ahora mismo. ¿No los ves?
Y el hombre, regante de la huerta y pastor de sus ovejas desde toda la vida, miró al señor del traje y a las personas que le habían seguido para ver lo que éste era capaz de hacer con la azada, los surcos y el agua y era verdad: se estaban riendo de él.
- ¡Si no sabes regar pá qué te metes!
- ¡Fuera!
- A todos os pasa igual: os rebajáis hasta lo más humillante buscando que os votemos y en cuanto salís elegidos sólo os preocupáis de subirnos los impuestos y llenaros los bolsillos con ellos.
- Fuera porque tú no eres de los nuestros. Nunca te hemos visto por aquí y ahora lo que vienes es a

comprarnos. Si no sabes ni coger una azada ¿cómo vas a resorber los problemas de nuestra tierra?
- Eso es, que hasta con traje de lujo te pones a regar la huerta y confundes las patatas con los tomates y los melones con las sandías.
- ¡Fuera que tú no vales!

El hombre mayor de la huerta de estas tierras nuestras, se puso entre el señor y la gente de la aldea y al primero le dijo que tranquilidad.
- Usted tranquilo que esto lo arreglo yo. Ellos están un poco desengañados de otros como usted y es natural que ahora se rían y no se fíen demasiado.
- Pero es que un mal paso lo tiene cualquiera.
Seguía diciendo el señor.
- ¡Claro hombre! Un mal paso lo tiene cualquiera y hay que ser comprensivos. Ellos y yo también le vamos a perdonar este mal paso y desde ahora mismo estamos dispuestos a ayudarle a usted.
- ¿Qué vais a hacer?
- Ya verá qué cosa más sencilla y bonita es lo que vamos a hacer para que todos quedemos contentos y usted más que nadie. Porque le prometemos que le vamos a votar a ver si sale elegido alcalde o si es posible, presidente de la

región y al mismo tiempo, también le vamos a perdonar este mal paso con el riego en la huerta y vamos a dejar de reinos de usted para tomarnos las cosas en serio.
- Pero hombre de Dios ¿qué es lo que vais a hacer? Acaba ya de una vez que me estoy muriendo de frío aquí todo pegado en el barro frente a esa masa enfurecida que no deja de gritar y reírse de mí.
- Enseguida está todo arreglado, ya verá usted.

Y en estos momentos, el hombre de la huerta que ya se había adelantado desde las tierras de sus tomates hasta donde estaban sus paisanos, se puso por delante de él y hablando a la masa le dijo:
- Paisanos, un momento que todo esto tiene arreglo. Lo que ha pasado aquí no es grave sino una cosa que le puede ocurrir a cualquiera que venga con la buena voluntad y fe con que ha venido este señor. Esto es un percance insignificante que hay que perdonar como corresponde a la buena gente que siempre nosotros hemos sido. Este hombre quiere interesarse por nuestras cosas y ello ya merece un respeto y que lo acojamos con cariño.
- ¡Bien, eso está bien! Venga ¿qué más cosas?

- Pues fijaros: yo he pensado que nunca en la vida se nos ha presentado una oportunidad tan bonita como esta. En estos momentos tenemos la posibilidad en nuestras manos de poder conseguir para la tierra lo que nunca se logró y desde hace tanto tiempo buscamos.
- ¿Qué vamos a conseguir?
- Todos nosotros, todos los que ahora mismo estamos aquí, nos vamos a sentar unos minutos para redactar un documento. En él vamos a poner esa lista de cosas que necesitamos y creemos son buenas para nuestra tierra. Una vez redactado, escrito y firmado por cada uno de los que estamos presentes, los vecinos de estas aldeas y los que realmente somos los importantes, se lo vamos a entregar a este señor. Con ese documento en las manos, escrito y firmado, este señor se va a comprometer desde ahora mismo a cumplir lo que ahí le pedimos. ¿Verdad señor?
- Bueno, lo que decía no es eso. Yo quería arreglaros muchas cosas y traer gran progreso pero a mi modo y sin que vosotros lo propongáis por escrito.

- Pero señor, los que vamos a votar y los que luego vamos a pagar el sueldo de usted y de otros muchos,

somos nosotros. Es lógico que también seamos nosotros los que le digamos a usted aquello que hay que hacer.

- No estoy muy de acuerdo pero en fin: como necesito vuestros votos, tendré que demostraros que mis intenciones son buenas.

- Si eso lo sabemos nosotros, lo que sucede es que cuando pasa el tiempo, luego las cosas se olvidan y los dineros se gastan en lo que ni hace falta ni tampoco se había dicho. Nosotros ahora nos fiamos y como usted viene dispuesto a trabajar por estas tierras, porque para eso lo vamos a votar y luego le vamos a pagar sueldo, despacho, coche oficial y demás, usted se lleva por escrito y firmado, las cosas para que no se les olviden y ya verá qué bien va todo.

- Es que esto no era lo que decía.

- Es lo mismo que decía, sólo que con la garantía y firma de cada uno de los que le vamos a votar.

- En fin, para empezar y sin que me comprometa a nada, venga comenzar a redactar el documento.

El hombre de la huerta buscó por allí papel y bolígrafo y buscó también a uno que supiera escribir bien y empezó a dictarle el documento. Unos y otros comenzaron a decir cosas y la primera parte del

documento quedó muy bonita. Pasado un rato y antes de avanzar más, se pararon y leyeron lo ya escrito. Luego le preguntaron al señor.

- ¿Qué le parece?

- Mosqueado estoy ya pero seguid a ver por dónde vais a salir.

- Usted tranquilo que ya verá la de cosas interesante que le vamos a pedir.

Siguieron poniendo nombres y necesidades sobre el papel y cuando pasó un largo rato, dijeron que era punto y final.

- ¿Qué le parece, señor?

- Una barbaridad pero que en el fondo venís a decir lo mismo que yo os estaba anunciando antes.

- De todos modos, de esta gran idea ahora vamos a resumir los puntos principales. Vamos a dejar claro por dónde hay que empezar a trabajar y para cuándo han de estar cumplidos cada uno de estos apartados concretos.

- Esto último es lo que ya no me gusta. Si vosotros me dejáis cumplir a mí, será mejor, porque alguna libertad debo tener.

- Va a tener toda la libertad del mundo pero nosotros guardamos el papel escrito y firmado por usted y de vez

en cuando nos reuniremos para ver cómo van los compromisos.
- De todos modos, ahora vamos a hacer lo siguiente: vosotros me dejáis a mí ese papel vuestro, me lo llevo, lo estudio despacio, amarrando o quitando aquello que crea que puede ser para mejorar aún más las cosas y dentro de unos días, antes de las votaciones, vuelvo por aquí ¿Vale?
- Sí que vale pero sea valiente y no se raje. Nosotros le vamos a votar.
Gritaron a coro todos los allí congregados.
- Yo soy de los que dan la cara y no como otros. Ya veréis como no me rajo.
- Eso es lo que queremos: que nos gobierne un buen personaje y con mucha categoría. Uno que sea de nosotros y que luego no se venda por cuatro pesetas ni se someta a los de arriba.
- Ese soy yo, ya lo veréis.
- Bueno, pues señor, que a usted le vaya bien y ya sabe a dónde nos tiene para lo que necesite de nosotros. Duerma tranquilo y sepa que cuenta con nuestro cariño y apoyo si de verdad es de los nuestros.
- Hasta otra y quedad con Dios.
- ¡Que vuelva!

- Volveré.

Pero no volvió. Pasado aquel trance que en el fondo debió ser bastante amargo para el hombre, salió de las tierras de la huerta, se subió en el coche siempre rodeado de los cuatro o cinco que le seguían y desapareció. Cuando ya arrancó el vehículo, las personas allí reunidas le aplaudieron y aquello fue con bastante sinceridad.

- si vuelve y de verdad nos demuestra que es uno de nosotros, lo votaremos.

- Claro que sí.

Comentaban unos y otros ahora que ya se habían quedado solos. Pero el señor de turno, no volvió. Pasaron los días y aunque en el fondo todos esperábamos que volviera para convencernos de su buena voluntad y que de verdad quería hacer cosas por estas aldeas, aquel hombre no volvió más por aquí. Cosa que nos sentó mal a todos porque una vez más comprobamos que ellos lo único que buscan es sacarnos el voto. Todo eso de que le interesan nuestras cosas y de que van a hacer esto y lo otro, es puro cuento.

A MEDIA MAÑANA

¿Ves? Ahora que ha llegado el mes de marzo, a media mañana, has subido al cerro que tanto te gusta. El que está enfrentado al sol y en medio tiene un peñasco redondo. Te sientas en él y miras al barranco que se abre a tus pies. Fíjate qué sereno está el campo, con sólo algún pajarillo que canta por entre las encinas de la ladera y la brizna de viento que corre, sin moverse. ¿Verdad que aunque parece un día triste, es bello?

Mira el cerro que te queda enfrente, lo cubierto que está de monte oscuro. La sombra que proyecta la luz de la mañana, se derrama sobre el espeso bosque y al mezclarse con la bruma que sube del valle, los rayos oro del sol que le entra por la cumbre y el frío que corre, se tornan misterio. Trescientos metros por debajo de aquel pino, el arroyo que desciende por la ladera, no se funde con el río que corre por nuestra derecha. Se hunde por el barranco profundo y saltando paredones rocosos, se pierde en la lejanía en busca del otro gran río que atraviesa el valle.

Allí mismo se ve una casita blanca, ya casi caída de tan vieja. La construyeron las gentes que vivía en

estas sierras y luego la tuvieron que dejar. Las personas que pertenecen a los paisajes de estos montes y que un día llegaron para ocuparlos, desde entonces no han dejado de irse. Eternamente se están yendo, y no por su gusto, y dejando señales de su presencia para que su recuerdo no muera nunca. La casita ya está medio caída o más bien, caída del todo porque la hierba y el monte, crece en la misma tierra donde se apoyaban las paredes. Lo lleno de presencia que está el campo a pesar de tanta soledad y lo claro que se les ve a ellos a pesar de su ausencia. ¿Y a que parece que el misterio, aunque se mueve por aquí cerca, se esconde al otro lado de la cumbre?

El misterio, cuyo color desconocemos por completo y por cuyos paisajes jamás hemos pisado pero cuya belleza intuimos en este momento ¡qué bello y qué dulce sabe en estas horas tiernas del mes de marzo! ¿Verdad que allí se encuentra el final de la meta? Pero ahora mismo, ¿a que parece que no deseas irte? ¿A que pasa el tiempo y no lo sientes? Fíjate que sencillo y a la vez que rotundo: Cuando creíamos que íbamos a estar tres días subiendo montañas, en busca del aire limpio y la libertad de los horizontes lejanos, ya lo ves: desde este

peñasco redondo, alzado sobre el barranco y frente a la mañana, lo tenemos todo. ¡Qué gozo! ¿Verdad?

LOS AMIGOS DEL NIÑO

El rincón es un pequeño paraíso donde el cortijo se aplasta pegado a las rocas del Castellón del Valle; la pradera lo rodea por el lado de arriba con el arroyuelo que lo atraviesa y el bosque de pinos lo arropa por el oriente. Un pequeño universo revestido de zarzas con moras negras y perfumado con el penetrante aroma de mejorana verde. El rincón, de tan recogido y sutilmente modelado, más parece sueño que otra realidad.

El niño sabes, sin darse cuenta, que las cosas son bonitas y aunque todo parezca juego, tienen su ternura y encierran su valor. Sus ojos se lo dicen y en su alma él lo nota. Por eso aquel verano el niño tenía tres amigos: la rana del charco en el arroyuelo de la pradera, el pollito de perdiz que había empollado una de las gallinas del cortijo y la araña del enebro del charco de la rana. El polluelo de perdiz aún no volaba y ya el niño se lo lleva a jugar con él junto al enebro de la araña y el charco de la rana. Su gozo era ver al polluelo irse detrás de los mosquitos, dar el salto y cazarlos al vuelo.

- ¡Uno menos!
Decía y el siguiente era para la rana; saltaba fuera del charco, se iba por la pradera y mosquito que pasaba volando, si al pollo se le escapaba, lo atrapaba la rana. Pero alguno volaba más alto y al pasar por el enebro se enredaba en la tela que la araña había tejido de una rama a otra y allí se quedaba y éste era para la araña.

Se pasaba el día entero el niño enredado en la emoción de aquel juego, llamando a sus amigos a cada uno por su nombre y cogiendo en sus manos tanto al pollito de perdiz como a la rana. Pero el padre del niño un día prendió fuego al lindazo que baja del cortijo y se junta con el arroyo. Era un fuego pequeño y controlado con el único deseo de quitar de en medio algunas malas hierbas; mas las llamas se fueron por el pasto de la pradera y aunque el padre acudió rápido y en menos de media hora lo sofocó, el fuego quemó casi toda la llanura por donde el niño compartía los juegos con sus amigos.

Y como en la llanura, atrapando sus mosquitos, estaba tanto el pollito como la rana y la araña en su mata de enebro, los tres ardieron.
- ¡Pero, papá ¿no ves qué pena?

Dijo el niño casi llorando frente a los cadáveres carbonizados de sus tres amigos.
- ¡Lo siento hijo! Fue sin querer y aunque he luchado para controlarlo no pude apagarlo a tiempo.
- Pero papá, el fuego acaba con la vida de los animales del bosque; son inocentes estos muertos y fíjate cuánta tristeza queda ahora por aquí.
- ¡Ya te he dicho que lo siento, hijo!

El niño no es consciente de la grandeza en los tallos de la hierba verde. No puede saber el valor profundo del agua transparente. No comprende las maravillas que la creación concentra en las gotas del rocío, ni tampoco sabe que es gran cosa el viento meciendo las ramas de los árboles. El niño es pequeño y su mente no comprende los misterios aunque estos sean sencillos. Pero él sí sabe, sin ser consciente, que hay mucha belleza en la llanura y el monte que en ella crece. Sus ojos la perciben y como el alma es pequeña, todo lo reduce a juego. Puro juego todo el universo que le rodea y el mundo entero pero perfectamente construido y hermosamente engalanado sólo para que él lo goce. Por eso sabe, sin ser consciente, que ahí respira Dios y que eso es cosa grande que no se puede romper ni tratar sin

cariño. Todo él, sin saberlo sabe, que es cosa muy importante tanto el ruiseñor que canta en las zarzas como el chorrillo que atraviesa la llanura.

LA TIA DOROTEA

- Te preguntaba por el cortijo de la Tía Dorotea.
- ¿Qué quieres saber de él?
- Pues que llevo mirando todo el roto por esa ladera y no acabo de verlo por ningún sitio. ¿Dónde se encuentra?
- Su cortijo no se ve desde el valle. Nos lo tapa el voladero por donde se despeña la cascada del Fraile. Hay que subir, remontar la primera parte de la ladera y a pesar de eso, lo verás justo cuando ya estés encima.

- Y Fuente de Piedra ¿por dónde cae?
- Más arriba de donde se ve la roca del Fraile.
- ¡Qué nombre tan bonito y contundente es Fuente de Piedra ¿verdad?
- Lo es y, sin embargo, un día lo adulteraron cuando lo cogieron para ponérselo al grupo de apartamentos que construyeron subiendo el valle del Guadalquivir. Aquello primero fue un centro de toxicómanos y luego cambiaron de tema: para los turistas. ¿Sabes tú a quién se le corrió la idea de llevarse allí tan estupendo nombre?

- Me lo imagino y mejor no decir nada. Yo tengo entendido que desde esta carretera de asfalto, sube o subía una senda que iba derecha al cortijo de la Tía Dorotea. De la senda y del rincón me gustaría oírte unas palabras.
- Ya sé lo que te pasa.
- ¿Qué me pasa?

- Que como el lugar no lo tienes andado, te grita dentro y te mueres de ganas por conocerlo. La Tía Dorotea es para ti un personaje muy singular pero como ni la conoces ni conoces a fondo cómo y dónde vivió y quieres saber y contar muchas cosas de su vida, te encuentras como sin tierra bajo los pies. ¿No es verdad?
- Algo de verdad sí es. En el fondo me gustaría tener registrado dentro de mí lo que acabas de contarme. Me gustaría saber por qué punto exacto subía la senda que desde el valle iba al cortijo. Me gustaría encontrarme por donde se muere el cortijo. Oler el rincón y palpar la ausencia. Verla con mis propios ojos caminando por aquellas tierras, ahora desde aquí desconocidas y lejanas. Me gustaría calentarme con ella junto al fuego de la chimenea, abrazados por aquella soledad y aquel silencio y se fuera posible, también me gustaría oír de sus labios las cosas que ella ha vivido. Si fuera posible hacer

un poco míos, los sueños que ella tuvo y los sinsabores que el tiempo le fue dejando. No sé por qué, desde que el primer día oí hablar de ella, la siento como a la gran heroína de las sierras que ahora pisamos. Es un símbolo para mí aunque tan ignorada sea de tantos. ¿Tan sola vivió esa mujer, sus últimos años?

- Se puede decir que sí vivió sola pero fue una decisión suya que tomó desde su libertad y la asumió llena de gozo hasta el último día. ¿Quieres que te cuente la última decisión de su vida?

- Quiero que me la cuentes. ¿Cuál fue la última decisión?

- Tendría ella muy claro en su cabeza las cosas y en el fondo sabía bien lo que quería, porque de otro modo no se explica lo que hizo. Nadie llegamos nunca a comprenderlo aunque sí respetamos y aceptamos aquella decisión que le llevó a la soledad más absoluta hasta el día final. Pero a una soledad gozosa que más de uno hemos envidiado muchas veces. Esa mujer fue una héroe y a demás una santa.

El caso es que como se hacía vieja porque el tiempo no pasa sin dejar huellas y vivía tan sola, a todos nos preocupaba que un día le pasara algo. En una

ocasión, ahí, a Los Casares, vinieron las señoritas de Los Parras. Y una de ellas que era una estupenda persona, doña María que es como se llamaba, ya andaba desde hacía algún tiempo preocupada por la soledad de la Tía Dorotea. Le preocupaba a ella mucho que la mujer siendo ya tan mayor, viviera sola en un monte tan agreste y grande como era este.
- La pobre mujer, un día de estos, cuando menos lo esperemos, le va a pasar algo y sola como está, a ver quien le ayuda.
Decía una y otra vez la señorita.

- En eso tiene usted mucha razón y nosotros somos los que de alguna manera deberíamos tomar medidas.
Le contestaba doña Carmen, la hermana de Genarito que también era de Orcera.
- Pues hoy tenemos que subir al cortijo de la Tía Dorotea a ver si la convencemos y se viene con nosotros a la casa del pueblo.
Decía doña María.
- La idea es estupenda porque, además, es una gran obra de caridad pero ya verá usted, señorita, como la abuela

no quiere y si acaso logra convencerla, ya verá como otra vez se vuelve ella a su cortijo.
Le decía el mayoral de las cabras.
- De todos modos tenemos que intentarlo porque la pobre mujer allí sola corre peligro.
- Pues siendo así, estoy dispuesto a echar una mano en lo que la señorita necesite.
- Por ahora, lo único que necesitamos es que nos acompañes hasta el cortijo. Tú sabes por dónde va la senda y como conoces bien el terreno, seguro que llegamos hasta su cortijo porque nosotras solas ¿a dónde vamos por estas tierras tan llenas de monte y escarpadas?
- Eso está hecho. Les acompaño a ustedes hasta el cortijo de la Tía Dorotea porque también estoy muy de acuerdo en hacer algo por la mujer antes de que un día se muera en la pobreza y sin compañía de nadie.

Así que aquel día salieron temprano del cortijo de Los Casares y se pusieron en camino monte arriba en busca de la abuela. Estaba ya yéndose la primavera y entrando el verano y por eso en cuanto el sol se alzaba en el cielo pegaba fuerte sobre la solana. De aquí que ellos procurasen salir muy temprano a fin de llegar pronto y

volver para medio día a comer a Los Casares. También por esto aquella mañana era todo un espectáculo esta amplia ladera. Las vacas mugían y pastaban por las cañadas, los rebaños de cabras balaban atravesando los madroñales y las manadas de ovejas subían o bajaban buscando las mejores praderas junto a las corrientes de los arroyos.

Los tres se pusieron en camino ladera arriba guiados por el mayoral de las cabras y como la señorita María aunque era una excelente persona, no estaba acostumbrada ni a las sendas ni a las cuestas de estos montes, pronto tuvo problemas.

- ¿Qué le pasa a usted, señorita?

Preguntó enseguida el mayoral.

- Como estás viendo, se me han roto los zapatos y los pies me duelen tanto que no puedo ni dar un paso.

- Si quiere nos volvemos y otro día subimos cuando tengamos mejor preparación.

- Eso ni hablar. Hoy tenemos que llegar hasta el cortijo de la abuela aunque a mí se me llenen los pies de heridas.

- Pero sin calzado no se puede andar por estos montes.

- Vosotros los serranos, ahora ya no pero en otros tiempos sí, os movíais por aquí con toda agilidad, con los

pies cubiertos por simples esparteñas y además de ser felices, caminabais por estas sendas a diario venciéndolas un día y otro sin problemas.
- Pero no es lo mismo, señorita. Usted no está acostumbrada a andar por el monte y es normal que hoy esta subida le resulte dura. Si usted quiere el problema de su calzado lo arreglo enseguida.
- ¿Qué se puede hacer?
- Le dejo mis zapatos que casi son de la misma medida. Usted se los pone y ya verá como seguimos subiendo y llegamos al cortijo.

A doña María le gustó la idea y por eso no tardó en ponerse los zapatos del mayoral. A media ladera, bajo la sombra de un pino, se sentaron y mientras él se quitaba los zapatos de esparto y ella se los iba poniendo, a la mente de doña María acudió la imagen del tesoro de la abuelita.
- ¿Es verdad o no?
Le preguntaba al mayoral.
- ¿Por qué me lo pregunta?
- Es que lo he oído bastantes veces de unos y otros y claro, aunque no le doy crédito, al final una llega a dudar.

Ahora que tengo la oportunidad te lo pregunto a ti porque creo que tú sí estarás bien informado del asunto.

- Pues mire usted señorita, lo que sé es poca cosa y desde luego todo también pura habladuría porque el tesoro de la Tía Dorotea yo no lo he visto nunca y creo que tampoco lo ha visto ni tocado nadie.

- Y lo que tú sabes ¿ qué es?

- Sé que ella, al parecer, andando un día por estos montes se tropezó con unas rocas muy raras que nunca nadie había visto y que eran unas piedras preciosas. Dicen que eran unos trozos de piedras que brillaban como el cristal, con la superficie pulida, tan suave como la espuma y transparentes como el viento. Unas piedras en forma de cristales de un kilo o así de peso y que se encontraban sueltas en una ladera oculta entre el monte. Allí mismo y más abajo, también encontró ella otras pocas piedras preciosas, transparentes y brillantes como las primeras pero estas de color morado intenso. Según yo he oído decir, ella cogió sólo unas cuantas y se las trajo a su cortijo. En el lugar de hallazgo se dejó las demás pensando que un día, nadie sabe cuando, volvería a por ellas para decírselo luego a todo el mundo y si de verdad esas piedras son preciosas, venderlas y hacerse rica.

Esto es lo que a mí me dijeron unos y otros, cosa que nunca llegué a creer del todo ni tampoco pongo en duda. Por que ¿quién sabe si pudiera ser verdad lo del tesoro?

- Ya te digo que también lo he oído pero claro, piedras preciosas aquí en estos montes nunca se dieron y por otro lado, si tanto se habla, mientras no se compruebe a fondo ¿cómo negarlo?

- Yo estoy pensando que como usted es una persona muy bien educada y sabe cómo tratar a la abuelita, cuando lleguemos le puede preguntar del tema y a lo mejor ella se anima y nos lo cuenta. ¿Qué le parece?

- Me parece bien pero ten en cuanta que mi interés en ir hasta el cortijo y verla ya sabes que es por otro asunto. Quiero conocerla a ver si se viene con nosotros a Orcera donde la vamos a ofrecer una casa, cama, comida y cuidados para que a su vejez ya no esté tan sola en este monte y esta vida. ¿Crees tú que ella se vendrá?

- Yo creo que no. A ella como a todos los auténticos serranos, le resulta más que duro, casi imposible dejar el rincón donde en estas sierras ha vivido toda la vida. Los demás valores y cosas de la tierra no tienen interés para una persona como la abuelita. Los serranos, los auténticos hombres y mujeres de estas sierras, siempre

hemos llevado dentro estos valores y eso no hay cosa en el mundo que lo cambie. Habremos sido más pobre y hasta con menos formación que otras personas pero a valores humanos llenos de sincero amor, nadie nunca en el mundo nos podrá ganar.
- En fin, cuando lleguemos y le hablemos veremos lo que ella piensa y hace.

Así que una vez descansada y con los zapatos repuestos, el mayoral de las cabras, la señorita María y la mujer de Genarito, siguieron subiendo por la senda que surca el monte en busca del cortijo perdido, como ellas lo llamaban. Pero como esta ladera es tan larga y tan mala y tan áspera de andar, media hora más tarde, doña Carmen, la mujer de Genarito, ya no podía más.
- ¿Qué le pasa señora?
Le pregunta de nuevo el mayoral.
- Pues que estoy tan agotada que no puedo con mi cuerpo. La subida de esta cuesta es más dura de lo que yo pensaba.
- Si pudiera hacer un esfuerzo, en nada de tiempo estaríamos en el cortijo que buscamos.
- Lo siento pero en estos momentos no tengo fuerzas ni para dar tres pasos más.

- Pues nos volvemos.
- De eso nada. Ya que hemos llegado hasta estas alturas tenemos que seguir.

A mí me dejáis en la sombra de estos pinos y aquí os espero. Vosotros seguí porque ella necesita de compañía humana y si lográis que se venga, daremos por bien sufrido este esfuerzo nuestro.
- Lo que usted quiera señora. Si a la señorita le parece bien nosotros seguimos y si usted se queda le voy a decir que no se mueva de la sombra de este pino no sea que se meta por el monte y se despeña por algún barranco de estos. Usted quédese aquí a la sombra, respirando el aire fresco que sube del valle y gozando de la hermosa panorámica y cuando volvamos, regresamos todos juntos. Sola no se va a quedar porque a mi perra le voy a pedir que se esté aquí con usted dándole compañía y ya ve que las vacas también pastan por aquel barranco que aunque parezca que no, los animales también acompañan.
- Yo haré caso a lo que usted me diga y aquí me quedaré esperando y Dios quiera que los resultados sean buenos.
El mayoral miró a la perra grande y le dijo: “Aquí te quedas con el ama y ya sabes, cuídala que no le pase

nada". El animal parece que comprendió lo que le decía su dueño.

Así que la señorita María y el mayoral de las cabras siguieron subiendo ya bastante más reconfortados porque el cortijo no quedaba lejos y tampoco tenía mucha complicación el trozo que faltaba. En unos minutos remontaron una lomilla, atravesaron un buen trozo de bosque, alcanzaron una reducida repisa y ya tenían antes sus ojos el cortijillo de la abuela.

- Ya verá usted que sorpresa se va a llevar cuando nos vea porque como no nos espera y como por el lugar viene tan poca gente, sin duda que no se lo va a creer.

Le decía el mayoral a la señorita.

- Y no sé porque pero hasta me siento alegre de este encuentro con ella. Debe ser tan buena esta abuelita y debe sentirse tan sola que hasta siento gozo de este encuentro.

Comentaba la señorita.

Y así fue: la abuela estaba sentada frente a la lumbre de la chimenea cuando ellos entraron al cortijo y la cogieron desprevenida.

- Somos gente de paz, Tía Dorotea.

Le dijo el mayoral acercándose a ella y besándola. Se volvió la abuelita y nerviosa le dijo:
- Yo te conozco a ti y me alegro que vuelvas por mi cortijo pero a esta señorita no la conozco de nada. ¿Quién es?
- Es la señorita María que ha tenido el gusto de venir hoy hasta tu cortijo porque quería conocerte y darte un rato de compañía.
- Pues hija mía, yo ni tengo nada qué ofrecerte ni te puedo enseñar nada porque ya ves qué chico es mi cortijo y qué pocas cosas hay en él. Un cuartucho con mi cama, una mesa destartalada, una silla y la lumbre que siempre arde porque es la única compañía que tengo. Así que bien venida a mi cortijo y siéntate frente a la lumbre que es lo único que puedo ofrecerte y un baso de agua fresca si quieres.

- Tía Dorotea, yo estoy encantada sólo con estar aquí junto a usted y por eso todo lo demás me sobra. Hemos venido nada más que para estar un rato en su cortijo y con usted y charlar de algunas cosas y como ya estoy en su casa y la tengo aquí a mi lado, me sobra cualquier otra cosa. No necesito de nada en absoluto porque no venía yo buscando sino su presencia y el calor

de este pequeño pero hermoso cortijo con su lumbre y la paz que en él se respira.
Le dijo la señorita María.
- Pues gracias, hija mía, por tu generosidad que ya veo que es como la de todos los jóvenes de hoy en día, sincera y noble. Una no se merece tantas atenciones porque una no hizo nunca nada en la vida por los demás y fíjate que ahora, que soy mayor, todo el mundo os preocupáis por mí como si yo fuera importante. Todos los jóvenes de hoy tenéis muy buen corazón y sois tan generosos conmigo que en ocasiones hasta me siento avergonzada. ¿Por qué te has tomado tantas molestias en subir ese camino tan malo?
- Tía Dorotea, es que ya le he dicho que teníamos interés en conocerla y estar aquí un rato a su lado para charla de algunas cosas.
- La verdad es que no sé de qué cosas vamos a charlar.
- Podemos hablar primero de sus cosas y luego yo le contaré un plan que desde hace tiempo estoy pensando.
- Pues de mis cosas, como no te cuente los ratos que me paso buscando níscalos y caracoles que luego llevo a los que viven por el Cerezuelo. Como no te cuente lo buenas que son esas personas conmigo que cada vez que voy por allí me dan tantas comida que luego tengo que dar

dos viajes para subirlas a mi cortijo. Como no te cuente que ellos me repiten una vez y otra que deje de vivir sola en este cortijo porque algún día me va a pasar algo. Como no te cuente alguna de estas cosas, no sé de qué puedo hablar contigo a no ser que te cuente el sueño que tanto se me repite una vez y otra.

- ¿Y cual ese sueño, Tía Dorotea?

- Pues mira, los sueño casi todas las noches desde que me quedé a vivir sola en este cortijo y en él siempre veo algo que en la realidad de mi vida nunca vi con estos ojos.

- ¿Qué es lo que ve?

- Lo primero una gran montaña que se parece a esta donde vivo pero que es más grande y con paisajes y laderas distintas. Y sobre la gran montaña, arriba, casi en la cumbre, siempre veo a una manada de búfalos que viven como si estuvieran encerrados, pastando en las praderas que sobre la cumbre tiene esa gran montaña y nunca pueden bajar a los pastos de la llanura.

- ¿Por qué no pueden bajar a los pastos de bajos?

- Primero porque unas grandes paredes de rocas se lo impiden y segundo, porque también se lo impide un grupo de hombres que guardan la montaña.

En una ocasión, en mi sueño, le pregunté a uno de estos hombres por qué forzaban a los animales a vivir sobre la cumbre de la montaña donde aunque tienen praderas, las que hay por las partes bajas también son muy buenas y están repletas de finas hojas de hierba ¿y sabes lo que me dijo?

- ¿Qué le dijo?

- Pues que no dejaban que los animales bajaran a las praderas de las laderas y del valle porque todas las tierras eran para los turistas. "Los animales que ahora pastan por la cumbre de esta montaña, son una reserva que hemos acorralado en las alturas para que no se acaben y donde los turistas no llegan tanto. Es decir: las cumbres para los animales de donde no pueden salir porque todas las otras tierras de las zonas medias y los valles son para los turistas que desde aquí los observan tranquilos pastando por la tierra de la cumbre".

Esto fue lo que me dijo aquel hombre cuando le pregunté y la verdad es que ni me gustó su respuesta ni me gustó ver lo que con esos animales han hecho. Los han dejado aislados sobre las cumbres, cerrándoles todas las puertas hacia otras tierras como si fueran piezas de

museo que quieren conservar pero privándolos de vida. ¿Tú crees que eso está bien?
- Yo creo que no porque el turismo será importante pero quitarle las tierras a los animales para dejarlos encerrados entre las rocas de la cumbre a fin de tener ahí unas cuantas piezas de museo, tampoco me parece bien. Pero en fin, vamos a lo nuestro.
- ¿Y qué es lo nuestro, hija mía?
- Pues que a mí me gustaría que usted se viniera conmigo a vivir a mi casa.

Cuando la señorita María terminó de pronunciar estas palabras, la Tía Dorotea la miró y no respondió enseguida, sino que guardó silencio y durante un rato permaneció pensativa. Como si buscara alguna vivencia entre sus recuerdos sobre la cual apoyarse para desde ella responder. También la señorita María empezó a preocuparse un poco, ante la duda de si habría molestado o no a la abuelita con aquella proposición suya. Miró al mayoral como esperando que él le echara una mano y al instante se fijó en la abuelita otra vez y le dijo:
- Bueno, lo que acabo de decir no tiene por qué ser respondido ni ejecutado ahora mismo. Usted se lo piensa con todo el tiempo que necesite y cuando luego otro día

volvamos por aquí, me dice si quiere o no venirse a la casa que tenemos en Orcera.

- La verdad es que yo te agradezco la generosidad y el cariño que sientes por mí pero creo que la respuesta te la puedo dar ahora mismo.

- ¿Y cual es la respuesta?

- Pues que si me fuera con vosotros a vivir a ese pueblo no me sentiría feliz del todo. A mí nunca en la vida me gustó ni molestar ni ser una carga para nadie. Aunque vosotros seáis muy buenos amigos, pienso que no dejaré de ser una molestia en la casa. Estaréis pendientes de mí para la comida, el vestido, si hace o no, frío o calor... en fin, un montón de detalles que a la larga serán molestos para vosotros. Y por otro lado también estoy pensando que si no me encuentro agusto, por lo que ya antes te he dicho, y porque aquel no es mi mundo, ¿quién puede asegurar que un día no me saldré de aquella casa vuestra y sin deciros nada me vuelvo otra vez a este cortijo?

- Tía Dorotea, si eso ocurriera nadie se iba a enfadar con usted. Comprendemos que está en su derecho y que sus cosas y sus recuerdos son más fuertes que cuanto nosotros podamos ofrecerle.

- Pero tú fíjate la faena que yo iba a cometer y a vosotros que tan bien os estáis portando conmigo.

Por eso ya te decía que es mejor no irme con vosotros a esa casa que tenéis en Orcera. Yo ya estoy muy acostumbrada a vivir en este cortijo aquí encima de la ladera y entre el monte. Tan acostumbrada estoy ya a la lumbre y al candil que el problema para mí iba a ser lo contrario: hacerme a la luz eléctrica y esas comodidades que ponen en vuestras casas. Yo sé que iba a echar de menos el calor de esta lumbre con la chimenea y el chisporrotear de los tizones ardiendo lentamente. Tampoco me iba a sentir bien en una cama con finas sábanas ni en un cuarto de baño con grifos y lavabos como y todas las cosas que vosotros tenéis.

Yo estoy muy acostumbrada a este cuartucho mío y a lavarme de vez en cuando, en el charco del arroyo que corre por aquí y te aseguro que esto no es ningún sacrificio para mí. Tan poco es ningún sacrificio levantarme cada día al salir el sol, encender la lumbre, darle de comer a las cuatro gallinas, ir a la huerta a regarla, salir al monte a recoger leña, ordeñar las cabras y recoger piñas secas para cuando llegue el invierno. Tan acostumbrada estoy a estas cosas y tantas veces las he hecho a lo largo de mi vida, que si ahora me faltan, creo

que me aburriría mucho. Y sé que tú estás pensando que con mis años, algún día me faltarán las fuerzas para arreglarme sola. También he pensando eso pero como mi vida y mi suerte, desde hace tiempo, la tengo en las manos del Señor, yo confío en que El vaya cuidando de mí hasta el día en que decida llevarme a su lado. Y ya termino. No tengo nada más que decirte sino que te agradezco tu sincera muestra de cariño para conmigo.

Al terminar la abuelita de pronunciar estas palabras, la señorita María, durante un rato permaneció en silencio. No sabía qué decirle por la gran claridad con que la Tía Dorotea se había expresado. Miró al mayoral y con gestos, éste le dijo que no siguiera insistiendo, se dirigió de nuevo a la abuelita para decirle:

- De todos modos usted puede seguir pensándolo. Si algún día quiere venirse no tiene nada más que decirlo.

- Como ya sé que vosotros me queréis y como el mayoral viene por aquí de vez en cuando, pues si cambio de opinión, a través de él os lo digo.

- En eso quedamos y ahora ya nos vamos que en la sombra del camino, en mitad de la cuesta, nos espera dona Carmen.

- Pero ya que estáis aquí tenéis que compartir conmigo un tazón de leche. Es de mi cabra y está recién ordeñada.
- Lo aceptamos Tía Dorotea pero no queremos ser ni pesados ni gravosos para usted.
- Me estáis dando compañía y eso es muy importante para mí.

Y sin más, los tres se sentaron frente al fuego de la chimenea donde, en una hoya de barro, la abuelita tenía calentita la leche. Echó una poca en los tazones también de barro y mientras se la iban tomando hablaron de la huerta, del cortijo tan solitario en aquel monte, del trozo de pared que el último invierno se le había caído por el lado del arroyo, de los ciervos que cada noche bajaban y se comían las lechugas y los árboles frutales, de las nogueras viejas que este año no han dando nueces porque los hielos la habían quemado.
- Cuando ya tenían las hojas y las flores brotadas, porque la primavera se madrugó, vinieron unos días de frío y quemó todos los brotes nuevos y todas las flores.
Decía la Tía Dorotea.

Hablaron también de los caracoles, de los espárragos que por todo aquel monte crecían, de los

nidos de perdiz al llegar la primavera, de las nieves, de las lluvias y la crecida de los arroyos y cuando ya iba llegando el día a su centro, el mayoral y la señorita se despidieron de ella.

- Que volváis.

- Volveremos otro día y nos estaremos aquí más rato.

Le decían ellos.

Emprendieron por el camino ladera abajo y en cuanto empezaron a alejarse, comenzaron a comentar las impresiones que la abuela había dejado sobre sus almas.

- Lo feliz que es y lo llena de paz que se encuentra a pesar de que se puede creer lo contrario.

- Es lo que la mayoría de nosotros nos decimos y por estas razones la respetamos tanto, dejándola con sus cosas y su mundo a pesar del peligro real que tiene esta realidad suya.

Decía el mayoral. Y en estos momentos sientes voces.

- ¡Espera!

Exclama la señorita María. Detuvieron el paso y atentos escucharon a ver qué pasaba. Oyeron otra vez un fuerte grito y ahora con más claridad.

- ¡Es doña Carmen!

Dijo el mayoral.

- ¿Qué le pasará? Parece como si estuviera en apuros.
- Bajemos aprisa no sea que le ocurra algo.

Ambos descendieron rápidos por aquella senda, atropellando monte y cuando trazaron la curva del pino grande, la vieron. Doña Carmen estaba acurrucada contra el tronco del árbol, defendida por la perra del mayoral que reculada en sus pies hacía cara a todo lo que se acercaba a doña Carmen mientras ella gritaba llena de miedo.

- ¿Qué ha pasado?

Preguntó enseguida el mayoral nada más estar al lado de ella.

- Pues que una vaca me ha atacado.
- Pero si estas vacas no son bravas.
- No serán bravas pero yo me he salvado de milagro. Si no llega a ser por la perra ahora estaría por el monte todo hecha polvo.
- Tranquilícese usted señora, que ahora ya estamos nosotros aquí para ayudarle con lo que haga falta. Pero me interesa saber qué es lo que ha pasado y cómo porque hasta hoy tenía creído que mis vacas no envestían a la gente. Si resulta que sin saberlo yo en mi manada tengo algunas vacas bravas, tendré que tomar medidas

antes de que algún día ocurra lo peor. A ver, cuénteme usted cómo fue todo.

- Pues mire, mayoral: yo estaba sentada bajo la sombra del pino tal como me indicó cuando por aquí subíamos esta mañana. Tan agotada me encontraba que ni siquiera me apeteció levantarme para dar un paseo por aquí cerca. Y resulta que estando tan tranquila, de pronto, siento un gran tropel. Venía de allí, del lado del arroyo y claro, enseguida miré asustada y más me asusté cuando vi lo que era.

- ¿Qué era?

Preguntó impaciente la señorita María.

- Una enorme vaca que con la fuerza de un huracán, atravesaba el monte rugiendo en mi busca. Traía el rabo alzado, la cornamenta bien preparada hacía adelante y mientras mugía, se retorcía salvaje dando saltos por entre el monte y las rocas. Parecía como si me hubiera visto porque venía toda derecha a mí con la mala intención de llevarme por delante.

Me levanté asustada, me aplasté contra el tronco de este pino y menos mal que la perra enseguida la vio, salió a su encuentro y poniéndose delante de ella, le hizo

cara dando grande ladridos. Se ve que la vaca le teme a la perra y por eso torció su carrera y sin dejar el trotar endemoniado que traía, siguió saltando por entre el monte y se perdió ladera abajo. ¡Pero válgame el cielo qué susto al verla tan cerca y con la carrera que traía! Vamos que me hubiera lanzado por los aires y me hubiera tirado barranco abajo por este monte de no ser por la perra que me defendió.

- Bueno pero ya ha pasado todo, señora, y gracias a Dios que no ha ocurrido nada. Así que se puede tranquilizar porque, además, le voy a decir qué es lo que le ocurría a ese animal.

Al pronunciar estas palabras, tanto la señorita María como doña Carmen, se le quedaron mirando y ansiosas esperaban la explicación del mayoral.

- ¿Qué ha sido? ¿Por qué la vaca brava quiso atacarme?

- En primer lugar ni la vaca es brava ni le quiso atacar.

- ¿Entonces?

- Pues que al animal le ha picado la mosca, como le pica la mosca a todas las vacas en la época del calor y se puso a correr, que es lo que siempre ellas hacen para defenderse de la molesta picazón que el insecto le produce.

- Pero señor mayoral, eso “de picar” la mosca ¿qué es?
- Científicamente no sé explicarlo pero en mi lenguaje y en mi experiencia de todos los días, sí lo puedo describir. Lo de la mosca en las vacas, pues es eso: unas moscas grandes que atacan a los animales produciéndoles un escozor muy doloroso y por eso salen corriendo. Se les mete entre las pezuñas de los pies y en ahí donde les pica para chuparles la sangre. Al hincar el aguijón les inyectan un veneno que por lo visto debe ser muy doloroso y claro, como en esa parte del cuerpo las vacas no tienen ningún medio para espantar a las moscas, lo único que se les ocurre es salir corriendo. En esa huida loca y desesperante que parecen que van rabiosas, ellas siempre buscan la espesura del monte, los arroyos de aguas y las sombras de los árboles porque creen que de ese modo se quintan de encima la picazón de tan molesto insecto.

La vaca que hace un rato usted ha visto por aquí ni es brava ni venía con intención de atacarle, sino que corría con el rabo empinado y con la mosca entre las pezuñas. Seguro que el animal ni siquiera sabía que bajo este pino descansaba la señora, y claro, también se habrá llevado una sorpresa.

- Yo no sé si será así o no, el caso es que sino hubiera sido por la perra de usted la vaca me habría destrozado. Ya le digo que la perra se puso delante, haciéndole cara y ladrando de tal modo que si la vaca hubiera insistido acercase hasta mí, yo estoy segura que lo habría tenido que hacer por encima de la perra. Por eso le decía que este animal me ha salvado la vida. Su perra desde hoy pasa a ser mi amiga y tanto que hasta me atrevo a pedirle que me la regale para que me la lleve conmigo a mi casa.

Al oír estas palabras, el mayoral se sintió un poco preocupado. La hermosa perra que en estos momentos la señora Carmen quería para ella, porque un rato antes le había salvado la vida, era su mejor compañera también de toda la vida. Siempre que el mayoral iba por el monte cuidando las cabras, la perra le acompañaba y siempre que había que mover las cabras de acá para allá, era la perra la que se encargaba de conducirlas. Tan compenetrados estaban los tres, cabras, perra y mayoral, que sin tragedia ni violencia ninguna, todo funcionaba perfectamente. El mayoral daba las órdenes, la perra las ponía en práctica y las cabras obedecían con la más sabia inteligencia. Si ahora la señora se encaprichaba con la perra y se la llevaba a su casa, para él, iba a ser un

gran extravío. Pero como era la señora, si el mayoral se negaba al capricho, podría ella sentirse contrariedad. Por eso, bastante preocupado le dijo:

- Señora Carmen, desde hoy esta perra mía es suya y estoy segura que a ella también le gustará tener una nueva dueña como usted. Pero si me permite me voy a atrever a dar mi opinión.
- Te lo permito, ¿cual es tu opinión?
- Pues que como el animal se ha criado aquí conmigo, en medio del monte y junto a las vacas, si ahora, de la noche a la mañana, se la lleva a la casa suya de Orcera, puede sentirse extrañada.
- ¿Qué se le ocurre a usted que podemos hacer entonces?
- Como sé que usted ha quedado muy agradecida a esta perra por lo que ella ha hecho hoy defendiéndola, creo que lo mejor es eso: que a partir de este momento usted la considera suya propia y para siempre, cosas que ya verá, ella se lo va a agradecer desde el primer día pero vamos a dejarla como siempre estuvo, aquí conmigo, junto a las vacas y en la sierra y siempre que usted venga por aquí, se la lleva para donde quiera. Es decir: la perra es de su propiedad pero yo me encargo de cuidarla y

tenerla para que así no pierda ni su dueño primitivo ni su tierra de nacimiento. ¿Qué le parece?
- Pues que eso vamos a hacer. Yo creo que usted mejor que nadie la conoce y sabe cómo cuidarla pero tenga en cuenta que mientras viva tanto ella como yo, nos pertenecemos mutuamente. Nunca podré olvidar lo que hoy ha hecho por mí y del modo en que ha sido. Este animal es más noble e inteligente que una persona.
Fueron las últimas palabras de doña Carmen.

A partir de este momento, los tres y la perra detrás, siguieron bajando por la senda y una media hora después, ya estaban en la casa de Los Casares. Allí hablaron ellos del encuentro con la Tía Dorotea, de la vaca brava y la perra y del proyecto para el futuro que de todo aquello había brotado. Aquel día la tarde se les pasó rápida y en cuanto se hizo de noche, todo aquel valle y laderas, quedaron cubiertas por las nubes espesas y negras de una gran tormenta. Empezó a soplar el viento y a tronar a primera hora y antes de que la noche llegara a su centro, la lluvia comenzó a caer torrencialmente. En el cortijo, en su pequeño cortijo, la Tía Dorotea se despertó asustada y aunque enseguida se dijo que aquello era una

tormenta como tantas otras, al poco rato empezó a tener miedo.

Aquella tormenta no era como tantas otras. Llovía en forma de diluvio y soplaba el viento arrancando los tejados del cortijo y doblando el monte. Se llenó ella de miedo y mientras acurrucada junto a la cocina por donde le empezó a entrar el agua y la ponía empapada e inundaba el cortijo, la preocupación se le metió hasta en lo más hondo del alma. Miedo que no arrancaba ni de la lluvia que empezó a caerle por las tejas, sino del cambio.

“Después de esta tormenta mañana subirá aquí otra vez esa señorita y como va a ver el cortijo roto, inundado y sin ningunas tejas, quiera yo o no, me sacarán de aquí y me llevarán con ellos a su pueblo. Seguro que mañana sucederá eso y entonces me moriré de tristeza. ¿Qué haré en un pueblo extraño sin mi huerto, sin mis gallinas, sin mis cabras, sin mi sierra? Me moriré de pena sin remedio aunque ellos piensen que me están dando la felicidad. Sin nada que hacer, porque no me dejarán que haga nada, sin libertad para levantarme e ir donde quiera y sin animales ni monte, ¿cómo me voy a sentir feliz por más rodeada que me encuentre de personas y de

ciudades? Porque ellos lo primero que harán es no dejarme que haga nada. Como ya me ven mayor y por ello un poco inútil para hacer cosas, nadie querrá darme ningún trabajo y eso será mi muerte, mi tristeza y mi amargura".

Esto es lo que pensaba la Tía Dorotea, en la oscuridad de su cortijo mientras la tormenta descargaba y los truenos resonaban por los barrancos. Este era su miedo y su gran tragedia en el centro de la ladera, la densa oscuridad de la noche y en la lejanía de aquel cortijo perdido en el monte.

"Así que antes de que esto suceda mejor sería que el Señor esta noche, se apiadara de mí y me llevará con él definitivamente. Las personas que a partir de ahora me rodeen, sólo van a traerme sufrimientos, aunque ellos piensen que me hacen bien. Mejor sería que esta noche el Señor se apiadara de mí y me recogiera ya, antes de que ellos me complicaran más la vida". Seguía diciéndose ella toda llena de miedo y empapada por la lluvia.

En aquella ocasión, a media noche dejó de llover apaciguándose el viento y cuando al día siguiente

amaneció, sobre la ladera y el valle, lució un sol de oro con tonos de estrellas blancas. En el cortijo de Los Casares se acordaron de la Tía Dorotea pero nadie subió a verla. Todos pensaron que más adelante sería mejor, ya irían otro día con la idea de convencerla para que se fuera a Orcera. Hoy la dejaron en su inmensidad de soledades supremas.

AQUEL GUADALQUIVIR

Hasta el cerrillo pelado habíamos llegado muchas veces pero de ahí para delante, jamás. La curva, los paisajes y la llanura al otro lado del río, era un enigma para mí. Sabía que por allí se remansaba el cauce rodeado todo él de un gran bosque verde y de tonalidades azuladas. Sabía esto y sabía, además, que todo aquel rincón estaba impregnado de un profundo misterio, neblinoso y tierno, donde el aleteo del silencio, la opulenta espesura de los bosques, la humedad diamante de los paisajes y la oscuridad velada a ciertas horas del día, sobrecogía el alma.

- Un día de estos tenemos que llegar hasta la gran curva oscura donde el bosque se mece solitario.

Nos decíamos una vez y otra pero del cerrillo pelado nunca pasábamos.

Sin embargo, uno de aquellos días atravesamos la llanura preñada de aire puro, llegamos al cerrillo y aunque ya al pisar este monte, tuvimos la sensación de haber ido demasiado lejos, otra fuerza dentro nos empujaba a seguir. Así que bajamos un poco, recorrimos la llanura que hay antes de la curva y ya casi estábamos dentro de lo que tan agradablemente nos fascinaba. Nos paramos frente al espejo del agua y al ver el bosque tan tibiamente acariciado por la brisa, sentimos miedo. Los árboles grandes, esmeralda, majestuosos, se movían serenos y estaban henchidos de vida. Verdes como no habíamos visto nunca jamás en este mundo, densos y traspasados de tonalidades malva. Por entre sus sombras, se deslizaba el agua en forma de un gran lago con la identidad del azul y se iba lentamente. Sin ruidos ni remolinos, como si recorriera las regiones de una aurora eterna.

Al otro lado se extendían las praderas y luego la otra gran llanura por donde aquello ya parecía la región del infinito y se perdía el río para siempre. Vimos que en la curva ancha nadaban muchos patos y otras aves habitantes del bosque y vimos que a la derecha había un

charco junto a una roca. Nos acercamos y al descubrirlo tan cristal, en el alma nos ardía el deseo de bañarnos en aquella agua tan limpia acariciada por aquel viento tan puro que hasta parecía manar del mismo charco. Pero, además, antes de mezclarnos con el líquido del charco sentimos que nuestros cuerpos, el calor de nuestras manos, cara y pies, la transparencia de aquella agua y la luz de aquel viento, se encontraban cerca, en un punto formando una sola imagen o visión realmente dulce y bella.

- ¿Qué es esto?

Y como no estaba seguro nada más que de la felicidad que aquel rincón transmitía a mi alma, le dije:

- Es una sensación soñada, un sueño.

- ¿De veras no existe?

- Quizá existió hace muchos años. Pudiera ser éste el Guadalquivir de aquellos tiempos cuando aun los humanos eran pocos.

- ¿De aquí éste silencio, esta soledad, esta paz espesa pero dulce y bella?

- De aquí ésta virginidad que hasta da miedo por ser tan grande.

- ¿Cómo podremos volver? Siento como si para siempre ya fuera imposible.
- Igual me pasa a mí pero, además, siento que no quiero volver.

Tendremos que despertar del sueño y entonces veremos que hemos estado en el pasado; recorriendo las riberas y bosques del Guadalquivir de aquellos tiempos.

Quisimos seguir andando pero un gran miedo a despertar, nos invadió. Nos agarramos a la sensación y bienestar del momento para asegurarnos así de no perder jamás lo que nos parecía tan bello y desconocíamos en la realidad presente.

GUADALQUIVIR ARRIBA

Hoy el Guadalquivir baja lleno. Desde el pantano para abajo, se desliza rebosante, azul, gigante, fresquito y señorial; besa los últimos pinos de la sierra que le ha dado vida y mecido en su orgullo pero sencillo, se pierde entre mariposas y olivares hacia las campiñas andaluzas para regarlas y vestirlas de verde.

Hemos subido desde el Charco del Aceite hasta la Aldea del Tranco. Al llegar aquí de nuevo descubrimos

que todos duermen. Está cerrado el puesto de los helados junto a la carretera, el restaurante de Nazario, el Mesón de las acacias, las casas de la aldea y la pequeña capilla con su letrero en la puerta donde se lee: “La misa los sábados, en verano a las ocho y en invierno a las seis”. Sin embargo, esta mañana, cerca de la capilla, muy temprano, he visto y oído a un pájaro carpintero perforando, con su pico, los troncos de un álamo seco. Te hubiera gustado por lo bonita que es esta ave y la elegancia con que se agarra a las ramas para sujetarlas.

En una tienda, aquí en la aldea, hubiéramos comprado cuadernos y unas curvas más arriba, en la carretera que va para Hornos, nos hubiéramos parado.

- ¿Para qué?

- Para desde este rincón comenzar a escribir la historia del verano.

- ¡Vale!

Hubieras contestado para añadir a continuación:

- Fíjate qué limpio y quieto pasa el aire a estas horas de la mañana. Mira el pantano; su tono es verde como los pinos que le rodean y las olas pequeñitas se mecen juguetonas acariciadas por los rayos de sol que por algunos sitios lo tiñen de plata. Desde este ángulo se ve el trozo que se

acerca al muro; estrecho, profundo, azulverde y en otra dirección, la parte ancha donde se divide en dos; una cola que se va Guadalquivir arriba en busca de Coto Ríos y la que se adentra por el Valle de Segura donde, sobre las rocas, se alza el pequeño pueblo de Hornos en eterna vigilancia. Frente a nosotros, la Sierra de Las Lagunillas.

- ¿Es ahí donde duerme la aldea que conoces?

- Detrás del cerro redondo poblado de pinos y por la parte de acá de la cresta de la cordillera. Un poco más abajo, se ve Mojoque, un pequeño cortijo con olivos, ahora abandonados y el recio paredón de rocas por donde se desliza el arroyo y sube la senda buscando el Collado del Aire. El pico Almagreros cae al otro lado y como es el más alto de la cordillera, descansa en la serenidad armoniosa y divina que vive en el sin fin del horizonte.

- ¡Qué delicado es el rincón y qué tranquilidad se respira a estas horas de la mañana!

Habrías exclamado y algo más tarde ya estarías jugando tu eterno juego de ensueños de bosques y horizontes de agua. Saltando por las rocas, lanzando tu sonrisa al aire, bañándote en las playas de tierra roja y llenando tu cara, tus hombres y tus manos de gotas cristalinas. "¿Qué haré yo con tantas gotas?" Preguntarás

y en estos momentos se me viene al recuerdo las cosas que cuentan, los mayores del lugar. Y los mayores del lugar cuentan que de todas las escenas de aquel pasado, protagonizadas por la gente de este valle que ahora tapa las aguas del pantano, una de ellas era particularmente bella: la de la chiquilla pelirroja, de ojos azules y alma de cascadas. Vivía en uno de los cortijos ahora también bajo las aguas y era el gozo de todo el valle por tanta alegría como en cualquier momento derramaba. Todos la conocían y todos la veían, a cualquier hora del día, corriendo y jugando por estas llanuras y como resultaba excelsamente tierno aquel juego, lo realmente emocionante era cuando el trigo estaba ya crecido.

La chiquilla pelirroja se iba por los trigales y su gozo, su gran gozo, porque aquello estallaba como una cascada de alegría, era correr ladera abajo, por la llanura y por el barranco, atravesando el trigal. Abría sus brazos, se ponía a correr al tiempo que exhalaba su alegría por la boca en forma de risas y de voces y todo el valle se llenaba de asombro. Dicen que los mayores hasta le regañaban por el destrozo de sementeras que siempre liaba pero en el fondo a los mayores siempre les gustaba aquel derroche de belleza casi celestial. Recuerdan ellos,

como una de las cosas más hermosas en sus vidas, este correr de la pelirroja a través de los trigos y con los brazos abiertos como si tratara de coger un puñado grande del viento que llenaba el valle y besarlo junto a otro buen trozo del cielo azul que siempre coronaba las cumbres.

Hoy a nosotros, se nos encoge el alma respirar este aire tan cargado de aquel perfume donde todo parece anunciar que, a pesar del tiempo, casi nada ha muerto. Una alegría como la de aquella niña no puede ser sino un trozo de eternidad que en un momento dado, rozó con brevedad estos llanos dejando un perfume que no se extingue nunca.

Y también los mayores del lugar cuenta que un día, los que se habían marchado de las tierras, asomaron por allí, por el fondo, allá a lo lejos por donde las cordilleras son cortadas o fueron cortadas por las aguas de los ríos e iban antes los caminos y siguiendo esos camino asomaron ellos. Venían con sus almas todas llenas de ilusión porque el deseo de volver a la tierra y estar de nuevo entre sus árboles y sus arroyos, les llenaba de vida. Y el mayor les decía a los otros:

- En cuanto lleguemos a esos picos ya nos tiraremos para abajo y por allí, por la llanura, al otro lado del río, se alza el cortijo.
- ¿Hasta dónde llegan las tierras del cortijo?
- Cogen media ladera por aquel lado del río, media llanura junto al río y otra media ladera por este lado del río.
- ¿Tan grande es esta dehesa?
- Esta dehesa es medio mundo y más grande es aún todavía ahora cuando ya están los trigos granados, las praderas repletas de hierba y por entre ellas los rebaños pastando. ¡Ya veréis vosotros qué asombro! En cuanto lleguemos a esos pinos vais a ver qué asombro de parajes, casi todo llanura surcada por los arroyos, sembrada de pequeños pero hermosos cortijos con sus huertas y la gente por ahí trabajando cada cual en lo suyo. Pero lo más bello, lo que le da una vida especial, por su alegría y su candor, son los niños. Se juntan ellos en grupos como los corderos jóvenes y se ponen a jugar sus juegos por entre los trigales, la corriente de los arroyos y las dehesas llenas de hierba. Los ves tú llenando toda esa llanura y te corre una felicidad por el alma que te mueres de gusto. ¡Ya veréis vosotros qué cosa tan bella sólo la visión de este valle!

- Con sólo oírlo y respirar este aire ya me arde la emoción en el alma. ¿Cuánto queda?
- Desde esos pinos ya lo veremos. A partir de ahí el camino empieza a bajar y cruzar la llanura con su río, es cuestión de nada.

Esto es lo que ellos más o menos venían hablando y celebrando entre sí mientras por el camino subían buscando ese rincón hermoso en el centro de este valle. Pero dicen que a ellos se les cayó el mundo encima cuando llegaron a los pinos y en lugar de ver el valle que esperaban, se encontraron con el gran "charco". Todo el río para arriba, desde allá, desde lo hondo, ya no era río ni llanuras ni laderas sembradas de trigo, con los huertos y los rebaños a un lado y otro del río. Todo eso ya no existía porque en su lugar lo que aparecía ahora era un gran charco que hasta cortaban los caminos que siempre habían servido para bajar a las llanuras y después de cruzar el río, repartirse por estas laderas. Junto a los pinos dicen que se quedaron ellos parados, llenos de tristeza mirando para el valle y preguntándose por lo que allí había pasado.

- Ni siquiera se ve el cortijo.

- Yo sí lo adivino; se encuentra por ahí, por entre aquellos pinos y el camino para desde aquí ir al cortijo, se tira por entre estas rocas para abajo.
- Vamos a seguir.
- Si ves que el agua lo tapa todo ¿cómo vamos a seguir?
- Para llegar hasta el cortijo habría que dar la vuelta a toda esta agua. Tendremos que seguir subiendo como si fuéramos al pueblo de la roca y luego, cuando se acaba el agua, volver otra vez para atrás buscando el cortijo.
- Pero tú dices que el camino se tiraba por aquí, directamente a lo hondo del valle buscando el cortijo.
- Exactamente así era.
- Pues vamos a seguirlo.
- Pero es que nos lo corta el agua.
- Por lo menos hasta donde lo tapa el agua, vamos a seguirlo. Quiero yo conocer este camino y saber, ver con mis ojos y tocar con mis manos, las curvas, las piedras y la tierra de este camino. El que le da la vuelta al charco ni lo conozco ni me dice nada, en cambio éste sí. Este es como un trozo de mi propia vida.
- Pues vamos a seguir.

Dicen que ellos siguieron, con el corazón ahora ya un poco roto y cuando llegaron a la orilla del agua dejaron de ver el camino.

- Iba por aquí mismo y todavía hasta llegar a la orilla del río le queda más de medio kilómetro.

- Pero fíjate que las aguas lo empiezan a cubrir justo donde el camino comienza a ser más bello.

Con la ilusión de pisarlo y algo desorientados por la contrariedad de encontrarse lo que ahora se estaban encontrando, siguieron ellos bajando por el camino. No lo advirtieron y cuando se dieron cuenta se encontraban atrapados en esa franja barrosa que rodea las aguas de este charco.

- ¡Socorro que me hundo!

Gritó el primero y como los demás acudían en su ayuda también se quedaron atrapados en el barro. Lucharon por salir y como además de en la franja de barro ya estaban en las mismas aguas, en ellas fueron poco quedando sepultados.

- ¡Por favor, venid a salvarnos!

Seguían gritando pensando en los que vivirían en los cortijillos de las laderas de enfrente y que ahora también estaban hundidos bajos las aguas. Pero dicen que desde

el cortijo se oyeron salir las voces de los que siempre habían vivido allí.
- Vamos a por vosotros. Seguid luchando que enseguida estamos juntos.
- Es que nos hundimos para siempre en las aguas de este charco y lo único que queremos es llegar al cortijo para veros y estar junto a vosotros.
- En un momento nos encontraremos todos y ya para siempre estaremos juntos como en aquellos tiempos.
Seguían diciendo los que vivían en el cortijo. Y dicen que allí se quedaron hundidos para siempre junto a las tierras de lo que en otros tiempos habían sido la senda que cruzando el valle venía al cortijo.

Esto es lo que a mi recuerdo acude ahora frente a las aguas azules de este ancho pantano, mientras lo contemplo y medito tu recuerdo. Pero como pienso que estás aquí, pasado un rato montamos; seguimos Guadalquivir arriba hacia el corazón del Parque. Otra vez el muro del pantano, casi en solitario porque aún a estas horas nadie ha venido por aquí. Aparece enseguida el control de entrada al Parque y al Coto y más arriba, junto al cortijo de Mojoque, duermen las barcas con las que el año pasado surcaste las aguas del embalse.

Este verano están abandonadas, encerradas en una cerca metálica, comidas por la hierba y desteñidas por el sol. Ya no se mueven en las aguas verdosas del gran lago, varadas en la orilla esperando que tú y otros vayan a montarlas. Seguro que el dueño se ha ido; por aquí no viene mucha gente y los pocos que llegan no se animan mucho a usarlas. Su dueño se ha cansado y se marchó; no puede vivir con las cuatro pesetas que saca alquilando estas tres tablas mal pintadas y viejas. Por esta zona los cipreses son espesos, el bosque se oscurece y los robles casi cubren la carretera. Las cigarras desgranan monotonías en una sinfonía que es larga como la soledad. Hoy, el sol va a brillar calentando de firme como en los buenos días de los veranos de estas sierras.

Desde la primera curva de Mojoque se ve el grisáceo muro del pantano y la profunda garganta por donde el río se iba. Dicen que en otros tiempos aquí hubo una hermosa laguna natural y por efecto de rebosadero, el agua fue cortando la cordillera hasta abrirse camino por entre las rocas de la sierra dirección poniente. Justo aquí, donde construyeron el muro de cemento, se estira la gran curva que orienta al cauce hacia la campiña andaluza.

Al salir de la curva, en la carretera, hay una pequeña casa de piedra donde dan alguna información. Un guarda me habla de las zonas de acampada.

- Las de pago están del pantano hacia arriba y las libres, río abajo y por la Sierra de Segura.

Le dejo que hable ocultando mis experiencias de paisajes por estas sierras. Algo más arriba, corre la fuente de piedra donde tantas veces, bebiste. Aquí hoy de nuevo saciarías tu sed llenando tus manos en los fabulosos chorros de cristal que bajan de las cumbres. Muy cerca del rincón se mece el pantano rebosante de armonía. Desde su silencio te invita a jugar sus juegos de bosques; por aquí se estrecha según sube hacia Bujaraiza. El trozo del lado de Hornos, ya no se ve. Sigo mi ruta; dos kilómetros más arriba entro de lleno en el Arroyo del Cerezuelo. ¿Te acuerdas cuando vinimos? Hacía frío y estaba casi lloviendo y el líquido de nieve que baja por este regato se desparramaba por todos sitios. ¡Qué espectáculo de sinfonías, cascadas, bosques y soledad limpia! Ni aquel día había nadie ni hoy tampoco.

Así es como a ti y a mí nos gustan estas sierras: sin mucha gente, chorreando aguas por los valles y tapada de nieves por las cumbres. Parece así que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana y que otra fuerza de más adentro, más pura, hace que todo suba a las estrellas. Este rincón es un buen sitio para venir a disfrutar del campo, en esta época del año. Si estuvieras te hablaría de la ruta que, unos días atrás, hice siguiendo el cauce del arroyo hasta lo más alto de la cordillera. En el mismo pico Almagreros, es donde comienza este arroyo llamado del Cerezuelo. En la vertiente sur, en la que da al norte, es donde nace el Arroyo de María. Dos buenos cauces fluyendo en la misma cumbre y chorreando laderas abajo pero en direcciones opuestas. Fue un día de nieve y frío cuando escalé este monte pasando por la Aldea de Las Lagunillas y la cumbre del Almagreros. Nos lo pasamos bien, con un final emocionante que surgió de repente: Estábamos en la mitad de la bajada cuando nos sorprendió un espeso bosque de robles, encinas, madroños y lentiscos. Este arroyo viene desde zonas bellísimas. Algo más arriba, en el kilómetro 34, a la izquierda, sigue aún la casa forestal de Los Casares; es un viejo edificio casi abandonado junto a la carretera en el cual he oído que van a montar una tienda para venderles

cosas a los turistas. “La Casa de la Artesanía”, creo que le van a llamar. Por aquí, el pantano se ve ya mucho más ancho y largo. Este año ha bajado más que el verano pasado. Desde hace tiempo apenas ha llovido en estas sierras.

¿Te acuerdas de la fuente del caballito? ¿Sabes dónde está? Aquel día de invierno frío y gris cuando las nubes cubrían lo más alto de los picos, durante mucho rato, en esta fuente, estuvimos jugando. Yo lo recuerdo ahora bien porque aquello fue la libertad suprema, la verdad divina que hecha niña con nosotros, nos besaba sin trabas y por eso nos sentíamos bien. Y tú reías como una flor recién brotada con ansia de echar tu aroma al viento. ¡Qué momentos tan gloriosos con aquel temblor breve de libertad pura y gozo recio!

Sólo un poco más arriba, muy poco, corre el arroyo oscuro y verde. De éste sí te acuerdas ¿Verdad? Aquel día, hace ya tiempo, Juanma quería comerte. Te asustaste y al final todo se quedó en un remojón de pies, una blanca, sonrisa en tus labios y un juego más, lleno de gozo atravesando tu alma. Era un mágico día del mes de mayo. Toda la sierra estaba llena de flores, casi en la

floración suprema y por todas las zarzas del arroyo verde cantaban los pájaros. En las galerías sin fondo de los recuerdos guardo yo aquel día porque fue pequeño pero dulce como el vuelo de las mariposas.

Los llanos de los viejos olivos y poblado de Bujaraiza, están sólo un poco más arriba; en el kilómetro 31. Tú diste nombre a esta llanura. Aquella tarde ibas corriendo detrás de uno de tus mil juegos.

- Contaré los ciervos y las cabras monteses y luego te digo cuántos he visto. ¿Vale? - Sí que vale.

Y enseguida exclamaste:

- ¡Mira qué montón!

Y al mirar para donde me señalabas hasta me sorprendió de lo que vi. Era una manada de casi treinta ciervos que pastaban tranquilos por la llanura cerca del viejo poblado. Después de tantos años como llevo recorriendo estas sierras por todos los rincones, es la primera vez que veo tal cantidad de animales salvajes juntos. Manadas de machos monteses y de muflones sí me las encontré muchas veces por las cumbres del Gilillo y las Banderillas.

- Es lo que un día me dijiste: Al llegar la tarde, se extienden por la llanura y pastan a sus anchas.
- Este es el famoso lugar de la berrea. El Parque Cinegético se ve en aquél monte de enfrente. Un cerro de espeso bosque rodeado, a un lado, por las aguas del pantano y al otro, cercado con tela metálica para que los animales no se vayan. Pero fíjate, por el lado donde se desmorona el legendario castillo de Bujaraiza, se extiende la llanura grande. Los animales se concentran aquí.

En estos momentos varios ciervos salían de la espesura del monte y se iban hacia la llanura lanzando sus berridos. Llenos de curiosidad y algo asombrados, los observamos. Vi tu alma llenándose de gozo sorprendida por el bello espectáculo. Lo recuerdo tan bien y lo tengo tan metido en mi espíritu que hoy hasta siento un poco de pena. ¡Fue tan sencillo pero hondo, aquel juego! Sobre las crestas de Las Sierras de Las Lagunillas, a nuestras espaldas, según mirábamos tras los ciervos por la llanura, se reflejaban y expandían los últimos rayos de sol despidiéndose de los montes y la tarde. Como una ola de sangre trotando por las cumbres y entre ella nuestros sueños. Así te vi, gocé los campos y así te recuerdo. Esas

cumbres también las tengo soñadas, pisadas y amadas. En mi cuaderno anoté la experiencia.

LA CRESTA DE LA MONTAÑA

Vi a la montaña y hoy se me presentaba con una imagen nueva. Una belleza que no era igual a la de otros días. También porque mis ojos hoy sólo se fijaban en una parte concreta de la montaña. Casi exclusivamente en la cresta y en el trozo que esta cresta derrama para el lado sur. También un poco en la ladera que desde la cresta cae para el lado norte. Y la montaña hoy tenía un misterio nuevo que contagiaba dolor ya la vez placer.

Pues me veo subiendo por el lado sur, ya a dos pasos de la cresta y como por aquí el terreno tiene tanta inclinación tengo que pararme porque no puedo seguir. Hay tantas rocas y el terreno es tan malo que me es imposible continuar subiendo hacia la parte final de la gran montaña. Miro concentrado y descubro como una sendica que desde el lado sur va dando la vuelta y por el lado norte se eleva para la cresta. Me voy por ella y cuando ya estoy remontando a la cúspide, ya dije que la más bella cumbre que mis ojos han visto nunca, descubro que a la montaña sí se le puede coronar. Pero no por

donde a mí me apetezca y como yo quiera. A la hermosa cresta de la misteriosa montaña, hoy cubierta de espesa hierba verde, se le tiene que remontar por la senda que tiene preparada para el que la ama y además, no a lo bruto sino con el respeto y el cariño que la misma montaña regala.

Vi a la montaña en su asombrosa cresta y el corazón se me llenó de una sensación gozosa. Como si la vida misma se alimentara de lo que ella regala, cuando a ésta se le respeta y con amor se le trata. Y ¿por qué no decirlo?: cuando terminé de coronar la robusta cresta de la montaña más hermosa de la tierra, fui feliz como pocos en esta tierra. ¿Qué tenía hoy la montaña que mis ojos y el alma la veían más bella que nunca?